

DOÑA INÉS CONTRA EL OLVIDO
ANA TERESA TORRES

A mi hijo Gastón Miguel Carvallo

PRIMERA PARTE 1715-1835
DOÑA INÉS ENTRE MEMORIALES
(1715-1732)

Mi vida fue atravesar mañanas lentas, días largos que el tiempo recorría despacio, vigilar el trabajo de las esclavas, verlas barrer las lajas de los patios, dar lustre a las baldosas y azulejos que hice traer de Andalucía, recoger las hojas sueltas del limonero y regar el guayabo del corral; bordar algún punto de un mantel, o darme una vuelta por la cocina para probar la sopa y procurar que todo estuviera de acuerdo antes de que llegara Alejandro, y durante el almuerzo, preguntarle qué se había discutido en el cabildo, a cómo estaban los precios del cacao o si se había hundido el barco que lo transportaba. Dormir después una espaciosa siesta cuando el calor arrecia y disponerme para el obsequio de las visitas, dar órdenes y estar atenta a la preparación de las confituras y tisanas, servidas en los platos de porcelana y los vasos dorados que hice traer de Francia, esperar a que llegaran las señoras, y después que las esclavas las despojasen de las mantillas en el zaguán, sentarme en la sala con mis hijas a sostener conversación, interesarnos por la salud de los nuestros, lo fuerte de las lluvias del invierno, los maridos de viaje en las haciendas, las procesiones o la fiesta que el gobernador ofrecía para congraciarnos; y al acudir a la hora señalada las esclavas con las mantillas en el cesto, despedirnos hasta muy pronto o hasta el domingo en catedral, donde nos encontrábamos, las mantuanas, vestidas de negro y cubiertas por un manto, en señal de nuestro privilegio, escoltadas por dos esclavas, una para espantar a los mendigos y otra para extender la alfombra en los secos ladrillos de la iglesia. Al anochecer, reunirnos todos, hijos y esclavos, a rezar el santo rosario en el oratorio, cenar callados, y mientras Alejandro revisaba las cuentas que le presentaba el mayordomo de la hacienda, y yo jugaba un solitario de cartas, los niños ya dormían y se escuchaban los grillos en el patio.

Ahora todos me han dejado sola. ¿Dónde están mis diez hijos nacidos de mis quince partos? Nicolás, Alejandro, Mariana, Manuela, Antonio, Isabel, Félix, Teresa, José Ramón, Francisca. Ese llanto que se escucha ¿es de alguno de mis niños muertos? Diego, Catalina, Juan José, Felipe, Sebastián. Todos me han dejado sola, Alejandro. Sólo me queda el rozar de unos papeles con otros, mientras busco los títulos de composición que se me perdieron, los que confirmó mi padre en 1663. ¿Dónde estaban esos títulos? ¿Dónde han metido los legajos? No los encuentro en los escaparates de la alcoba, ni en el bargueño de tu habitación, ni escudriñando las gavetas de mi cómoda, ni vaciando los hilos de mi costurero, ni hurgando en los resquicios de los arcones, ni husmeando debajo de las alfombras, ni al sacudir las cortinas de Damasco. ¿Dónde están, que ruedan y revolotean cientos de hojas por encima de mi cabeza y no logro dar con ellos? Reales cédulas, reales decretos, provisiones y autos, despachos, cartas y sobrecartas, memoriales, escritos y alegatos. Papeles y más papeles, Alejandro, cuánto han trabajado los escribanos, cuánta tinta, cuánto polvo almacenado; algún día vendrán las ratas y se comerán, golosas, estos fajos de pergamino, de las rendijas del enlosado saldrán espantadas las cucarachas y dejarán la mierda pegada de los bordes, aparecerán por todas partes sus borrones oscuros, inconfundibles, y quedará manchada hasta la propia firma del rey. El tiempo, Alejandro, borrará mis querellas y desvanecerá mis empeños, pero yo quiero que mi voz permanezca porque todo lo he visto y escuchado, y seguiré buscando mis títulos,

aunque me ahogue el polvo de los legajos y me asfixie esta montaña de hojas viejas, aunque pierda los últimos rayos de luz en descifrar esta letra garrapateada y los postreros esfuerzos de mi memoria se diluyan en el intento de establecer con ellos una cronología, que venga el escribano y prepare su caja de tinteros, que moje la pluma y levante testimonio de mi memoria; quiero dictar mi historia desparramada entre mis recuerdos y documentos, porque en ellos se encuentra mi pasado y el de muchos, aquí mil veces aparece mi nombre: Inés Villegas y Solórzano, y el tuyo: Alejandro Martínez de Villegas y Blanco, y el tuyo: Juan del Rosario Villegas, que yo siempre acompañe de la apostilla, mi liberto, para que lo sepas, para que no lo olvides ni siquiera muerto. Aquí estoy, acostada en la cama desde donde llamo en vano a las esclavas para que acudan a cambiarla y saquen al sol las sábanas apestosas de orines; entre la ropa de hilo y las fundas de muselina, bajo las plumas de las almohadas, se esconden los papeles, duermo con ellos y apenas me despierto, los miro y reinicio la labor de desembrollarlos, hasta que finalmente, en algún momento que no sabré si es una hora del día o de la noche, habré culminado mi tarea y estarán todos en orden.

¿Qué dices, Alejandro? Te escucho mal, háblame más alto, sabes que estoy sorda y lo haces a propósito. ¿No quieres que te oiga? ¿De qué te ríes? ¿Quieres decirme que yo, como mis títulos, soy sólo una hoja arrebatada por el tiempo y que estoy buscando unos papeles que únicamente servirán para encender el fuego o limpiarme la mierda yo misma, porque las esclavas hace mucho que me han dejado sola? ¿Quieres decirme que es inútil que me agache y me doble el espinazo rastreando debajo de las camas, levantando las alfombras, hurgando en los resquicios de los escaparates y en las hendiduras de los arcones, para encontrar la historia que he perdido? Pues, aun así, me quedaré peinando mis greñas ralas y blancas, aguzando mis ojos oscurecidos, temblándome las manos engurruñadas, a cuidar mi cadáver para que no se desmorone en polvo, encerrada en este cuchitril que es ahora mi cuarto y del que no saldré hasta que haya yo quedado a mi vez convertida en un fantasma de papel.

Ahora debo buscar mis títulos, los nuestros, los que confirmó mi padre en 1663, para componer mi historia. Pensarás que no los encuentro porque tengo los ojos gastados, es poca la luz que me llega. ¿Dónde están mis espejuelos? No sé dónde los he dejado. Quizás debería abrir las ventanas, no estoy muy segura si es de día o si es de noche, me muevo en una penumbra que no me deja saber si amanece o anochece, y lo mismo puedo dormir durante la claridad que en la oscuridad, con los ojos abiertos o cerrados, y tanto me da si escucho las campanadas del *Angelus* al mediodía como al atardecer, ya que los postigos están cerrados para impedir que me ciegue la luminosidad o me perjudique el sereno. Sólo veo los mismos rostros, los mismos cuerpos, los mismos nombres de mi memoria, los siento y los huelo, me acompañan, me acosan, no me dejan ni un momento quieta ni me permiten descansar. A veces creo que las sombras que me rodean esconden los papeles, conocen su lugar pero deliberadamente lo niegan para que yo siga eternamente buscándolos, pero no importa, triunfaré sobre ellas, tengo todo el tiempo del mundo para entregarme a la búsqueda de mis títulos. Levantaré hasta la última teja del techo y hasta la última baldosa del piso, desencuadraré todas las puertas y desclavaré todas las ventanas, arrancaré todos los ladrillos y descolocaré todas las columnas, y si es necesario, destrozaré mi casa porque sé que en alguna parte se hallan y estoy dispuesta a que

lluevan todos los siglos hasta que aparezcan. El tiempo ha dejado de interesarme, no me inquietan ya sus movimientos, porque he muerto hace mucho.

¿Y dónde estás tú, Juan del Rosario? Te has escondido para que yo no te vea ocultarme los papeles. ¿Has vuelto, no es verdad, a quitármelos? Porque tú sí sabes dónde están. ¿O me vas a negar que tú conoces mejor que yo los escondrijos de esta casa? ¿Acaso no naciste en ella o tengo ya mala memoria y no recuerdo que eres tú el niño que corretea atrás en el patio de la servidumbre? ¿No eres tú el que lleva el botijón de agua a la cocina? ¿El que se revuelca con los cochinos y persigue a las gallinas? ¿El que se recuesta a la sombra del guayabo a jugar al trompo con mis hijos? Eres tú y lo sabes muy bien, no me mientas, negro mentiroso. Dile que no me mienta, Alejandro, ¿no fue acaso tu hijo? Tengo muy presente a la madre de este niño que me obligaste a tener de paje, la veo, como si fuera ahora, ponerte las cataplasmas, servirte las tisanas y sobarte la descompostura de la mano que te torciste al caer del caballo, la oigo rezar por las noches el *Padre Nuestro* al revés para invocar a Mandinga, espío sus pasos en la cocina mientras las otras negras duermen, y dice allí sus ensalmes cuando prepara los bebedizos para amarrar voluntades. ¿Crees tú que no distinguía su voz cuando conversaba con las brujas? De nada me valió la Virgen de la Guía que tenía encaramada en el caballete del tejado para espantarlas. Desde los doce años la encerraba de noche bajo llave, porque desde esa edad le reconocí la malicia, y sin embargo se escapaba, encontraba la llave o Mandinga se la daba y abría la cerradura. Tenía bien calada a tu madre, Juan del Rosario, ¿crees tú que no sabía cómo desafiaba todas las leyes y disposiciones y se saltaba a la torera cualquier norma, sin importarle que les estuviera prohibido el paso de noche a las sirvientas? Parecía que esperara todo el año a que fueran carnavales o fiestas de San Juan, y poco le hacía que el obispo Escalona hubiera condenado las vivas y artificiosas expresiones de libertad en juegos y bailes, y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas y deshonestas, y cuando honestas, indispuetas, siempre peligrosas. Salía a mojar con betún y harina a los transeúntes, pero no eran los juegos de agua y pintura lo que le llamaba la atención, no, qué va, lo que apetecía eran los bailecitos y retozos y los juegos de escondite. Se burlaba bien de las recomendaciones del comisario del Santo Oficio que muy claro habían vetado las comedias y pandorgas, los fandangos y danzas, tanto en los despoblados como en los arrabales, y los paseos de imágenes de santos adornados y las supercherías en los velorios de los párvulos difuntos, donde todo eran solicitudes deshonestas, adulterios, incestos, fornicaciones, desafíos, quimeras y otras consecuencias perniciosas. Pero ella, por más que la encerraba, no estaba sino pendiente de donde era el fandango y se la pasaba bailando y rocheleando.

Hijo de gato caza ratón. Te conozco a ti, Juan del Rosario, aunque te escondas por los rincones, te estoy viendo muy bien, aunque no veo ya casi nada, te huelo aunque estés lejos y te escucho claramente la voz, a pesar de la sordera que hacía a las esclavas reírse de mí y fingir hablarme cuando sólo musitaban remedos de palabras. Esa mancha blanca son tus dientes riéndose también. ¿Qué edad tienes ahora, Juan del Rosario? Yo te veo que has cumplido los quince, o quizás los veinte, y vuelves de Barlovento, a donde te mandó tu padre, siguiendo mi consejo porque yo misma le dije que no tenías habilidades de artesano y que aquí en la casa acabarías de doméstico sin oficio, y que te llevara a la hacienda, que con el tiempo serías un buen mayordomo. Vuelves y andas regando que tu amo don Alejandro, tu amo y padrino de bautismo, te dijo que en el valle de Curiepe había muchas tierras realengas y sin desbrozar y que ni

él mismo conocía bien los límites de sus composiciones. ¿Es verdad eso, Alejandro, que tú le dijiste que se fuera con otros negros a desmontar el terreno y fundar una hacienda, y que el valle de Curiepe, después de tu muerte, quedaría para ellos? No lo creo, Alejandro, dime si tú le hiciste esa promesa. Estás muy equivocado, Juan del Rosario, si creíste en su palabra, patrañas y mentiras todo lo que alegaste en tus escritos. ¿Quién te podía creer esas fábulas? ¿La Audiencia de Santo Domingo? ¿La de Santa Fe? ¿El virrey? ¡Cómo será de alzado un negro que le escribe al rey!, ¿no tuviste esa osadía? Aquí está tu primer memorial suplicatorio de 1715, ¿quieres que te lo lea?

...y por parecerles a los dichos suplicantes con el celo y fervor que les alienta de leales vasallos, y ser muchos los morenos libres que nos hallamos sin tener donde poblar, será de mucho reparo y freno para los enemigos, siendo servida Vuestra Majestad de darnos licencia para poner un pueblo en el sitio de la Sabana de Oro y puerto que es la ensenada de Higuerote...

Aquí aparece tu nombre y tu título: Capitán de la Compañía de Morenos Libres del Batallón de Milicias de Caracas. ¿Quién te concedió ese título? Sólo a un loco y a un bárbaro como Cañas y Merino se le podía haber ocurrido. ¡Vaya gobernador que te serviste en mandarnos, Felipe Quinto! Un rufián con la cara partida en dos de algún golpe de alfanje que le dieron los moros en Orán. ¿Sabes cuál era, Felipe Quinto, el solaz de sus horas libres, por cierto muchas, porque poca atención le dispensaba al cabildo, en el odio e inquina que sentía por nosotros, los mantuanos? Pues no halló mejor diversión que amarrar cacerolas a las colas de los gatos y establecer carreras a caballo, para darles premios a quienes más gatos mataran a latigazos; y cuando no encontraba gatos arremetía con los pollos, enterrándolos y dejándoles sólo la cabeza a la vista, para después, montado y con la espada, irlos decapitando. Así se le pasaba el tiempo de gobernar los tantísimos problemas de la provincia de Venezuela, y luego, por las noches, calmaba sus rijosidades con las mulatas. Pero no te bastó con eso, bandolero, tuviste la audacia de llevarte por la fuerza a una niña de casa principal y ensuciarla para siempre en las riberas del Guaire. Se nos agotó la paciencia y lo devolvimos. Cañas y Merino, no supe más de ti, pero confío en que te hayan dado muerte en España o te hayas podrido en alguna cárcel. Pues ése fue, nada más y nada menos, quien le concedió a mi paje y mi liberto, Juan del Rosario Villegas, el título de Capitán de los Morenos Libres. Otra cosa muy distinta la razón y tino de don Alberto de Bertodano, que tendió un olímpico desprecio sobre ese ridículo memorial que pedía y pretendía fundarnos un pueblo en Curiepe, en las mismísimas narices de nuestra hacienda. ¿De cuándo acá los negros fundan pueblos? Tanto Alejandro como yo somos, ambos y por igual, bisnietos de don Francisco Maldonado de Almendáriz, hijodalgo de Villacastín, y nietos del conquistador y capitán don Pedro de Villegas, hijo de nada, pero fundador de varias ciudades en esta provincia, y hemos probado sobradamente nuestros servicios a la Corona y nuestra limpieza y mérito de sangre para que aun así tuviéramos que soportar la afrenta de ese gobernador contrabandista que fue Betancourt y Castro, a quien se le ocurrió la peregrina idea de darle a Juan del Rosario licencia para reconocer las tierras y confirmación del título de Fundador Real que le otorgó Cañas y Merino. ¿Reconocer qué y cómo? Espera a que encuentre los títulos, que de tanto guardarlos se me han perdido, pero estoy segura de poseerlos y puedo recitarlos de memoria. Decían así:

Tengo y poseo unas tierras y valle nombrado Curiepe, que son dos leguas más arriba del Cabo de Codera en la ensenada que llaman de Higuerote.

¿No es verdad, Alejandro, que así decían los títulos que le confirmó Porras y Toledo a mi padre? Te estoy viendo, Alejandro, cuando saliste con mi cuñado Francisco, para dirigirte al cabildo y llamar al despacho de Portales y Meneses, ¿no eras acaso alcalde ordinario?, y presentar un alegato en contra de ese negro alzado que no hacía otra cosa que enviar escritos a diestra y siniestra. ¿No tuvo la desvergüenza de escribirle directamente al rey? Pues cuánto menos era enviarle un nuevo memorial al virrey de Santa Fe. Muchas y bastantes veces te lo dije, Alejandro, que no confiaras en un virrey que demostró su insolencia al abusar de su poder y mandó a quitarte el privilegio de alcalde y te amenazó con prisión, multa y embargo si no aceptabas a ese leguleyo de Álvarez de Abreu, que de tanto derecho que sabía, no se le ocurrió otra cosa que darle nueva licencia a Juan del Rosario para que recogiera a cuanto negro arrochelado encontrase y se fueran a Curiepe a desmontar y desbrozar mis tierras. Todavía me parece escuchar sus voces y machetazos en el valle, sostenidos y amparados en que el virrey había leído su memorial y erguidos en la idea de que Portales tenía que poner en ejecución el despacho. Y allí se quedaron mientras Portales resolvía sus dudas, unas veces con nosotros, otras en contra. Se creía Portales que podía desconocer al cabildo así como así, qué equivocado, como era necesario que fuera preso, preso lo pusimos hasta que entrara en razón, y cuando fue entrando en ella, no le quedó más remedio que quitarle a Juan del Rosario ese desatinado reconocimiento para celar el contrabando.

No los encuentro, reviso y vacío las gavetas, me agacho debajo de las camas, levanto las alfombras y no veo los títulos de composición, pero estaban, claro que estaban. Te veo muy bien, Alejandro, el día que saliste con ellos a presentárselos de una vez por todas a Portales, a convencerlo de que debía dar orden de lanzamiento al capitán Juan Joseph de Espinosa para que acabara de demoler el pueblo y se trasladaran los negros a Caracas. Mentiroso, Juan del Rosario, te hiciste el loco y dijiste que estabas enfermo para no reconocer el auto, pero sé muy bien que te escondieron tus secuaces, y por debajo de las órdenes le dijiste a tus negros que acataran pero no cumpliesen, que a la larga ellos ganarían el pleito porque tú ibas a seguir escribiendo. Y después que te llegaron reales cédulas, te sentiste hinchado de orgullo y a punto de creer que nos habías ganado la partida. Cédulas del rey a tu nombre, ¡dígame eso!, sólo te faltaba pasearte por Caracas con paraguas y bastón para creerte blanco. Pero mientras tanto los soldados de Espinosa cumplieron bien su misión y ardió el pueblo, las dieciséis casas se quemaron y cayeron en pedazos sobre las dos calles. Hasta iglesia habías levantado, pues en tea se convirtió la choza de bahareque y palma con cruz de palo, que encomendaste a la Virgen de Altagracia y a San José y San Juan. Negro mentiroso, ¿te iba a creer yo, que te conocí desde niño, a ti y a tu madre, que tenías fe en la Virgen y en los santos? Esa patraña sólo podía servir para convencer a sus Católicas Majestades de que tú y los otros negros estaban devotamente esperando las visitas del párroco de Capaya, pero ahí quedó, en cenizas, y terco como eras, le enviaste una nueva petición al gobernador, esta vez con auto de procurador, diciendo que los alcaldes desobedecían a las Audiencias, al virrey y al mismo rey; y como bastó y sobró que los soldados de Espinosa abandonaran el lugar para que tus negros limpiaran los escombros y volvieran a alzar las casas, tuve que escribir otro alegato:

Y no obstante no han desistido y separádose, antes sí, volviendo a reedificar lo que se demolió, se hallan contumaces con inobediencia notoria, rebeldía y desacato, con que como sublevados proceden sin respeto ni veneración alguna.

¿Lo recuerdas? Lo tengo a mano, se han borrado algunas líneas o la falta de luz me impide leerlas de corrido, pero escúchame, aquí dice:

de la pretensión violenta del negro Juan del Rosario, mi paje y liberto de mi parte, quiso el sobredicho negro poblarse con algunos de su color, en mis propios predios. Para ello pidieron al Virrey les concediera el sitio de la Sabana de Oro, dos leguas distantes del valle de Curiepe, y cuando se pidió informe a este Gobierno, los negros se propasaron de hecho y contra derecho, sin nombrar ni haber nombrado el dicho valle de Curiepe, de donde más se verifica el despojo predicho, lo que indica su siniestra malicia.

Aquí más adelante vienen varios párrafos que no logro descifrar, pero me imagino que estaría explicando la insensatez de asentar, en un lugar tan distante de la vigilancia de las autoridades, un pueblo de negros de tan poca confianza, y termino pidiendo orden de corrección y captura, en castigo por no haber obedecido al auto de lanzamiento, porque después de la quema ahí se quedaron las sesenta y seis personas, ¿sesenta y seis eran, no es verdad, Juan del Rosario?, que las tengo muy contadas de la matrícula del párroco de Capaya, a quien mandaste a sacar de mala manera, pensando que venía de parte mía. Pues no era así, fue cumpliendo su deber, y además, ¿no te la pasabas llorando que no tenías iglesia y pomposamente bautizaste el caserío con el nombre de Nuestra Señora de Altagracia y San Joseph de la Nueva Sevilla de Curiepe? Capitán Poblador, eso es lo que querías ser, pero ya viste cómo Portales te quitó el nombramiento en cuanto vino agachadito de su prisión en Santa Fe, de la que no lo salvaron los gritos de ese santurrón del obispo Escalona, que encima nos tenía obligados a poner nichos de santos en cada esquina y a rezar el rosario a cualquier hora, empeñado como estaba en que la ciudad fuera convento.

¿Ese Portales fue el que se disfrazó de fraile para refugiarse de la ira del cabildo? ¡Ah no!, era Lope Carrillo. Fueron tantos los gobernadores que conocimos que es difícil llevar la seguidilla. ¿Te acuerdas de Lope Carrillo, Alejandro, o ya te habías muerto? En vez de ocuparse de los problemas que nos afligían, este tal don Lope, quien por cierto estuvo esperando más años que nadie la futura del cargo, en lo que tocó tierra, cuadró pleito con todo el mundo. Vaya usted a saber por qué se le atravesó entre ceja y ceja que los canónigos no podían usar quitasoles rojos o verdes para resguardarse de los ardores del sol, ni llevar caudatarios con sobrepellices y bonetes para alzarles las colas y así protegerlas de las inmundicias de la calle, cuando había procesión. Pero aquí a los canónigos les molesta mucho el sol o son de mal carácter, de modo que el Domingo de Ramos se armó un bochinche y la gente salía a la calle más por los gritos que por los santos; intervino la guardia y dispersaron a los eclesiásticos, que no se quedaron con ésa, hasta que le formaron expediente y tuvo que salir vestido de monje a La Guaira y sin que nadie le llevara la cola.

¿De qué te estaba hablando, Juan del Rosario?, se me va el hilo, perdida como estoy entre los memoriales. ¿Cuántos escribimos? Uno tú, uno yo, otro tú, otro yo. No hubo instancia que dejáramos quieta, nos escucharon los alcaldes del cabildo, los

gobernadores, la Audiencia de Santa Fe, la Audiencia de Santo Domingo, el virrey del Nuevo Reino de Granada, y luego, como la culebra se mata por la cabeza, nos fuimos al Consejo de Indias y al mismísimo rey. Te eché mucho de menos cuando te moriste, tu terquedad y tu desafío eran la medida de mi orgullo. ¿Qué te pasa que no me contestas, por qué no oigo tu vozarrón en el patio? En la soledad en que me encuentro me parece verte jugando por los corredores con mis hijos y me parece oírme, llamándote, mezclando en mi boca tu nombre con los suyos, para que vengas a tomar el chocolate de la merienda. Esos gritos que da Nicolás son porque te caíste de lo alto del muro, tratando de alcanzar un nido de pájaros, y soy yo la mujer que te limpia la herida y lleva al patio de la servidumbre cataplasmas de sal de higuera para bajarte la hinchazón. Sí, mi paje y mi liberto, deberías recordar los días de tu infancia, cuando temblabas de fiebre en unas viruelas y mandé a traer al médico porque temí por tu vida; y deberías recordar cuando le dije a tu padre, ¿no fuiste acaso su padre, Alejandro?, que no te vendiera porque Alejandrito y Nicolás se divertían contigo. Sí, mi paje y mi liberto, recordarás también que cuando te manumití hasta tu padre me reclamó el disparate, que eras un buen mozo, dijo, y que valías no menos de trescientos pesos. Sí, mi paje y mi liberto, deberías recordar el día en que naciste y recogí en una sábana tu pedazo de carne sucia de sangre y excrementos, y rodeándote con ella, te lavé, te mostré delante de todo el mundo y te escogí el nombre. ¡Y así me pagaste, negro alzado! diciendo que las tierras eran tuyas. ¿Tuyas de qué y de cuándo? No tienes nada, me oyes, nada que yo no te haya dado. Nada que no provenga de mi generosidad y mi poder, negro andrajoso, desnudo te cargué en mis brazos el día que naciste y hubiera podido ahogarte en el pozo de mi casa, sin remordimiento ni castigo; hasta me debes la madre, que negra más floja y falta de respeto no tuve nunca y más de una vez quise venderla y salir de ella, y no lo hice por lástima de ti, por no dejarte huérfano, y consentí en la casucha que Alejandro quiso regalarle, más allá de la quebrada del Anauco, para que tuvieras donde vivir cuando te fueras de mi casa, ¿pero que te ufanaras de tu padre, que le gritaras al mundo que esas tierras eran tuyas y que él te las daba porque ésa era tu herencia?, eso, Juan del Rosario, no lo pude soportar. ¿Dueño de mi patrimonio?, ¿de tierras de merced?, ¿nieta de conquistadores?, ¿sembrador de pueblos? Si tú me hubieras rogado que te regalara un pedazo de mi hacienda, te lo hubiera dado, como te vestí con la ropa de mis hijos, como te enseñé a leer y a escribir con sus maestros, como te dejé esconderte entre mis sayas cuando llorabas por la noche, confundido de miedo a los fantasmas, pero ¿alzado con unos papeles y esgrimiéndote en Fundador Real? No, así no es la cosa, mi paje y mi liberto, así me obligaste a demostrar quién ronca más fuerte y lograste enfurecerme por siglos. Así me consagré a querellarme contigo. ¿Te acuerdas de este escrito? Es la Real Provisión Compulsoria de la Real Audiencia de Santo Domingo de 1726. El procurador alega en tu favor que, de todo este pleito, es el más ofendido Su Majestad, porque el pueblo de Curiepe es de gran utilidad para la Corona, servirá de defensa contra los piratas ingleses y será bastión para frenar el contrabando de los holandeses de Curazao, y sobre todo, refugio para tantos fieles vasallos que andan buscando la doctrina cristiana, porque parece ser que los negros de Curazao, los que llaman loangos, se vienen a estas costas porque quieren ser cristianos. Eso lo porfié en mi alegato: que de dónde me iban a decir a mí que esos negros, que ni siquiera habían nacido aquí, eran fieles vasallos; se escapaban a Barlovento porque los españoles les dábamos mejor trato, y además tengo muy clara la composición de tu gente y conozco

por sus nombres quiénes eran criollos y quiénes negros de mala entrada. Tú mismo pagaste las consecuencias de haberte aliado con ellos porque no sólo quisieron desplazar a los criollos, que fueron los que iniciaron este pleito, sino que hasta te quitaron unas tierritas que le dejaste a tu única hija. Pues sí, en esta provisión la Audiencia de Santo Domingo pide que se le remitan los autos, que se mantengan los negros en su vecindad y que se multe a Portales por su mal comportamiento de haber quemado el pueblo. Mira, Portales, acertaste al embarcarte para España y en hacerlo precipitadamente, que no te fue muy bien por estas tierras. Además, cuando llegó esa Real Provisión, que lo supe enseguida, no me daban traslado, con perjuicio para mí, porque no ibas a pensar, Juan del Rosario, que yo me iba a quedar sin procurador para contestar a la Audiencia. Esperé dos años, y cuando llegó la sentencia, aquí la tengo, de 1728, pedí revisión de la misma. ¿Sabes qué me contestaron en Santo Domingo los oidores y fiscales?, que me devolvieron ciento diecisiete pesos y medio para pagarme las composiciones porque el valle de Curiepe nunca fue confirmado ni poblado. ¡Ciento diecisiete pesos y medio! ¿Con esa cantidad me querías arreglar, Felipe Quinto? ¿Pensabas que era blanca de orilla y vendía aceite en una pulpería? Estabas muy equivocado, mi rey y mi señor, si creíste que este pleito era de los que se terminan con ciento diecisiete pesos y medio. Pedí que revisaran de nuevo la sentencia y seguí esperando; yo no me podía quedar con ésas, Juan del Rosario, tú lo sabes muy bien porque me conoces. ¿No te crié yo en mi casa y no fuiste mi paje? Esa zoquetada de que me pagaran las composiciones, con la que me mandó a contentar la Real Audiencia, no colmaba ni mucho menos mi medida, así que a los reales oidores les dije que no habían oído bien y como, por lo visto, era necesario que gritara más alto, recurrí al Consejo de Indias y entablé pleito en la Sala de Justicia. ¿Que era cosa de esperar? Pues a esperar, y en 1731, mírala aquí, me llegó una Real Cédula como es debido, autorizándome a un nuevo auto de lanzamiento. Ay, pero entonces me di de narices con García de la Torre, que ya era bastante enemigo nuestro y en cuanto le dieron bastón de mando corrió a defender a la Compañía Guipuzcoana. ¿Cuántos doblones te pasaban al año para que establecieras ese monopolio? Unos decían que mil, otros que dos mil. También tú, García de la Torre, me mandaste a esperar; que estabas muy afanado con la rebelión de los zambos de Andresote en Yaracuy, te excusaste, para estarte ocupando de mi auto de lanzamiento. Pues bien, yo espero, te contesté entonces. Y mi espera fue para ti de mal agüero porque, mira por donde, te acusaron de contrabando y te mandaron a Lardizábal como juez pesquisador. Te pusiste en la cabeza todas las cartas reales y juraste obedecer a tu rey y a tu señor, pero estabas perdido, García de la Torre. Otro que vistió de monje y se escondió en un convento hasta encontrar goleta que lo devolviera a España. Y tú, Lardizábal, mira que te lo dije, que esos negros tú no los conoces, que una cosa es quitarle el mando a un gobernador y otra arreglártelas con esta gente. Cuando entraste con tus hombres se fueron, haciéndote creer que estaban asustados porque se acordaban de cuando Portales les quemó las casas, pero no creas en ellos. Te lo dije y no me pusiste atención, sólo la tontería que se te ocurrió para tranquilizarlos: que les pagara las bienhechurías y dejara escritura de fianza, a lo que no hice ningún caso. Y mientras tanto, allí se quedaron en los alrededores, sembrando conucos y esperando a que me distrajera para encontrar mejor ocasión y volver. Años de tregua en los que yo dejé pasar el ti

RÉQUIEM

Viene avanzando por la calle el sonido de la doble esquila. Bajo palio el sacerdote seguido de cuatro frailes y cuatro monaguillos alcanza la puerta de la casa, curiosos los vecinos abren las ventanas y se iluminan las antorchas a su paso. Se escuchan voces de órdenes, de avisos y rezos que resuenan en las piedras de la calzada, y por el estrecho camino llegan los cofrades que invaden el zaguán y el patio. Están los de las Ánimas, los del Santísimo, los de las Mercedes, los Trinitarios, los de El Carmen. Hace frío en la ventana, la madrugada se transparenta y deja ver las sombras de sus hábitos morados y marrones, blancos y azules, blancos y negros, hábitos y velas que cantan seriamente acompañando al sacerdote, quien sobre la mesa del comedor da inicio al oficio de difuntos. Una bandada de mendicantes llora a gritos en la puerta y pide una limosna por su descanso eterno. ¿Qué día es hoy, Alejandro?, ¿es hoy el día de tu muerte? Te veo en tu mejor traje, vestido con casaca de terciopelo negro abotonada en plata, la chupa de tafetán aceitunado, los calzones de holán, los puños de encaje, el corbatín de gasa y las medias sevillanas con escaarpines de breaña y zapatos de cordobán. Te veo extendido en la cama, a cada pilar un cirio, la sombra del dosel sobre tu rostro, transparente la piel y las venas de tu cabeza, la peluca entalcada bajo el tricorno bordado con plumas de garza y al cinto tu espada cubierta por la capa de estameña orlada de alamares. En el interior de la casa los llores se confunden en un sonido rítmico que de vez en cuando cesa, deja oír el responso y vuelve a su tono, mientras las mujeres trajinan en la cocina y los hombres hablan en el patio, sobrecogidos en la tibieza de la noche. Dos esclavos se adelantan y cargan el cuerpo exánime, lo depositan en la urna, la alzan y la llevan hasta el comedor donde aguardan el sacerdote, los frailes y los monaguillos. Las mujeres se cubren con sus mantos negros y una voz reza los *Misterios de Dolor de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Las esclavas cierran las ventanas a los curiosos que preguntan quién ha muerto y corren telas púrpuras sobre los cuadros y los espejos, y después, arrodilladas, siguen el rezo del rosario que durará hasta clarear la mañana.

No quiero ver sobre la cama tu cuerpo desnudo cubierto por un liencillo, las piernas enflaquecidas abultándose debajo de las sábanas de hilo, ni a las esclavas cambiándote las compresas de agua fría sobre la frente, ni a los esclavos incorporando tu cuerpo inerte, fajándote el mentón, vistiéndote y cruzando sobre tu pecho las manos que sostienen la cruz. No quiero, Alejandro, que estés en esa caja destapada, ni que te zarandeen en el aire. No quiero escuchar el responso ni los rezos, ni ver salir en doble fila a los cofrades, las hachas en la mano y la cabeza descubierta, ni quedarme aquí sentada, rodeada de mis hijas y parientes, mientras mis hijos alzan tu urna y la comitiva de tu entierro enfila el paso hacia la catedral y se pierde en la lejana luz que alumbra la calle sola. No quiero, Alejandro, que te mueras. Eras bello, Alejandro, eras hermoso. ¿Nunca te lo dije?, ¿no me estaba permitido, o no me atreví? Pero sí, estoy segura de que algún día, en la penumbra de la madrugada, colándose el sol entre las cortinas con el frío del último rasgo de la noche, me acerqué a ti y te dije que eras hermoso al sentir el calor amodorrado de tu piel. Me desagradaba encontrar en tu cuerpo el sudor de las negras, ¿pensabas que no me daba cuenta y dormía cuando salías de noche de nuestra habitación y tocabas a la puerta de la servidumbre? ¿Eras tú o era el demonio quien le abría a la madre de Juan del Rosario el cerrojo que yo tan celosamente guardaba? Pero finalmente, poco importa, si confieras que también en mí, bajo las sábanas de hilo, dejaste con ternura tu simiente entre mis piernas. ¿O era

mentira? ¿Sólo amaste en mí la pureza del linaje, la cercanía del parentesco y la continuidad de las costumbres? Dime que no, no seas mezquino, dime que también mi cuerpo fue pasto de tu codicia y que yo también te tenté a la sombra del guayabo. Fuimos niños, y jugando en los corredores del patio de la casa de mi padre, me pusiste la mano en el corpiño y buscaste mis senos que apenas apuntaban. Fuimos primos y tu mirada me recorría impune cuando almorzábamos toda la familia reunida y tus pies rozaban los míos debajo de la mesa. Fuimos adolescentes y eran tus pasos los que se escuchaban al anochecer, cuando arrojabas piedras a mi ventana para verme una última vez antes de alejarte. Si quieres puedes olvidarlo, pero no podrás despojarme de mi memoria ni del aliento de tu piel cuando nos casamos en catedral y esa noche conocí tu fuerza y tu ardor. ¿Cuántos días han pasado desde entonces, Alejandro? Encerrada en esta habitación, gastando la poca luz que me queda en escudriñar mis papeles, condenada a no escuchar sino el desplomarse de la lluvia en el aguacero, creo que pasó el día de mi propia muerte sin yo saberlo. ¿Será eso posible? Cuando tú te moriste, ¿fue saber que te morías o sólo vestirte con casaca de seda fina y dejarte balancear por las manos de los esclavos que te amortajaban? Quisiera que alguien me hablara en este silencio. Tú también me has dejado sola, Alejandro, y tú, Juan del Rosario, contradíceme, dispútame. Cada vez que leía un auto tuyo me encontraba a mí misma, a cada nueva pretensión que se te ocurría, más me afirmaba, a cada anhelo que consignaste, más me opuse, a cada derecho que me combatiste, más encontré mi razón, a cada pedazo de tierra que quisiste ocupar, más me enterré en mi posesión. ¿Qué es eso que escucho? Son las campanas de mi viático. ¿Quién sin mi permiso le ha avisado al cura? Serán las esclavas que tratan de hacerme creer que estoy muerta para que me deje llevar, deseando como están que yo me muera para salir a bailar y a celebrar. ¿Por qué no usan su derecho a ponerse en venta y buscar nuevo dueño? Ninguna lo hace, prefieren quedarse aquí, donde ya no les doy ningún trabajo, aunque es verdad que a veces les toco la campanilla a medianoche para que preparen dulces y tortas, perdida como estoy en mis pensamientos, sin saber si es de día o si es de noche, sentada entre los papeles, en camisón de seda negro, las uñas tan largas como un gavilán porque no dejo que nadie las corte, y el pelo como un manto blanco y deshilachado porque no dejo que nadie lo recoja. Me toco los brazos y me falta luz para distinguir si son ramas secas de árbol o corcho que parece duro y se desmigaja. Me toco los ojos y no sé si las sombras que apenas alcanzo a sospechar son los cuerpos que ocupan esta habitación o es ya sólo una penumbra interior y he dejado de mirar hacia afuera para siempre. Me toco las orejas para poder diferenciar si el ruido que me llega es el rumor de mi propio cuerpo o es el agua golpeando la ventana. ¿Será que todo el tiempo ha pasado, Alejandro, y no nos hemos dado cuenta? ¿Qué día es hoy? Hoy venden las bulas de muertos y debo acudir a la iglesia de las monjas Concepciones, vengan ligero las esclavas a vestirme. ¿Dónde están que no me traen la saya y el corpiño?, que vengan para que me ajusten el apretador de tafetán y me pongan la casaquilla de seda negra, me alcancen mis fustanes y el tapapiés de raso de Toledo, el de las flores negras y blancas, que hoy es día de luto, y me cubran la cabeza con la mantilla de terciopelo guarnecido en cuchillejo de plata y me adornen la montera con plumas de pato negro. ¡Pronto, mis chinelas, los guantes y el abanico!, que las moscas de la calle se me vendrán encima si no las espanto, ¡que se apuren esas flojas, venga la silla de mano! No puedo perder un minuto, a las nueve en punto salen las autoridades de la plaza Mayor a la capilla de las monjas. ¿Qué hora es? Me falta

tiempo, ya están recogiendo los paquetes de las bulas y va saliendo la procesión por las calles hasta llegar a la catedral. Quiero comprarte una bula, Alejandro, y quiero que en ella inscriban tu nombre para que te den paso las puertas del Paraíso; a pesar de tus muchos pecados, que el Señor tenga piedad de tu alma y te conceda el descanso eterno, que perdone tus faltas y borre tus desaciertos. ¿Se ríen de mí las esclavas porque las llamo a gritos para que se apuren porque salimos en procesión?, ¿o eres tú quien se ríe, Juan del Rosario? En esta soledad, las voces de mi memoria se confunden y la única coherencia que me guía es la cronología de mi litigio. Pero, ¿qué te pasa que no me contestas? ¿No te enseñé a acudir al sonido de mi voz? ¿No te dijo tu padre que serías mi paje y me obedecerías siempre? ¿Y por qué no vienes ahora? ¡Óyeme, Juan del Rosario, que te estoy hablando! No escucho tu vozarrón en el patio, jugando con Alejandrito y Nicolás, y escucho en cambio los cumacos y las minas, los tambores y las curbetas de los negros que te están llorando, todos ahítos de aguardiente, pidiéndole a San Juan alimento y salud, buena lluvia y sol a tiempo, ligereza para la huida y resistencia ante la ira. Están rogando por ti, para que desde los cielos los sigas protegiendo. Te has muerto, Juan del Rosario. Está saliendo la cofradía de negros, la de San Juan que fundaron los tarís, a la que pagaste los siete pesos y cuatro reales para ser hermano redimido y contar así, en la hora de tu muerte, con ataúd y oficios y acompañamiento solemne. Está pasando por la calle y de vez en cuando tocan la esquila, nadie los sigue, nadie pide limosna, nadie pregunta quién ha muerto, van de noche y en silencio a darte sepultura en la iglesia de San Mauricio, y oigo desde mi ventana la breve campana que anuncia tu entierro. Yo no deseé tu muerte como tú tampoco la mía, nos queríamos vivos, acechándonos sin descanso, husmeándonos frente a frente. Ahora Curiepe quedará desierto en un largo silencio en el que permanecerán las casas de bahareque, pero sin un alma, allí estará la iglesia con cura capellán, pero sin un cuerpo que se arrodille en el suelo de tierra. Pareciera que el pueblo ha muerto, desaparecido contigo. La tregua no durará mucho, te gustará saber que me volvieron las ganas de escribir, tú lo comprendes, si hubieras estado vivo no les habríamos dado paz a las Audiencias durante estos años que quedaron en blanco. En 1742 volví a ocurrir al rey, tú también te habías puesto viejo ya, Felipe Quinto, y me llegó Real Cédula a mi favor, pero ésa no la leíste tú, Juan del Rosario, ni tú, Alejandro. Empezaron este pleito conmigo y se quedaron dormidos. Atiéndanme, que estoy asentando mi crónica.

LA SIESTA COLONIAL (1743-1766)

¿No te despierta, Alejandro, ese ruido que se escucha, ese trueno profundo, repetido, de dos en dos, que viene subiendo entre las nieblas de la montaña y se extiende por el valle? ¿Qué hace esa gente insensata, sacando las carretas y las mulas, desbordando las calles, dando gritos, precipitándose? De Santiago a la Trinchera, de la Atalaya del Gavilán a la Caleta, va retumbando el disparo de los dos cañones que ha encendido el castellano del puerto. Despierta, Alejandro, la ciudad entera está en fuga y tú duermes en tu casaca de seda fina, como si nada sucediera. Nos atacan los ingleses. Pero, ¿qué se habrán creído esas raposas?, ¿que esto es tierra de nadie? Cuando habíamos descansado de los piratas y bucaneros, ahora es la mismísima escuadra inglesa que con diecinueve buques ataca las fortificaciones de La Guaira. Todo el día y parte de la noche resiste nuestra artillería, y cuando la oscuridad haya entrado en la ensenada, a lo lejos flotarán fuera de combate la nave almirante, de setenta cañones, la nave capitana y dos más, que, picando los cables, huyen en medio del fuego que ilumina el mar. Descalabrados y maltrechos no ceden los ingleses y enfilan sus naves hacia Puerto Cabello, donde los está esperando el mariscal Zuloaga para echarlos, y que se vayan nadando o como puedan, porque han llevado bastante plomo. ¿Por qué, Alejandro, esta tierra atrae la ira de Dios? ¿Por qué la han llamado Tierra de Gracia, cuando las desgracias no nos dan tregua? ¿Cómo se le ocurrió a Colón pensar que había llegado al Paraíso? ¿Dónde está ese Dorado que han pintado unos cronistas necios? Si cuando no es una cosa es la otra, si por casualidad nos mandan con una mano a un gobernador decente, con la otra nos acuña a la Compañía Guipuzcoana para que nos deje exangües, cuando no caen aguaceros que pierden las cosechas, tiembla y se vienen abajo las casas, y si dejan de asolarnos los piratas, nos bombardean los ingleses, el año que no hay fiebres vienen las viruelas, pasan las viruelas y apesta el vómito negro, y cuando todo parece estar en calma, se alzan unos negros y queman una hacienda. Tonta sería si creyera que todo se va en ordenar a las esclavas que sirvan el chocolate en jícara de plata o en mandar al paje a preguntar por la salud de los vecinos, para que me diga que hay enfermos. ¿Cuántas epidemias hemos sobrevivido? Desde niña recuerdo escuchar las voces amedrentadas de los esclavos: dicen que hay viruela, dicen que dan los vómitos, que hay sarna, que hay lepra, cuentan que los lázaros merodean por las afueras de la ciudad buscando levantar chozas para instalarse, cansados de que les tiren piedras y los alejen lanzándoles mendrugos de pan por las ventanas, dicen que han salido las tropas a recogerlos y trasladarlos lejos, mientras les construyen hospicio, dicen que por las noches el viento sopla los humos hediondos de la ropa quemada de los héticos, y que en los hospitales no caben ya los jergones en los pasillos y los enfermos despiertan en un solo alarido, porque la oscuridad confunde sus cuerpos con los cadáveres hacinados. Recuerdo a mis padres preparando viaje a las haciendas para huir de las pestes y aislarnos de esta podredumbre que cada tanto nos diezma. Cuando las tropas de Ricardos estaban acosadas por las fiebres, se murmuraba que era castigo de Santa Rosalía por haberlas acuartelado en su convento, decían los vecinos que por las noches se escuchaban las voces de las monjas reclamando sus celdas como en los tiempos en que gritaban porque hombres barbados, de cuernos en la cabeza, las tentaban; y aseguraban que las antorchas y luces que se veían no eran otra cosa que las disciplinas de fuego con las que la santa combatía a los soldados,

porque sólo ellos morían. Castigo para ti, Ricardos. ¿No querías tanto defender a la Guipuzcoana? Por cada doblón que te pagaron por celar sus intereses, enterraste un hombre muerto en vómito, y así estábamos expuestos a caer la ciudad entera, uno a uno, si no hubieras sacado a los soldados del convento, para no morir tú también y que toda Caracas no fuera más que alimento para los zamuros. No quería apestar me, Alejandro, por eso di orden a las esclavas que cerraran con doble tranca las puertas y que, si era necesario, nos comeríamos las hierbas que crecen en el patio y degollaríamos a los caballos, antes que ir a morir en el suelo del hospital de la Caridad, escuchando los lamentos de las prostitutas que se consumían en el vómito y los chillidos de las locas que también estaban apestadas y estremecían los barrotes de las jaulas para que les echaran algo de alimento. ¡Morir, Alejandro, desangrada por barberos malolientes, cuando debo quedarme aquí, ahogada entre mis papeles y buscando los escritos que me dan la razón! Este memorial te lo dirigí a ti, Felipe Ricardos, en 1752. Aquí leo en la tinta oscurecida:

Los perjuicios y daños irreparables que están causando los dichos morenos, llegando el caso de impedir o contradecir las mismas labranzas que mis propios hijos pretenden hacer en las dichas sus tierras.

¿Pretendían ellos? Pretendía yo, yo era quien no les daba descanso para que continuaran en la lucha que emprendí con Alejandro y Francisco mi cuñado, para que cesaran los negros en las rozas y se fueran a no menos de quince leguas del mar. Pero ¿qué se les ocurrió a mis hijos para solventar el pleito, que decían no les daba ganancias sino trabajos y preocupaciones? Dividir el patrimonio, vender en no sé cuántas partes las composiciones, para que se multiplicaran los litigios hasta formar una tupida selva de pergaminos, de procesos y contraprosesos, de modo tal que no hubiera procurador que encontrara el camino, ni juez que supiera qué decir, ni aquí, ni en el propio Consejo de Indias. Lo hicieron para que ni en esta casa cupieran los papeles que contenían esos pleitos y mi voluntad se viera así debilitada. Después, arrepentido y con el rabo entre las piernas, vino mi hijo Nicolás a solicitar el mayorazgo en nuestra recién fundada Audiencia. ¿Te estás riendo, Juan del Rosario? Escucho tu risa burlándote de mí, creyéndome impotente ante tantos dueños como tiene ahora la tierra, pues tú también saldrás perjudicado por esta estúpida decisión de mis hijos, quiero que sepas que tus negros también han caído en pleito y ya no reconocen a tu yerno como Capitán Poblador.

Apelaron mi escrito de 1752. Muy bien; pero una cosa le dejé clara a Ricardos, y es que no les pagaba las bienhechurías más que a los viejos, a los primeros que llegaron contigo, cuyos nombres tengo muy sabidos. Aunque lo que me quede de luz sea apenas un manchón blanco que por momentos se enciende, hasta con la punta de los dedos reconozco los nombres de los primeros, y estoy segura de que sus ojos estaban tan oscurecidos como los míos y sus manos tan agarrotadas como las mías, a ésos solamente les pago, le dije a Ricardos. ¿De dónde me van a solicitar bienhechurías unos negros que me han invadido la hacienda? ¿Y sabes qué se les ocurrió solicitar también? Licencia para convertir la choza de bahareque que el pueblo tenía por iglesia en fábrica de paredes de tapia. Y el tonto de Machado y Luna, para congraciarse, tuvo a bien dar licencia episcopal, conmovido porque los propios morenos prometieron que si no había rentas para la construcción, ellos mismos harían una colecta. Como

gozaban de capellán, por lo visto querían lucir catedral. Allá el necio de Machado y Luna, pero tú sabes bien, Juan del Rosario, que eso fue mentira de tus negros, astucia que les quedó de tus enseñanzas, y que lo que querían era afianzar la iglesia para más determinación de su asentamiento. No creerás, tú que me conoces, que yo los dejé edificar sin oponer recurso. ¿Acaso no dejé sin habla a Remírez de Estenoz con el asunto de la Guipuzcoana? ¡Hubieras gozado con ese asunto, Alejandro! Fabricaron una casa enfrente de la nuestra, de modo tal que cuando abriera mis ventanas, la construcción se alzaba tapándome la vista de la montaña e impidiendo correr la brisa. Fui yo misma a darles aviso de que debía de ser de un solo piso, como lo eran todas, y ellos me contestaron que si me molestaba, no elevarían el segundo. Pensaron que unos días era para mí tiempo de olvidar; cuando de nuevo escuché el ruido de los albañiles y volví a quejarme, me contestaron que ellos no sabían nada y que tenían órdenes de levantar otro piso y que así lo harían. ¿Sabes lo que dispuse? Pues llamé al mayordomo de la hacienda de Chacao para que se apersonara en la ciudad y se trajera no menos de treinta esclavos con zurriones de piedras, y salió la cuadrilla tirando los pedruscos y cascotes que encontraban y los ladrillos que se iban desgajando. Los albañiles se defendían a martillazos, arrojando las reglas y plomadas y las tinas de mezclote, hasta que echaron por tierra los andamios y unos y otros entraron en combate mano a mano. Cuando no quedaba hombre en pie entré a recoger a mis esclavos, unos estaban heridos y los hice llevar a la casa para sanarlos, otros desgraciadamente estaban muertos. Con el escándalo se presentó Remírez a preguntarme qué había ocurrido. Una broma, gobernador, le contesté, una tonta escaramuza que se formó porque mis esclavos tiraron algunas piedras a los albañiles y ellos creyeron que se trataba de una pelea y contestaron a martillazos. Una broma que le quise gastar a la Guipuzcoana por haber faltado a su palabra, y ya ve, qué mal me ha salido la broma, soy yo la perjudicada porque hasta mi mejor capataz he perdido. Si no me encaramaron los vascos ese segundo piso, yo te aseguro a ti, Juan del Rosario, que va a llover mucho hasta que tus negros vean la iglesia con paredes de tapia. A pesar de mi influencia de mujer principal, mis procuradores toparon con la iglesia, y por ello no lograron impedir la licencia de Machado y Luna ni que la diócesis de Caracas regalara tres imágenes de la Virgen de Altagracia, San José y el Niño, en sustitución de los lienzos perdidos, cuando el capitán general Diego de Portales y Meneses ordenó arrasarse en 1721 la choza con una cruz y destruyó el pueblo a mis instancias. Sin embargo, a pesar de la licencia episcopal, se quedaron tus negros en las mismas porque Machado y Luna era hombre más de palabras que de obras; y durante muchos años no hicieron sino suplicar que querían iglesia de tapia y más alejada del río, pues en cada crecida el agua desbordada la inundaba y pasaban muchos meses, todo el invierno, hasta que fuera posible celebrar en ella. Muchas veces le pedí a Alejandro que me llevara a ver el pueblo que fundaste, la choza que levantaste de iglesia, las arboledas que sembraste; sabes que nunca salí de mi casa, de estas cuatro calles en las que vivían las personas de mi condición, a quienes visitaba y me visitaban, y hubiera querido ver con mis ojos vivos las tierras que me disputabas, pero Alejandro nunca quiso hacerlo, no era el viaje aconsejable para una mujer siempre parida o por estarlo, y de hijo en hijo, fue pasando la ocasión.

El obispo Mariano Martí, en su visita pastoral a los valles de Barlovento en 1784, ordenó construirla de tapia. Cuando visitó el pueblo de Curiepe encontró una población de unas cincuenta casas inmediatas a la barranca del río y la iglesia de una

sola nave, con paredes de bahareque y cubierta de palma, sin baptisterio para conservar el agua consagrada, que se guardaba en un lebrillo en el cajón de la sacristía, y un nicho con dos figuras pobremente vestidas que mandó a componer y asear porque en aquel estado no causaban devoción, el suelo sin enladrillar, menos la parte ocupada por el presbiterio, la puerta muy deteriorada, y por altar una tarima de ladrillo, adornada de madera, en la que sobrevivían dos manteles de breaña con guarnición de encajes y un palio de seda labrada, aún de buen uso, sobre el cual reposaba el sagrario de una vara de alto, de madera de media talla, pintado y plateado y cubierto por un velo bien tratado. Convino el obispo en que el deterioro y desaseo de la iglesia no se ajustaba para colocar en ella a su Divina Majestad, buscó entonces los cimientos que podían rastrearse donde tus negros habían intentado edificar en los tiempos de Machado y Luna, y dispuso que allí mismo se comenzaran las obras de la iglesia y ordenó también construir un cementerio, que no lo había. Se preocupó al constatar que los hacendados se negaban a pagar los estipendios y las obviaciones para el pan, el vino y la cera, unos por alegar el peso de manutención de los esclavos y otros por considerar que trabajaban con gente libre, a quien debían pensión, y así nadie quería comprometerse con los derechos parroquiales. Quiso corregir este vicio el obispo Martí, así como otros muchos que encontró, porque no escapó a su pastoral mirada que eran pocos los morenos que asistían a misa y, salvo alguna vieja, no cumplían los preceptos ni mostraban devoción, virtud o frecuencia de sacramentos; cosa que sabía yo muy bien sin necesidad de montarme en un burro, como el pobre don Mariano, para recorrer días de camino sobre lodazales y pasar noches durmiendo en chozas sin piso, pero él, como Santo Tomás, y no se le puede quitar, recorrió durante varios años infatigable toda la provincia, constatando y escribiendo. Lo dejaron sin hálito las irregularidades morales que encontró, cuando pudo comprobar que los tenientes inútilmente trataban de formalizar y sujetar a la vida cristiana a las morenas, tanto libres como esclavas, sobre todo a las primeras ya que andaban de su cuenta, y pudo conocer así que el pueblo entero se hallaba sometido a la pasión de bailar en bautismos y velorios y dispuestos a aprovechar cualquier víspera de fiesta para ello, aunque luego amanecieran soñolientos y cansados, y como era de esperarse, poco inclinados a cumplir con el precepto. Quedó decepcionado, en suma, por el débil efecto que tenían las pláticas y exhortaciones de los curas párrocos para impedir aquellos bailes y para lograr que asistieran a misa, semanalmente los que vivían cerca de la iglesia, quincenalmente los que estaban de dos a cuatro leguas, y por lo menos una vez al mes o cada dos, los que debían atravesar ríos crecidos por vivir a más de diez leguas, y ordenó que si era necesario, en beneficio de sus almas, recurrir al castigo, no dudaran los curas párrocos en castigar a los transgresores con pena de cárcel. Pero quedó muy abatido cuando fue impuesto de que con frecuencia los tenientes se solazaban con las morenas y eran los mismos párrocos los que no celebraban misa, por estar muy entregados a sus propias ocupaciones, gastando el dinero de los derechos parroquiales en sus propias siembras, e incluso llegó a saber de más de uno que había vivido mal. En 1791 las obras no habían culminado, a pesar de que las recomendaciones del obispo obligaban a prorratar los cuatro mil pesos de la fábrica entre los hacendados, quienes con toda razón se opusieron a malversar sus dineros en aquella vana construcción, y sólo se levantaron las paredes, sin puertas, y parte del techo sin rematar. Finalmente, en 1806, se entronizó el Santísimo Sacramento y se fundó su cofradía, pero quiso Dios que aquella iglesia fuera siempre

cuerpo de castigo, y en el temblor de 1812 se cayeron siete varas del alero, se dislocó el tejado, se desplomó el tercio de sus dos molinetes y se destechó la sacristía, salvándose del daño Nuestra Señora de Altagracia, Nuestro Señor San José y el Niño, bautizado como Niño Jesús de Curiepe, a más del sagrario y el atril que también permanecieron.

Y es que los terremotos no perdonan ni a españoles ni a canarios, ni a pardos ni a negros. Menos mal, Solano, a ti que te gustaban las cuentas claras, que hiciste la lista de las iglesias conmovidas en el terremoto de 1766, que aquí cuando se cae una piedra se deja caída hasta el fin de los siglos, pero al menos, teniéndolo escrito, podremos recordarlo: Catedral, San Jacinto, la Merced, San Francisco, la de las Concepciones, las Carmelitas, San Pablo, Altagracia, Candelaria, Santa Rosalía y San Lázaro. Tuvo Solano que interrumpir sus tertulias de principales para pasear por este cementerio, con el obispo Díez Madroñero y los notables, a repartir comida por las calles, establecer que los curas entraran sin preguntar para dar los óleos al que acabara de expirar, y buscar esclavos que abrieran zanjas en Santa Rosalía para amontonar los cadáveres, que eran tantos que ni los contaban ni pretendían dar nombre a las sepulturas, ya que toda Caracas fue una gran tumba, una ciudad deshabitada de la que huían cuantos podían. Al rugido de la tierra, los vecinos dormían en la calle para que no los aplastaran los ladrillos que se derrumbaban de las iglesias, gritaba el pueblo espantado frente a esta misma casa, y se oían los alaridos de los sirvientes, refugiados en el patio y el traspatio.

Despierta, Alejandro, despierta de tu siesta que ya ha pasado todo, estoy sola en esta casa, la tarde se pone pesada, amenazando lluvia. Tengo un deseo insatisfecho, que alguna vez me hubieras llevado a la península para escuchar música sagrada en una gran catedral, pero nunca quisiste hacerlo, y no he ido más lejos de la hacienda de Chacao; estas piedras caídas son las mías, esos cuatro ríos que cruzan la ciudad, son los míos, este estrecho valle es el mío, y esa neblina que abraza la montaña del Ávila es la mía, y esos negros andrajosos son los míos. ¿Me oyes tú también, Juan del Rosario, liberto de mi parte? Son míos, y míos los cacaotales de Curiepe, míos para siempre, y míos la Sabana de Oro y la ensenada de Higuerote, míos porque así lo dicen los títulos. Ayúdame a buscarlos, negro terco, porque tú también estás vivo en esta búsqueda. Yo tengo la razón que me da el pasado y tú la que te da el futuro; ya verás que el tiempo nos cubrirá a los dos completamente, pero yo los seguiré buscando porque tengo la voluntad de que permanezcamos en la memoria.

UNA AUDIENCIA DE CARLOS III

¡Tantos nombres como han ido pasando, tanta letra en estos papeles, tantas jerarquías a quienes nos hemos dirigido, Juan del Rosario, tantos reyes lejanos a quienes les celebramos funerales y aclamaciones, muertes y nacimientos, exequias y loas, que nunca se escucharon al otro lado del mar! Hoy salen en pomposo desfile las autoridades a celebrar la proclamación de Carlos Tercero. Alejandro, ¿qué haces que no te levantas y sigues la columna? Todos los notables están en la calle. ¿Qué haces que no te pones el tricorno de alcalde y regidor del Ilustre Ayuntamiento de Caracas? Allá van el gobernador y capitán general Remírez de Estenoz, el ilustre obispo Díez Madroñero, los alcaldes y regidores, el intendente del ejército, los miembros del Tribunal de Cuentas, el teniente de rey, los cuerpos militares, los empleados de Hacienda, los escribanos, y todo aquél que por A o por Z se considere digno de desfilar. Alejandro, ¿no vas a obsequiar, como cuando la jura de Fernando Sexto, un banquete al pueblo para que luzcan en la plaza Mayor los jamones, el queso, el casabe, y se harte la multitud? Hasta una estatua derramó vino de sus pechos para consternación de los clérigos que vieron en ello obra del demonio emborrachando al pueblo. Alejandro, levántate y escucha la música que invade las calles, van pasando los muchachos en danza de espadas, seguidos de los clarineros, los guitarreros, los violineros y los chirimiteros. ¡Cuándo se había visto tanto lujo! Se han celebrado toda clase de fiestas, procesiones, corridas de toros, juegos de cañas, carreras de gatos encintados y danzas; en cada plaza se han levantado tablados para ofrecer comedias y autos y las máscaras recorren la ciudad arrojando confeti y serpentinas. El gremio de pardos representa un auto sacramental en tablado con cortinas de seda, el de morenos, comedias y loas a Su Majestad, el de tenderos desfila en caballos enjaezados, y hasta al amanecer se escuchan los gritos y aplausos, las risas y voces, y toda la ciudad está adornada de antorchas y luminarias. Dicen que las fiestas se ordenaron por tres días pero hubo tanto jolgorio y celebración que nadie cayó en cuenta del calendario y pasaron cinco. Al menos cinco días de fiesta en esta pobre provincia olvidada que no tuvo las riquezas del Perú, ni las grandezas de la Nueva España, al menos cinco días de alegría en esta aldea oscura, en estas cuatro esquinas empedradas en medio del monte y las culebras.

¿Qué haces, Alejandro, sigues durmiendo la siesta? Debo relatarte el viaje de dos negros de Curiepe a Madrid, a la corte de Carlos Tercero. ¿Que no te lo crees? Yo estoy curada de espantos, me costó convencerme pero puedo asegurarte que Carlos Tercero, rey de España y de las Indias Occidentales, el año de 1763, recibió en audiencia a José Colmenares y a Juan Pedro Barrios o Barreto, vecinos de Nuestra Señora de Altagracia y de San Joseph de la Nueva Sevilla de Curiepe, súbditos de la provincia de Venezuela, en las costas de Tierra Firme.

Las olas remontaban el navío, se alzaban por encima de los puentes y caían estruendosamente sobre las tablas de madera que crujían y amenazaban con desclavarse. Los marineros recogían las velas y los palos se zarandeaban en el viento, apenas se escuchaban las voces de los oficiales dando gritos a los hombres; el timón, sin responder a los golpes de mando, y la tripulación pidiéndole a Dios que las olas sostuvieran a flote la fragata mientras se disipaba la tormenta. Los pocos pasajeros, amarrados con fuertes mecates a los palos, intentaban resistir y ser más fuertes que el

bamboleo que en cualquier momento podía arrojarlos por la borda, empapados por la lluvia y el mar ayudaban a los grumetes a achicar el agua que inundaba la cubierta. En poco tiempo la nave podía desguazarse y hacer agua sin que nadie tuviera la esperanza de alcanzar tierra en las chalupas. El cielo, tan oscuro, impedía ver que se hallaban a corta distancia de Saint Thomas y no fue sino al amanecer, cuando el viento amainó y las nubes se secaron, que un marinero divisó la isla. El capitán ordenó dirigirse hacia ella para buscar refugio y dedicarse al arreglo de las averías que la tormenta había causado, antes de que pudieran zarpar de nuevo rumbo a Cádiz. Diez días estuvo detenida la fragata en Saint Thomas, tripulación y pasajeros no se creían ellos mismos cuando, bajo un sol tranquilizante, hundieron sus pies en las cálidas arenas y refrescaron sus labios reseco con el agua de los cocos que bordeaban la playa. Diez días de retraso costó el percance, pero no eran tantos si de todas maneras la travesía solía durar hasta dos meses. Los mástiles rotos y las velas rasgadas exigían tiempo hasta poder volver a echarse al mar. Cuando el capitán ordenó la partida, aunque aún temeroso de que los vientos no fueran favorables, los marineros festejaron el haber salvado sus vidas, y la noche antes de partir bebieron hasta caer borrachos y almacenar dentro de sí todo el ron que les cabía en el cuerpo. Zarparon al amanecer con un mar tranquilo y azul que transparentaba los corales. El capellán, reuniéndolos a todos en la cubierta, celebró una misa de acción de gracias, y un artista aficionado que viajaba entre los pocos pasajeros, recitó versos y animaba a todos entonando canciones que los hombres seguían a coro. El débil soplo del viento los hacía avanzar poco hasta que finalmente quedaron detenidos y la noche cayó en una calma chicha que los dejaba flotar suavemente. La tripulación, todavía con resacas de alcohol, entró en un sueño pesado y los diez o doce pasajeros, incluyendo al capellán y al cirujano, se acostaron amontonados en el suelo, huyendo del aire enrarecido de la sentina. Algunos, más afortunados, lograron colgar una hamaca de los barrotes y cubrirse con mantas, otros habían rescatado un colchón, todavía húmedo, y echados de a tres dormían. Nadie escuchó el breve ruido de un lanchón que lentamente se aproximaba. Sin que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, los piratas lanzaron las cuerdas e irrumpieron a bordo, en poco tiempo se apropiaron del cargamento y desplumaron de sus pertenencias a los pasajeros, quienes sorprendidos no sabían si soñaban una pesadilla. Un grumete, por defender una moneda de plata que escondía en el pañuelo, cayó sangrando en medio de las voces amenazantes de los corsarios que daban órdenes a los asaltados de bajar a la sentina, mientras ellos se alejaban.

Joseph Antonio Colmenares, capitán del pueblo de Curiepe, y Juan Barreto, el más anciano de la vecindad, se miraron sin decirse nada. Cuando creían haberse salvado de la tormenta, ateridos de miedo, se encontraron con las manos vacías, sin el poco dinero que el pueblo recogió para mandarlos a España a hablar con el rey. No habían previsto que pudieran ocurrirles más desgracias. En silencio escuchan los gritos que cruzan el capitán y el contra maestre con la tripulación. El capitán, cansado de adversidades, quiere regresar a La Guaira, pues la travesía sin mercancías no le representa ganancias. El contra maestre lo apoya, la Guipuzcoana no les paga por cruzar el mar sino por la carga que transportan. Los marineros, en cambio, no quieren volver, llevan ya muchos meses fuera de sus hogares y la paga será la misma. El piloto se une a la tripulación y se niega a dar marcha atrás, capitán y contra maestre no tienen más remedio que plegarse a su voluntad, y renegando de su mala suerte, enfilan la proa rumbo a las Canarias. Los dos negros no saben qué hacer. No saben si alegrarse

de seguir o lamentar que no hayan vuelto a La Guaira. Se han embarcado para ir a España, a pedirle una audiencia al rey, y llevan como única puerta de entrada una carta de recomendación para Joaquín Guadalupe, un moreno de Caracas sirviente de un gran duque en Madrid, y algún dinero que los vecinos lograron reunir. Despojados por la rapiña de los piratas ingleses, lo que les queda es una moneda de oro que Joseph Antonio se saca del culo, mientras le guiña un ojo al viejo.

Cuando sin más calamidades llegan al puerto de Cádiz una mañana del mes de diciembre, logran después de muchas vueltas unirse a una recua de mulas que conduce un arriero hasta Madrid, y descubren, atravesando serranías y llanuras, algo en lo que no habían pensado mucho: el frío, la helada que los sobrecoge y que sólo logran calmar con una manta que, junto a la hamaca, es su único equipaje. Con la carta de recomendación para Guadalupe y un papel con las señas del palacete del duque, enfrentan la vergüenza de los ojos asombrados ante su color, los oídos burlones, cuando escuchan su pronunciación y su escaso lenguaje, el temor de verse ante tan altos edificios y tanta gente, en una ciudad de carruajes, paseos, calles y esquinas que una y otra vez equivocan. Joseph Antonio Colmenares teme que el viejo, agotado, temblando de frío, sin nada en el estómago y pasmado de miedo, no llegue con vida hasta la casa del duque, donde esperan que Guadalupe les brinde algo de comer y un pedazo de suelo para dormir.

Pero llegaron, Alejandro, llegaron, y el duque se compadeció de su miseria y los encomendó a un procurador que se comprometió a favorecerlos y lograr para ellos unos minutos de audiencia, a la que supongo acudieron más asustados que en pleno naufragio. ¿No tenías más que hacer, Carlos Tercero, que darles audiencia a los negros de Curiepe? ¿Te entalcaste la peluca para sentarte a escuchar su escrito? ¿Lloraste de compasión cuando te contaron sus pleitos con doña Inés Villegas y Solórzano? ¿Te explicaron que ellos habían sido fieles vasallos, habían defendido las costas de Barlovento de los piratas y habían celado el contrabando? ¿Te preocupaba mucho el contrabando, Carlos Tercero?, ¿no sabías que eran tus gobernadores y tus intendentes quienes lo propiciaban? ¡Ah, pero no!, tú no sabías nada, sino que ellos creían en Dios y en la Iglesia de Roma, habían levantado capilla, bautizado a sus hijos y celebrado los días de sus santos. ¿No te llevaron un tambor para que te animaras tú también y bailaras con ellos como en los velorios? No, tú estabas allí muy serio, una tarde aburrida, mientras ellos le manifestaban a tu Real Persona las muchas tribulaciones en que se hallaban, los despojos de los que eran víctimas, los trabajos que habían servido y las bienhechurías que habían construido, y como sus cartas no te llegaban o te llegaban antes las mías, pues ellos, fieles súbditos, habían venido en persona a reclamar, a suplicar, a implorar a Tu Majestad que escucharas sus requerimientos, que atendieras sus pedidos, que leyeras sus escritos y memoriales, desde el primero, el memorial suplicatorio que en 1715 le escribió Juan del Rosario a tu augusto padre Felipe Quinto, solicitando poblar el sitio de la Sabana de Oro y puerto de la ensenada de Higuerote, tierras que no conocías, pero que ellos venían poblando y sembrando desde 1715 hasta entonces, 1763, día tras día, a pesar de las querellas que les habían entablado doña Inés y su marido, don Alejandro, y sus múltiples descendientes y colaterales, pues habían dividido el patrimonio para mayor confusión, tierras que no querían sembrar sino mantener ociosas y de su posesión, alegando unos títulos de

composición de 1663. ¿Estabas cansado de ilustraciones o era una mala tarde para salir de cacería, Carlos Tercero, que te quedaste escuchando esa sarta de mentiras? ¿De dónde sacaron que no las queríamos sembrar? Se aprovecharon de que no sabías nada de cacao, fuera de que te gustase el chocolate, y no entendías que no toda la tierra se siembra y que el cacao crece en la sombra. Cinco mil sacos al año producen mis árboles, para que vinieras tú a creerles que las tierras estaban ociosas; y los títulos no los alego, los tengo, y me confirman la posesión. Pero ahí estabas tú, escuchando monsergas, oyendo a los negros que muchas reales cédulas les habían dado a ellos la razón, pero otras se la habían quitado, y ya no sabían a quién recurrir ni qué hacer para conservar sus siembras, porque se encontraban despojados, y doña Inés, por no querer pagar las pertenencias, no había hecho ningún caso de la escritura de fianza que le obligaron a firmar por ellas, alegando que sólo les pagaría a los primeros pobladores, y pues había pasado tanto tiempo, los primeros estaban muertos casi todos, entre ellos Juan del Rosario, quien fue Primer Capitán Poblador y Capitán de las Milicias de los Morenos Libres de Caracas.

Hubieras tenido que venir tú en persona, Carlos Tercero, remando o nadando, para que les pagara yo las bienhechurías a los negros de Curiepe, hubiera sido necesario que vinieras tú, con la escritura de fianza en la mano, y tocaras a mi puerta en mi casa de la esquina de San Jacinto, para que me sentara a conversar de ese asunto contigo y te explicara yo quiénes son los negros de Curiepe. Pero ellos ahí llorándote que con todas estas desdichas habían ocurrido ante Su Majestad para rogarle la paciencia de escucharlos y de leer los muchos documentos que atestiguaban su derecho, y así decidiese él en su Real Persona sobre este pleito, que según ellos, no les daba descanso y les quitaba la ocasión y la fuerza para mejor servir a la Corona. Me voy a creer yo que tú te leíste los escritos que cruzamos los negros y yo durante estos años; con los que tengo aquí guardados y los que reposan en el Consejo de Indias, debe haber suficientes para empapelarte todo el palacio de Oriente. Les firmaste una cédula para salir del apuro y sin medir las consecuencias. ¿Le viste a José Colmenares, negro cimarrón, que de alguna hacienda se había escapado, la cicatriz del cepo? ¿Te contó que los criollos éramos crueles y los maltratábamos? Pues te hubieras quitado la peluca y venido tú mismo a meterlos en cintura.

Los estoy viendo llegar, Alejandro, sé muy bien quiénes son, Barreto llegó a Curiepe con Juan del Rosario, lo veo abrir su boca desdentada y reírse como un niño, anciano y artrítico como está, que casi me da lástima, y el otro, José Colmenares, nació allá mismo. Los estoy viendo, arrebujados en la cubierta con el pedazo de cobija que les queda, guardando debajo del sobaco la cédula que les ha entregado el rey, muertos de frío, mientras el capellán le reza una oración a un marinero muerto, al que han lastrado con una bala de cañón para lanzarlo al agua, y a pesar de todo, se ríen porque regresan victoriosos de que el rey, ¡dígame eso!, los ha recibido. Se están comiendo unas galletas humedecidas y unos granos secos que les parten los dientes y los llenan más de sed, rodeados de tanta agua y husmeando unos toneles nauseabundos. Ese marinero muerto es el segundo que arrojan al mar, uno con las disenterías y otro con una pierna gangrenada, pero ahí van ellos, riéndose y apostando, porque los oficiales han decidido hacer una pelea de gallos para pasar el aburrimiento de una noche larga y sin viento.

¿Te imaginas, Juan del Rosario, la cara de Solano cuando se le presentaron José Colmenares y Juan Barreto a decirle que venían de España y que traían Real Cédula a

su favor? Escribano, enciéndeme un candil, porque apenas me llega un rayo de luz para deletrear lo que se lee aquí, sí, de 1763, dice Carlos Tercero:

Y no estorbéis a los expresados morenos que saquen del mencionado pueblo los bienes que tengan ni que desarmen sus chozas, y conduzcan sus materiales al paraje que se les asigne para su nuevo establecimiento.

¿De modo que no los estorbe yo y no que ellos no me estorben a mí? Una sola cosa te digo, Carlos Tercero, y es que esto no se queda así, porque los mantuanos estamos de la Corona hasta la coronilla.

SI VOSOTROS NO ME QUERÉIS (1789-1810)

Y a ti, Carlos Cuarto, que te lo venían diciendo pero todo lo echaste en saco roto, ¿no te habían llegado las noticias de Caracas? ¿No te lo había dicho tu capitán general Carbonell Pinto Vigo y Correa, que aun de tan largo nombre, no se cansaba de firmarte cartas contándote los líos y las intrigas de tus intendentes y regidores que se habían fraccionado en partidos y unos te escribían a ti y otros se carteaban con Godoy? ¿No tuvo la insolencia un tal marqués de Campo Alange de decirle, en tu católico nombre, que no se molestara tu soberana atención con recursos impertinentes? Guarda, pues, tu atención soberana y sorda para otros asuntos, que de lo que pasa aquí no sabes de la misa la media y sólo te acuerdas de nuestra existencia cuando a María Luisa le apetece el chocolate. Pues mientras tú merendabas con empingorotadas duquesas y te ufanabas de ofrecerle a los príncipes de Europa el mejor cacao del mundo, bajo este solazo hervía algo más que el chocolate. Han ocurrido sucesos de mucho interés para los franceses, y hasta los negros prófugos de Haití les han contado a los nuestros que en París se guillotina a las reinas y que ahora se dice *libertad, igualdad y fraternidad*. Comentan las malas lenguas que a ti también se te han pegado los aires a la francesa y que por eso nos terminas el siglo con esa cedula que todos conocen con el nombre de *Gracias al Sacar*. Te la hemos protestado, y tú con la soberana atención en otra parte; te la volvimos a protestar, pero ya era tarde. ¿Quién le va a protestar a un rey abdicado? Según esa cédula resulta que para ser blanco basta con pagarlo, y dime una cosa, si es tan fácil cambiar el color, ¿por qué no sacas tú la gracia de ser negro? Buena la hiciste, lo que nos faltaba a los mantuanos para endemoniarnos, tres siglos teniendo a los negros a raya y los tiras por la borda de un plumazo, tres siglos cuidando de nuestras hijas y sus legitimidades y haciéndonos la vista gorda con los maridos, que éstos sí, indudablemente, alguna gracia sacan de dormir con las morenas, para que ahora nuestros derechos se compren como quien va a la botica. Ahí tienes tú a Juan del Rosario, pocas dudas me quedan de su origen, y Dios en su gloria se lo haya perdonado a Alejandro, lleva mi apellido porque es costumbre darlo a los esclavos, pero de moreno libre no ha pasado, y libre porque fue liberto de mi parte, que estaba harta de alimentar tantas bocas y de tenerlo ahí plantado, de paje ocioso, que ni siquiera me hacía bien los mandados y su mejor tarea era jugar al escondite con mis hijos, ahijado de bautismo de Alejandro, pero fuera de esa jerarquía, más del cielo que de la tierra, no tuvo otra. En 1789 les exaltaste la imaginación a los negros dictando el Real Rescripto, el Carolino Código Negro, que no sé si lo escribiste tú o tu padre, pero ya antes de eso, andaban proclamando que el rey de España les había dado la libertad y que los criollos habíamos escamoteado el documento. ¿A ti no te llegaban las noticias de que el negro Ccofío, un charlatán de feria, recorría los montes espolvoreando la noticia de que el Código de Negros existía y que nosotros nos hacíamos los locos? Si supieran leer se hubieran enterado de la tontería que inventaste, creyéndote que eras tú el que hacía la Revolución Francesa; que debíamos educarlos en religión, decías, pues así se hizo, para lo que les importaba; que debíamos darles alimento y vestido, ¿no te parece que esto ya se nos había ocurrido? Que trabajaran de sol a sol y no más; ¿crees tú que el cacao se recoge de noche? Y ya en el colmo de tu soberana generosidad, que se regularan los castigos, prisión, grillete o cepo y no más de veinticinco azotes, y eso con instrumento que no cause contusión

grave o efusión de sangre. ¿No sabes tú que cuesta bastante mantener un esclavo para después malograrlo a golpes? No, no debes saberlo. Te supondrás que con un gesto de los dedos, como te sirven a ti tus lacayos, nos aparecen a nosotros los esclavos. Pues entérate de que aquí también, por prodigiosa que sea América, las mujeres tardan nueve meses en parir, y pasan lo menos quince años hasta que el carajito sale al monte, para no hablar de los que mueren párvulos, los que se desgracia la mano con el machete o los pica una culebra. Aquí, para que lo sepas, no se castiga más que a los comprometidos en los cumbés y en las rochelas, o cuando se arrecha el mayordomo, harto de buscarlos porque están pescando en el río o emborrachándose con las mujeres. ¿O creías tú que los curas doctrinarios han podido convencerlos de que el sexo es pecado? Aquí, Carlos Cuarto, casi nada es pecado. ¿No sabías que las autoridades confesaban que a pesar de las vivas diligencias para la exterminación de los levantados y castigar los insultos y enormes excesos que han cometido, no ha sido posible conseguirlo porque los montes donde habita esa gente malévolos son impenetrables y sólo ellos pueden traficarlos, por haber sido criados en dichos montes y éstos ser muy dilatados? A éstos sí, se les ha castigado sin compasión, cien azotes de látigo, servir trabajos forzados, no salir de la hacienda más que para cumplir los preceptos de la Iglesia, por cierto lo que más les fastidia, y cortarles la parte superior de la oreja izquierda, de modo tal que el que esté desorejado, no puede engañar a nadie y meterse de peón en otra hacienda. Más de una vez los propietarios de Curiepe le pedimos a la Real Audiencia acciones enérgicas contra los cimarrones, porque son los nuestros los más revoltosos, y el pobre Carbonell varias veces solicitó ayuda y se la negaron otras tantas. No valió de nada que anunciara el peligro de las noches de San Juan, en las que los negros conjurados entraban en los poblados con ánimo de jolgorio y baile, para después sacar los machetes y dejar un baño de sangre. Trató de decirte, el profeta del desierto Carbonell, que a más de los negros levantados, se comprometió en La Guaira la conspiración de Gual y España, y en una larga carta te informaba de las arbitrariedades de tus servidores y el descontento de la oligarquía criolla, previendo los sucesos que luego se resolvieron, y cuando desesperaba de que lo oyeras, únicamente te rogó que lo volvieras a España, porque estaba viejo y pobre; pero no hay peor sordo que el que no quiere oír, lo dejaste morir aquí y esperaste a saber las noticias, cuando ya era muy tarde. Y es que los vecinos de Caracas somos de naturaleza insurrecta y bochinchera. Cuéntaselo tú, Vicente Emparan.

¡Qué lástima, Alejandro, que no lo hayas escuchado ni visto, asomado al balcón de la casa del cabildo, con cara de que renuncia, cuando lo han renunciado, dejar en el aire para siempre esa pomposa frase: *si vosotros no me queréis, yo tampoco quiero mando*. ¡Ay, Vicente Emparan!, de tantos gobernadores, serás el último y el único que recordarán los niños en las escuelas. Triste favor le has hecho a España jugando a la pelota, que hoy estoy con don Fernando, que mañana con Bonaparte, y en ese guabineo te hemos tomado la palabra el definitivo Jueves Santo de 1810. Te fuiste corriendo del cabildo a confesarte, y con razón, habías perdido el imperio. ¡Cómo quisiera, Alejandro, que pudiera llegar a ti ese murmullo ronco, ese río soterrado que se va extendiendo, agazapado, saturando las gargantas calladas de odio! Cuando pensábamos que moriríamos de tedio y de impotencia en esta capitania olvidada, mal servida y peor gobernada, llegó a La Guaira un bergantín, enviado por Víctor Hugues, comisario imperial de Francia, a enterarnos de que nuestro rey era José Bonaparte. Hubieras visto el desconcierto de los españoles, inclinados a aceptar a los franceses y

tratando de sofocar al pueblo amotinado, pero para poner las cosas más difíciles, después del *Serpent*, ancló en La Guaira el *Acasta*, una fragata inglesa, con la misión de anunciarnos que el pueblo español se había levantado contra el usurpador y establecido una Junta Legítima en Sevilla. Hubieras querido entonces participar con lo más distinguido del criollaje en aquel fermento de reuniones secretas, en aquella confusión de Emparan, mareado por las revueltas, las conspiraciones, las propuestas, intentando ganarse a los pardos, convenciéndolos de que las ideas de los mantuanos no les convenían, oscilando en caer bajo la trampa, sin atreverse a apoyar a don Fernando, cuando se declara la Junta Suprema Conservadora de sus Derechos, apoyándolo cuando la Junta se declara rebelde, encarcelando a tontas y a locas, esperando en vano un ejército napoleónico que viniera a poner en claro las cosas de la América Española. Hubieras querido, estoy cierta, tomar tu sable montado en plata y saltar al caballo para seguir al coronel Bolívar, nuestro primo, y te hubieras estremecido al retumbar de los cañones, desde La Vela de Coro hasta Güiria, del Apure al puerto de La Guaira, cuando despertó el grito que amaneció atravesando toda la capitania. Los insurrectos vecinos de Caracas hemos sido declarados rebeldes por la Junta de Sevilla y estamos en guerra contra España. ¿Qué haces dormido como un tonto? Eres un muerto tonto, Alejandro. ¿Acaso te has perdido y no sabes encontrar el camino de vuelta?, ¿o andas revolcándote con las negras? En esta hora decisiva no tendré la mezquindad de echarte en cara tus ofensas. ¿Roncas amodorrado cuando tus nietos dejan a sus mujeres y a sus hijos y corren a convertirse en héroes? Estoy segura, si no fuera porque en este momento preciso no apareciste cuando debías, de que tu firma de hombre principal hubiera rubricado el Acta de Independencia. ¿Sabes lo que ha ocurrido o a pesar de mis gritos no te has dado cuenta? Pues ocurre que un día inventamos este monstruo, y a partir de entonces ya nada quedó igual, la Tierra fue redonda, el mar no se desparramó en el fin del mundo, la luz del Sol no se apagó nunca, los colores se multiplicaron, la imaginación de los cronistas se llenó de pájaros de grandes plumajes, de ríos inalcanzables, de tesoros escondidos, de playas infinitas; los astrónomos, los botánicos y los zoólogos tiraron a la basura sus libros porque se quedaban cortos, los teólogos se sentaron a discutir nuevamente el sexo de los ángeles, los asesores financieros de las cortes de Europa tuvieron que sacar otra vez todas las cuentas, porque al otro lado del mar se había abierto un sueño de invención que desveló a los reyes y a los príncipes, torturó a los doctrinarios, conmovió a los papas, exaltó la sensualidad de los poetas, desvió el centro del mundo y ofreció a los desheredados un nuevo cuerpo de seducción y codicia, y todo eso no es nada, Alejandro, cuando ahora, en esta aldea de Santiago de León de Caracas, en estas calles polvorientas, apretadas en un estrecho valle, aquí mismo, a la vuelta de la esquina, casi enfrente de nuestra casa, los vecinos le gritaron a Emparan que se fuera. ¿Sabes qué ha ocurrido, Alejandro? Pues que se ha desmoronado el imperio; ¿que ya estaba podrido, me dices?; a lo mejor. ¿Que Napoleón nos ha echado una mano?; no lo discuto. Como todo sueño quedará maltrecho, se nos caerá en andrajos, se burlarán de nosotros y nos taparemos con las manos la vergüenza de la desnudez, pero hemos echado a volar el fantasma de la emancipación que recorrerá el mundo y volverán a crujir las sillas en las que se sienta Europa.

CRÓNICA DE GUERRA (1810-1814)

Huele a pólvora y a carne quemada de españoles y canarios, de blancos criollos y de orilla, de negros y mestizos, de mulatos y cuarterones, de quinterones, zambos, bachacos y saltoatrás. Aquí no va a quedar títere con gorro. ¿No querían igualarse?, pues ésta es la ocasión, en esta matazón no va a saberse, no digo de quién se haya nacido sino de quién se habrá muerto. Han tocado a zafarrancho y todo aquél que tenga un odio o persiga una esperanza luchará a muerte, y en esta confusión en la que sólo los mantuanos sabemos a dónde vamos y estamos dispuestos a perecer, como en efecto pereceremos, no quedará piedra sobre piedra, se hundirán familias enteras y las patas de los caballos asolarán por donde pasen. Juan del Rosario, asómate a la ventana a ver pasar a los hombres que se alistan en los ejércitos patriotas, mira a las mujeres vendiendo hasta sus últimas pertenencias para apertrecharlos, ven aquí y deja tus correrías en el patio, paje insolente, que no hubo día en que te mandara a comprar un cuarto de papelón o una vara de lienzo, que no te aprovecharas para sisarme unos céntimos. Asómate para que veas la que se ha armado aquí, deja de esconderte en la penumbra de los árboles del patio, y ven acá, mi paje y mi liberto, acércate, Capitán de Morenos, que tengo que contarte una historia, todo lo que no sabes y no has podido ver de tus negros de Barlovento. Siéntate al lado de Alejandro, ¿no fue acaso tu padre? No lo disimules, Alejandro, que en esta hora postrera ya no estamos para mentiras. ¿No es verdad, Alejandro, que cuando era apenas un niño lo llevaste al valle de Curiepe y le regalaste una yegua para que aprendiera a recorrerlo?, ¿y no es verdad que te enorgullecías de su valor y arrojo cuando era un muchacho y le enseñaste a usar las pistolas? No te bastaron los cuatro varones que te parí, querías esparcer tus semillas y sentirte otro Dios creador del universo, inventor de razas, pues ahora querrás saber qué fue de las tierras que le prometiste, y qué queda de las tuyas, de los ciento cuarenta y tres esclavos y los ochenta y siete peones libres que recogían tu cacao. Yo te lo diré: no queda nada. En 1792 la Real Audiencia de Caracas dictó cédula confirmando nuestros derechos sobre las composiciones, pero ésas eran decisiones reales y ya no hay más reyes porque los hemos depuesto. Y querrás saber tú, Juan del Rosario, qué queda de los negros que con trabajo asentaste, pues bien yo te lo informaré: no queda nada. Tus escritos y memoriales se los ha llevado el viento, la tinta que empleaste se ha desvanecido, y para que de una vez te avergüences, te diré que andan todos alzados y dándole vivas a Fernando Séptimo. ¿No puedes creer que te hayan salido realistas? Pues así es, porque en esta sampablera alguien les ha dicho que sus aspiraciones igualitarias se verán mejor reconocidas si se mantienen fieles a la Corona y se han alzado en defensa de los supremos derechos de don Fernando.

¿No has sido tú el pretencioso, que bien lo dice el nombre, Narciso Coll y Prat, quien ha salido a explicarles a los negros de Barlovento que los criollos somos una cuerda de afrancesados, iluminados de las ilustraciones ateas y francmasónicas del despotismo y que ellos deben defender al rey porque Dios así lo quiere? ¡No juegue, don Narciso!, te ha quedado muy buena la explicación. Les has prometido la protección de la Corona, de la Virgen y de los santos, y ¿qué ha ocurrido? Yo te lo hubiera dicho si me lo hubieras preguntado, pero qué va, tú te lo sabes todo, pues ha

ocurrido que se te han ido de las manos y has tenido que salir aprisa y corriendo a echarles otra pastoral, recorriendo los valles y disgregando a las esclavitudes que lo que quieren es matar blancos como sea y entienden poco de ilustraciones, y a rogarles por todos los medios que se unan a las tropas españolas y no hagan la guerra por su cuenta. Al oír el estallido se han armado como han podido, de machetes, piedras y chícoras, y han formado un ejército anónimo que por donde va asola, roba, depreda, viola y mata. Se te han puesto la carne de gallina y los pelos de punta, ¿no es cierto? Te vinieron los recuerdos muy recientes de la degollina que hubo en Haití y te dio miedo de que si los negros te encontraban descuidado, te amarraran al botalón de la plaza, sin bonete y sin anillo de arzobispo, y te dieran de latigazos hasta perder el ánimo, sin que hubiera Dios que te ayudara ni rey de España que viniese a impedir que con el machete te rebanaran el pescuezo. Hiciste bien, con esta gente pocas bromas. Lograste someter a unos cuantos, pero se te quedaron realengos más de cuatro mil, y cuando esos cuatro mil hombres emprendieron la marcha hacia Caracas, realistas y patriotas temblaron de la mano. ¿Qué escribiste entonces, don Narciso, en ese Memorial de la Independencia?:

aquellas esclavitudes, si bien se han levantado en favor de V.M. ahora pretendían quedar libres en virtud de la misma ley marcial, que es un disparate

¿Así que es un disparate? Pero el mal ya está hecho, has convencido a los hacendados realistas, que por cierto son bastantes, para que recorran sus propiedades y les hagan regalos para levantarlos de su lado, y por más que Bolívar lanzara una proclama mandando a reprimirlos y que se sometieran los esclavos a sus amos, esa desbandada le ha cortado el paso de suministros al general Francisco de Miranda, y éste, sin otro remedio y acosado por Domingo Monteverde, ha capitulado. Los hacendados, realistas y patriotas, han abandonado sus tierras y no hay semana en que no se produzca alguna matanza. Hasta un pobre tonto que les regaló dos mulas y un par de pistolas de bronce y plata, se quedó llorando y reclamando que le habían saqueado la hacienda y matado a la mujer. Los mayordomos y mandadores de las vecindades se han dado a la fuga o muerto en el sitio, cualquier noche que los negros realengos los hayan sorprendido.

A Caracas, Alejandro, han llegado noticias de Julián Cayetano, el mayordomo de nuestro nieto Francisco, en las que explica que todos se han fugado y sólo quedan en la hacienda los viejos y los inútiles, las mujeres y los párvulos, y que él mismo tiembla de ser asesinado cualquier día por un grupo de arrochelados. Dice que duerme con el machete en una mano y la pistola en la otra, con un ojo medio abierto para distinguir las sombras y con las orejas levantadas para percibir el menor ruido, y que dudando en escapar o quedarse, optó por lo último, porque no se le ocurría lugar alguno a donde ir. Adonde quiera que mirara encontraba los despojos que habían dejado las teas ardientes de los esclavos fugados al monte que caían sobre los poblados, hambrientos y desarrapados, arrasando a sangre y fuego, y tras ellos los soldados del general Arismendi, matando sin piedad a cuanto negro arrochelado encontrarán, persiguiéndolos sin tregua en la selva hasta dar con alguno que degollar y pasear su cabeza pinchada en una estaca como aviso a las bandas de peones vagantes, esclavos, manumisos y miserables aventados por las voces realistas en contra de los ejércitos patriotas. En eso, Juan del Rosario, se ha convertido la tierra por la que litigamos.

¿Crees tú que ahora servirían de algo las reales cédulas que esperábamos año tras año? Ahora esto es tierra de nadie y de despojo y una noche oscura ha caído sobre los huesos de los que, sin tumba ni cruz, van quedando en medio de las arboladas.

¿Dónde estabas, don Narciso, la noche de San Juan de 1812, cuando los negros se alzaron proclamando a Fernando Séptimo? Te habías refugiado en Caracas, ¿no es verdad? No querías ver el baño de sangre que dejaste atrás. ¿Y dónde estabas el Jueves Santo de ese mismo año? ¿Qué hiciste después de que se vino abajo la torre de la catedral y se paró el reloj en la hora del temblor? ¿Hiciste como tu antecesor, aquel don Mauro de Tovar que se sacudió las zapatillas y dijo: *yo de Caracas no quiero ni el polvo*? ¿Dónde estabas tú, gran teólogo, esa noche en que urdiste la patraña de que el terremoto era castigo de Dios por desafiar al rey? ¿Dónde estabas que no te cayó encima ningún cascote mientras arengabas al aterrado pueblo de Caracas para convencerlo de que, además de estar despanzurrado por la naturaleza, debía sentirse testigo de la ira divina? Bienvenido a la historia, Narciso Coll y Prat; los libros te citarán como una de las causas de la pérdida de la primera República.

Aquel día, Alejandro, el pavor nos invadió; temblaba toda la tierra, toda la república, se caían todas las casas y las torres de las iglesias; la ciudad quedó oliendo a llagas, a carne chamuscada, a la pestilencia de los cadáveres, infestada del aire inmundo de los leprosos que salieron del hospicio, de los variolosos y apestados que corrían a meterse en las casas que habían resistido, asolada por los bandidos y desahuciados que tocaban a las puertas de los ricos para entrar de a diez, de a veinte, y el ruido, Alejandro, aquel ruido sordo, retumbando, como de agua embalsada que se viene; la tierra se rompía, y a su gemido se unían las campanas doblando a muerto y los alaridos de la gente, siguiendo a los sacerdotes que se echaron a la calle a implorarle a Dios misericordia y a los cofrades que procesionaban con las cruces en alto, dando voces espantadas: «Dios nos castiga, Dios nos condena por haber desafiado al rey».

Y yo aquí, Alejandro, encerrada en mi cadáver de ojos atónitos y oídos aturcidos, mirando impotente cómo Isabel, la viuda de mi nieto Francisco, temblaba toda y temblaba adentro suyo el fruto póstumo de Francisco; hablándole sin que ella pudiera oír mi voz, viéndola inerme rodeada de niños y unos pocos sirvientes que lloraban, desgarrando mi garganta como si hasta ella pudieran llegar mis palabras: cierra las ventanas, Isabel, manda a tapar el pozo para que no le entre ese humo pestilente, ni se acerquen esos locos a las ventanas, arrójales pan, tíralo lejos para que no peguen de tus rejas sus labios tumefactos. La ciudad está podrida, desbordada de podredumbre, la tierra estremecida desagua sus vertederos, las quebradas están crecidas y los puentes y las acequias han saltado en pedazos, las culebras se remueven y bajan de la montaña. Un esclavo le dice: «Señora, maté una culebra en el patio, es de mal presagio, señora, culebra en casa de mujer preñada, dicen los que de eso saben que si pica no se puede hacer la contra». No le hagas caso, Isabel, qué van a saber ellos, no hay malos presagios sino malos tiempos, no escuches tonterías. Ahí viene otro a decirle: «Señora, el temblor tumbó San Jacinto y la Merced, la tierra está brava por castigo de los pecados, dicen que es por culpa de los amos que han ofendido al rey; récele a la Virgen del Carmen, señora, hay niños que respiran todavía debajo de los escombros, dicen que en una casa, no lejos de aquí, una mujer jaló tan fuerte del brazo de su hijo para sacarlo que le arrancó el brazo». No se dan abasto los soldados recogiendo los cadáveres, y han ordenado hacer una pira frente a la catedral para

quemarlos antes de que se descompongan. Cuerpos cenicientos, Alejandro, empolvados, de ojos abiertos, de frentes frías, unos sobre otros amontonados y pisados por las caballerías espantadas. Caracas es una ciudad de cuerpos secos que caen debajo de las piedras, asomando sus manos entre las ruinas, sus pelos entre las rejas de las ventanas, sus voces aplastadas en el rugir de la montaña. El mundo se nos viene encima en esta aldea ignorada, en este pueblo perdido en la inmensidad de la Tierra, desde donde habíamos inventado la emancipación. Ahora llueve, comienza a llover despacio, y poco a poco, un fuerte aguacero va limpiando el aire podrido. Cierra las puertas y ventanas, Isabel, dile a tus esclavos y a tus hijos que mejor están encerrados, mientras la lluvia despeja la noche y la tierra se tranquiliza. Todavía la casa está en pie, permanece, y permanece adentro tuyo esa esperanza polvorienta que albergas y que es la mía y la tuya, Alejandro.

El parto de Isabel se pronunció en la noche. Emeterio, un muchachote hijo de una esclava de la casa, salió corriendo al hospital de la Caridad en busca del médico, pero eran tantos los apestados y los enfermos que había dejado el terremoto meses atrás, que no daba con ninguno y, a falta de la ciencia, se le ocurrió llamar al convento de San Francisco. Isabel estaba tendida en la cama, desnuda, sudorosa, jadeante. Cuando entró el sacerdote una esclava la cubrió con las sábanas. Fray Antonio se arrodilló junto a ella y le habló: «Reza conmigo, hija mía, le pediremos a Nuestra Señora del Buen Suceso que te asista y tengas un feliz alumbramiento como el suyo». No podría saber cuánto tiempo transcurrió, pero sé que estaba clareando el día cuando una mujer curiosa fue por fin encontrada y poco después un gemido se escuchó entre las sábanas ensangrentadas. Fray Antonio no había visto muchas veces nacer, pero sí tantas morir, y cuando alzó aquella criatura pequeña y amoratada le dijo: «Isabel, no son tiempos de festividades ni tienes ya parientes a quienes esperar para el bautizo, hagámoslo ahora mismo».

Y yo estuve allí, Alejandro, convidada sin saberlo, cuando lavaron a la niña y la vistieron con mantillas, y recogieron en una ponchera de plata agua del tinajero; yo estuve escuchando cuando Daría, una esclava traída de la hacienda, la sostuvo entre sus brazos y fray Antonio pronunció: «Yo te bautizo Isabel Francisca María de la Purificación, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Yo estuve allí cuando fray Antonio, conmovido por la desolación de Isabel, le prometió que la visitaría todas las tardes, después del oficio, y juntos rogarían a Dios por la salud de la niña y de la patria.

Y la niña vivió. Me consuela oír la jugar en el patio mientras que la negra canta *Malembe, Malembe, no má, San Juan se va, el año que viene San Juan volverá*. La lluvia empoza el patio y Daría se reclina en la mecedora con la niña en su regazo, mientras Isabel enseña a escribir a sus hijos, faltos de escuela en estos años polvorientos. Daría nunca ha visto escribir de cerca. De su vida en la hacienda sólo una vez recuerda un papel escrito, una hoja amarillenta cubierta de signos que nada le dicen, pero que a otros le dicen: *Daría, propiedad de Don Francisco Martínez de Villegas, nacida en la hacienda La Trinidad, vecindad de Curiepe, negra tinta, de unos veinte años, de buena naturaleza, dentadura completa, vientre fértil*. Vale, si la vendieran, que no la venden, trescientos pesos. Daría mira a Isabel inclinada sobre la mesa mientras Juan Bautista y Francisquito trazan garabatos y su madre, con una pluma de garza, rasguea. La niña

llora y la negra la acerca a su seno y le dice muchas palabras que no sabe escribir: «Doña Isabel, dígame su merced, cómo digo yo, azuquita, pajarito, niña juiciosa, la negra te levanta, la negra te acuesta. Escíbame su merced cómo son las palabras que digo yo». Isabel le coge la mano y le hace escribir su nombre. «No creas tú, Daría, que todas las blancas escriben, escribir no es misión de las mujeres. Yo te prometo que cuando termine la guerra, te enseñaré».

Alejandro, ¿por qué no nos dan un resquicio de paz?, ¿por qué no puedo quedarme tranquila a contemplar esta escena que quisiera fuera la última que ven mis ojos?, ¿por qué tengo que oír ahora los gritos de ese desaforado de José Tomás Boves prometiendo la libertad y la tierra a los negros que luchan por defender la Corona y maten a sus amos? ¿No has oído hablar de ese asturiano salvaje, que se ha tomado la guerra como cosa suya y nos combate con nuestros hombres, nuestros caballos y nuestros fusiles? ¿Pero por qué no se habrá hundido el barco que lo trajo cuando niño?, ¿por qué tengo que esperar tanto a que lo maten? ¿No te llega el ruido de su odio y el estampido de sus caballos cruzando los llanos hasta Caracas? Quiere arrasarla en sus raíces y asesinar a los que encuentre, sean mujeres, niños, ancianos o esclavos indefensos, quiere entrar en mi ciudad, en mi calle y en mi casa y yo no quiero, me oyes, no permito que esos hombres pongan un pie en mi solar, quiero saber esta casa mía y de mi descendencia, por los siglos de los siglos, y es necesario, Alejandro, que aparezcas y vengas a defender esta casa, donde todos hemos nacido y hemos muerto. Es necesario que quedemos muertos en paz y yo no puedo quedarme muerta tranquila si sé que los hombres de Boves orinan en el patio de mi casa de la esquina de San Jacinto. Alejandro, ¿eres hombre y puedes contemplar que Isabel y sus tres hijos están indefensos y que mi casa queda desolada, abandonada así y maltrecha? ¿No ves a Isabel dar vueltas enloquecida, intentando guardar en los baúles sus pertenencias? ¿No la ves llorar, inclinada en el oratorio por última vez, pidiéndole a Dios la gracia de llegar vivos al final de ese loco viaje que nuestro primo, el general Bolívar, va a emprender con los desgraciados habitantes de Caracas, para evacuar la ciudad antes de que amanezcan en ella los gritos de Boves y sus antorchas queman lo que queda? ¿No la escuchas gemir cuando saca de la cuna a su niña en brazos y la cubre con su manto para montarse en las carretas que prepara Emeterio? ¿No ves a Juan Bautista y Francisquito subir los baúles y las cajas, y a Daría cargar en los botijos el agua que han podido sacar del pozo? ¿No los ves doblar la esquina de San Jacinto y dirigirse a la plaza Mayor, a reunirse con todos los infelices que emigran a oriente y que componen la caravana que sigue a Bolívar a Barcelona? Aquí se quedan los fantasmas, Alejandro, aquí se queda la oscuridad de una ciudad vacía, habitada por los que ni siquiera son capaces de intentarlo, aquí termina nuestro nombre, nuestra sangre y nuestra vida, porque esa mujer y esos niños son nuestra única continuidad, y no tienen más destino que esperar la muerte sentados en el patio o ir a buscar un poco más allá, en la trocha de la selva. Alejandro, dime tú para qué hicimos esta guerra. Todos mis nietos han muerto, unos peleando, otros de peste, otros naufragados intentando huir a las Antillas, todos han perecido en el intento, y yo estoy aquí sola de nuevo, perdida entre los legajos que acreditan quién soy y cuánto poseo, repasándolos con los dedos para reconocer sus palabras, tapándome los oídos porque no quiero escuchar los gritos y las lamentaciones de los que se quedan. Ahora quisiera saber para qué tuve entonces diez hijos nacidos de quince partos. Alejandro, necesito sin dilaciones un nuevo hijo, recoger otra vez tu semilla, aquí mismo en la habitación principal de mi casa

abandonada. No me importa tu lujuria, quiero tu descendencia, y puesto que únicamente me queda mi voz, permaneceré para relatar la destrucción. Escucha, de mi profunda memoria, el destino de nuestro linaje.

Son las seis de la mañana del 7 de julio de 1814 y el sol despunta en el valle. De la plaza Mayor sale la lenta y aparatosa caravana que forma una hilera interminable y tambaleante de ruedas y caballos que se alejan. Más de veinte mil personas componen la emigración que sigue al general Bolívar hacia Barcelona. Mujeres, niños, esclavos de casa, variolosos y palúdicos, hombres viejos para la guerra, todos los que han corrido como han podido hasta alcanzar alguna carreta, o marchando a pie, abandonan una aldea de ancianos y lisiados a la sed de los soldados de Boves, atraviesan los cañaverales de las haciendas y enfilan el sendero hacia el Este. Está fría aún la mañana y Daría arropa con su manto a la niña dormida que busca con los labios los pezones que hasta hace poco la alimentaron. Isabel cierra los ojos y piensa poco, el mundo se le cae encima y no sabe qué decirse; es patriota, es mantuana, es dueña de haciendas asoladas y del cuerpo oscuro ya de un hombre muerto. Sentada entre sus hijos, a veces se inclina hacia uno, a veces hacia otro, el bamboleo del camino la acerca sucesivamente a las cabezas de los dos muchachos, a medias humillados por no tener edad de pelear, a medias asustados de ser tan niños. A Daría, enfrente de su ama, le parece que nunca han estado tan cerca, nunca antes sus piernas han rozado las rodillas de doña Isabel, nunca antes sus faldas se han entrecruzado, nunca antes su olor se ha invadido del aroma del jabón con el que doña Isabel se ha lavado la cara en el aguamanil, por última vez antes de abandonar su casa de la esquina de San Jacinto. Daría con sus ojos tupidos acepta sin guiños el fuerte sol que ya se alza a la altura de las montañas, mira hacia adelante y no encuentra respuestas en su corazón confuso.

Se oyen los caballos y gritos deteniéndolos, las gallinas amarradas a los palos de las carretas, las voces de los hombres dando órdenes y llevando a los animales hacia el río. De chirrido en chirrido los carros se van parando y las mujeres y los niños salen al camino y se esconden entre el gamelote a dejar sus excrementos. Daría sostiene la bacinilla para que doña Isabel orine y luego lo hace ella. Nunca antes hubiera pensado la esclava en aquella intimidad de necesidades que mezclara en un mismo cuenco sus depósitos. Comen y beben en silencio, a escondidas para que no se les acerquen los enfermos y los hambrientos. Escatiman el agua porque el viaje hasta Barcelona es largo y Daría come y mece a Isabel que llora, asfixiada en su propio sudor. Juan Bautista, el hijo mayor, ha descendido por un momento y se acerca con Emeterio al río, donde los hombres que dirigen la caravana dan noticias contradictorias, unos gritan que es necesario apurar la marcha, que Boves seguirá tras ellos, otros vociferan que no, que se quedará en Caracas para adueñarse de la ciudad. Llega desencajado y sus explicaciones se mezclan con las de Emeterio sin que ninguno se entienda. Vuelve a sentarse junto a su madre y, al reanudarse la marcha, una bocanada de aire fresco alivia el dolor de un sol a plena tarde.

Isabel intenta cabecear un sueño que se le hace imposible, su mano pequeña y huesuda acaricia un diminuto rosario que reza a ratos y que sus hijos le contestan unas veces, y otras no porque se quedan dormidos. Busca evocar algo que la calme, pero todos son recuerdos maltrechos, que más la empequeñecen ante las circunstancias, que más la alejan de la esperanza. Si es Caracas, sólo le viene el ruido sordo, retumbando, de la tierra abriéndose, la peste de los cadáveres quemados en las calles y los gritos del gentío la noche de lamentos, cuando las casas se derrumbaron. Si es la

guerra, de los hombres que dejó ir, tres hermanos y un marido, no le quedan más que héroes. Si es su fortuna, bajo las faldas toca su faltriquera en la que lleva ochenta pesos de plata macuquina, una cadena de oro y un alfiler de topacio. Si es la casa, un patio abandonado en el que deben estar entrando las culebras, y unas ventanas cerradas. Trata de ir más allá, de sondear otras imágenes, y piensa en su madre tocando la guitarra, a la sombra del patio, mientras ella y sus hermanos buscan lagartijas entre las matas, piensa en la biblioteca de su padre, a quien apenas conoció, pero le tranquiliza recordar sus libros y su mesa en la que lo ve sentado, piensa en su boda en catedral y en una última y apresurada noche de amor que termina con el chasquido de las botas que se alejan y en el llanto de Isabel que de nuevo se despierta y reclama alimento. Daría se ha quedado dormida, Isabel toma a la niña de sus brazos y le da algo de beber, mientras intenta cantar una canción de cuna que se rompe por los gritos afuera y el estruendo de una carreta que se voltea, el caballo huye arrastrándola y los cuerpos se vacían en el camino. Debajo de la rueda el cuerpo de una criatura agoniza, terrosa, no es posible distinguirla el sexo si no es por la voz de una mujer que tirada en el suelo grita: «Mi hijo, mi hijo, sáquenlo de allí». Los hombres tienen miedo de que los caballos se espanten detrás del que ha huido, algunas carretas se detienen y la gente se para a ver los cuerpos. «Están muertos –dice alguien–. Empújalos para que pasen los carros, no hay tiempo de enterrarlos». «¿Y el niño?» – pregunta otra voz–. «El niño está vivo». «Se va a morir ya, no hay nada que hacer». La caravana sigue su marcha, y sobre la tierra reseca, entre el polvo y la selva que se come la trocha, quedan la rueda, el cuerpo aprisionado y una mujer que de vez en cuando lo acaricia, buscando su cabeza entre los haces de la madera y abriendo un hueco en la tierra con las manos.

Cuando cae la noche hacen un alto. Acampan a pocos pasos de un caserío casi vacío, en el que algunos hombres libres viven en dos o tres casas y unos esclavos prófugos duermen a la intemperie. El ruido de la caravana los ha atraído hacia el camino y temerosos se acercan a preguntar, pero son los otros los que quieren saber. Detenerse. Seguir en la oscuridad. Si se detienen, fácilmente serán alcanzados por las tropas de Boves, hombres frescos y a caballo; si siguen, el riesgo de perderse o de que se malogren las carretas es mucho. El cansancio de los más inermes irrita a los que todavía tienen fuerzas y esperanzas. Hacen una fogata y de mano en mano van pasando algunas botellas de aguardiente. Otros se alejan, y en las sombras buscan unas faldas para dejar entre ellas escurrir el semen y el miedo, hay más de cincuenta mujeres por hombre, sin contar a los que tiritan de fiebre y no pueden ni siquiera bajar de los carros para hacer sus necesidades. La pestilencia invade la noche y algunos que no han aguantado la sed han vaciado los charcos que inundan los estómagos de disentería. El hedor y el llanto de los niños los delatan más que las huellas que van hundiendo las ruedas. Isabel, una vez más, intenta seguir el rosario, Daría le contesta casi sin decir nada, es sólo el rumor de dos mujeres que se hablan y se consuelan con palabras que se cruzan y que se dicen porque no podrían tampoco comunicarse sus pensamientos.

A medida que adelantan, Daría va reconociendo el paisaje de su infancia, las tierras de Barlovento en las cuales nació y se crió, donde tuvo dos niños que murieron, el segundo en los mismos días que Isabel, cuando la trajeron para que aprovechara la leche antes de que se le secara en sus enormes pechos, y así, casi sin tiempo de rezarle al santico, se la llevaron para Caracas en esta misma carreta que ahora traquetea y que

Emeterio intenta a cada ocasión apretarle las tuercas de las ruedas. Daría va oliendo una suavidad de cambur que le llega a pesar de la suciedad que los envuelve, va sintiendo un calor que no la aplasta sino que la tranquiliza, y por momentos comienza a preguntarse a cuánto estará la hacienda, a cuánto estarán los negros que la vieron nacer. Del temor y del cansancio va sacando una fuerza que no se sabía, de aspirar la noche y los ruidos va asumiendo una seguridad que nunca tuvo; alejándose de la ciudad, mirando el rostro abatido de doña Isabel, su ama, va sintiendo que también ella es una pobre mujer arrojada en aquella locura, va comparando sus brazos fuertes, sus piernas musculosas, va pensando que quizás, si fuera necesario, sería capaz de correr, que quizás, si fuera necesario, sería capaz de dormir varias noches en la selva, que quizás llegaría hasta donde están los negros que la vieron nacer.

Isabel, en cambio, va sufriendo un terror que avanza con la misma rapidez de la noche que se ha desplomado sin aviso. Todo el territorio que conoce ha quedado atrás, todo el mundo que es su mundo es esa pequeña ciudad de la que no quedarán más de veinte mil personas, esas cuatro calles, esa catedral, esa plaza y unas cuantas iglesias a medio derruir. Todo el alboroto que distingue es a lo más unas gallinas en el segundo patio, y de vez en cuando, los carruajes por las estrechas calles o el relincho de los caballos cuando el palafrenero los desengancha en la cuadra. Todos los niños que ha escuchado llorar son sus hermanos, atrás en la infancia, o los suyos persiguiéndose por los corredores. Toda la enfermedad que sabe es el silencio de las esclavas subiendo jarras de agua a la habitación de su padre, que tiembla debajo de las sábanas, mientras su madre le cambia compresas frías sobre la frente y el médico le hace las sangrías. Todos los hombres que conoce son sus tíos, sus hermanos, sus primos y contraprimos, su marido y sus esclavos. Todos los pobres que ha visto son los que dormían recostados de los muros de los conventos cuando, vestida de mantilla negra, salía los domingos a misa en catedral, escoltada por dos negras que los espantaban. Todo su dolor ha sido la noche del entierro de su padre, sentada en el poyo de la ventana mientras se alejaba la procesión. Todo el miedo que recuerda es el inicio de sus ritos de sangre, sangre de niña, sangre de desfloración, sangre que le corre por las piernas cuando la primera cabeza le abre el útero y oye a su alrededor los gritos de alegría de toda la casa, «ha sido un varón, ha sido un varón» y un murmullo de familia que toma café y brandy celebrando al bien nacido. Pero ahora todo ese mundo ha desaparecido, derrumbado bajo el terremoto, enterrado con los huesos de sus hermanos y su marido, ahora ella está sola en este carruaje con sus tres niños y Daría, huyendo hacia la noche, buscando el oriente, siguiendo al general Bolívar. Todo el escenario en el que se ha movido treinta años no existe, y ella junto a Daría, chocando sus pies, rozándose la falda todavía blanca de la esclava con la suya, perdida entre los gritos de los hombres y el llanto sin fin de los niños, no sabe reconocerse, no se concibe más que como un cuerpo junto a otros que avanzan maltratados entre piedras y angosturas.

Los hombres dan las voces para arrancar de nuevo y la temblorosa fila de carretas se despereza. Isabel se ha despertado de un sueñecito que pudo coger mientras acampaban. Duda antes de abrir los ojos y los oídos de nuevo. Ha dormido una pesadilla blanca, vacía, y sólo ve en su mente algo que da vueltas, que da vueltas. Las ruedas gastadas de los carromatos van doblándose, haciéndose al camino, abarrotados de gente, hasta diez y doce personas en cada uno, las piernas colgantes, los pies desnudos, los ojos polvorientos. Súbitamente viene el agua, en pocos minutos

el camino es un fangal y los cuerpos empapados una sola camisa rota y pegada contra los palos de las carretas. Ciegos contra la lluvia, los gritos de los hombres arreando las bestias apenas si se escuchan en el estruendo, «esperen que pase el aguacero», se oyen las voces, «no hay tiempo, no hay tiempo, que sigan los que puedan». Algunos carros han avanzado, despegados del resto como los anillos rotos de un gusano, otros han quedado anclados en el lodo, el látigo resuena sobre los caballos estirados en el esfuerzo imposible; hombres, mujeres y niños bajan a empujar, las ruedas parecen clavadas para siempre, negadas a seguir, el terror los acomete y aquellos que han perdido sus carretas pegadas al barro, se lanzan al asalto de las otras. «No hay lugar, no hay lugar para tantos, aquí vamos ya dos familias, no caben más». Las mujeres se engrifan unas con otras, tratan de subir las de abajo y rechazan las de arriba. «Llévame al niño, por Dios, llévame al niño». Emeterio y Juan Bautista han acogido a dos mujeres, una muchacha y una anciana que difícilmente logra subir, y que una vez arriba se recuesta contra los baúles y se deja caer como si hubiera alcanzado la salvación. La muchacha, temblando bajo la ropa en jirones, le pasa la mano por la cabeza y trata de enjugarle el agua que le cae por las sucias guedejas amarillentas. «Esa carreta va vacía», y sin que Emeterio pueda impedirlo, más de una docena de personas se abalanzan y, lanzando los baúles y las cajas, se hacen un lugar. Francisquito agarra una escopeta y vocifera: «¡El que se meta aquí lo mato!». Su cuerpo delgado, estremecido, tiene la imagen de un héroe niño. «Aquí no cabe más nadie, súbense a la otra». Isabel contempla cómo caen los baúles al suelo, cómo se abren bajo la lluvia las sayas de volantes, los corpiños de raso, las pañoletas de tafetán, las mantillas de encaje, los chales de muselina, los mantones de seda, los camisones y fustanes de bretaña, el armador de damasquillo, las sábanas de Irlanda, los paños de Ruán, los faldellines de batista, los calzones y casaquillas de borlón, las camisas y chalecos de estopilla, los abanicos, los manteles de hilo; todo va quedando en el camino, entre la tierra y las piedras, apenas un rebujo de barro, pisoteado por los caballos y desgarrado por las ruedas que lo atropellan. Contempla sus últimas pertenencias y echándose a reír, dice: «Daría, piensa tú cuánto tiempo pasamos doblando las cosas para que todas cupieran». Daría la mira pero no está segura de reírse, no entiende su risa. «Eran cosas muy lindas», le contesta después de un rato. «Qué importa cómo eran, ya eso no se iba a usar más. Ahora sólo importa que deje de llover». Cuando el agua pasa, quedan sobre el camino las hincadas de los carros que han logrado seguir adelante, y un cargamento de cuerpos adoloridos, exhaustos, tirados a la vera, un pedazo descolgado de gentes que a gritos se internan en la selva, casi desnudos, sin saber a dónde van, y mansamente se acuestan unos sobre otros, esperando a que el sol los seque y el viento los esparza.

Isabel está tan agotada que en la duermevela de vez en cuando se sobresalta porque no sabe si está dormida o muerta. El dolor en la espalda la hace sentir viva, por instantes recobra la conciencia de sí misma, y luego sucumbe en la misma pesadilla de algo que da vueltas y vueltas, para de nuevo saber que va sentada en la carreta, rumbo a la costa de Barcelona, y se pregunta una vez más si hizo bien en seguir el consejo de fray Antonio, si no debería haberse quedado a morir en su casa. El recuerdo del sacerdote la reconforta por un momento, cuando aquel hombre fue su padre, su hermano, su marido, su amigo, su médico, la única persona que, fuera de sus niños y sus esclavos, la acompañó en aquellos días estremecidos. Quisiera escucharlo de

nuevo, sosegarse el espíritu con sus palabras, pero fray Antonio no quiso irse con ellos, quiso quedarse con los que ni siquiera eran capaces de intentarlo.

¡Viva su majestad Fernando Séptimo, viva el General Boves, mueran los blancos, los negros vivan, saca la machaca, corta la cabeza, pa' semillá! Daría, agazapada, levanta la mirada y sus ojos se pierden en la oscuridad, tratando de reconocer a los negros que gritan. Isabel, escondida en el suelo, abraza a sus hijos y tiembla. La noche ha quedado silenciosa y sólo se escuchan las voces retumbando *Candela arriba, mueran los blancos, negros semillan, pa' semillá, pa' semillá quien viviere lo verá,* y luego disparos ciegos que se confunden y se adentran en la selva. Unos y otros cruzan el fuego y rompen los alaridos de las mujeres y los niños.

Un hombre se encarama de un salto en el carro y sus ojos se encuentran con los de Daría. Tiene un machete en la mano y la bragueta abierta, empuja a doña Isabel al camino y cuando se abalanza sobre ella, Daría, por detrás, se lo impide. «Quédate quieto Ceferino»; ambos se miran de arriba abajo, se reconocen. «No le hagas daño, Ceferino. Soy Daría, acuérdate de mí, soy Daría». Daría recuerda a Ceferino, lo ve, niño, jugando en la puerta de la casa de los esclavos; lo ve triste, cuando los hombres echan el cadáver de su madre en la tierra y se lo entregan a la suya para que lo cuide; lo ve, muchacho, matando culebras y tarántulas; lo ve, hombre, trabajando en los cacaotales, su cuerpo fuerte y sudoroso, acostado a la sombra, bebiendo aguardiente con los demás, hablando con ellos de cosas que las mujeres no entienden; lo ve huir con los otros al cumbé, perderse en el monte, prófugo de la justicia, puro odio, durmiendo en la oscuridad, comiendo de los animales que mata; lo ve en su recuerdo levantándole las faldas, mientras ella asustada corre y se ríe, y se ve diciéndole a su madre: «Ceferino me busca, Ceferino me está buscando».

«Acuérdate de mí, soy Daría. No le hagas daño a la señora». Isabel está tirada en la tierra. No quiere moverse, no sabe si la sombra del negro está todavía encima. Cierra los ojos para no saberlo. El tiempo está pasando, pero no puede medirlo. Los negros realengos nos van a matar, piensa. Y después nada. Siente todavía su olor cerca de su cuerpo, piensa que preferiría morir, ser penetrada por el machete, darle su sangre y abandonarse en un mínimo charco rojo en breves segundos absorbido por la tierra empapada, y dejar allí, en apenas una humedad más, constancia de su vida, antes que proporcionarle un instante de placer. Morir entre los muchos que ya han ido quedando en el camino, confundir sus huesos con los tantos que van picoteando los zamuros, dejar su aliento y sus hijos para siempre, antes de que el negro crea, diga, piense, imagine un placer que lo ha vengado. Su muerte nadie la recordará, se perderá entre tantas muertes que será imposible encontrarla, prefiere la ausencia definitiva a sobrevivir en la conciencia de él. Escucha la voz de Daría llamándola, ayudándola a subir de nuevo. Los niños están adentro, lloran. Afuera los alaridos de las mujeres han cesado, algunas ráfagas de disparos se escuchan de vez en cuando, los soldados han dispersado a los asaltantes y ponen en marcha la caravana. Muchas carretas quedan arrumadas en la selva, volcadas sin nadie que las lleve. Los cuerpos de los caballos caídos se confunden con los de los hombres, y mientras los zamuros comen sus restos, los que quedan en pie los apartan para seguir.

Daría abraza a Isabel entre sus pechos y aplaca su llanto dándole lentas cucharadas de agua. Todo es silencio ahora, sólo oye los ruidos de los animales y

espanta con la mano la nube de zancudos que constantemente pican las piernas de la niña. Mira los muertos que van quedando en la emigración, los cuerpos confundidos en la tierra y el fango, las mujeres que se han quedado en el monte para enterrar a sus hijos, los cuerpecitos amarillos que arrojan desde las carretas, porque se han secado los pechos para alimentarlos, los ve boca arriba, con las cuencas vacías a picotazos, mira los viejos y los enfermos que han sacado a empujones para que no apesten con su olor y su podredumbre a los que todavía respiran, mira a ese hombre con la mano agusanada, agarrarse con la otra al palo de la carreta que se aleja. Daría recuerda las palabras de Ceferino antes de verlo desaparecer en el monte, sus ojos exorbitados. «No sigas con ellos, no llegarán nunca. Son dos días de marcha hasta Curiepe, o tres, tú eres fuerte, Daría, tú llegarás». «Pero mi ama, los niños, es muy lejos, no nos queda agua, se han muerto muchos de fiebres. ¿Cómo puedo abandonarlos, cómo puedo huirme sola?». «No tengas miedo, camina, camina, cuando te metas en el monte, llévate un perol para recoger la lluvia, no bebas la que se empoza, sólo la que cae. Tienes que irte antes de llegar a la costa, después será muy tarde, no llegarás nunca, se morirán de sed en los arenales. Ahora, Daría, ahora, corre ahora, salta, nadie te verá. Vete a Curiepe con tus hermanos, quédate allí con ellos, y yo volveré y te haré muchos hijos, porque los amos van a perder la guerra, tú verás, negra, que se van a morir toditos y ni una sola vez más el mayordomo me va a gritar, negro flojo, trabaja, ni una vez más me va a pegar con el látigo, mulato cabrón. ¿Sabes cuánto vales tú?». «Trescientos pesos valgo, me lo dijo Julián Cayetano cuando me mandaron a Caracas. Trescientos pesos vales, me dijo, si te vendieran, pero a ti no te venden».

Daría en veinte años no ha tomado una decisión, en veinte años no ha dicho nunca: yo quiero, yo deseo, yo propongo. En veinte años nadie le ha dicho nunca: qué quieres, qué propones, adónde vas. Sus manos han trabajado, su cuerpo se ha inclinado, sus labios han contestado respetuosamente las preguntas que otros han pensado, sus pies han marchado desnudos sobre la tierra y han atravesado silenciosos los patios y corredores, las alfombras que cubren la sala y la antesala, sus ojos han acariciado las matas que cuelgan lentamente de las columnas del patio, sus manos han rozado los oscuros y solemnes muebles del comedor, sus ojos han contemplado los ojos estáticos de un caballero retratado en un lienzo orlado que pende de las paredes del escritorio, su voz le ha cantado nanas suaves y graves a la niña Isabel, sentada junto a la cuna que mece al mismo ritmo que sus dedos acarician sus manecitas, sus dientes se han abierto en una sonrisa, mientras sus pezones gordos y redondos se han introducido en su boca derramándose de la blancura jugosa que albergan. Pero nunca antes ha tomado una decisión.

La lluvia se precipita y empapa su vestido que era blanco cuando salió de Caracas. Ahora, en jirones la saya de zaraza y la camisa con encajes de hilo, manchado de barro el manto de calados, se confunden con su piel. Cubre con el manto la cabeza de la niña para resguardarla del agua que embate contra ellas y escucha el aguacero caer. ¿Por qué lloverá tanto en estas tierras?, ¿por qué Dios nos castigará con tanta lluvia? Se mira los callos de los pies, las plantas endurecidas a fuerza de caminar descalza, los músculos de las piernas, y piensa en Ceferino. Piensa que ella llegará, exhausta, despavorida, pero llegará hasta los negros que la vieron nacer, y ellos la recogerán y la cuidarán, la tenderán en un cuero y le cubrirán el cuerpo con hojas de cambur hasta que se curen las heridas, hasta que las costras se cierren, y le traerán

agua y sal hasta que el estómago se le componga y la dejarán dormir hasta que se recobre.

Recorre en su recuerdo todo el camino que la espera y trata de desentrañar la selva que los rodea. Doña Isabel duerme con los niños abrazados. Emeterio duerme arrebuñado en sus rodillas. Salta, ahora, salta, escucha la voz de Ceferino. Después será muy tarde, salta ahora. Daría mira a doña Isabel y quisiera hacerle una pregunta imposible. Si le habla, diría que no, si no le dice, nunca se lo perdonará, la buscará y la hará matar a latigazos.

¿Cómo sabrás tú, Daría, negra iletrada, si la mujer que es tu dueña, entenderá que esa caravana se dirige a una muerte segura y que son ya sombras que se pierden en el tiempo? ¿Cómo sabrás tú, negra que vales trescientos pesos, negra descendiente de tarís, negra criolla y tinta, interpretar la justicia de esa mujer que duerme en un carro de fantasmas? ¿Cómo sabrás tú, negra de dentadura completa, de vientre fértil, negra de veinte años, lo que escribirán de tí?, tú que sólo has hecho un garabato, un día en que Isabel tomó tu mano de recoger hojas, de lavar pisos, de calentar calderos, de planchar encajes, y la deslizó por un papel y con su mano la pluma de garza escribió por primera vez tu nombre. ¿Cómo sabrás tú el saber de la historia? ¿Cómo sabrás que yo estoy esperando a que seas tú quien puede llevarse en brazos mi esperanza? ¿Cómo sabrás tú leer en los ojos dormidos de Isabel si debes saltar o acompañarla en su muerte? No puedes saberlo, y en tu ignorancia, salta.

Salta con la vista los pantanos y lodazales que borbotan, dispuestos a engullirla para siempre y tiene miedo. Los barrancos y despeñaderos de la montaña están allí, esperando sus pies inciertos, sus pies sangrantes, doblándose en las piedras y en las raíces, sus ojos cansados y sus manos despellejadas apartando las ramas y las gruesas hojas, avanzando, avanzando siempre, pensando que en algún momento su cuerpo cae en el vacío, su cuerpo rueda y se aplasta contra los troncos, su cuerpo se hunde en el barro y sus manos quedan en el aire, anhelando una libertad imposible. Siente el peso de la niña pegada a ella, su brazo derecho sosteniéndola, mientras el otro, doblado, se yergue como un escudo de carne que evita las puyas; escucha su llanto rítmico, constante, llora, llora todo el tiempo, y Daría, de acuerdo a su cansancio, corre, salta, enlentece el paso, se acuesta contra un tronco, sopla del rostro de la niña los zancudos que la cercan, se detiene para dejar deslizarse una culebra, repite la oración del ensalme: *Bienaventurado y glorioso sea el señor San Benito, y San Pablo, y San Pantaleón. Líbrame de todo animal rabioso y ponzoñoso por la merced y gloria que el Señor te dio en la hora de tu muerte. Entre paja caminando y brava culebra pisando y tan mansa lleguen a mí como mi señor Jesucristo al pie del santo al borde la cruz. Amén Jesús.* Cierra los ojos, y envolviendo a la niña en el manto agujereado, la tapa con su sombra y duerme, se deja dormir, sin saber por cuánto tiempo, sin saber por cuántas noches, sin recuerdos de sí misma. Daría se deja ir con la niña, mientras su cuerpo agotado respira contra el suyo, sin saber ya adónde van ni de dónde vienen, si los círculos del sueño son los mismos que las vueltas de la montaña que desciende lentamente hacia el valle de Curiepe, y de pronto despierta, porque el sol calienta sus cuerpos y abre los ojos y carga a la niña y la acerca a su corazón para saber si aún respira. Daría le limpia con la lengua el rostro enrojecido por el calor y abultado por las mataduras, se alza de nuevo, y sus ojos le brillan cuando poco a poco, como un sueño de alegría que se desentumeciera, aparecen las arboladas de cacao que se extienden en el valle.

Retoma un paso más tranquilo, cuántas jornadas hasta llegar, pasará todo este sol y pasará toda la luna, hasta que quizás encuentre las casas de barro y palma donde están los negros que la vieron nacer, pero ya el miedo ha desaparecido de ella, lo busca inquieta a su alrededor, como si fuera un pájaro que la rodea y aletea contra su frente, lo busca enroscado en sus pies, como si fuera una culebra que la muerde y la paraliza para siempre, lo busca en sus ojos abriéndolos y cerrándolos como si fuera una tela que le enturbia la mirada, lo busca en su cuerpo como si fuera una mano que la posee y la desgarrar, pero no lo encuentra, el miedo ya no está en su cuerpo. Lo busca entonces por dentro, tratándose de mirar desde afuera el alma, para ver si siente frío o noche dentro de ella, para ver si se la siente rota o encogida, pero se la toca toda y Ceferino por dentro le dice, llegarás, Daría, tú eres fuerte, tú llegarás. Recuerda sus ojos exaltados mirándola en la noche, entre los tiros y el olor de la pólvora y los aullidos de dolor de los heridos que de lado y lado van cayendo, entre las ropas de doña Isabel que enlodadas parecen una mancha iluminada. Daría se levanta y sacude lo que queda de sus faldas y su manto y echa a andar, porque ya sabe adónde va, sólo es necesario seguir, sin perder de vista la esperanza, y adentrarse entre los cacaotales hasta que oiga una voz, hasta que alguien oiga su voz. Recuerda las palabras de Ceferino, no bebas el agua que se empoza, sólo la que cae, y Daría mira las nubes esperando el aguacero, pero el cielo se abre espléndido, azul y blanco, y el sol de mediodía las hiere sin piedad. El llanto de la niña se agota y Daría siente que es apenas un fardito lo que lleva entre los brazos, le habla, le canta, sacando una voz ronca que es el resto de un lamento, «San Juan se va, el año que viene, Isabelita, Isabelona, San Juan volverá, tu negra te carga, tu negra te duerme». Isabel parece dormida, pero Daría sabe que no es un sueño tranquilo, le pasa el dedo por los labios rotos del sol y el vientre hinchado, ya no llora, ya no suda, abre a veces la boca y una lengua seca trata de imitar fatigadamente el gesto de unos labios que maman. Daría los moja con los suyos, también secos, y trata de hacer saliva, pero son tejidos gastados los que se frotan. Sigue su paso, más lento, más inseguro, buscando la sombra para cobijarse, espaciando más su marcha, hasta que finalmente se extiende, y dejando a Isabel sobre el manto, se vuelve a dormir y le pide a Dios Nuestro Señor Jesucristo, que el párroco le dijo que murió en la cruz, en un sitio muy lejos, muy lejos de aquí, donde también hay palmas y arenas y sol, muy lejos, muy lejos, donde fueron los Reyes Magos a adorar al rey que tenía poder sobre los negros y los blancos, y le reza a Nuestro Señor Jesucristo, el hijo de la Virgen María, que murió en la cruz para perdonar nuestros pecados, y vino a salvarnos a todos y dijo que adonde él iba entrarían igual toditos los negros y los blancos, y cierra los ojos porque ya apenas, ahora que está tan cerca, ahora que casi escucha las voces del mayordomo, y los cantos en las casas de los negros por la noche, ahora que casi los ve, a los negros que la vieron nacer, ya apenas cree que podrán llegar.

El sol afloja un poco y Daría entreabre los ojos, estira sus músculos agotados y se queda un rato mirando las nubes. Con la mano busca a Isabel, recorre su breve cuerpo y se detiene en el corazón, todavía siente debajo de la piel un suave movimiento, un débil agolpamiento vivo. Bajo las matas que la protegen, Daría escudriña el cielo, como esperando una señal y allí, arriba de su cabeza, descubre las hojas que se mascan para el mal de los riñones, las hojas que las viejas le han enseñado a distinguir entre las que se mascan para el mal de vómitos, para las fiebres, para el flujo de sangre, para los partos que no se quieren, para aliviar los trances de

dolor de los que se están muriendo. Y las arranca violentamente y las masca con furia y las escupe, y vuelve a mascarlas y a escupir, y se extiende de nuevo junto a la niña hasta que las hojas que se mascan para el mal de los riñones hagan su efecto. Daría, encucillada, abre sus manos para recibir un chorro de su propio líquido, lo bebe, absorbe más y lentamente lo pasa a la boca de la niña que también lo chupa, varias veces repite los mismos actos, hasta que, vacía y exhausta, descansa. La niña, en sus brazos, vuelve a llorar y unas gotas de sudor reaparecen en su rostro, mientras que la mano vuelve a buscarle los pezones. Daría en pie echa a andar y no piensa detenerse hasta llegar adonde los negros que la vieron nacer, hasta escuchar unas voces que le gritan, hasta ver unas mujeres que se arremolinan junto a ella y dicen: «Es Daría, es Daría con la niña de doña Isabel». Y Daría entrega la niña en otras manos, y oye su propia voz decirle a Julián Cayetano, el mayordomo: «Me hui con ella, es la niña de mi ama, doña Isabel». Se deja conducir por todos los que van saliendo a su encuentro y se deja extender sobre un cuero y bebe agua hasta que cae dormida.

LAMENTO A LA DESTRUCCIÓN DE CARACAS

Estoy aquí, en mi camisón de seda negro roto en hilachas, desgredada, sucia, pestilente, escondida en mi cuarto, aguantando que de los huecos del tejado me caiga el polvo, me mojen los aguaceros y me reseque el sol. Estoy aquí, Alejandro, a gritos con la muerte, llorando mis cadáveres. Debo primero llorar a nuestro nieto Francisco, el hijo de Nicolás, que está caído en un barranco y es un cuerpo amontonado entre miles de otros cuerpos, la tierra tapándole los huesos, las piernas dobladas haciendo un garabato, un hilillo de sangre escapando de la frente, y es solamente un cuerpo precipitado en el camino y un caballo que galopa sin jinete. Y debo llorar también a su mujer, Isabel Madriz, que salió de Caracas el 7 de julio de 1814, en la caravana de fantasmas que conducía el general Bolívar. ¿Cómo no voy a estar de luto, Alejandro, si me han arrancado la estirpe del vientre? Y tú me preguntas quién ha muerto. Eres un muerto tonto, Alejandro, eres un muerto inútil, un muerto abandonado a su propia muerte. Debo llorar a esa mujer, con el rostro amarillento y enflaquecido por la fiebre, que tiene treinta años y parece de cincuenta, con el cuerpo temblando, los ojos perdidos buscando la luz que comienza a filtrarse desde la lejanía del mar. Un cadáver anónimo que llegó al final del viaje para morir del todo. Debo escuchar sus palabras incoherentes, su murmullo entrecortado, que intenta decirle algo a una mujer que se ha acercado a darle agua. Debo escuchar cómo pregunta por Daría, la esclava que la acompañaba en la emigración, y repetir varias veces: «Daría, Daría, dónde estás, dónde está la niña, dime si te escapaste, dime si te llevaste a la niña contigo, no la he visto más. ¿Hay alguien que la haya visto, alguien que haya visto a la esclava que iba conmigo? Desde la noche que nos asaltaron los negros realengos no la vi más. ¿Dónde está el general Bolívar? El general Bolívar nos va a salvar, estamos siguiéndolo hasta la costa, nos esperan unos barcos y nos van a salvar». Debo sentir su frío, el olor salado que tiene en la boca, el olor salado del mar, y mirar con ella los barcos que están en la distancia. Debo preguntar con ella si alguien ha visto a Daría, una negra fuerte, como de unos veinte años, que lleva un manto blanco y tiene una cicatriz en la mano derecha, entre el dedo índice y el medio, y que carga en sus brazos a una niña como de dos años. Debo preguntar si alguien la ha visto huir y adentrarse en la selva con la niña, porque Isabel quiere saber si algo de ella queda por el mundo. Debo acompañarla cuando los hombres arrojan de la carreta a ese niño que hiede porque lleva varios días muerto. Debo rugir de cólera, Alejandro, cuando esos hombres agarran a Francisquito y lo tiran al barro, mientras sostienen a Isabel, que lo llama a gritos. Dime, Alejandro, quiénes son los que se atreven a hacer eso, qué saben ellos de la vida y de la muerte para echarlo así al pudridero, diles, si eres hombre, que es mío y me lo quiero llevar para enterrarlo como le es debido porque yo no puedo, yo debo acompañar a Isabel que queda vencida y maltrecha mientras la carreta se aleja, dejando entre tantos cuerpos uno más que es el de Francisquito, el único cuerpo que le queda, porque el de Juan Bautista cayó en la trocha, días atrás, terciada una escopeta que alguien prontamente le arrebató. Yo debo sentir el temblor de sus manos y su gemido cuando le pide a esa desconocida, que ha querido acompañarla a morir, que le arranque del corpiño un tinterillo y una pluma envueltos en una hoja de papel arrugado, porque necesita escribir una carta y oírla cuando dicta unas palabras sin sentido a una mujer que no sabe escribir: «Diga así, a mi hija Isabel, escriba así, a mi hija Isabel...». Y allí se acaban sus palabras, allí se agota su huida, porque no puede huir más, quiere un

rincón de muerte para sí, porque ya no se reconoce, sólo encuentra el crujir de sus huesos y la extensión de su piel adolorida. Yo debo estar allí, Alejandro, cuando esa desconocida le cierra los ojos exorbitados, la cubre con su propio manto y le dobla la mano donde reposa un papel que contiene una carta sin texto. Siento la brisa suave que corre entre ellas y veo el pelo de Isabel moviéndose sobre su rostro duro y ceniciento, cuando lo que queda de la caravana llega a oriente y termina de amanecer sobre la costa entre Píritu y Barcelona. ¿Qué quién se ha muerto? El mundo, Alejandro, el mundo que teníamos. ¿Tú ves lo que queda de mi casa? Acércate, recorre conmigo nuestras ruinas. Yo paso los días y las noches acariciando estos pedazos de ladrillo, metiendo mis manos entre los huecos que ha dejado en ellos la historia; asómate a las rejas de mis ventanas que muestran su interior y traspasa el zaguán, allí están, en trizas, los azulejos que hice traer de Andalucía; aparta con el pie los mosaicos rotos para que cruces el entreportón que lo separa del patio, y allí encontrarás la maleza comiéndose las lajas, y en la pila donde antes se acercaban los pájaros a beber, olerás la orina que dejaron los hombres de Boves. Mi casa ha sido refugio de indigentes, de heridos, letrina de soldados; las huellas de sus inmundicias permanecen pegadas a las paredes de mis corredores. Entra a las habitaciones vacías, y allí donde nacieron nuestros hijos, verás los restos de los muebles desvencijados, los andrajos de las cortinas de Damasco, los pedazos de las mesas y butaques, los escaparates destartados y las alfombras desgarradas. Sigue a la sala, donde antes me sentaba, después de la siesta, a recibir las visitas de las Mijares y las Madriz, de mis primas las Solórzano, de tus primas las Blanco; oye el murmullo de nuestras voces, nuestras risas y charlas, la monotonía de nuestras conversaciones que eran, sin embargo, nuestra única distracción. Allí pensábamos los matrimonios de nuestras hijas, criticábamos a los gobernadores, nos burlábamos de los obispos, nos quejábamos de la holgazanería de las esclavas, y también alguna vez, compartimos los maridos perdidos, las hijas muertas de parto, los hijos malogrados. Allí, Alejandro, vivíamos nuestra pequeña aristocracia y tejíamos un mundo que nos parecía eterno. Arrodiálate en el oratorio donde bautizábamos los hijos, celebrábamos las comuniones y rezábamos el rosario, el sagrario está abierto y arrancadas las molduras de oro, quedan las patas de mi reclinador y unas imágenes mancas y cojas. Pasa a la cocina, donde antes mis esclavas preparaban la olleta, el asado, los buñuelos, el majarete, el bienmesabe, y ahora saltan las ratas por encima de la mampostería, y si llegas al final de mi solar, tropezarás con el monte que ha invadido los bancos de la servidumbre; el pozo está cubierto de barro, y el tinajero, del que resbalaba el agua sobre la piedra limpia, en pedazos. Eso es en suma lo que nos queda y yo lo estoy llorando, Alejandro, porque era todo.

¿Cómo no voy a estremecerme de rabia y de desolación si hemos ganado la guerra y hemos perdido el mundo? Me he quedado sola en esta casa de cenizas que alberga los cadáveres de mi memoria y tengo que vestirme de luto y llorar mis ruinas. Por donde quiera que vayas encontrarás los restos de lo que fueron iglesias y conventos, nunca fuimos ricos, nunca construimos monumentos de grandeza, pero esas iglesias eran nuestro testimonio y ahora lo que verás son las paredes abiertas, los pedazos de los muros, las torres y los campanarios abatidos; nunca conocimos el boato y la suntuosidad de otras provincias, nuestra ciudad era una aldea oscura, mal empedrada, de calles estrechas, de casas humildes, pero ahora sólo quedan de ella los huecos que muestran habitaciones vacías, el monte creciendo entre las piedras, y

culebras y alimañas sorteando los ladrillos y cascotes; nunca lucimos una gran catedral, que más parecía iglesia de pueblo que otra cosa, pero en ella transcurrió nuestra historia, y ahora allí está, herida en su torre, y con el reloj parado en la hora del temblor de 1812 que marcó el principio de la destrucción. Han pasado los años y no ha habido manos que recojan las piedras que cayeron ese día ni levanten las casas derrumbadas, porque Caracas es una ciudad de espectros. Mira a los que deambulan por las calles y duermen recostados de los portales y en el suelo de las plazas, sombras harapientas que piden limosna en los conventos y las parroquias, ahora convertidos en hospitales, a cuyas puertas acuden los peones hambrientos a que les echen un pedazo de comida; mira esos perros peleándose los trozos de los cuerpos insepultos de San Pablo y la Misericordia, y esos hombres que ves, arrastrándose en tablas de madera, enseñando a la luz sus muñones, sus ojos ciegos, sus pies cortados, éstos son, Alejandro, los veteranos de nuestra gran batalla final de Carabobo. Huele los cadáveres de los que han muerto esta noche o la pasada, de mengua, de viruela, de tuberculosis, y cuya muerte ha sido apenas un deslizarse del muro que los sostenía, mientras extendían sus manos mugrientas a la generosidad de los vecinos. Mira esta ciudad que es la nuestra, enclavada en este estrecho valle, que hicimos nuestro a pesar de sus desdichas, esta ciudad que amamos en sus días tibios, en sus noches frescas, en su cielo claro, en su montaña majestuosa, en la claridad de sus mil pequeños ríos, en su oscuridad de aldea, en sus esquinas de nombres absurdos que hacían sonreír a los pocos visitantes, en sus pequeñas pulperías, en sus estrechos comercios de canarios, en el bullicio de su gente siempre altiva, vocinglera, irreverente y bochinchera, fragua de criollos insolentes, de negros alzados y pardos igualados. Fue en esta aldea, Alejandro, donde América inventó la emancipación, y ahora puedo decirte que somos cadáveres emancipados y que no hay en la república una sola familia que no esté de luto. ¿Y tú me preguntas quién se ha muerto? Mira, entonces, esta ciudad que es la nuestra convertida en un pudridero de pordioseros y de locos que gritan por las esquinas, de mujeres y de niños que se hambrean y salen a los aledaños a cazar con piedras a los pájaros, y mira bien, porque cuando sobrevenga la oscuridad, todo quedará en tinieblas y sólo algunos velones alumbrarán el paso de los bandidos que despojan a los vecinos de sus escasas pertenencias. Únicamente yo veo en la oscuridad porque mis ojos han muerto hace mucho, y como ojos de cadáver, se complacen en contemplar a los cadáveres, únicamente yo no tiemblo de miedo y de hambre y espero que el canto de los gallos ilumine de nuevo este lodazal. Yo estoy aquí para recordar el final de la guerra que emprendimos y cantar su victoria, y a pesar de mi miseria, guardo la esperanza de que algún día vendrá alguien a poner la casa en pie y algún día yo encontraré los títulos que se me perdieron.

A LA SOMBRA DEL CACAO (1814-1834)

¿Quieres tú, Juan del Rosario, saber de las tierras de Curiepe? Las mías, no lo olvides, las que le confirmó Felipe Cuarto a mi padre en 1663. Si tus ojos no llegan hasta ellas yo estoy para enterarte porque los míos las alcanzan. ¿Te ríes de mí, paje insolente y liberto de mi parte? ¿Piensas que persigo en vano mis títulos porque mis posesiones han quedado baldías y se han prometido a los amos de la república? Yo lo sé muy bien, no tengo hombres que las defiendan de los peones hambrientos, de los soldados sin pensión, de los usureros y acreedores, de quien tenga a bien asentarse en ellas, pero no te alegres tanto que de tu gente quienes permanecen son las mujeres y los ancianos, tus negros realengos se han perdido en el monte y sus manos errantes son sólo huesos blanqueados, secándose al sol, despojos de zamuros. Ahora nada es de nadie y de lo que fue casa de la hacienda únicamente quedan las huellas del piso enladrillado que señalan donde estuvo levantada, pero óyeme bien, porque tengo en los secretos de mi memoria toda su historia.

Julián Cayetano no tendría más de doce años cuando mi nieto Francisco lo escogió para caporal. Se conocían desde niños, y por ser de edad aproximada, no era raro que cuando Francisco viajaba a la hacienda, se escapara de la tutela de su padre y juntos montaran a caballo para recorrer las trochas, vadear los ríos y luego extenderse en la arena de la ensenada de Higuerote y chapotear en el mar hasta que el sol se encontrara en su cénit. Más de una vez, a su pedido, Francisco le había llevado algún libro para practicar la lectura que Julián Cayetano, despacio, silabeante, comenzaba a dominar. «Cuando yo sea grande –le había prometido– y sea el dueño de esta hacienda, tú vas a ser mi mayordomo», y así lo cumplió. No creyó mi nieto en las recomendaciones del gobernador Guevara Vasconcelos, urgiendo a los propietarios a nombrar blancos como mayordomos por el temor a su complicidad con los negros prófugos de los cumbés. «Esa gente no sabe nada del campo, los esclavos se les esconden en las arboledas y ellos por temor a las culebras no se atreven a meterse en el monte, ni saben pisar firme entre la maleza, ni aguantan el calor y la sed, sólo saben llevar las cuentas y amarrar a los esclavos al botalón o ponerlos en un cepo que luego los malogra para el trabajo. Tú serás mi mayordomo –le había dicho a Julián Cayetano–, y ésta será la hacienda más próspera de Barlovento». Y la unión entre ellos se había estrechado cuando, teniendo Francisco unos dieciséis años enfermó de viruela, y dado su estado y la fiebre en la que tiritaba, no atinaban con la manera de llevarlo hasta Caracas, y entonces él, Julián, se había acercado con su madre, la esclava Crispula, y ésta, durante varios días con sus noches, lo cuidó y embadurnó el rostro de sebo de flandes y jugo de limón y envolvió su cuerpo con hojas de cambur, con sumo esmero y paciencia, para evitar que las pústulas dejaran marcada su piel para siempre.

Cuando fue liberto y primer mayordomo de la hacienda más extensa de Barlovento, ciento cuarenta y tres esclavos y ochenta y siete peones libres estuvieron bajo sus órdenes, recogiendo más de cinco mil sacos de cacao al año, a lo largo y a lo ancho de dos leguas en cruz de montes y cacaotales. Amanecía a las cuatro de la mañana, y puesto en pie, despertaba a los mandadores y tocaba la campana para que se levantaran todos y se rezara el tercio del rosario, de modo que, al empezar la luz a clarear, ya se hubieran distribuido los trabajos de fajina, y después de que los negros comieran, estuvieran señaladas las tareas: tarea completa a los hombres y mujeres

entre quince y cincuenta años, media tarea a los varones viejos y a las mujeres llenas o paridas, tarea de un cuarto a los párvulos; luego de darles tiempo para que trabajaran en sus conucos hasta la puesta de sol, tocaba de nuevo la campana para llamarlos a oración y les preguntaba los nombres, a fin de saber si estaban todos o si habían quedado sueltos sin volver a sus casas, emborrachándose o solazándose con alguna mujer en los caseríos cercanos. Una vez al mes marchaba con Florencio, el primer mandador, hasta Capaya a comprar el aguardiente para limpiar las postemas, el sebo para las pústulas, las velas, el jabón, la harina, las varas de bretaña para la ropa y las mortajas, las palas y las chícoras para reemplazar las rotas. Y cuando venían los días alegres del veranito de San Juan y la lluvia daba tregua, salía con todo el pueblo hasta Higuero a bañar al santo y emborracharlo, y a bañarse todo el mundo, las personas, las armas, los utensilios de labranza, y a cantar y beber para propiciar la fecundidad de las mujeres y de la tierra, sin que faltasen los bañistas que creían ver, cruzando la inmensidad del cielo, a la paloma del Espíritu Santo que descendía sobre ellos a curar los males y los pecados, a alejar las llagas de la garganta, las bubas, la viruela, el gálico, los pasmos, las picaduras ponzoñosas, las cortaduras de machete y el mal de ojo. Era él quien primero los visitaba cuando había algún enfermo o una mujer en trance de mal parto, y únicamente él quien se atrevía a acercarse al degredo donde se apilaban los incurables y los contagiosos. Bastante le incomodaban las visitas del teniente a instarlo a que, como mayordomo, pusiera remedio a los desórdenes, porque eran muchos los propietarios que se quejaban de que algunos negros bajo su cuidado habían estado robando frutos en linderos ajenos, o si no, para que diera corrección a las denuncias que había formulado el señor párroco en torno a los mulatos libres que vivían mal con las esclavas, y a reclamarle que él no las encontrase en falta al toque de campana, y exigirle que le pusiera coto al asunto y las metiera en la cárcel, cuando no aparecía en persona el señor párroco, a presentarle quejas de que notaba poca asistencia de sus negros en el precepto dominical y se contradecía así la voluntad del rey de educarlos en la doctrina cristiana y según el Santo Evangelio. Pero él cerraba los ojos a las recomendaciones de las autoridades y sólo se preocupaba de que los sacos estuvieran bien contados, de que la cosecha no menguara y de que las matas se limpiaran a tiempo. De los negros de la hacienda eran bien pocos los que le guardaban rencor. Había uno, sin embargo, cuyo nombre lo despertaba bañado en sudor: Ceferino. Desde que Ceferino se fue al cumbé, Julián Cayetano no había tenido una noche de tranquilidad, a ése sí lo había castigado con odio hasta hacerle estallar la sangre de la espalda, hasta dejarlo días en el cepo con casabe y agua, hasta someterlo a caminar con los grilletes puestos y arrodillarse ante él, aullando de dolor. Ceferino había huido desde el estallido de la guerra, nadie en el pueblo lo había vuelto a ver, un peón decía que lo habían reconocido en Tacarigua. Alguien había oído que estaba armando un cumbé cerca de Caucagua, otro que lo habían visto por Capaya, pero lo cierto era que nadie podía dar fe del sitio exacto donde se encontraba y menos confirmarle que había muerto. A Julián Cayetano el miedo no lo abandonaba, lo veía correr medio desnudo, brillándole los dientes en la noche y buscándolo a él, para de un golpe certero, hacerle rodar la cabeza al filo del machete. Ceferino estaba siempre acechándolo sin perdonarle uno solo de los latigazos, una sola de las gotas de sangre, dispuesto a esperar el día de su muerte para quitarle a la muerte su ocasión y darse ese gusto; él hubiera querido morir antes, para que cuando Ceferino llegara, no le quedara otra venganza que orinar sobre su tumba.

Desde que causas mayores habían detenido sus funciones de primer mayordomo, Julián Cayetano dedicaba buena parte de su tiempo al cuidado de la iglesia y a sus deberes de Hermano Mayor de la cofradía del Santísimo Sacramento, y no era raro verlo con su mujer, Juana Solórzano, sacando a los niños y zagaletos que entraban a jugar, arreando él los chivos que dormían sobre el altar o barriendo ella los excrementos, para que se pudiera escuchar la misa con dignidad, o expulsando a fuetazos a los cochinos, y hasta en una ocasión no le quedó más remedio que lidiar con una mula que, negándose a abandonar el sagrado recinto, se desbocó y salió de la iglesia con los manteles del altar en la boca, comiéndoselos como si fuera pasto y derribando a coces la piedra del ara y los candelabros. En la sacristía había guardado los bienes que pudo rescatar de los escombros de la casa de la hacienda, y podría recitarlos de memoria cuando viniera alguien a reclamarlos: un baúl chiquito embutido de concha de nácar; una caja de cedro con su cerradura, sin la llave, que se perdió; una imagen de Nuestra Señora del Carmen de vara y media, sin las manos; una cama de granadillo, de barandillas torneadas, sin las colgaduras; una silla brida rota y tres taburetes de vaqueta, dos buenos y el uno sin pata. Únicamente dejó para sí, porque estaba seguro de que Francisco se lo hubiera regalado, lo que consideraba de un valor inestimable: cinco escudillas de loza de Talavera, siete platos de loza vidriada y un escaparate de cedro, al que le faltaba una gaveta que Juana Solórzano le regaló a Daría. Despojos de otros que constituían sus riquezas, platos y escudillas que nunca usó y escaparate que sólo consintió en que fuera tocado para quitársele el polvo; recuerdos de cuando Francisco heredó la hacienda de mi hijo Nicolás y le prometió que a la vuelta de quince años sería suya una haciendilla de diez fanegadas en pago de sus trabajos.

¿Quién iba a pensar, en 1802, de dónde podía Julián Cayetano imaginar que le íbamos a declarar la guerra al rey de España? Quién le hubiera dicho entonces que Francisco, lejos de ser el dueño de la hacienda más próspera de Barlovento, se convertiría en un cadáver a caballo, quién le hubiera anticipado que cuando le ordenó a Daría que debía trasladarse a Caracas para ser la madre de leche del hijo que esperaban doña Isabel y don Francisco, ya éste era polvo en el camino, y cómo hubiera podido prever que dos años después Daría tocaría la puerta de su casa y caería desfallecida en los brazos de su hermana Juana Solórzano. Durante varios días cuidaron el cuerpecito de Isabel que se iba en sangre y chorros verdes, y Juana le administraba a pequeños sorbos agua de canela, hasta que la fiebre fue cediendo y la niña se reestableció y creció al lado de Daría y de los hijos que ésta fue teniendo. Nadie, ni Dios mismo, hubiera podido tener la visión de tantos acontecimientos como se precipitaron. Y así Isabel, la hija de mi nieto Francisco, creció a la sombra del cacao.

Pasaba el tiempo, ganábamos la guerra, Alejandro, y yo desesperaba de que alguna vez aquella niña volviera, me parecía ya que moriría como había nacido, en la soledad y el silencio, y que solamente mi memoria sabía de su existencia. En una gaveta desmembrada, reliquia del viejo escaparate de la hacienda que le había regalado su hermana Juana Solórzano, Daría guardaba las hilachas del manto que llevaba puesto aquel 7 de julio de 1814, ya perdido en el humo y el polvo de la guerra, y que había conservado como testigo, como prueba, como guardián de la legitimidad de su acto, como único resto de entonces para alguna vez. Era todo lo que quedaba de su hazaña, esos pedazos de tela, y la figura menuda de una niña que vivía a su lado, rodeada de tres niños que eran los suyos; de ella y de Ceferino, decían algunos, del

mulato Juan de Dios, decían otros, pero finalmente a nadie le importaba, eran negros nacidos de su vientre esclavo y algún día vendría alguien a reclamarlos, algún día vendría alguien a poner en pie la casa derrumbada y a establecer de nuevo la siembra y la cosecha de los cacaotales, que de vez en cuando todavía recogían para su provecho los que habían quedado en Curiepe; algún día quizás también Ceferino regresaría o quizá él era también una sombra perdida en el monte y sus huesos se blanqueaban al sol y se agitaban bajo la tierra sus manos cortadas. Daría sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho, que doña Isabel había muerto y también Juan Bautista y Francisquito, sabía que no llegaron a Barcelona y que aun llegando también hubieran desaparecido. Se le había ido diluyendo el miedo al castigo por su acto de rebeldía, por su decisión inconsulta, y estaba segura de que cuando su ama despertó y vio que ella había huido con la niña, había comprendido su acción y desde el cielo se lo había agradecido. Había esperado en vano que alguien viniera de Caracas a reclamar a Isabel, pero, transcurridos diez años en silencio, sentía el miedo de la nada. Los escasos arrieros que muy esporádicamente llevaban y traían mercancía decían que Caracas ya no estaba en pie, que era pura desolación, y Daría temía que también fray Antonio hubiese desaparecido. Si él había muerto, ¿quién le creería a ella, una esclava que decía haber salvado a la hija de don Francisco Martínez de Villegas? Recordaba las palabras de doña Isabel cuando viajaban en la carreta: «Si yo me muero, cuidala tú, porque no me queda más nadie en el mundo». No encontraba en su corazón cómo distinguir a Isabel de sus propios hijos y le atormentaba la idea de entregarla; si Dios había querido que la salvara, era quizás porque debía quedarse con ella para siempre, y devolverla a lo que le parecía el vacío se le hacía insoportable. Sin embargo, cuando llegaron, en 1824, las voces anunciando que el general Bolívar había derrotado a los españoles, a Daría le volvió fresco el surco de los días y comprendió que era necesario darle la vuelta a una hoja de diez años. Lió un pequeño atado de ropa, vendió lo poco que le sobraba de la cosecha del conuco, y le pidió a Julián Cayetano que le buscara un arriero porque se iba a Caracas, a devolver a la niña. Y una mañana le ordenó a Isabel que se vistiera ligero, y montadas en una carreta, entre los sacos de cacao, a lo largo de días de camino, le fue explicando sus planes, a la vez que consolando el llanto de Isabel, que se negaba a una separación que le resultaba incomprensible.

Darí, estrujando en sus manos los restos del manto de calados que sólo una esclava de casa principal podría lucir, arrojó sus palabras a fray Antonio, desconcertado ante la presencia de una esclava y una niña blanca que un día cualquiera tocaron a la puerta del convento de San Francisco. Los ojos brumosos, empequeñecidos detrás de las arrugas, el pelo encanecido y ralo, su hábito apenas una aguja azul que se doblaba cansada, escuchó la súplica de Daría: «Acuérdese, Padre, ¿no es verdad que se acuerda? Es Daría, la esclavita de doña Isabel, regresé con mi niña, aquí está la niña de doña Isabel y don Francisco, que en la gloria estén, yo estaba en Curiepe, yo me escapé con ella cuando íbamos por el monte, yo me la llevé para la hacienda. Usted tiene que decirlo, Padre, porque a mí no me creen. Mi niña, salude al Padre, él te echó las aguas. Acuérdese, Padre, ¿no es verdad que se acuerda? Usted tiene que escribirlo, porque a su merced sí le creen, escríbalo bien clarito, que ella es la niña de doña Isabel y don Francisco».

Temblándome los huesos estuve, Alejandro, mientras fray Antonio interrogaba a Daría, intentando descifrar si mentía, poniéndole trampas para cazarla en una contradicción, buscando en sus ojos y en su voz la seguridad de la verdad, pero su

relato fue limpio como el cielo de enero y claro y fresco como un río que baja de la montaña, y él creyó en su palabra. Aquí está, guardo el documento, la prueba de que no quedamos rotos, de que la historia no nos partió en dos, de que una niña de doce años, encerrada en un convento para pobres, por no tener estipendios, aguarda allí el día de su mayoría o matrimonio, y de que ella es el hilo de la continuidad y nos sobrevive. Consigna, escribano, el testimonio de fray Antonio:

Y yo, Antonio González, fraile del convento de San Francisco de esta ciudad de Caracas, juro que en 20 de julio de 1812, bauticé, puse óleo y crisma a una niña llamada Isabel Francisca María de la Purificación, en la casa de sus padres, Francisco Martínez de Villegas e Isabel Madriz, difuntos, y por estar la Iglesia Catedral lastimada por el reciente temblor, escribí la fe de bautismo en el Libro de Bautizos de la parroquia de Altagracia, pero por haberse perdido los libros en la destrucción de la guerra, hago ahora enmienda de que se ha presentado en este convento una esclava de nombre Daría, propiedad de la familia Martínez de Villegas, con una niña blanca de doce años que ha estado bajo su cuidado, y yo doy fe de que esta niña es la misma antes citada, que bauticé en su día, y que hoy, 23 de mayo de 1824, la deposito en el Colegio de Niñas Pobres bajo mi tutela.

Cuando Isabel cruzó el umbral del colegio, Daría echó a correr huyendo de sus gritos que la reclamaban y de sus brazos que se negaban a separarse. Pero era necesario ese dolor, Alejandro, para que Isabel fuera devuelta a su condición. Daría regresó a Curiepe, en una carreta tierra adentro, extendida sobre los sacos vacíos, mirando los juegos de las nubes perderse en el espacio muy limpio, para luego agolparse oscuros, presintiendo el aguacero, mientras ella se empapaba toda, y volvía a su casa de barro y palma, a su chinchorro, a su gaveta desmembrada, a su trabajo y a sus niños suyos, a sentarse a la puerta con las otras mujeres a ver caer el sol, a esperar a que algún día volviera a saber de Isabel. Se llenaba de alegría cuando una vez al año un arriero le entregaba una carta y corría al conuco de Julián Cayetano para que se la leyera:

Queridísima Daría, tanto que me duele estar aquí y no saber nada de ti ni de Venancio, Miguel y Josefina. Diles que se porten bien. Yo estoy aprendiendo muchas cosas y las profesoras son buenas conmigo pero me siento muy sola. Fray Antonio viene a visitarme los domingos pero está muy viejito y se queda dormido en la visita. Me dice que antes de morir quiere cumplir conmigo y buscarme un marido, pero hay muy pocos jóvenes que hayan sobrevivido a la guerra. Dice que necesito un marido para recuperar mis tierras que son muchas y están todas invadidas. ¿Cómo estás tú? Si te enfermas, ven a Caracas porque hay médicos que te curarán. Dile a Julián que te escriba unas líneas para saber de ti y cómo estás. Te besa y te abraza, Isabel.

Y entonces ella obligaba a Julián Cayetano a escribir:

A mi niña Isabel. Yo estoy buena y los negritos también. Hágale caso a Fray Antonio porque él es de mucho saber. La cosecha de cambures ha sido buena y los tengo bien vendidos. Queda buena que yo aquí estoy bien. Daría.

Tanto tiempo había transcurrido sin que la hacienda tuviera otra existencia que el nombre, que Julián Cayetano no podía creerlo cuando vinieron a avisarle al conuco la presencia de unos señores de Caracas. Sin aliento por la carrera, atravesó la hilera de casas dando voces: «Están aquí los amos, regresaron los amos», y llegó frente al portal de la iglesia, donde cuatro hombres, tres vestidos de ciudadanos, la pechera sudando debajo de la levita, y uno de militar, habían dispuesto una improvisada mesa. Arremolinados los rostros alrededor de los forasteros, escucharon en silencio al señor juez quien leyó un largo manuscrito en el cual se establecía que la hacienda La Trinidad, sita en el valle de Curiepe, dos leguas arriba del cabo Codera, en la ensenada de Higuerote, le pertenecía de plena propiedad a Isabel Francisca Martínez Madriz, casada con José Manuel Blanco, natural y vecina de Caracas y de veintitrés años de edad, por haberla heredado de su padre, Francisco Martínez de Villegas, y éste de Nicolás Martínez de Villegas, y éste de sus padres, quienes la fundaron por haberlas recibido como tierras de merced; tú y yo, Alejandro; y que don José Manuel Blanco venía a establecer de nuevo la siembra y a recordarles su servidumbre y alertarlos de que no reconocieran como dueño a ninguno que con tales ínfulas se presentase porque un tribunal había dictado la legitimidad de los derechos de su mujer. A continuación el señor teniente de la jurisdicción de Capaya explicó que tenía órdenes del gobierno para sacar de sus límites a todo aquél que no fuera esclavo o sirviente de la misma y el señor juez les recordó que el general Páez había dictado coacciones de sujeción de los esclavos y peones a la tierra, y que aquellos esclavos que quisieran su libertad deberían pagar la mitad de su tarifa a la Junta de Manumisión, quien la entregaría con la otra mitad a sus dueños.

José Manuel Blanco llamó a Julián Cayetano, lo confirmó como mayordomo, y le pidió que se adelantara a la mesa del escribano para anotar el inventario de esclavos, bienes restantes y partos habidos. Julián Cayetano, quitándose el sombrero, recitó: «Se han muerto muchos y otros se enrochelarón, de los que están son, Juan de Dios, mulato de cuarenta años; Gregorio Taumaturgo, negro tinto de veintidós; Basilio, de sesenta y uno, enfermo de pasmo; Juana Antonia, de cincuenta, mujer de Basilio; Faustino Farfán, de dieciocho, enfermo de una pierna; María Reyes, de veintiocho, mujer de Faustino, y sus dos hijos, Nepomuceno y Pascual, párvulos; José Eladio, mulato libre, de treinta y uno, le faltan tres dedos de una mano, y sus hermanas, María Trinidad, de veinte, parió hace poco un hijo muerto, y Blasina, sin partos; Marcos, negro de cuarenta y dos, no tiene un ojo, y su hijo José Isabel, de catorce, la mujer se le huyó; Daría, negra de cuarenta y cinco, con sus tres hijos, Venancio, de dieciséis, Miguel, de catorce y Josefina, de once, y para servirle, Julián Cayetano, de cincuenta y dos, y mi mujer, Juana Solórzano, negra esclava, hermana de la citada Daría, y un hijo que tenemos de seis meses de nacido, Andrés Cayetano. De los bienes restantes, la casa quedó quemada, usted puede verla, lo que está es el piso enladrillado y alguna pared, y otras cosas que se salvaron, las guardé en la iglesia y son pocas».

Mientras José Manuel Blanco y el juez retiraban las escrituras de la mesa y hablaban entre sí, Julián Cayetano esperaba con su sombrero en la mano el momento

de acercarse, porque él también aguardaba el tiempo de las promesas. Parlamentó un largo rato con José Manuel y el escribano anotó así su pedimento:

Solicito respetuosamente a su merced carta de libertad a favor de Juana Solórzano, quien es mi legítima mujer, como consta en la matrícula parroquial, y de mi hijo, Andrés Cayetano, de seis meses de nacido, para lo cual entrego doscientos ochenta pesos por la madre y cincuenta por el niño; y otrosí expongo que no habiendo podido en estos años, por ausencia de sus legítimos dueños, establecer ante escribano la voluntad de mi antiguo amo, Don Francisco Martínez de Villegas, que Dios tenga en su gloria, quien me libertó graciosamente, pido ahora se me reconozca en documento de registro, la posesión de una haciendilla de diez fanegadas de árboles, que tiene linderos por el Oriente con los bajos de Aguasal, por el Poniente con la pica que sale al puente, por el Norte con la hacienda San José y por el Sur con el Camino Real a Higuero, la cual en recompensa por quince años de trabajos como mayordomo de la hacienda La Trinidad me prometió el año de 1802, y que han sido más de quince, porque a la fecha han transcurrido treinta y tres.

Firmaron y José Manuel preguntó por Daría y mandó a llamarla. Por el fondo de la calle avanzó una mujer, seguida de dos muchachos y una niña. «Isabel te está esperando en Caracas», le dijo José Manuel, «no quise traerla por no hacerla sufrir las incomodidades del viaje, pero mucho me encomendó que no volviera sin ti y que te traigas a tus hijos o que los dejes en la hacienda, como mejor te parezca. Esto es para ti». Y le extendió su carta de libertad. Confundida entre el resto de los que se iban dispersando, escuchó sus palabras y volvió a la casa con la carta en la mano. La oscuridad caía sobre el poblado y alumbró unas velas. Toda la noche pasó mientras hablaba con sus hijos y en la luz de la mañana los sorprendieron aún despiertos las voces de Julián Cayetano y Juana Solórzano gritándoles, «Daría, dice don José Manuel que te apures, que ya van saliendo». Daría los abrazó, consoló a su hermana que lloraba y besó a sus hijos. «Me voy para Caracas y me llevo a Josefina, te dejo a los muchachos para que trabajen contigo». Corriendo se unió a las carretas de José Manuel, que enfilaban ya el camino. Cuando hubieron desaparecido de la vista, Julián Cayetano volvió a su casa, se sentó a la puerta, se sirvió un pocillo de aguardiente y le dijo a su mujer: «Juana Solórzano, soy un ciudadano. Nací esclavo de don Nicolás, fui liberto de don Francisco, sé leer y escribir, soy un varón casado, y ahora tengo industria útil y soy propietario de tierra, cuando el gobierno tenga elecciones podré votar. Bebe conmigo, negra, porque ese carajito tuyo también será un ciudadano».

Y aquí estoy, Alejandro, acariciando los rincones de mi casa de la esquina de San Jacinto, contenta de ver que han limpiado sus manchones y pintado sus paredes, contemplando sus cortinas nuevas y compuestos sus mosaicos, alegre de oír otra vez el agua que surte el pozo y brinca en la pila del patio, gozosa de sombrearme bajo el guayabo del corral y de descansar en la penumbra que invade mis corredores. A pesar de tantas noticias y calamidades, aquí estoy, buscando mis títulos, encorvada, rastreando en los arcones, levantando las alfombras, empinada husmeando en el alto de los escaparates, en esta casa que Isabel ha vuelto a llenar de niños. Aquí estoy, Juan

del Rosario, a pesar de los pesares. He llegado al final de la guerra que emprendimos para ver cómo Isabel recoge las cenizas de lo que fue nuestro. He sufrido veinticinco años de mirar mis arboledas acabadas, veinticinco años de pérdidas y abandonos, de incendios y saqueos, de fugas y rochelas; veinticinco años de enterrar mis cadáveres, y ahora, en 1835, de diez hijos me queda una niña. Veinticinco años de espera hasta que llegara José Manuel Blanco a reclamar mi hacienda, después de tres años de litigar por sus derechos. Esto sí que tiene gracia, mi paje y mi liberto, tres años de pelea para que creyeran en la palabra de fray Antonio, de luchar contra imaginarios parientes que dicen ser mis herederos; tres años de enfrentamientos con los que se han nombrado acreedores de la república: agiotistas que la tomaron a seguro de propietarios farsantes, patriotas de última hora que la usurparon, soldados sin pensión que la prendieron por botín, coroneles laureados que tuvieron a bien asentarse en ella, a machetear sin tino con tal de hacerse con unas fanegadas, y serán veinticinco años más para pagar los créditos de los usureros. Nunca más volverá a su esplendor, nunca más el aroma del cacao envolverá mis posesiones, nunca más la alfombra de sus granos será un camino tan largo que me parecerá cubrir toda la tierra. Anota, escribano: yo soy acreedora de la república, yo me adjudico ese honor y ese desengaño.

SEGUNDA PARTE 1846-1935
DOÑA INÉS ENTRE LIBERALES
(1846-1899)

Inventaron el liberalismo, Alejandro, lo inventó un señor que se llamó Antonio Leocadio Guzmán, hijo de un sargento de granaderos de la reina, que dio en casarse con una prima del general Bolívar. Y es que el mundo ya no es el mundo y han ocurrido tantos cambios que ya no lo entiendo. Ahora a nosotros nos llaman oligarcas y ellos a sí mismos se llaman liberales. ¿Que cuál es la diferencia? No lo sé, Alejandro, no tengo luces para entenderlo, sabes que soy una mujer sin letras que únicamente aprendió a leer y a garabatear unos palotes desmañados; todos mis escritos fueron obra de escribanos y nunca tuve en mis manos más de dos o tres libros de la biblioteca de mi padre: un vocabulario de Nebrija, las *Excelencias* y *Muerte del Glorioso Patriarca San José*, un tomo de un tal Cristóbal Lozano sobre las *Soledades de la Vida* y *Desengaños del Mundo*, y pare usted de contar. No era mi misión entender la política de los hombres, sino vigilar el trabajo de mis esclavos, cuidar de mis diez hijos, perpetuar mi especie y arraigarla en esta provincia, conservar mi patrimonio, velar por mis legitimidades y defender mi limpieza de sangre; entonces ¿cómo vas a venir a preguntarme quiénes son los liberales? Puedo decirte que no han hecho otra cosa que inventar promesas y en eso han en mucho aventajado a otros que las hicieron primero. Porque esta tierra, Alejandro, ha sido la invención de una promesa. Y tú también eres culpable, tú le prometiste a Juan del Rosario, tu hijo mal habido, unas tierras que te sobraban porque estaban yermas y sin desbrozar, y ya sabes los años de tinta y litigio que me costó demostrar la vanidad de esa promesa. Heredaste la costumbre de prometer que sembraron nuestros abuelos, otros prometidos, que vinieron a llenarse de gloria y de oro, y encontraron una tierra malojera y endiablada. Durante la guerra esto fue una piñata de promesas, y después no hubo quien no se sintiera merecedor de alguna y viniera a recogerla entre los escombros, y ¿qué fue lo que hallaron? Más promesas. En estos años, después que el general Bolívar se fue a Colombia, enfermo y más triste que un ciprés, porque no había manera de gobernar en este fandango, han llovido los gritos libertarios, las consignas, pronunciamientos, asonadas, insurrecciones, alzamientos y alborotos y lo ocurrido se me presenta como una agitación indescifrable. Han llovido también libros, panfletos, gacetas y periódicos y he buscado en ellos lo que la gente de estudios pueda ofrecerme a mí, una mujer ignorante, como explicación a este bochinche, pero ni en los *Apuntes para la verdadera historia de la revolución de Marzo de 1858*, ni en los artículos de opinión de *El sol de la justicia* o *El eco del pueblo*, por citarte algunos, he encontrado nada, y hasta intenté comprender la *Memoria que presenta la reunión liberal de Caracas a todos los hombres y círculos liberales de Venezuela*, y tampoco. He visto alzarse a todo aquél que tuviera más de diez peones a su mando, y levantarse, declinar y morir a una larga lista de generales cuyos nombres me sería imposible recordar. He visto luchar a los fantasmas de los terratenientes, unos muertos por el gobierno y otros por la oposición, a los antiguos esclavos agrupados en guerrillas para matar a los propietarios, a los propietarios reclutando antiguos esclavos para matar a otros propietarios, a los antiguos esclavos vestidos como jefes de ejércitos vagantes y ascendidos a coroneles, a los caudillos populares levantando campesinos sin tierra para matar terratenientes y a los campesinos, convertidos en terratenientes, nombrándose

generales para matar a los caudillos populares. He visto incendiar pueblos, iglesias y sabanas, envenenar el agua del ganado, derribar estatuas, morir de cólera y paludismo, dar vivas a los generales y pedir luego su cabeza, alternarse los nombres de conservadores y federales en septenios, quinquenios, bienios, aclamaciones y deposiciones, alzar monumentos y reventarlos, insurgir revoluciones legalistas, continuistas, legitimistas, reivindicadoras, libertadoras y restauradoras, azules, amarillas y de todos los colores, y te repito, no he entendido nada. Sólo que abolieron la esclavitud, cuando ya no había esclavos sujetos, porque a esa promesa de la guerra le fueron dando largas hasta mediar el siglo.

¿Que a cuánto se está vendiendo el cacao? Insensato, te estoy tratando de explicar que el país se deshace en la anarquía y tú te despiertas preguntando esa necesidad. Cuando José Manuel Blanco, el marido de nuestra bisnieta Isabel, volvió a Curiepe a reasentar la hacienda, pensé que las aguas volverían a su cauce, y ¿de qué me sirve ahora el documento que atestigua la legitimidad de sus derechos en la propiedad de la hacienda? Más papel para limpiarme la mierda, más hojas para espantar a las ratas, más manuscritos para cubrirme los huesos y rellenar mis harapos malolientes. Copia, escribano, en 1834 el tribunal dicta:

habiendo ocurrido Don José Manuel Blanco Urbina, esposo legítimo de Doña Isabel Martínez Madriz, ha presentado pruebas de que la dicha Isabel Martínez es hija legítima de Francisco Martínez de Villegas, difunto, antes propietario de la hacienda La Trinidad, sita en la vecindad de Curiepe y se hace constar en documento de registro que le pertenece de plena propiedad, por ser su única heredera.

¿Ves, Juan del Rosario?, volvieron a darme la razón, se echaron de nuevo las fundaciones, se resembraron las matas, y cuando empezaban a crecer, entonces, Alejandro, el viento liberal pasó huracanado por mis tierras y se desparramaron por el aire las hojas de cacao. Otra vez quemaron la hacienda, ¿me oyes?, otra vez ardieron sus árboles y destrozaron sus sembrados. ¿Que por qué no llamé al gobernador para que enviara algún teniente a hacer justicia? Pero qué terco eres, ¿te crees que estamos todavía en los tiempos de Portales y Meneses, cuando no era más que cruzar la calle, ponerte el tricornio, y llamar a la puerta del cabildo? ¿No te estoy diciendo que no hay gobernadores que manden, ni tenientes que oigan órdenes ni esclavos que obedezcan? Ni hay tampoco tribunales que lean mis memoriales, la justicia se hace por la propia mano y yo no tengo manos.

¿Tú no has oído hablar de Ezequiel Zamora, un pulpero de Villa de Cura, catire por más señas, y de su gente que nos tiene amenazados con venirse hasta Caracas, a matar a todos los blancos, todos los ricos y todos los que sepan leer? ¿Tú no has escuchado su grito de *Tierras y Hombres Libres*? Pues es raro, porque en 1846 su voz levantó en pie a media república, y como un río salido de su cauce, se desparramaron miles de peones, esclavos, manumisos, arrendatarios y toda suerte de desafortunados, y desde los llanos avanzaron sumándose gente en cada pueblo, en cada caserío, a lo largo y a lo ancho del país, y constituyendo no uno sino cientos de ejércitos vagantes. Un puñado de ellos, un brazo de hombres armados de lanzas, machetes, tercerolas y chícoras, buscó el litoral, metiéndose por las montañas de Capaya, y dieron con mi hacienda. ¡Cómo no iban a encontrarla, si estaban al mando del antiguo esclavo

Ceferino! ¡Cómo no iba Ceferino a atinar con la trocha de mi hacienda, si había nacido en ella, si todavía tenía en el tobillo la huella del cepo que le aplicaba Julián Cayetano! Venía a recoger su promesa de que algún día él vería a Julián Cayetano a sus pies. Yo lo comprendo, Alejandro, porque yo también sé almacenar el odio, yo también sé esperar; puedo ver a Ceferino guardándose para ese día nefasto de 1846, cuando la insurrección antiesclavista que insufló la prédica necia y retórica del chupatintas de Antonio Leocadio le permitió llegar hasta la tierra donde había nacido, husmear las arboladas que algún día sembró, ventear la suavidad de su aire, escuchar de lejos los cantos de los negros por las noches, aspirar el olor de la sangre de Julián Cayetano y enterrar en él su venganza.

A los gritos de la servidumbre que intentaba guarecerse, salió Julián Cayetano desprevenido, y se derrumbó allí mismo frente al corredor de la casa de la hacienda. Allí quedó su rostro ensangrentado de un machetazo partiéndole la frente, en una nube empapada y roja que le cubrió la camisa abierta y los calzones, mientras rodaba su cuerpo desplomado, el machete caído de la mano, ante la mirada de doce años de su hijo, Andrés Cayetano, y el sollozo interminable de su mujer, el aullido de la antigua esclava Juana Solórzano, que se abalanzó sobre su cuerpo inerte, intentando recoger con unos trapos la sangre que se vaciaba. Y minutos después, José Manuel Blanco fue derribado inerme de un lanzazo. Entonces, los hombres que seguían a Ceferino arrojaron teas a la casa, descuartizaron los muebles, hicieron volar por los aires los papeles que se guardaban en el escritorio y la ropa desbordada de los escaparates; se clavaron en el suelo los añicos de los espejos y se prendieron la cocina, los cucharones, las ollas, el fogón, los instrumentos de labranza, los ladrillos del piso, las maderas del corredor, las tejas del techo, las paredes de tapia, los tinajeros, la piedra de amolar y todo formó una pira que continuó ardiendo mucho después de que los asaltantes se hubieran perdido de nuevo en el monte. Las mujeres que se habían escondido, temblando arrodilladas, y los peones sobrevivientes ayudaron a recoger los cadáveres, y allí mismo, a pocos pasos de lo que fue casa de la hacienda, enterraron los cuerpos de José Manuel Blanco y de Julián Cayetano.

¿Te quedas en silencio? ¿No tienes nada que decirme? ¿Y tú, Juan del Rosario, te reírás ahora? ¿No entiendes por qué los negros matan a los negros? Porque es demasiado odio contenido para saber adónde va y de dónde viene. Piensas que me ha llegado el momento de callar, y que yo debo también quemar mis papeles y mi voz porque ya no hay razones para que siga buscando mis títulos de composición. Pues no es así, yo debo permanecer aquí, escondida en el cuchitril que es ahora mi cuarto, cubiertos mis huesos descarnados con los harapos que restan de lo que fueron mis sábanas de hilo, para acompañar a mi bisnieta Isabel y ver el día en que se presentó en Caracas Juana Solórzano, toda vestida de negro, negros sus fustanes y su camisa, negro el pañuelo amarrado en la cabeza, de la mano de su hijo de doce años, a darle noticias a Isabel de que sus cenizas se habían enterrado juntas y de que la hacienda estaba abandonada porque los peones que se salvaron habían cogido el monte. Debo seguir hablando para que sepas cómo remató la mitad de mi casa de cuatro ventanas, cómo recogió a sus hijas para preparar tortas y dulces y venderlos a la caridad pública, y cómo buscó un marido para ellas y un tutor para su hijo José Francisco, que estaba recién nacido. Debo acompañarla hasta la muerte en su destino de viuda pobre, solitaria, consumida, ella que fue una niña que resucitó de entre los muertos. Debo verla, acompañada de Daría, ir al mercado a regatear el precio de las verduras, y

sentarse las dos por las tardes, al fresco del patio, a remendar la ropa, mientras su hija mayor da clases de piano a otras niñas más favorecidas. No creas que me asusta su miseria, Alejandro, ni tampoco que me humilla, ésta es una ciudad de pobres, y a cincuenta años del terremoto de 1812 todavía no se han recogido sus escombros, sus noches son oscuras y los escasos coches salpican el fango cuando llueve, pero tampoco creas que me olvido de que tengo y poseo unas tierras que distan dos leguas del Cabo Codera, en la ensenada de Higuero; seguir esperando no es para mí otra cosa que mi oficio.

Y ahora dictaré la historia de Andrés Cayetano, la vida de un pequeño cosechero de cacao que se quedó en Curiepe, con su madre, Juana Solórzano, a cultivar las diez fanegadas de árboles que mi nieto Francisco le prometió a su padre en pago de sus trabajos cuando era su mayordomo. Escúchala bien, Alejandro, porque no es una historia que te sea indiferente. Comenzaré a relatarla en 1859, en un invierno que trajo una crecida del río que fue por mucho tiempo recordada.

Cuando Andrés Cayetano le dio una patada a la puerta de la iglesia, los chivos acurrucados debajo del altar dieron un brinco, un cochino resopló, y el borracho que se había refugiado de la inundación y dormía sobre el altar siguió roncando. Se acercó saltando los pozos de agua y con el pie alpargatudo barrió los excrementos que habían dejado los chivos. Esto es monte y culebra, pensó. En el interior de la iglesia flotaban las sillas y los pocos bancos que había, el barro llegaba hasta los nichos de la Virgen de Altagracia y San José. Entró en la sacristía con el agua por las rodillas, sacó del armario los candeleros, la cruz de procesiones, una capa de oro y plata de fleco fino y unas varas de raso de seda para las casullas completamente mojadas. Esto es puro barro, pensó otra vez. Vio salir de la iglesia a su padre con túnica morada y cirio de procesión de Hermano Mayor de la cofradía, y detrás la mesa en la que los cargadores transportaban la imagen de Jesús en el Huerto de los Olivos, vio la procesión marchar lentamente y pararse en la primera esquina, los músicos tocando y el paso avanzando, deteniéndose en cada recodo hasta recorrer todo el pueblo. Lo vio guardar las imágenes, bailar y recitar décimas, beber y cantar hasta caer vencido de sueño, lo escuchó hablar y decirle, tienes más de diez mil árboles, cuando yo me muera ahí tienes la haciendilla, ya tu mamá está vieja y sólo naciste tú, defiende esa tierra que me costó toda la vida para tenerla. Son más de diez mil árboles, Andrés Cayetano, míralos como si fueran tus hijos, aprende a reconocerlos, a pasarles la mano, hasta que tú sepas decir, este árbol es mío. Esto es pura ruina, pensó una vez más.

Había llovido durante una semana sin parar, arreciando, medio escampando, volviendo a desaguarse el cielo. El pueblo era un fantasma de barro, una mancha oscura en medio del monte y los hombres enlodados luchaban con los destrozos de la corriente. Cuando el río creció se desbordó la quebrada y anegó a su paso lo que encontraba, entrando allí donde hubiera una hondonada y dejando lagunas por todas partes. Arrastró consigo palos, tierra, piedras, pedazos de casas, animales, niños. Durante dos días estuvo junto a los otros vadeando el río en busca de los cuerpos de sus hijos, algunos cadáveres aparecieron, los suyos no. Andrés Cayetano salió de la iglesia, volvió a su casa con las manos vacías y le dijo a su mujer: «Nada». Se remangó los pantalones empapados y la mujer lo vio hacer, lo vio sacar dos pantalones limpios y unos interiores de liencillo, lo vio sacar tres camisas y unas botas, lo vio amarrarse el

machete a la cintura y limpiar el trabuco, y no dijo una palabra. De una gaveta del escaparate de cedro de su padre sacó unas monedas, las contó y depositó la mitad en la falda de la mujer. Salió y le echó una cobija al caballo. Su madre, Juana Solórzano, escuchó el relincho del animal y se acercó a la puerta. «Tu papá las sembró muchas veces, las matas se pueden sembrar después del invierno». Ajustó a la grupa el trabuco y dijo: «Yo no las siembro más nunca, ve si puedes sacarles unas misas», y desde el caballo gritó: «¡Guárdenme los corotos de mi papá, el escaparate y los platos!».

Hincó las rodillas y marchó al pasitrote, hundiéndose en una polvareda de días, matando pájaros y lapas para comer, durmiendo noches a la intemperie, atravesando las llanuras, escondiéndose de las montoneras cuando escuchaba retumbar gritos y disparos. Por cada pueblo que pasaba era lo mismo, algún caudillo se había alzado y levantaba hombres para seguirlo, era el año 1859 y los federales habían entrado en guerra con los conservadores. Toda la tierra le parecía igualmente inhóspita y llevaba más de quince días, desde que salió de Curiepe, siguiendo caminos sin rumbo preciso.

A lo lejos divisó unas casas y dirigió allí al animal acuciado por la sed; era un poblachón perdido en la llanura; en la plaza de tierra reseca había un solo comercio abierto y un enorme samán que proporcionaba la única sombra. Entró en la pulpería y pidió un vaso de aguardiente al niño que atendía a los escasos parroquianos. Supo así que era el hijo de la lavandera del ható, que vivía con el caporal, y que al dueño lo habían matado no hacía mucho unos alzados. Y así se presentó ante la viuda doña Amparo Tejera de la Mota, y ésta le preguntó si sabía algo de vaquerías y él había contestado que no, si tenía experiencia en la compraventa de ganado y él había contestado que no, si lo conocían o tenía familia en los llanos y él había contestado que no, si estaba dispuesto a ayudar al administrador en las cuentas del aparte del ganado, pagarle el jornal a los peones y llevar la venta del queso, y él había contestado que sí. Entonces la viuda Amparo Tejera de la Mota le leyó un contrato que ella misma escribió, donde se señalaba el porcentaje de ganancia, que sería el ganado al quinto, y le pidió que lo firmara, y cuando estampó *Andrés Cayetano*, se detuvo porque vio que doña Amparo esperaba algo más de su nombre y sin mucho pensarlo inventó: *Sánchez*. Andrés Cayetano Sánchez le probó a la viuda Amparo Tejera de la Mota que con el tiempo podía llegar a ser su hombre de confianza, y que cuando muriera el administrador, ya habría aprendido lo suficiente para transportar el ganado en pie y negociar con los compradores el mejor precio, discutir la medida de las romanas y el cálculo del peso en los potreros, llevar la venta de las mercancías y vigilar los trabajos de mantenimiento, y hasta quedarle tiempo disponible para ir a Valencia, de botines y chaleco con leontina, y enamorar a la hija de Vicente Escobar, el dueño de una pequeña tipografía, y casarse con ella y fundar una familia en la casa que compró a dos cuadras de la plaza, cuando los días le habían borrado la inundación y la búsqueda en el río de los cadáveres de los niños que había tenido con una mujer que también había desaparecido de su memoria. Recuerdos que sólo tuvieron un día de resurrección, cuando años después se presentó en Curiepe, con dos peones y un carromato, y buscó la casa donde su madre, Juana Solórzano, estaba siempre barriendo, y dejó de barrer para mirarlo un largo rato y decirle: «Regresaste, pues». Y Andrés Cayetano se quitó las botas y se acostó en el chinchorro, y cuando se despertó, Juana Solórzano le trajo café y arepas, y después lo obligó a acompañarla hasta donde había estado levantada la casa de la hacienda y estaba enterrado su padre, y los dos le rezaron algo junto a la cruz de palo.

José Francisco Blanco, el hijo de Isabel, era ya un hombre y se había empeñado en volver a sembrar la hacienda, aunque únicamente había recuperado una parte, que no era ya ni la mitad de lo que había sido La Trinidad, pero falto de medios para de nuevo levantar casa, cuando iba a Curiepe dormía en la suya, en la de Juana Solórzano, y en pago le daba unos pesos de los que ella comía. Cuando Andrés Cayetano regresó a Curiepe, su madre quiso obligarlo a que esperara a José Francisco, que estaba seguramente al caer porque ya los granos estaban secos y vendría con los arrieros a transportarlos, pero Andrés Cayetano le dijo que no, que sólo había vuelto para verla a ella y para llevarse los corotos de su papá, porque ahora tenía casa y mujer, y para eso había traído un carromato y dos peones. Y cuando los peones subieron al carromato el escaparate de cedro y los platos que durante años habían sido guardados sin uso, Juana Solórzano lo abrazó muy largo y se despidió: «Ahora sí sé que más nunca te voy a volver a ver».

El escaparate de cedro fue entronizado en la sala y Griselda Escobar limpió y guardó cuidadosamente cinco escudillas de loza de Talavera y seis platos de loza vidriada, porque de los siete, con el tiempo uno quedó roto; a su lado clavó el retrato del día de su boda, él con plastrón y levita y ella con corpiño de seda y corona de azahares, y año tras año, los de tres niñas que fueron naciendo, cuya existencia tan breve sólo se prolongó en los marcos de madera torneada. Cuando nació Manuel, Andrés Cayetano le dijo a Griselda: «De éste no ponemos el retrato porque es pavoso», y Manuel escapó a las fiebres que se alborotaban a la entrada de aguas, y el único de quien no quedó la efigie impresa fue el sobreviviente, porque también Griselda Escobar lo dejó consolándose la soledad en las tertulias que sostenía por las tardes con el boticario, el jefe civil y el dueño de la pesa, reunidos en la pulpería para repasar, como quien manosea textos bíblicos, las hazañas de Ezequiel Zamora y las historias del cura revolucionario Simón Pedro, y contar con mínima variedad de detalles cuando el guerrillero Espinoza, presto a fusilar a unos oligarcas, le había preguntado si no habría liberales entre ellos, y el padre Simón le había solucionado sus escrúpulos diciéndoles: «¡Ah carajo! cómo vamos a saberlo en la oscuridad, tú dispara que San Pedro hará el aparte»; o entristecerse de la ancianidad gloriosa del general Pulido que permanecía embobado en su casa de cuatro corredores en Barinas, sin otro quehacer que echarle migas a las palomas, después de haber sido prócer de la Revolución Federal. Manuel tuvo un hijo, Dominguito, y a Andrés Cayetano, ya viejo, le gustaba enseñarle los libros que había heredado Griselda Escobar de la tipografía de su padre, y comentarle las ilustraciones y relatarle fragmentos de las conversaciones de sus contertulios, consideradas ya como historia patria; sobre todo contarle aquella noche en que el propio Zamora, el General del Pueblo Soberano, había tocado a la puerta de su casa pidiendo refugio y él había pasado varias horas, toda la noche, hablando con Ezequiel Zamora, poco tiempo antes de que lo mataran los godos, o si no, de la valentía del Mocho Hernández, y hasta de la suya propia, cuando más de una vez había empuñado la pistola para caerse a tiros con un grupo de alzados que irrumpía en el ható a robarse el ganado. Pero siempre en sus relatos omitía todo recuerdo que tuviera que ver con su vida hasta los veinticuatro años, con la vida hasta 1858, que había sido borrada de sus palabras y sólo aparecía cuando se quedaba solo, mirando el techo, barriendo el suelo con los pies descalzos, acostado en el chinchorro fumando, y veía el rostro ensangrentado de Julián Cayetano ante su mirada atónita de doce años. A Andrés Cayetano no le gustaba recordar, «porque atrás no hay nada

bueno», decía cuando su nieto Dominguito le preguntaba; «atrás todo es gente que se ha ido, atrás todo es un gran cementerio, hijo, un largo adiós de gentes pasando. Cuando yo me muera tú vendes esta casa y empiezas otra vida, lejos de este pueblo tan pequeño». No le gustaba contarle cosas de su familia, alguna vez mencionó de pasada que el nombre de su padre era Julián Cayetano y había sido mayordomo cacaotero en Barlovento, y su madre, Juana Solórzano, había sido esclava de la hacienda, pero de eso hacía tanto tiempo, tantísimo tiempo, que ni él mismo se acordaba, cosas perdidas en la historia. Después se hundía en sus meditaciones, «vete a la calle, Dominguito, déjame solo, a los viejos nos gusta quedarnos solos». A Andrés Cayetano le daba mucho dolor pensar en su nieto, se sentía viejo, cansado, y no encontraba a quién encomendárselo cuando él muriera. No sabía que el destino de Dominguito era encontrarse un general.

—No lo maten, que ese muchacho sirve.

El pelo revuelto, los ojos amarillos de miedo, descalzo y apretando entre el pecho y la camisa el arma, Dominguito se arrastra en la tierra, bajo las botas del soldado que lo apunta con el fusil. El pueblo entero se reúne, dicen que la tropa del General va a dar muerte a un muchacho que andaba por ahí robándose gallinas. Se asoman los viejos a la plaza, estallada en luz a tan temprana hora de la tarde, entre los jabillos las mujeres se esconden y los niños aguardan asombrados. Hacía tiempo que no pasaban por allí las montoneras y no mataban a nadie así, a la vista de todos. Desde que Manuel, el padre de Dominguito, precisamente él, descubrió a la Gregoria, a la misma madre del muchacho, con otro hombre, desde entonces no se recordaba un crimen en el pueblo. Les dio así, a quemarropa, y quedó la sangre de los dos mojado la cama, con el mismo fusil que se terció para cabalgar por esas llanuras, sirviendo al general Hernández. Testigos de cargo lo vieron salir de la casa, arrastrar los pies alpargatudos, ponerse el sombrero y luego montarse en un caballo flaco y darle al galope para no regresar más nunca, perderse para siempre y no querer volver al pueblo ni siquiera muerto. Abandonar allí su vergüenza y que se la enterraran con los cuerpos que había dejado, ella con los pechos descubiertos, flotándoles por encima de la blusa, y él con el miembro colgando de la bragueta abierta, ni se había quitado los calzones, mala puta.

El viejo Andrés Cayetano, sin haber cruzado palabra con su hijo, sabía lo ocurrido cuatro casas más abajo, oyó el disparo, y salió a la calle y vio a Manuel montar el caballo, y sin decir nada, dejó que se fuera y cuando ya la nube de polvo había desaparecido, caminó hasta su casa, entró y encontró al niño llorando en el corral, solo y con unos perros que le estaban lamiendo la cara, sin poder defenderse, amarrado al palo del gallinero con un mecate que le rompía los tobillos, en sus esfuerzos por soltarse. Cogió al niño en los brazos y subió de nuevo la calle, y le dijo a la vieja Rosa Margarita: «Báñelo, que está bien sucio», y la vieja lo metió en una tina de agua templada al sol, y le frotó la mierda de las gallinas pegada a la piel y le puso una camisa vieja, cortándole las mangas, y después le frió unos plátanos y se lo metió en su propia cama para que durmiera; cuando era de noche, salió el viejo otra vez y llegó hasta donde vivía el jefe civil, y le dijo: «Compadre, anda vete casa de mi hijo, que hace falta que la autoridad entre allí y vea lo sucedido en una mala hora». Y se encerró varios días con la vieja Rosa Margarita y el niño, porque dijo que hasta que pasara el entierro

no volvería a abrir la puerta, y de esa manera el entierro pasó y ninguno de los tres lo vio, sólo unas pocas mujeres, parientes de la Gregoria, que vinieron desde su pueblo a acompañarla, y algunos niños que corrieron detrás para ver si echaban limosna, pero nadie la echó.

Así, el niño creció con los dos viejos, y Andrés Cayetano, que ya sólo quería esperar la muerte, tuvo como una segunda vida y salía al monte a pasear con Dominguito y le enseñaba a cazar con la escopeta que tenía guardada en el escaparate, y como la escuela era tan lejos, él mismo, por las mañanas, se sentaba en la mesa de la cocina, y mientras tomaba café, le iba dictando frases para que las escribiera, y luego fue a Valencia y se compró unos cuantos libros y más lápices y gomas de borrar y pasaban toda la mañana en eso; por las tardes salían a la plaza y el viejo se sentaba un rato en la pulpería, y cuando bebía mucho, Dominguito le tiraba de la manga y se lo traía hasta la casa, y así vivían, bastante felices, y sobre todo, con mucho cuidado de no mencionar nada que recordara el pasado. Pero no faltó quien le dijera a Dominguito que su madre no había muerto en el hospital, como creía, y que tampoco era verdad que a su papá lo habían matado peleando con el Mocho Hernández, y que se rieran y soltaran en las risas que su mamá se había muerto de otra cosa, porque aunque eran pequeños y muy ignorantes, conocían el poder de la verdad. Dominguito nunca le preguntó nada al abuelo, y sólo una vez le dijo a Rosa Margarita que lo acompañara al cementerio, y los dos con mucho miedo salieron cuando el viejo estaba dormitando la siesta; pisando por encima de las piedras llegaron al nicho, y Rosa Margarita sacó un pañuelo del bolsillo de la falda y lo pasó por la lápida para quitarle el polvo y Dominguito pudo leer *Gregoria Luna*, inscrito allí, grabarse el nombre, y sin una alusión ni una lágrima, le dijo a Rosa Margarita que ya la habían visitado y que se fueran antes de que el abuelo se despertara. Sin hacer ruido entraron por el corral, y en eso el viejo los estaba llamando, pero no se dio cuenta de nada, cenaron como siempre y se dieron las buenas noches.

La vieja Rosa Margarita, nadie sabía muy bien de dónde había venido. Un día había llegado a la casa y de allí no salió más. Se levantaba todavía oscuro y le quitaba el polvo al escaparate que estaba en el rincón del cuarto grande, abría sus puertas y acariciaba las valiosísimas tazas de loza que allí reposaban, como sobrevivientes de un pasado bienestar, «de loza española –decía el viejo–, de cuando mi papá tenía la haciendilla»; lustraba los retratos que colgaban de la pared, barría un rato, sin mayor destino ni orden, segura de que al rato el polvo volvería a invadir el cemento, y le pasaba un trapo a las sillas y a la mesa, después planchaba fumando con la candela para dentro, y colaba el café antes de que el viejo se despertara. Vestía siempre de negro, fustán y camisa, y nadie le vio nunca el pelo o supo si era calva, porque nunca se quitaba el pañuelo pegado de la frente, tan pegado como la piel amarilla, un papel estirado sobre sus pómulos salientes, los ojos hundidos en un túnel oscuro y sus labios finos que rara vez mostraban los escasos dientes. Su cuerpo casi sin peso se movía flotando del cuarto grande a la habitación del viejo, de la cocina a su propio cuarto, unos tablones mal cosidos al lado del corral. Dominguito dormía en un chinchorro, en el cuarto grande, y desde allí la veía deslizarse, aparecer o desvanecerse, con su olor ácido de vieja y sus manos agarrotadas, pasar a través de los objetos, o a veces agacharse ágilmente como si se tratara de una mujer joven. Rosa Margarita nunca dijo su edad ni nadie se la preguntó. De pronto surgía de la oscuridad, y su sombra estaba junto al fogón, pero con la misma rapidez podía sentarse en el corral y echarle el maíz

a las gallinas, o inclinarse en la batea para fregotear la ropa. Podía encerrarse en su cuarto por varias horas, o merodear por el pueblo, en la resolana, cuando todas las casas cerraban sus puertas y en la plaza únicamente quedaban los perros dormidos, buscando la sombra bajo los árboles. Podía pasar días en un mutismo casi absoluto o estar toda la mañana repitiendo refranes y monsergas; «lo que es del cura va pa' la iglesia, lo que es del cura va pa' la iglesia, lo que es del cura va pa' la iglesia», y sólo paraba si Dominguito le gritaba, «Cállate ya, vieja, que vuelves loca a la gente». «Locos, locos son otros, los locos van para el manicomio», y se enfurruñaba en un silencio de días o semanas. «Aquí no se habla», contestaba si el viejo le preguntaba por su ausencia.

A Dominguito no le gustaba dormir con ella, por eso cuando creció le pidió permiso al abuelo para ocupar el chinchorro del cuarto grande, y el abuelo le dijo que sí, que todo lo que había allí, que bien poco era, sería suyo; no le gustaba su olor a flores de muerto, no le gustaba sentir los huesos bajo la tela negra como de pájaro y que con sólo doblarlos con el pensamiento, crujirían como un sapo destripado. No le gustaba cuando se reía a solas o cuando, sentada en el corral, repetía, «cuántas gallinas hay, cuántas quedan, cuántas se han muerto, más puta que una gallina, más puta que una gallina». No le gustaba olerla cuando, encerrada en sus tablones, se llevaba la tina de agua y chapoteaba un buen rato, hasta que volvía a salir con el mismo vestido negro y el mismo olor rancio, ácido, a cambur podrido, que invadía toda la casa. No le gustaba pensar que la vieja Rosa Margarita era toda la presencia de mujer que conocía, y no le gustaba ver a otros niños, en las puertas de sus casas, sentados alrededor de mujeres jóvenes y hermosas, mulatas de cuerpos llenos y largas risas; entonces salía corriendo, corría muy lejos y echado en el monte, mirando al cielo y las nubes blancas, se acariciaba el miembro hasta hacerlo saltar. Se quedaba horas allí, viendo revolotear zamuros y pensando, se imaginaba entonces a su padre, vestido de uniforme y lleno el pecho de medallas, cojo de una pierna, porque lo habían herido en una gloriosa batalla, y el general José Manuel Hernández lo llamaba por su nombre y lo honraba delante de toda la tropa; hasta capitán, hasta coronel, hasta general era su padre y volvía al pueblo a llevárselo y él paseaba delante de todos, montado a caballo con su padre.

Por toda la casa había hurgado hasta el último rincón en busca de un retrato de su madre, pero había sido en vano. Ni en el escaparate del cuarto grande, ni en las gavetas de la mesa de noche de su abuelo, ni en las rendijas de los tablones donde guardaba su ropa, había hallado algún rastro de aquella mujer, que, sin embargo, debía de haber existido. Una vez se llegó hasta la antigua casa de sus padres. La puerta cerrada y claveteada con una tranca permanecía igual que años atrás, nadie había querido nunca comprar la casa; «cosas de la gente», decía el abuelo cuando Dominguito le preguntaba: «¿Por qué no se vende la otra casa? Nos darían unos pesos». Rompiendo la puerta trasera que abría al corral abandonado logró entrar en ella, sin abrir las ventanas por temor a ser descubierto, pasó y repasó por cada espacio sin encontrar lo que buscaba. La casa estaba vacía, desnuda, el polvo cubría los pisos, y una débil luz lograba entrar por las ranuras, solitaria una cama ancha ocupaba el centro de la habitación, pero no había en ninguna parte una sola huella, un solo resquicio que pudiera decir algo de sus antiguos habitantes. Salió de la casa y huyó al monte, para echarse en la tierra y así imaginarse una mujer blanca, vestida con lujosas faldas de seda y corpiños bordados, peinada con elegante moño y un abanico en la

mano, como los grabados que tenían los libros del abuelo. La veía descender de un carruaje de caballos, mientras un soldado joven se adelantaba y la ayudaba a bajar.

Cuando el viejo Andrés Cayetano se murió, el muchacho erró como perdido por esos montes, sin orden ni concierto. Salía al oscurecer y pasaba toda la noche fuera, sin que la vieja Rosa Margarita pudiera encontrarlo, dando de gritos por las calles, hasta que la gente abría las ventanas y le volteaban peroles de agua fría para que se callara, «vieja loca», decían. A veces se metía en las casas, por detrás, a la hora de la siesta, y se llevaba unos huevos o un pollo y salía corriendo al monte si lo descubrían, pero no lo podían alcanzar; otras se dejaba caer en la pulpería y a los viejos amigos de su abuelo les daba compasión y lo invitaban a beber con ellos, para tratarlo de hombre y ver si así se componía. El jefe civil lo había amonestado y lo amenazaba con que si seguía de vago lo ponía preso. El cura, cuando venía un mes sí y otro no, a decir las misas y dar los bautizos, preguntaba por él y le prometía que le iba a encontrar trabajo de peón en algún hato, para que se hiciera hombre de bien, pero Dominguito les aseguraba a los dos que cambiaría y volvía a sus correrías. Por las noches se quedaba encerrado en su casa, mirando largamente los retratos de la pared y revisando las gavetas del escaparate, y no dejaba que la vieja Rosa Margarita entrara ni para limpiar el polvo.

Así llegó a cumplir quince años, en 1899, cuando pasaba el general don Cipriano Castro, triunfando y derrotando a sus enemigos, de camino hacia Caracas, y todo el pueblo se conmocionó cuando supo que aquel día en la vecindad acampaban las tropas de la revolución que venía en gloriosa marcha desde los Andes. Dominguito vio como entraban los soldados, como el general leía una proclama libertaria en la plaza ante los oídos embobados de todos, y como la gente se adelantó después a llevarles víveres y agua para apertrecharlos. Sin mucho dudar, se acercó a ellos y estuvo merodeando un rato hasta que, aprovechando un momento de distracción, agarró una gallina por el cuello y salió corriendo. Un soldado lo descubrió y moviéndose con mayor rapidez lo alcanzó, y tumbándolo, le quitó la gallina y lo insultó. Dominguito se quedó en el suelo, mirándolo, hasta que al fin se levantó y caminó despacio hacia su casa, entró en el cuarto grande, abrió el escaparate, sacó la escopeta con la que su abuelo le había enseñado a cazar, y volvió a buscar al soldado. Cuando lo encontró empuñó el arma y disparó sin darle, los hombres lo atajaron por detrás y a empujones lo llevaron a la plaza y lo dejaron tirado en la tierra; el soldado corrió tras él y lo apuntó. El general salió a la plaza, porque habían venido a avisarle de lo que estaba sucediendo, y en persona se dirigió a Dominguito para que le contara lo ocurrido y Dominguito le contó. Entonces el general se volteó hacia los soldados y gritó:

—No lo maten, que ese muchacho sirve —y luego le preguntó a Dominguito: — ¿Usted cómo se llama?

—Domingo Sánchez, para servirle, mi general.

Y don Cipriano ordenó: —Búsquele mula y petate a este muchacho, que se viene conmigo para Caracas.

Dominguito se vistió de soldado y se fue del pueblo sin decir ni adiós.

EPITAFIO AL GENERAL JOAQUÍN CRESPO

¿Tú has visto, Alejandro, a ese zagaletón en alpargatas y con el pantalón de garrasí arremangado, terciarse la escopeta y montar a la mula que le ha regalado Cipriano Castro? ¿Tú no lo ves, azuzando a la bestia con las uñas y dispuesto a todo, seguir a ese andino cetrino, con tamaño y lujuria de mono, en pos de la Restauración? ¿Tú no lo ves galopar en la columna de los sesenta que vienen desde el Táchira hacia Caracas para inaugurar con el siglo la dinastía andina? No dio resultado el liberalismo, Alejandro, y tuvieron que inventar la dictadura. Pensaron los andinos que en vez de que hubiera tantos generales que nacían como monte y se peleaban entre ellos por ver quién mandaba, sería mejor decidir por uno solo. Ahora dicen que Cipriano Castro es el último de los liberales y que bajo su poder terminarán las luchas, pero no ha sido su poder lo que nos ha pacificado, ha sido la mengua, porque entre el paludismo y la matazón no quedan ya hombres en pie, y lo mismo que a ese ladronzuelo de gallinas, se han llevado a otros muchos, tantos que cuando terminaron con los hombres empezaron con los niños, con tal que desde lejos parecieran soldados hechos y derechos. A mí Cipriano Castro ni me va ni me viene. Tengo por él un profundo desprecio, aunque confieso que hasta me hacen gracia sus desplantes y verlo, quitándose la levita y zapateando en la tarima de su despacho, declararle la guerra a los alemanes, pero hay una cosa que odio tanto como a los gobernadores y es el liberalismo. Y hay todavía algo que odio más que al liberalismo en general, y es a Joaquín Crespo, en particular. En mi memoria se mezclan los rencores y los odios, por eso cuando vi a Dominguito, el nieto de Andrés Cayetano, saltar a la grupa de la mula, convertido en soldado, no pude menos que acordarme de ti, Joaquín Crespo. ¿No te levantaron de igual modo a los quince años, cuando pasó una montonera por tu pueblo y el caudillo que fuere te vio de fuerte talla y de aguerrido valor y te llevó consigo? De campesino de recluta llegaste a general y entraste triunfante en Caracas, la suerte te aventó desde tu oscuro origen, pero a veces los vientos soplan en contra, y eso es lo que he estado esperando yo, desde el 5 de junio de 1884; desde ese día he estado esperando a que llegara el 17 de abril de 1898, para verte acampar en Sabana de Arce, seguro de tu tropa y tu victoria, y recorrer los llanos de arriba abajo, husmeando a José Manuel Hernández que te la tenía jurada porque había ganado las elecciones y tú, gran caudillo liberal, lo defraudaste. ¿No es así, Joaquín Crespo, no fuiste tú también un defraudado? ¿No te refugiaste en tu hato del Totumo, carcomiéndote los hígados contra Guzmán, tu jefe y compadre, el Autócrata Civilizador, el Regenerador de la Patria, el Ilustre Americano, cuando te dispensó del poder? ¿No es verdad que se te ocurrió inventar con Velutini una invasión desde las Antillas, y que después de ir preso a la Rotunda, te conformaste con regresar a tus tierras a esperar ocasión más oportuna y desde allí declarar que tus deberes de ciudadano, de liberal y de soldado de la república te obligaban a una revolución, y alguien te sopló que la llamaras Legalista? ¿Cómo convenciste a tus campesinos para que estuvieran dispuestos a morir por el legalismo? ¿Les diste a beber de la tacamajaca de Ño'Leandro, la pócima que preparó tu padre, el brujo de Parapara de Ortiz, para curar todos los males habidos y por haber? Bien buena debe ser la tacamajaca, Joaquín Crespo, para que esos campesinos hambrientos se monten a la mula y apuesten su vida a ese truco del legalismo que has inventado para ser dueño de

esta gran hacienda que es Venezuela. Así corren tras la promesa liberal, y te siguen a ti como han seguido y seguirán a otros tantos y te acompañan hoy: el día de tu muerte.

Quiero verte, Joaquín Crespo, quiero gozar de este momento cuando en el silencio de las llanuras aguzas tu oído de campesino y distingues un tiroteo, te hierve la sangre, te excita la pólvora y el relincho de los caballos, eres un hombre valiente, eso nadie lo duda. Andas sabaneando al Mocho Hernández sin dar con él; los campesinos lo admiran, lo veneran, le rezan, nadie te da informes, sólo tienes la oreja y la nariz para encontrarlo. Por fin oyes los disparos, tu coronel Elías Maduro ha trabado combate en el hato Carmelera, alargas la mirada, desmontas de la mula y pides que te ensillen tu caballo peruano y allá vas, con tu sombrero de Panamá y tu manta blanca flotándote sobre los hombros, a campo raso, a cruzar el paño de sabana. A lo lejos está la mata Carmelera, los soldados te gritan, «en la mata están, general». ¡Qué gran momento, Joaquín Crespo! Te desbordas de placer en este juego de la guerra. «Aquí vamos a pelear duro», dicen que le dijiste a tu segundo. No mides el peligro, no te detiene la prudencia, no te das cuenta de que tu manta al viento, tu caballo blanco entre los pajonales, tu hercúleo talle sobre un animal aguijoneado, al frente de todos, solo y cabalgando a cuerpo descubierto, es mucho pedirle a la suerte. Te acercas a la mata, arrebatado de gloria y de pólvora, y allí estaban, Joaquín Crespo, allí estaban esperándote. ¿A qué soldado no se le hubiera ocurrido? Encaramados en un altísimo samán, ocultos en su follaje, allí estaban, Joaquín Crespo, los hombres de José Manuel Hernández, y sin darte la ocasión de disparar un tiro, desde la copa del árbol una bala te entró por debajo de la clavícula derecha y te salió por detrás del pulmón izquierdo. Y allí rodaste por el suelo, tu guerrera se llenó de sangre, tus pantalones de tierra, tu sombrero de Panamá voló y tu manta blanca quedó pisoteada bajo los cascos del caballo. Por muchas horas siguió el combate y, mira qué ironía, tu general Ramón Guerra le ganó a Hernández, lo dispersó, y le mató la mitad de los setecientos campesinos que logró levantar. Ganaste la batalla, Joaquín Crespo, pero no lo sabrás nunca y yo te estoy esperando en Caracas, mulato barrigón, pelo malo, bembón y paticorto, a que llegues, muerto triunfante, para contarte que en la mata Carmelera tu caballo se quedó solo, corcoveando bajo un samán. Te estoy esperando mientras tu cadáver se balancea hundido en una hamaca templada entre dos caballos. Te han despojado de la guerrera y de las botas para aliviarle peso a tu cuerpo desplomado, tienes la camisa blanca empapada en sangre que ya se ha secado y huele mal, tienes los pantalones blancos llenos de polvo y la bragueta manchada de orina, tienes el rostro cenizo y los ojos cerrados, se están retirando tus hombros, sudando en el calor de la sabana, te llevan en parihuela a pie hasta Acarigua, y tú ya te estás enfriando, hace treinta y seis grados a la sombra y tú ya estás helado. Atravesada en el lomo del caballo va tu guerrera con dos huecos, Joaquín Crespo, dos huecos quemados que ha dejado la bala y colgando de las correas de la silla van tus botas y tu espada, y tú vas como un niño en la hamaca, acurrucadito y sin chistar, dormidito y acunado al paso de los caballos. En Acarigua te están esperando los doctores Capriles, pero no es para curarte, es para despanzurrarte. Están preparando las soluciones y las sales, están lavando las cánulas, están extendiendo una sábana sobre la mesa de operaciones y disponiendo cubos, palanganas y frascos para lavar tus entrañas, están cortando tu pecho y tu vientre, de arriba abajo, como una vaca, para sumergir en alcohol la cavidad torácica y abdominal, están extrayendo el intestino para inyectarlo y empapar en la solución el estómago y la vejiga, están bañando cuidadosamente, una por una, todas

tus vísceras, los orificios de tus cavidades y toda tu piel. Se están descolorando tus órganos, se están quedando blanquecinos, amarillentos, reblandecidos como algas desmenuzadas y los van a teñir para restituirles la coloración y después los van a guardar en vasos de vidrio sumergidos en agua filtrada en arcilla. Están macerando tus huesos, los van a desengrasar, a hervir, a bañarlos con bencina hasta dejarlos limpios de tejido y luego te van a rellenar como a un muñeco vacío de aserrín, para que quedes fuerte y gordito como eras, para que te calcen de nuevo la guerrera y los pantalones, te van a zurcir todos los descosidos que te han hecho y así quedas otra vez enterito, vestido de uniforme limpio, reluciente como una estatua y metido en la urna de madera y zinc que te están preparando, nuevecito para viajar en tren. Un gusano que rueda, silba y echa humo y avanza a una velocidad insospechada, mucho más ligero que los caballos y las carretas. Toda Europa está cruzada por ferrocarriles desde hace ya bastante tiempo pero nosotros somos tan pobres que viajamos a lomo de mula. Ya a nadie le interesa el cacao, ahora vendemos café. Por eso es que somos tan pobres, porque siempre vendemos cosas que sólo sirven para merendar, sin embargo, qué elegantes los nombres que los europeos les han puesto a nuestros trenes, *The Quebrada Railway, Land and Copper Company, The Guanta Railway Harbour and Coal Trust*. ¿Y sabes cómo se llama tu tren, Joaquín Crespo? Vas a viajar en *The South Western of Venezuela Barquisimeto Railway*. Pero primero te van a llevar de Acarigua a Barquisimeto a la vieja usanza, en una carreta que transporta tu urna y cuando llegues a Barquisimeto, allí encontrarás apelotonados a los soldados de la escolta que te espera para meterte en el vagón y así, poquito a poco, traqueteando, verás qué divertido, vas a viajar de Barquisimeto hasta Tucacas. Vas a ver el mar, Joaquín Crespo, allá está el rancherío de Tucacas, los tablones del embarcadero y los pescadores saludándote entre los manglares. Déjate llevar como un niño deslumbrado que escucha un cuento de aventuras y piratas, allí está, a pocos pasos de la playa, la casa de Morgan con sus ventanales rotos, como ojos vacíos buscando el mar, donde dicen que escondía los tesoros después de sus correrías, y frente a ella se reúnen los marineros asombrados de ser espectadores de tan acontecida circunstancia, están cargando la urna del general Joaquín Crespo para depositarla en el embarcadero en espera del vapor de guerra que han enviado por ti. Vas a cruzar el Caribe hasta llegar al puerto de La Guaira, sólo falta abordar la falúa y atravesar los bajos hasta el fondeadero; mira qué pura el agua, cómo juegan los corales debajo de la estela de los remos, disfrútalo, no hay apuro, el barco no se va sin ti, eres su pasajero de honor y te espera, y yo también, sentada en el poyo de mi ventana, desde el 5 de junio de 1884.

¿Qué fue lo que pasó el 5 de junio de 1884? ¡Ay, Alejandro!, tú estás perdido en un rincón y no sabes nada, ¿qué has hecho oculto todos estos años, mientras yo no me he movido un día de mi casa, donde me quedé desde el día de tu muerte? ¿Será éste mi castigo, Juan del Rosario, por haber mandado a quemarte el pueblo, en los tiempos de Portales? ¿Me habrá Dios condenado a esperar infinitamente los títulos de composición sin encontrarlos? Los títulos de 1663, Alejandro, los que le dio Felipe Cuarto a mi padre y que tú confirmaste. ¿Me habrá olvidado Dios, escondida en esta casa para siempre, obligada a mirar el destino de mi historia, sometida a conocer tantos acontecimientos sin poder intervenir en ellos? Hoy, primero de mayo de 1898, sólo me queda el triunfo de la venganza. Hoy, Alejandro, estoy sentada en la ventana de mi casa de la esquina de San Jacinto, como un árabe a la puerta de su tienda, esperando a que por delante de mi puerta pase el cadáver de Joaquín Crespo. ¿Que no

sabes por qué Joaquín Crespo es nuestro enemigo? Yo te lo explicaré. Cuando nuestro tataranieta José Francisco Blanco volvió a la hacienda arruinado, sin poder, comido por deudas usureras, y recuperó un pedazo, un resto que me parece insignificante de lo que fueron nuestras posesiones, de nuevo limpió el monte y resembró las arboledas, y cuando ya estaban crecidas y desde aquí me parecía escuchar el rumor de sus hojas y disfrutar del frescor de su sombra, pasó por ellas el viento del progreso y las desbarató. Pasó por ellas Joaquín Crespo, que quiso jugar al tren. ¿Qué hizo? Le dio mis tierras a los holandeses para que establecieran la *Carenero Railway and Navigation Company*; así como lo oyes; que eran tuyas, les dijo, y no mías, y para que así fuera bastaba con firmar un decreto, llamarlo expropiación, y prometerle a José Francisco que le pagaría las indemnizaciones. Y todavía las estoy esperando, Joaquín Crespo, hoy que llega a Caracas la comitiva de tu entierro, estoy esperando a que echemos cuentas y me digas cuánto me debes y me expliques cómo es eso de que mis tierras no son mías sino tuyas, y se las puedes regalar a quien te parezca. ¿Cómo puedes quedarte impasible, Alejandro? Han construido un tren, sus rieles me parten el sembrado, me tumban la sombra, se me echa a perder la cosecha con el humo infernal que arroja esa máquina infame, y a mi tataranieta José Francisco no le queda más camino que volver derrotado a Caracas, y enterrar para siempre esa hacienda de la que dice ya no quiere ni acordarse. Y en la misma van ensartados tu gente, Juan del Rosario, porque el silbido del tren también pasa por sus conucos y los han puesto a cavar las zanjas y a cargar con los rieles y vagones, prometiéndoles que ese tren les llevará a la costa sus cosechas y que ellos entrarán también en el progreso. Ojalá se te rompa el tren, Joaquín Crespo, ojalá no puedas jugar más nunca con sus vagones, ojalá el monte se coma la vía.

Escucha, Alejandro, ya ha anclado en La Guaira el vapor. ¡Qué recibimiento! Han nombrado un cuerpo de oficiales para rendirle honores militares y dan los toques guerreros mientras bajan la urna y sobre un carro arrastrado por cuatro caballos blancos la conducen a la estación de tren, ahora va a subir la montaña, va a ascender lentamente atravesando puentes y quebradas. Es largo el camino, yo nunca he paseado en tren, me gustaría ser ahora una niña alegre que, vestida de encajes y crinolinas, se asomara a la ventanilla de los vagones para ver desde arriba el mar y sacar un pañuelo que se agitara en la lejanía. ¡Nunca nos montamos en tren, Alejandro, nunca hicimos algo tan divertido! ¡Qué lástima no haber sido niños en el siglo del progreso y de la máquina de vapor! Fuimos como hermanos y escucho mis gritos y tus risas cuando mis hermanas y yo te tapábamos los ojos y te dábamos vueltas para jugar a la gallina ciega; aún recuerdo cuando en tu décimo cumpleaños los pedazos de la piñata saltaron hechos añicos, y yo, por la avidez de recoger más dulces, quedé herida en el rostro, y tú, consternado, soltaste el palo y tus lágrimas se mezclaron con las mías. ¡Cómo quisiera que juntos sintiéramos el vértigo de cruzar esta inmensa montaña, atravesando túneles y bordeando precipicios! Volvería así al consuelo de mi miedo, cuando mi padre me regaló una yegua, tú me alzaste con tus hermosos brazos y yo me aferré a tu cintura, y así, juntos, emprendimos un largo paseo subiendo el Camino de los Españoles. Pero no debo perderme en pensamientos inútiles, ahora yo estoy aquí, atenta, sentada frente a las rejas de mi ventana, esperando el anunciado cortejo fúnebre del general Joaquín Crespo, el Héroe del Deber Cumplido, el Senador del Congreso, el Presidente del Estado Guárico, el Ministro

de Guerra y Marina, el Jefe del Estado Mayor General de los Estados del Sur, el dos veces Presidente de la República, el Jefe de la Revolución Legalista.

¡Qué lejos están, Joaquín Crespo, los días en que te cantaron un *Te Deum* por el triunfo de la Santa Causa Nacional, qué perdida esa hora en que entraste triunfante en Caracas! Cayó el aguacero más grande de la historia, se te mojó el uniforme, los penachos de los caballos y los bigotes, pero no te inmutaste, cuando te reclamaron que tú también eras un continuista tuviste un gesto de humor, el único chiste que se te conoce, dijiste, *el día de la entrada el aguacero borró todas las consignas. Las consignas, Alejandro, han sido como papel ofrecido a la lluvia y al sol, pero cada una de ellas ha tenido el poder de la tacamajaca, ofrecer curar todos los males, y como ninguna los cura, el aguacero las borra y no faltará quien invente otra.* Después que gritaron *Tierras y Hombres Libres, Abajo la esclavitud, Viva la Federación, Mueran los blancos y los que saben leer y escribir*, vino Guzmán, que resultó un ilustrado, y dijo: Viva la Regeneración, y Crespo un Legalista, y Castro un Restaurador, y propuso: *Nuevos Hombres, Nuevos Ideales, y Nuevos Procedimientos*, y Gómez un Rehabilitador y estableció Unión, Paz y Trabajo. No nos han faltado las consignas, lo malo es que siempre llueve, y será por eso que sabiamente se borran. Como se han borrado, Joaquín Crespo, aquellos días en que colocaron tu retrato en el Club Paraíso y toda la sociedad caraqueña se volcó a homenajear al caudillo; los periódicos se llenaron de alabanzas y panegíricos, y para que no perdieras tus costumbres de llanero, te ofrecieron a ti y a Jacinta, festines de terneras en las haciendas, y después defenestraron los retratos del anterior y enjuiciaste a los que habían perdido el poder, y siempre pasa lo mismo, Alejandro, que luego llueve, siempre llueve ese día magnífico en que entran triunfantes y es a causa de la lluvia que se borran las consignas. Pero pueden pasar mil años y a mí no se me borrará nunca el día en que Joaquín Crespo llegó en el ferrocarril de La Guaira y lo llevaron a su casa de Santa Inés, para ser expuesto un día y una noche en capilla ardiente. Hoy es el gran día en que lo montan sobre la cureña de un cañón arrastrado por dos caballos de penacho negro y comienza su último desfile por Caracas.

¡Cómo lamento, Alejandro, no estar viva para poder disfrutar de lo bella que está la ciudad! Nunca se me había ocurrido que fuera posible ver tanto de día como de noche. ¡Cuántas modernidades tiene ahora Caracas! Un alumbrado de gas en cada esquina y no aquella oscuridad que de niña me sobrecogía y con la que aprendí a vivir, pero siempre sintiéndome asustada y sola cuando se apagaba el último candil. Guzmán Blanco nos puso teléfono y ya no es necesario mandar al paje a preguntar por los vecinos o para anunciar las visitas. Las calles parecen más limpias y las recorren carruajes y tranvías de caballo conducidos por hombres uniformados a la francesa. En verdad, todo ha sido adornado a la francesa porque Guzmán se pensó Napoleón Tercero, y en consecuencia, que sus generales, su ciudad y sus caballos lucirían mejor en estilo Imperio. Te perderías, Alejandro, si trataras de llegar al cabildo, tricornio y bastón en mano, porque tumbaron las arquerías del mercado que mandó a construir Ricardos, y en el centro de la plaza pusieron una estatua ecuestre de Bolívar que trajeron de Alemania, rodeada de cuatro fuentes de hierro forjado; hay muchas otras plazas, cuento hasta diez, y más de quince puentes, con el que se levantó en tiempos de Carlos Tercero. Construyeron el Capitolio sobre el solar de las monjas Concepciones, ¿te acuerdas que allí comprábamos las bulas de muertos?, y sobre las ruinas del convento de la Merced está la plaza Falcón, sobre las del hospital de la

Caridad se extiende el parque Carabobo; donde fue la iglesia de San Jacinto se dispuso un inmenso mercado y vienen a él decenas de carretas a vender flores, frutas, pájaros y verduras, y allí donde estuvo San Pablo, se edificó un imponente teatro, pero lo que más le agradezco a Guzmán es que por lo menos haya recogido los escombros del temblor de 1812, y que de nuevo el reloj de la catedral dé las horas a su tiempo. ¡Cómo me gustaría lucir abanico y guantes y peinarme con tirabuzones, vestida de encaje y polisón! ¿Que no te parece bien que ahora las mujeres salgan de noche? Nunca me hubiera imaginado que, pasadas las seis, pudiera salir de mi casa a escuchar la música de la retreta en los bancos de la plaza y que después me hubieras llevado del brazo a la ópera o a una elegante fiesta a bailar valeses y polkas, ni tampoco que por la mañana pudiera andar sola, sin esclavas, a hacer mis compras en los comercios que reciben la ropa de Madrid y de París, y sin ensuciarme los botines en el barro.

Debo seguir anunciándote que el cortejo fúnebre pasa ahora por la esquina de la Torre y se acerca el gran momento, cuando por la esquina de San Jacinto atraviesa la cureña del cañón que lleva la urna de Joaquín Crespo y yo, desde mi ventana, le arrojo un clavel blanco, sí, le tiro una flor para que la pisoteen los caballos, como él pisoteó mis posesiones. Dicen que el caballo que va al frente, solo y marcando el paso, es su caballo peruano, y ahora cruza la esquina de Jesuitas, luego Tienda Honda y ya están frente al Panteón; el Panteón, Alejandro, es la iglesia de la Santísima Trinidad, pero no es ahí donde lo van a enterrar, aquí se van a escuchar el eco de los cañones, los toques militares, las cornetas, los tambores y clarines, la marcha fúnebre ejecutada por la Banda Marcial, los honores militares de tres batallones de infantería, dos de artillería, un escuadrón de caballería; a derecha y a izquierda de la cureña está la Guardia Perenne, y cuando se haga silencio, el pueblo entero se abalanza a la calle y lo sigue hasta su mausoleo en el cementerio a darle sepultura en la fosa que, pensando en la historia, construyó en el estilo digno de un faraón. De tus hijos dirán cualquier cosa, Joaquín Crespo, menos que no tienen dónde caerse muertos. Yo no te acompañaré; sin verlo tengo la seguridad de que te entierran y me retiro de la ventana, cierro los postigos y dejo que la sombra invada mis corredores, que la penumbra del atardecer se asiente en mi patio y haga sombra el limonero, me encierro en la galería, y recojo mis papeles, mis escritos, mis autos, mis despachos, las huellas todas de mi litigio, añadido el decreto de expropiación que firmaste el 5 de junio de 1884, y aguardo, Joaquín Crespo, aguardo las vueltas del tiempo. Ahora tú también estás muerto y puedes esperar conmigo, siéntate aquí junto a mí, al lado de Alejandro, y de Juan del Rosario, y de mis hijos y mis nietos y mis bisnietos y mis tataranietos. Sé muy bien que en 1908 aparecerá una hija tuya vendiendo un pedazo de lo que expropiaste, ¿así que además de regalar mis tierras a los holandeses, te pareció bien reservar una poquita para ti? Eso es lo de menos, una minucia, tengo el documento y sé que no eran muchas fanegadas. Anota, escribano: el general Joaquín Crespo le debe a doña Inés Villegas y Solórzano unas tierras y valle nombrado Curiepe, que están dos leguas más arriba del Cabo Codera en la ensenada que llaman de Higuerote. Cuando yo encuentre mis títulos, hasta el último centímetro de tierra, ¿me oyes, Joaquín Crespo?, hasta la última paja del polvo que se levanta en mis posesiones, volverá a ser mía.

LA VENUS DE SAN JUAN
(1900-1905)

Volverás a oír de él, Alejandro, pero por un tiempo me olvidaré de Joaquín Crespo para seguir relatándote la historia de los vivos: la de ese zagaletón que entró en Caracas detrás de Cipriano Castro, con el olor a estiércol todavía pegado de la ropa. Yo debo seguirle los pasos porque su vida se toca con la mía y no lo dejaré suelto hasta que se termine. ¿No entiendes por qué ese campesino, nieto de un liberto de la hacienda, me preocupa?, porque no has entendido nada, entonces, de cómo se han trastocado las circunstancias. Óyeme bien, pues, muerto sordo, escucha a ese niño que vocea en las esquinas:

El circo metropolitano anuncia extraordinaria función de variedades en honor al invicto ejército de la revolución. Argollas rusas ejecutadas por la notable trapecionista Yamila. Los perros sabios de China y los juegos malabares del payaso Salpicón.

Domingo Sánchez, ascendido al grado de capitán por su valiente actuación en la batalla de Tocuyito, donde peleó como pelea quien no tiene nada que perder, llegó a Caracas con el ejército del *General Victorioso siempre Invicto* y abrió la boca al verse por primera vez en una ciudad. Le dieron franco y sin perder tiempo salió del cuartel a respirar un aire más fresco, y ahí lo tienes, vagando por las calles, aturdido y dichoso, con unos centavos de paga en el bolsillo y unas botas que le quedan apretadas, arrastrándose lentamente por la plaza de San Jacinto. En las horas tempranas de la mañana y sentado en un banco, entre los árboles y farolas, contempla a los arrieros descargar su mercancía de frutos de las recuas de burros y carretas de bueyes, y cómo se van instalando los vendedores de tenderetes y ventorrillos, ofreciendo al público los quioscos de flores y frutas, las ventas de estampas y tarjetas, las pajareras, monos, chivos y perros, las ramas curativas, y a los hombres agrupados en animadas conversaciones de comercio. Se detiene en una venta de tarjetas y pregunta los precios de algunas: paisajes de lugares que él desconoce, mujeres vestidas de odaliscas en curiosas posiciones, soldados adornados de brillantes charreteras y grandiosas espadas; compra una en la que se ve una mujer sentada en un cojín de seda, tapados los ojos con un velo y luciendo una diadema de perlas en el pelo. Gastada y sucia, con los bordes aplastados, la mete dentro de la chamarreta, y debe ser que cree poseer algo muy precioso, un secreto bien guardado, que mira a su alrededor para ver si alguien lo está observando mientras lo obtiene. Pero nadie está pendiente de él, el gentío se arremolina ahora junto a dos hombres que anuncian la charada china; únicamente yo lo miro acercarse también, curioso como un niño más, entre los que corren hacia el tenderete donde despliegan los cartones con dibujos de animales, y mientras uno de los hombres recoge las apuestas, el otro sorteas las bolas que indican a los afortunados ganadores. Un buen rato estuvo contemplando el espectáculo, hasta que se aventuró a jugar unas monedas, rápidamente las perdió y se retiró, mientras nuevos rostros acudían a probar suerte. Así anduvo todo el día, caminando y viendo, sentándose a descansar, o refrescando la sed con unas naranjas y calmando el hambre con un pan de a centavo, absorto en lo que le parecía una inmensa ciudad, adentrándose por las callejuelas, leyendo los avisos de los comercios y pensiones,

tropezando con lujosas damas, de abanicos, botines de charol y polvos de arroz, y elegantes caballeros peinados con brillantina y luciendo cuellos duros y sombreros de copa, niños descalzos, sirvientas presurosas, arrieros que conducían carretones, figuras esqueléticas cubiertas de pedazos de tela, hombres inválidos arrastrándose en carritos de madera, mujeres rodeadas de niños huesudos y sucios pidiendo limosna, rostros demacrados de paludismo y escorbuto. Los anuncios del famoso Circo Metropolitano lo hicieron entrar a reírse un poco con los chistes del payaso Salpicón, y se sentó en unos tabloncillos desde donde podía ver a la equilibrista, sudorosa y atemorizada de su proeza. Nunca había estado en un circo, quizás recordaba la promesa de su abuelo de un anunciado viaje a la capital, algún día, alguna vez, pero era ahora cuando ese tiempo había llegado y no tenía a quien contárselo, sólo sabía de la vieja Rosa Margarita y seguramente a ella no tendría ganas de contárselo. Cuando cayó la noche estaba todavía sentado en una silla de madera, en la plaza Bolívar; la Banda Marcial interpretaba aires escogidos de la *Marcha de Cádiz* y un aplaudido final de *El Danubio Azul*, después del cual la concurrencia abandonaba la plaza y en la silenciosa noche se recogía en sus hogares. El capitán Domingo Sánchez volvió solo a la caserna, y sin hablar con nadie, se quitó las incómodas botas y el uniforme y, acostado en el camastro, pensó, mañana le diré a mi coronel que estas botas no me sirven.

Los soldados se aburrían en aquella ciudad que algunos pensaban invadida y otros restaurada. Por un tiempo las luchas internas parecían haberse apaciguado, eran como los chubascos, fuertes arremetidas que daban luego lugar al sol; el general había olvidado los días gloriosos y no le interesaba ya aquel cuerpo de insurgentes que, triunfantes, habían atravesado el país. Sea como fuere, Domingo Sánchez no ascendía más, se le adjudicaban tareas sin importancia, rutinarias y casi domésticas, acompañar a la esposa del general en sus visitas o vigilar la limpieza de los cuarteles, y hasta hacer mandados como montarse en el Gran Ferrocarril para asegurarse de que todo estuviera en orden en la casa presidencial de Macuto, cuando el general viniera a temperar unos días para descansar de sus afiebrados pleitos con las potencias internacionales. Día a día la fama de la batalla de Tocuyito, donde se había destacado como héroe nacional, se iba perdiendo en la memoria de todos, y hasta en la suya, sintiéndose ya muy lejos de emular las victoriosas acciones de su padre cuando cabalgaba con el general Hernández, campesino que de soldado sólo tenía el fusil y que arreaba la bestia con sus pies descalzos. Domingo Sánchez se iba convirtiendo en un ciudadano sin ciudad, y hasta disfrutaba de las veladas en el Teatro Caracas, cuando la esposa del general acudía a escuchar zarzuelas. En algunas oportunidades había sido guardia que, apostado hasta altas horas de la madrugada, vigilaba desde afuera los grandes festejos de Villa Zoila, y desde lejos había contemplado el movimiento de las damas y caballeros, las polkas y contradanzas, los bailes de disfraces donde coquetas del Directorio alternaban con mosqueteros y húsares, mientras él, Sánchez, cansado y soñoliento, esperaba que al fin clareara y los gallos cantaran, para que los importantes personajes dieran por terminada la fiesta. Había también acudido, en los aniversarios patrios, al apoteósico acontecimiento de encender las fuentes luminosas de El Calvario, y sin duda, entre risas y bromas de mal gusto, pasándose entre varios una botella de ron, había comentado con sus compañeros de tropa las andanzas y furtivas salidas del General, cuando un coche escoltado lo esperaba en una puerta lateral del Palacio de Gobierno. Pero nada de esto era para Domingo Sánchez más que espectáculo, diversión ajena, airado triunfo de otros, y de sus sueños de gloria sólo le

iba quedando el despertar malhumorado y el dolor de cabeza de las noches en que frecuentaba las casas alegres de San Juan y a las turcas de Camino Nuevo. De Caño Amarillo a Catia y de Horno Negro a Monte de Piedad no había burdel que Domingo Sánchez no conociera, pero su lugar preferido era uno con fachada de casa de pensión, cuyo destino evidente lucía en un pequeño aviso que, a la luz del farolito, decía, *La Venus de San Juan*.

Yo había escuchado, Alejandro, de la vida alegre de las amancebadas de Nueva Cádiz, cómicas y taberneras que venían de Andalucía a distraer a los hombres en sus soledades, y que no tenían empacho en divertirse igual con marineros que con grandes señores, sin despreciar a los canónigos, y había escuchado también de los bailes en casucas de Caracas, que perseguían los alcaldes de barrio para dar fin a los jolgorios y fandangos; de las ordenanzas para encarcelar en el hospicio de la Caridad a las mujeres blancas, vagas y escandalosas, y de la casa de Corrección, a donde iban a parar las esclavas altaneras y desenvueltas, y las morenas libres sin profesión conocida, que se paseaban muy zafadas y se regalaban con el mayor lujo, y también supe de mujeres principales que fueron recluidas por ofender a sus maridos, pero nunca pensé en vida que pudiera ser testigo de tantos actos deshonestos como tuve que presenciar siguiendo los pasos del capitán Domingo Sánchez. A su lado tus escapadas con la madre de Juan del Rosario fueron juego de niños. A pesar de que su paga no era mucha, era siempre bienvenido entre las mujeres, cansadas quizás de recibir a viejos emperifollados que pretendían hacer de aquellas campesinas hambrientas protagonistas de *Las mil y una noches*. Él, en cambio, las trataba de quien a quien, no pretendía de ellas complicados rituales, ni sacar mucho de lo poco que les daba y estaba con una y con otra, de acuerdo a la que quedara libre, y por lo visto, a ellas su juventud y timidez también les gustaba. Les contaba pequeñas anécdotas de la vida de palacio, algunas verídicas, otras escuchadas de segunda mano y las más supongo inventadas, y ellas, a su vez, le retribuían con los cuentos de la vida privada de tantos caballeros como por allí pasaban, de modo que juntos podría decirse que hilvanaban la trastienda de los pequeños dignatarios y hasta de algunos notables. Cuando los clientes de postín abandonaban el lugar, salvo que algún adinerado mandamás ordenara cerrar la sala, se reunían en la cocina con la madama, sacaban cervezas y ron, y si había cobrado la paga, Domingo Sánchez brindaba brandy, mientras cocinaban algo, se reían y conversaban hasta el amanecer; sobre todo se hacían compañía, y en los días de fiesta o cuando las muchachas estaban en los días malos para el trabajo, salían a pasear y las invitaba a comer helados en la pastelería La Francia, les hacía también pequeños favores, recomendaba a algún hijo o sobrino para el ejército, les conseguía un préstamo o las llevaba al médico, cuando alguna sospechara estar enferma.

¿Te parece que no se corresponde a mi calidad estar presenciando tales espectáculos? Ay, Alejandro, yo también me siento avergonzada de relatarlos, ocurren aquí cosas que imagino mucho peores que las descritas en un libro prohibido, que no sé de qué manera llegó a la provincia, y que escrito en inglés fue conocido en castellano como *Los Placeres del Amor*. Vienen a este burdel, Alejandro, los hombres más distinguidos de Caracas, pues la madama tiene fama de ser muy estricta en la selección y asegurar así mayor protección contra el gálico, que ahora llaman sífilis; se presentan estos caballeros con una contraseña, dejan en el zaguán su sombrero y su bastón, piden de merendar pastas y champaña, y se disponen a ver desfilar a las

mujeres, sin poder entender yo cuál es el chiste de tanto desfile, puesto que son siempre las mismas y rara vez hay alguna novedad. Gustan de verlas quitarse la ropa y que se sienten en sus rodillas, o que bailen dándole a la manivela del fonógrafo en paños menores, mientras ellos se acarician la perilla y los bigotes, y después de escogerlas, suben con ellas a las habitaciones, donde algunos se limitan a los actos que ha impuesto la naturaleza, pero otros, Alejandro, pretenden escenas que yo sólo había intuido en el Antiguo Testamento, con el merecimiento de la ira de Dios y el exterminio de sus ángeles. Hay una, a quien llaman la Turca por tener ojos muy árabes –y que dice haber nacido en Melilla, aun cuando creo yo que su modo de hablar la delata como oriunda de nuestras costas orientales–, que tiene la especialidad de saber usar la boca para fines inmundos y es sin duda una de las más solicitadas; otra, de apodo Salomé, gusta de arrodillarlos y, ¡dígame eso!, los hombres a quienes siempre pensé tan dominantes, gustan también de esa humillación; y aún hay otra, medio tuerta, que acepta la sodomía y según entiendo la cotiza alto. La dueña del burdel, a quien llaman madama o madame Ninón, siendo su verdadero nombre Lucía Chuecos, es una andina entrada de años, y no quisiera, Alejandro, que en esto me juzgaras mal, pero me parece una mujer bondadosa, pues trata a las muchachas como si fuera su madre, cuida de su salud, les habla a veces con ternura y otras con rigor, y a pesar de su depravación, rechaza a muchas jóvenes miserables que han acudido a ella en busca de trabajo y les recomienda otro oficio de mayor dignidad. El misterio que no he podido desentrañar es el amor y cuidado que ha puesto en una joven criada de nombre Magdalena. Su edad oscila entre los trece y los quince, menuda, pero mostrando ya las formas inequívocas de su futura plenitud, en sus ojos oscuros se combina ese instante efímero de inocencia e insinuación. Su oficio es, todas las mañanas, retirar las aguas sucias del aguamanil y las bacinillas, tender las camas y cubrirlas con las colchas de cretona, muchas veces remendadas, recoger las medias y los sostenes tirados por el suelo, las enaguas y faldas, las blusas colgadas de los clavos de la pared, limpiar el recipiente de hierro esmaltado de la irrigadora, pasar el trapo por las mesitas de noche, botar los cigarrillos de los ceniceros y lavar los vasos del alcohol enrarecido que todavía contienen, ordenar las cómodas y disponer de nuevo las horquillas, las peinetas, los peines y cepillos, los jaboncillos de olor y algún frasquito de perfume medio vacío, los polvos de coral para los dientes, los polvos negros para las cejas, los polvos blancos para el cuello, los polvos rojos para los labios, los polvos rosados para las mejillas, las borlas y polveras, los lápices para apuntar lunares y las cajitas de cintas y de ungüentos, barrer los dos saloncitos de abajo, acomodar las sillas y fregar los pisos de lo que es salón de intimidad de las muchachas de *La Venus de San Juan*. Su vida transcurre de los callejones del barrio a la limpieza de la casa, saludar por las mañanas a los lecheros y panaderos, a las lavanderas y planchadoras, a los afiladores de cuchillos y a los zapateros remendones, a los niños que vocean dulces y empanadas; escucha las quejas de las mujeres, ayuda a la Turca a zurcir unas medias, a Salomé a curarse las marcas de la viruela, a Estrellita, una canaria bastante obesa, a arreglar una ropa para un hijo que tiene en alguna parte; acompaña a la madama al mercado y discute con los marchantes los precios de la comida y le oye sus historias, sus cuentos y lamentaciones, y le dice de vez en cuando, «madame Ninón, hoy se ve más linda que las muchachas», esperando de su rostro envejecido y su cuerpo engordado una sonrisa de agradecimiento por su dulzura. Esta niña, Magdalena, admira a la madama, la ve mucho más elegante que las muchachas, la escucha

conversar con ellas para aconsejarlas, opinar sobre los distintos temas de la vida y de la muerte, de las debilidades y grandezas de los hombres, de los tiempos pasados y los por venir, y ella, que escasamente garabatea su nombre y cuenta rápidamente con los dedos las cantidades que se le adeudan al lechero, se siente sumergida en lo que le parece un pozo profundo de sabiduría. Pero hay más, hay también el eterno agradecimiento a la vieja Lucía por haberle dado casa, comida y trabajo, por haberla traído desde su pueblo, por haberle enseñado las letras que sabe leer y escribir, por razones que no entiende, que ha preguntado algunas mañanas mientras las muchachas duermen –madame Ninón tiene en su sabiduría una estricta norma de higiene social: ocho horas para el trabajo, ocho horas para el entretenimiento y ocho horas para el descanso–: «¿Por qué, señora Lucía, me trajo usted para Caracas?», y siempre ha obtenido la misma respuesta; «Porque era mi deber». Por qué, siendo ella más bonita que las muchachas, pudiendo ser lo que se llamaría una mina de oro, la madama ha sido tan definitiva en cuanto a su lugar y posición en *La Venus de San Juan*, es un misterio. «Tú no estás aquí para envilecerte, ellas, cuando llegaron, ya querían trabajar en esto, aquí no se corrompe a nadie». Un día tras otro la misma respuesta a sus preguntas, Magdalena ha entendido que no será mucho más lo que logre saber, y si cierra los ojos por la noche y piensa en su corto pasado en el pueblo, no encontrará tampoco nada que aclare sus dudas. Se sabe criada en una familia que no era la suya, con un apellido cualquiera que tampoco es el suyo, si es que le tocaba alguno, acostumbrada a agradecer que la vida se la andan regalando desde siempre, desde que tiene memoria, porque la mujer que la cuidó era comadre de su mamá, y sólo recuerda que alguna vez vino un hombre, fuerte, grande, aindiado, a visitarla, y su madrina le dijo, ande, salude, y ella lo saludó, y él le regaló una peineta de falso carey. Alguna vez le ha preguntado por aquel hombre; «Como si yo supiera, riegue bien esas matas, que se están secando», le dice la madama, y a veces quiere obligarla a una confesión:

—Usted con el capitán Sánchez, ¿qué se trae?

—Nada, señora Lucía, ganas de pasar el rato.

—Ponga cuidado, mijita, que pasando el rato no vaya usted a ser flor de un día, búsquese otro que no sea tan orillero.

Magdalena se limitaba a sonreír tímidamente al capitán Sánchez, cuando éste abandonaba el local al amanecer. Trabajaba durante el día, y a las cinco de la tarde, hora en que se dejaban caer los primeros clientes, desaparecía en la parte trasera de la casa, que, separada del resto por unas rejas, constituía un pequeño patio habitado por unas sillas de paleta y unas gallinas y fungía de salón privado al que ningún extraño tenía acceso. Una vez la casa en movimiento, Magdalena tenía órdenes estrictas de no transgredir la reja, y sólo cuando volvía a estar vacía podía circular libremente por los dos saloncitos de recibo y las habitaciones de la planta alta. Domingo Sánchez no era ajeno a su presencia, y en alguna ocasión le había deslizado unos chocolates de regalo o algún frasquito de perfume que Magdalena había dudado mucho en aceptar, y a veces había rechazado, ya que le estaba terminantemente prohibido recibir obsequios, siguiendo instrucciones de la madama que sabía muy bien por dónde empezaban las cosas. Era evidente que, por razones para él desconocidas, Magdalena no estaba destinada a formar parte del negocio, y en esa medida su apetencia aumentaba, lo enfurecía aquella presencia de virgen custodiada en la que todas las mujeres participaban. Algunas bromas llevaban un doble sentido para indicarle que

comprendían sus deseos pero no se los concederían, y otras, la madama, más enfática y poseída de su papel de sacerdotisa a cargo de la vestal, decía: «Vea que al capitán Sánchez le gusta complicarse la vida, habiendo tantas muchachas bonitas, irse a fijar en la que no le toca». Y continuaban sus bromas y risas para dar a entender que en nada aquella nube enturbiaba la fiesta, si cada quien sabía ponerse en su lugar.

Sin embargo, Domingo Sánchez pensaba de otra manera. En las brevísimas conversaciones que habían mantenido, a fuerza de él irse más tarde y ella comenzar sus labores más temprano, había entendido que Magdalena tenía un origen parecido al suyo, y recordaba con cierta nostalgia una infancia en el monte, lejos de aquel barullo. El capitán Sánchez comenzó a acariciar una idea, que a veces se le presentaba en las largas noches de cuartel, en las que, acostado en el camastro, veía su vida como un tumulto de acontecimientos que desembocaban en nada. Se preguntaba a veces qué habría sido de la vieja Rosa Margarita, si estaría muerta, si alguien la habría acompañado en su entierro, si permanecería en la casa de su abuelo, enfundada en sus telas negras, oliendo rancio y hablándole a las gallinas. Sentía una mezcla de arrepentimiento y odio al evocar su recuerdo. Sentía también un peso grande al pensar en su abuelo, escuchaba la voz de Andrés Cayetano, hazte un hombre de bien, lejos de este pueblo, pero, ¿cuáles eran sus aspiraciones y qué destino le quedaba, si el general que tan épicamente lo había llamado a su servicio, lo había ya olvidado? En rarísimas ocasiones tenía ahora la oportunidad de verlo, en una visita que dispensó al cuartel, cuando lo tuvo frente a él, se atrevió a decirle: «Yo soy Domingo Sánchez, mi general», y el general miró en el vacío y haciendo un leve movimiento de cabeza, continuó revisando la tropa, con los ojos extraviados y hundidos, de la mala vida que llevaba, decían los soldados. No, ninguna esperanza le cabía a Domingo Sánchez; y por momentos le venía la idea de renunciar a lo que creyó una empresa épica y pensaba en la conveniencia de hacerse comerciante y fundar un hogar honorable con alguna jovencita que, prendada de su uniforme, le diera conversación en la retreta de los domingos. Quizás con una muchacha buena, una muchacha como Magdalena, podría empezar de nuevo, vender la casa de su abuelo y hacer algún negocito, ahora que había aprendido algo de comercio, escuchando a las mujeres de *La Venus de San Juan*, y entrometiéndose en las tertulias de los vendedores del pasaje Linares. Los escuchaba quejarse de las amarguras de la dictadura, y le llegaban las palabras de un mundo que le era desconocido, los monopolios, los monopolios del ganado y de la venta de carne, los monopolios del ron, de la harina, de los cigarrillos, de los fósforos, el acaparamiento de las ventas de leche y huevos, el alzamiento de los derechos adicionales de los comercios para pagar los gastos del ejército, y las fiestas, sobre todo las fiestas y los bailes con los que el general se hacía aclamar en toda la república. Eran entonces éstos, los doctores y notables, los dueños de las casas con las que soñaba Domingo Sánchez, ornamentadas de madera calada, con amplias balaustradas, con cuidados jardines adornados de estatuas, los que bailaban hasta las horas del amanecer, los que él había espiado cuando acompañaba a la esposa del general, los que se divertían en grande, mientras él hacía guardia apostado en el jardín, eran entonces los mismos de los que hablaban los comerciantes y decían que tenían arruinado el país.

Una madrugada, cuando salía de la estrecha casita de San Juan y el farolero recorría el barrio apagando las lámparas de kerosene, Domingo Sánchez descubrió el rostro de Magdalena entre las rejas. Se acercó de nuevo y comenzaron una de sus brevísimas conversaciones, aguzando los oídos para no ser descubiertos por la madama, y Magdalena hizo su primera cita de amor. «Mañana hay una fiesta grande, van a cerrar el local a los clientes, dicen que viene el general. Nadie se dará cuenta si no estoy y podremos salir a pasear».

Domingo Sánchez fue feliz otra vez. Como el día de su llegada a Caracas, volvió a recorrer las calles y las plazas, llevó a Magdalena a San Jacinto, le compró naranjas y mangos de hilacha, le regaló un cristofué que ella prometió cuidar hasta el día de su muerte, contemplaron las tarjetas y postales que Magdalena nunca había visto y apostaron a la lotería de animalitos sin ganar nada. Se sentaron en los bancos mirando jugar a los niños a su alrededor, y él le dijo que ya era un hombre en edad de tener un hijo y ella se puso colorada y se tapó la cara, se acercaron a ver una función de títeres improvisada en la plaza Bolívar, y Domingo Sánchez le pasó la mano por el cuello y le susurró algo al oído; y Magdalena supo que entre ellos ocurría algo distinto a lo que contaban las muchachas de San Juan, y se reía de lo que decían los muñecos, pero no era de eso, sino de la pura felicidad de haber descubierto para qué era una cita de amor. Y cuando estaba oscuro, el capitán Sánchez le propuso llegar hasta una pensión, no muy lejos de la casa, y Magdalena accedió, pero le pidió, *todo menos eso*, y él dijo que estaba bien, y estuvieron un rato acariciándose en la cama, bajo la luz de una lámpara de gas, haciendo todo menos eso.

Aquella noche Magdalena, para no hacer ruido, se quitó los zapatos de tacón que le había prestado la Turca, y se despidió con un beso de Domingo Sánchez. Cuando subía las escaleras tratando de pasar inadvertida, vio desde arriba que la fiesta estaba en su apogeo. Habían prendido todas las luces, las muchachas sentadas en los silloncitos de terciopelo deshilachado se reían muy duro y todas estaban desnudas, menos una pantaletica. La Turca le daba vueltas al fonógrafo de corneta y cantaba y bailaba. Su paso presuroso fue, sin embargo, descubierto, y el general se levantó de un sillón y le preguntó a la madama:

—¿Y esta muchacha, no me la habían enseñado?

La madama le hizo un gesto rápido a Magdalena, y sirviéndole una copa de champaña al general, mintió:

—Esa muchacha es mi sobrina y está aquí de paso porque está muy enferma, no se la recomiendo, general.

Y a la semana siguiente, Magdalena le contó a Domingo Sánchez lo que había ocurrido cuando llegó a la casa de San Juan, después de su primera cita de amor.

¿Conocen las prostitutas los deseos de los hombres? Siempre creí que eran buscadas para satisfacer en ellas la bestialidad, y ahora me pregunto si su encanto no reside en la disposición a complacer algo oscuro y desconocido; siempre creí que eran mujeres libertinas, de apetencia irrefrenada, y a fuerza de verlas y escucharlas he podido comprender que ejercen su oficio con frialdad y que es poco su disfrute. ¿Conocía la madre de Juan del Rosario tus deseos, Alejandro?, ¿o era sólo el dominio de disponer de su cuerpo para el placer, como disponías de sus manos para el trabajo? Yo hubiera querido también, o lo quiero ahora y entonces no lo supe, ser para ti ese cuerpo codiciado y conocer el secreto del tuyo, pero ¡cómo pensar siquiera que hubiera podido someterme a la humillación de preguntarte qué había en ella que yo

no te ofreciera! Encerrarla y castigarla, no tuve otro pensamiento, venderla o alejarla, no se me ocurría otra manera de impedir que por las noches, cuando pensabas que yo dormía, tocaras a la puerta de la servidumbre. Mi madre no me preparó para otra cosa que no fuera recibir tu semilla, y tú, déjame decírtelo ahora que todo el tiempo ha pasado, fuiste un mal maestro. Quizás pensaste que nuestra vida no era una cita de amor y como hombre sabías lo efímero de esa circunstancia, o preferiste ocultarme tus secretos para que no me sintiera dueña de ellos. Yo te perdono, Alejandro, porque también amé nuestra intimidad serena. Fue ver la ilusión de esta niña, Magdalena, lo que me hizo volver a aquella tarde en que tú te levantabas para irte y escuchamos la voz de mi madre llamándome, precisamente cuando nuestras palabras se atropellaron y las manos se tocaron en un gesto de despedida, el límite que nos contenía estalló, y era un día que llovía y oscureció de pronto, cuando nos besamos por primera vez escondidos en el patio.

Pero no quiero mezclar mis recuerdos con las marramucias de este sinvergüenza. El capitán Sánchez no sabía muy bien qué hacer. De los soldados de tropa no eran pocos los que había visto sacar en un cajón, después de días de calentura y disenterías, enfermos de comer los sacos de aguacates podridos, de caraoas picadas, de carnes descompuestas. Él, más afortunado, podía guardar su pensión de tres reales para la ración y comer con los oficiales, pero aspiraba a un ascenso a coronel que nunca llegaba y comenzaba a desesperar de su escalada en el ejército. Ahorrando por aquí, pidiendo un préstamo por allá, y jalándole mecate a la madama, quizá lo dejaría casar con Magdalena, se alquilaría una levita y le compraría a ella una percalina de colores. Sacaba las cuentas de sus amistades. Un pulpero le había propuesto asociarse porque se le había muerto el yerno que lo ayudaba, ése era un gran negocio, y más aún si lograba la licencia para abrir una botillería, pero de dónde él, Domingo Sánchez, sacaría el dinero para comprarla. Recordaba entonces la casa de su abuelo Andrés Cayetano, volver al pueblo y rematarla. Y las escrituras, ¿dónde las habría puesto su abuelo? Quizás en el escaparate del cuarto grande o enterradas debajo de las baldosas, guardadas junto a la vieja Rosa Margarita que seguramente allí estaría, encerrada en el corral o en su cuarto de tablones, entonces tendría que llevarla a un hospicio de locos y dejarla allí para siempre. Si vendía la casa que ahora le parecía una casucha, todo cambiaría, podría ser socio del pulpero y comprar la licencia, por ahí andaban algunos que le debían favores, mal que bien, ¿no era capitán del ejército restaurador? La familia de aquel soldadito que se estaba muriendo de mengua y él les avisó para que vinieran a sacarlo, pero, ¿qué influencias tenía esa pobre gente? No, ésos no servían. Un préstamo que le consiguió a la Turca con el usurero, mediante el empeño de unas joyas que no pasaban de baratijas, pero la Turca, ¿qué podría hacer por él?, aunque quizás la Turca sí era de mayor influencia, tenía que preguntarle qué grandes cacaos pasaban por su cama. En un papel y con un pedazo de lápiz fue anotando los nombres de sus posibles mecenas: la familia del soldado, la Turca, el dueño de un restaurante del pasaje Linares, ¿no tenía un hijo con fama de revolucionario?, ¿no se lo habían metido preso en la prefectura?, y si él no habla con el Coronel, ¿no lo iban a mandar para el castillo de San Carlos? Allí se hubiera podrido sin que nunca más nadie supiera de él; ése sí era alguien que le debía algo en grande y que además estaba en el ramo. Y sin ir más lejos, la misma madama, ¿no le había evitado él una requisitoria de la sanidad? Hasta le hubieran podido cerrar el negocio si la policía encuentra allí a aquella muchacha sifilítica que a la vieja Lucía se le había

pasado por alto, a pesar de sus atinadas y sabias preguntas para detectar la salud de sus empleadas. Lucía Chuecos, anotó en su lista. Entonces, el nombre del General le vino al papel; si se toma como favor aquella batalla, pero ya de eso no se acuerda mi general, pensó, tiene que ser un favor más reciente.

Los oficiales reunidos en la caserna hablaban alto y bebían. El capitán Sánchez se levantó y sin darse mucho por enterado se dejaba ver, uno de ellos lo llamó y le hicieron sitio para que los acompañara. Se hablaba de todo y de nada hasta que la conversación comenzó a ponerse interesante. Se comentaba que pronto sería el cumpleaños del general y que todos los ministros andaban muy afanados en buscarle un regalo que lo complaciera. Ya no había mujeres en la ciudad que le llamaran la atención.

—Un virgo —gritó uno con una risotada—. Lo que quiere el general es un virgo.

Y todos le siguieron en las risas y en las burlas soeces. Él los escuchaba en silencio. —¡Qué serio estás Dominguito! —le dijo su coronel, y Domingo sintió un apretón de rabia al oírse llamado de nuevo Dominguito.

—Será que está pensando en buscarle una muñequita al general —rió otro.

Y más se burlaron. —¿Este carajo? Este carajo no conoce sino putas, ¿no es verdad? Ándese con cuidado, capitán, no le vayan a pegar una mala enfermedad.

No quiso seguir la broma. Se retiró sin despedirse y los dejó en sus conversaciones para irse a acostar. Echado en el catre, le daba vueltas a una idea que le había cruzado. La idea, como un animal salvaje, lo asaltaba, lo mordía, lo retaba, le resoplaba furiosa, lo desgarraba, lo dejaba impotente, acosado por su fuerza. Cerraba los ojos para espantarla, por instantes desaparecía y la noche quedaba oscura, sola, sin sus pensamientos. Conciliaba el sueño y de nuevo, como un verdugo que se hubiera propuesto torturarlo hasta el fin, volvía a arremeterlo y desgonzarlo. A veces con ímpetu, como un impulso que tuviera que ser ejecutado de inmediato, como una imposición de la que fuera imposible escapar, a veces con sigilo, como una gota de agua que impregna lentamente hasta que termina por calar los huesos o una corriente de viento que poco a poco va penetrando una habitación y la enfría, la misma idea se iba abriendo paso en sus propósitos.

A la mañana siguiente se despertó enfermo. Sentía dolor en el cuerpo y escalofríos. Se presentó en el consultorio del médico y se sentó a esperar. Pasaban delante hombres amarillentos, apergaminados, enflaquecidos, los ojos brillantados por la fiebre, los rostros sudorosos, cubriéndose con unas delgadas cobijas los cuerpos inclinados, las barbas sin rasurar, los dedos de palillos temblorosos. Finalmente le tocó el turno a él. El médico lo examinó en silencio y con brevedad, «no es nada, no se asuste, no son las fiebres, es un catarro pasajero. No tengo nada que darle, échese un buen palo de ron y espere a que le pase el malestar. ¡Otro!», gritó, y Domingo Sánchez salió del consultorio y le dijo a su coronel que estaba enfermo. Pasó todo el día arrebujado entre mantas, adormitado, el día fue oscureciendo sin que lo percibiera, hasta que un hombre con una lámpara en la mano se le acercó y lo despertó. «¿Cómo sigues Sánchez?». «No muy bien», contestó. «¿No muy bien? ¿Y qué más quieres? Todo el mundo lo sabe. El general preguntó por ti, dijo que quería recompensar el regalo». «Yo no le he regalado nada», y volvió a taparse con la cobija.

Se despertó y sacudió la cabeza para ahuyentar la pesadilla. Había soñado que estaba enfermo, que tenía paludismo, estaba acostado en el catre y venía el coronel a decirle que el general andaba preguntando por él, que todos lo sabían, que todo el

mundo lo sabía. Se echó agua en la cara para sentirse bien despierto, se vistió y salió a buscar el parte del día. En celebración del feliz cumpleaños del general, aquella noche había fiesta sonada en la casa de un ministro. El capitán Sánchez quedaba asignado para escoltar a la señora esposa del general cuando el baile hubiera terminado; la guardia personal del general quedaba a la orden, en el caso de que hubiera después alguna visita especial.

Alguna visita, por ejemplo, al botiquín denominado pomposamente *Bosque de Bolonia*, quizás porque su construcción en forma de quiosco y su ubicación oculta entre jardines, frente a una sombreada plazuela, pudiera tener alguna reminiscencia de un París galante, el reservado había sido bautizado de aquella manera. El coche de dos caballos, seguido de una pequeña escolta partía en aquella dirección, cerca de las doce, cuando ya el pleno de la sociedad había saludado al general en la residencia del Ministro. La señora esposa del general permanecería un rato más, para dar la impresión a los invitados de que todo seguía igual, y una vez más la orquestina acometía el valse *El Tocuyo*, mientras las parejas se cruzaban animadamente.

«Pruebe una champaña para que sepa lo que es bueno», le dijeron al capitán Sánchez mientras sorbía un café, sentado en las escalinatas de la terraza principal. Domingo mojó los labios. «No me gusta, prefiero el brandy», y la devolvió con un gesto brusco. Pasó una hora, quizás dos, la fiesta no terminaba nunca, bailarían hasta el amanecer. Cabeceaba un sueño cuando fue violentamente despertado. La esposa del general abandonaba la casa. Un murmullo de gente se acercaba con ella a despedirla en la puerta, mientras la guardia se aprestaba a escoltarla hasta su residencia. Después el capitán Sánchez emprendió el camino del cuartel, pero súbitamente cambió de dirección y obligó al cochero a prestarle la victoria.

—Si me botan es por culpa tuya.

—Acuérdate de lo que te digo, no te arrepentirás, yo sé pagar un favor —y furiosamente fustigó a los caballos sin detenerse un instante, por las oscuras y silenciosas calles, hasta llegar al frente de la casa.

Tocó con fuerza la puerta, la madama, medio dormida, envuelto el camisón en una ruana y calzando unas zapatillas, abrió.

—Usted está loco, Sánchez, aquí está todo el mundo dormido.

De un empujón la apartó y entró en la casa, llamándola a voces a través de la reja.

—Te vine a buscar, vente conmigo.

La subió en el coche y de nuevo espoleó a los caballos hasta llegar al *Bosque de Bolonia*. Por el camino le iba hablando, «tu no tienes que hacer nada, déjate hacer».

Magdalena, sentada en la victoria, temblando de frío debajo del camisón, escuchaba en silencio. Lo vio bajar, pero no pudo seguir el diálogo de Domingo con el edecán. Eran dos sombras gesticulando, desde el coche apenas se distinguían los espadines rozando las polainas. Finalmente Domingo Sánchez volvió y la hizo bajar. Caminó entre los jardines interiores hasta llegar a la puerta del quiosco. A un lado, un salón dispuesto con sillas de terciopelo rojo y mesas doradas en las que todavía quedaban copas medio vacías por recoger; del otro lado, una puerta silenciaba el interior. El edecán y Domingo Sánchez seguían discutiendo, Magdalena los escuchaba pero el miedo no le dejaba entender el sentido de lo que decían.

—Dile que le traigo a la muchacha de San Juan, dile así, que mi general sabe quién es. Dile que es un regalo de cumpleaños. Si no quiere, me voy y no ha pasado nada.

El otro no parecía convencido, el tiempo se alargaba y Domingo Sánchez, desesperando de lograr su idea, se dio media vuelta y agarrando a Magdalena del brazo, salió violentamente, cuando una voz se oyó en el interior.

—El general está pidiendo una botella, ahora sí puedo entrar, pero acuérdate, vamos a medias—. Pasaron unos minutos y el hombre volvió, tomó a Magdalena de la mano y la hizo entrar en una habitación vacía. Ella se sentó en una cama grande, miró a su alrededor los espejos, la jofaina sobre el mármol de la mesa y una botella de champaña con dos copas.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el edecán. Magdalena no contestó—. ¿Estás segura de que estás completa? —le volvió a preguntar, y ella de nuevo guardó silencio.

Afuera el edecán hablaba con Domingo Sánchez.

—¿Y qué vas a pedir, Sánchez, por este regalo?

—Yo lo que quiero es una licencia para abrir una botillería —contestó en voz baja.

El edecán empezó a reírse, a reírse, y Domingo Sánchez, poco a poco, sin saber qué hacer, intentó reírse, mientras la madrugada sorprendía a un viejo tambaleante, quitándose los calzones, y a una muchacha sentada en la cama, tapándose con los brazos los pechos desnudos.

DOMINGUITO ENCUENTRA OTRO GENERAL
(1905-1929)

¿Sigues sin entender, Alejandro, por qué me empeño en contarte la historia de este canalla? ¿Te parece inusitado que esté ocupada de fornicaciones y tratos de arrabal? Tampoco me imaginaba yo, en vida, que estaría escuchando conversaciones de soldados, ni pensaba que mi memoria estaría plagada de episodios tan miserables. Tú, del nieto de Andrés Cayetano dices que no quieres ni acordarte y que sólo te interesa saber si he dado con los títulos. Eres un muerto desmemoriado, Alejandro, como todos los demás, como tú, Dominguito, que te fuiste desmemoriando en vida, hasta olvidarte de ti mismo. Ya no te acuerdas de don Cipriano, ni de las botas que te apretaban los pies cuando eras campesino de recluta, ya no hueles a mula ni a pólvora, y se te ha esfumado también el olor de la niña que le ofreciste el día de su cumpleaños, y la recompensa que obtuviste de su borrachera y extravío. ¡Qué sorpresa, Domingo Sánchez, cuando de la noche a la mañana te viste de alcahuete mayor! ¡Con cuánto afán cambiaste de oficio y aprendiste a recorrer los barrios humildes de la ciudad, buscando de puerta en puerta algún miserable que tuviera una hija o una hermana en alquiler! Si no fuera porque yo te conozco desde niño, y te he seguido paso a paso en tus andanzas, me hubiera sorprendido como tus amigas de San Juan, al verte abandonar el glorioso ejército de la Restauración, para dedicarte con ahínco a actividades mercantiles de mayor éxito; en vez de permanecer como antes, apostado ante las rejas en espera de que la esposa del general abandonara el *Garden Party* o la noche de baile, poco a poco, sin prisa y sin pausa, comenzaste a ser tú mismo invitado de las *soirées* y las fiestas, reconocido a tu paso por las calles céntricas, saludado cortésmente con un alzamiento de sombrero en las Gradillas, y finalmente, primer chicharrón de la olla y aceptado en el Club Concordia, donde otros caballeros tertuliaban contigo y te invitaban a una partida de póker o de billar, en la que además de sabrosas anécdotas acerca de la liviandad de algunas damas, se concertaban los negocios dentro del nuevo lema de *Unión, Paz y Trabajo* del Benemérito Jefe de la Patria. Quizás te sentías un poco solo y extraño en el caserón que te compraste, a pocas cuadras de mi casa, y acostumbrado a tu uniforme, desde aquel lejano día en que el general te dio vestimenta de soldado y calzaste botas en vez de alpargatas, te perdías buscando la ropa que guardabas en ese altísimo escaparate, entre tantos pantalones planchados, tantas camisas de seda, tantas corbatas de plastrón, tantos zapatos de charol y hasta un frac con chaleco; cansado de servirte los pocillos de agua y café o de compartir el ron de las botillerías, aprendiste a beber en finas copas el mejor brandy, servido en bandeja de plata por diligentes criados, y harto de levantarte a toque de diana, te gustaba desperezarte lentamente para desayunar y vestir con calma, hasta la hora de abrir tus oficinas de comercio e importación. ¡Cuánto has progresado, Domingo Sánchez! Y dime una cosa, al mono rijoso le ofreciste pasto para su lujuria, y a su compadre, al avariento campesino, ¿qué le ofreciste?, ¿se te ha olvidado también?, ¡pero qué mala memoria tienes! No te preocupes, yo estoy aquí para refrescartela; la memoria, Dominguito, es mi baluarte. ¿Te acuerdas de aquella fecha, quizás 1920, en que el señor Domingo Sánchez Luna pasó mala noche?

Se había despertado varias veces a beber agua porque la sed lo sofocaba, y abría las ventanas esperando que entrara el fresco de la madrugada. Quizás había tomado una copa de más, quizás le preocupaban los empréstitos que quería

proponerle al general, quizás estaba simplemente cansado, pero aquella noche no había dormido bien, no lograba conciliar el sueño con la facilidad de antes, había soñado con la vieja Rosa Margarita, la veía claramente sentada en el corral hablando con las gallinas; de pronto la vieja se levantaba de su taburete y le retorció el cuello a una gallina, la sangre caía y mojaba el piso. Se había despertado agitado, encendió un habano, y se sirvió un vaso de agua de la jarra que reposaba en una estirada mesita inglesa. No quería recordar a la vieja Rosa Margarita, ni siquiera en sueños, ni siquiera en una imagen, que como una vieja fotografía se desvaneciera nada más abrir los ojos. Había hecho borrón y cuenta nueva y así quería vivir de ahora en adelante. La vieja Rosa Margarita era sólo un mal sueño, un fragmento de pasado ajeno que le pertenecía a Dominguito, un niño triste, loco, descalzo, de pantalones abiertos en la rodilla, de camisa blanca anudada en la cintura, un niño que él alguna vez había conocido, saltando por el monte, matando pájaros con la china, persiguiendo perros para amarrarles una lata en la cola, cazando zorrillos y rabipelados, sentándose en la pulpería con los hombres del pueblo, de la mano de un viejo de andar cansado que los días de fiesta se ponía el pantalón gris y el chaleco gastado y sacaba una leontina, para confirmar una vez más, con el reloj de la iglesia, que el suyo atrasaba; un niño que se mecía en el chinchorro mientras el viejo Andrés Cayetano fumaba y conversaba, y le leía algún libro que otro de historias pasadas, de viejos tiempos de la Independencia, o le hablaba de las glorias del general Ezequiel Zamora. La vieja Rosa Margarita le pertenecía a ese niño y era quien lo había acompañado a descubrir un nombre inscrito en un pequeño nicho del cementerio, y también quien había caminado con él tras el entierro del viejo, ése sí había sido un entierro sonado, a ése había acudido todo el pueblo, y había venido el cura, y el jefe civil, y todos los hombres de los alrededores, y todas las mujeres se habían vestido de negro y se habían sentado en la casa y habían estado rezando y pasándole la mano por la cabeza. Pero la vieja Rosa Margarita había muerto completamente porque sólo existía para un niño llamado Dominguito, que también había muerto completamente, y que había sido borrado por el polvo del camino hasta Caracas. Y también había desaparecido completamente Magdalena, una niña que había conocido en una casa de San Juan, con dos ventanas y zaguán de mosaico y un pequeño patio desde donde podía verse su cuerpo menudo regando las matas, a través de los calados del entreportón, en una casa de falsa pensión, sobre cuya puerta el farol alumbraba el cartel de *Se alquilan camas a caballeros de orden*, y un letrerito en hierro que decía *La Venus de San Juan*.

Magdalena había ido muriéndose de la mengua del recuerdo, de un desvanecerse lentamente, o quizás de un brusco y sólido golpe que la había desalojado para siempre. Un desalojo en el cual, como en un truco, había sido eliminada de la fotografía en la que aparecía con las muchachas de San Juan, sentadas en hilera, unas agachadas en la primera fila, y otras, de pie, atrás, con la madama, un día en que festejaban el cumpleaños del capitán Sánchez, o quizás la navidad o el año nuevo. Magdalena había muerto en una adolescencia lejana, en una edad abandonada, y sus ojos oscuros y su pelo rizado no existían ya, ni ella había sido nunca algo más que una sombra menuda, cantando algún trozo de zarzuela en el patio, limpiando la casa de madame Ninón, Lucía Chuecos, la madama. Magdalena era el fantasma que alguna vez acompañó al capitán Domingo Sánchez, también muerto y enterrado, una tarde de retreta, una mañana de paseo en la plaza de San Jacinto, un día de excursión en el ferrocarril de La Guaira, un recuerdo que alguna vez olió a sal, entre las brisas de los

ueros. Pero ahora estaba definitivamente muerta, tanto como el pobre capitán Sánchez, y quizás se amaban en algún recodo del malecón de Macuto, quizás la madrugada los sorprendía en una estrecha cama de pensión, donde hacían *todo menos eso*. Quizás alguien recordaba el encuentro de dos cuerpos inconclusos que se descubrían por primera vez y tenían la costumbre de hacer citas de amor. Magdalena no vendría más ni él iría de nuevo a la casa de las muchachas de San Juan. Entre las alfombras de Persia que adornaban la sala, debajo de la araña de cristal, entre las orquídeas en jarrón de China, los escaparates Imperio, las sillas Victoria, los espejos dorados y ampulosos, las cortinas damasquinadas, las lámparas de alabastro, las rinconeras de madera tallada, el reloj de péndulo y las estatuillas modernistas sobre pilastras de mármol, era inútil que el señor Domingo Sánchez Luna buscara el cadáver de una niña llamada Magdalena, de apellido incierto, más de préstamo que de papeles, nacida en un pueblo de nombre desconocido, traída a Caracas por el empuje del viento que soplaba en esa dirección. Magdalena había pertenecido al archivo perdido del capitán Domingo Sánchez, y en la medida en que aquella memoria se había desvanecido, no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir. Pero yo me acuerdo de ella, Dominguito, yo no te voy a hacer el favor de olvidarla, y cuando menos te lo esperes, te vas a encontrar con mi recuerdo.

Terminó por fin de despertarse. Desayunó frugalmente una taza de café negro, y mientras leía la prensa, el barbero afilaba sobre el cuero las navajas de empuñadura de marfil, grabadas en oro las iniciales D.S.L. en curvados y floreados trazos, y le comentaba noticias, incidencias, dimes y diretes que se trasegaban por los corrillos y mentideros. Tan afanado estaba en su charla que descuidó un movimiento y rasgó ligeramente la barba del señor Sánchez Luna. Este soltó una palabra gruesa y el hombrecillo se deshizo en disculpas y alabanzas a la paciencia del señor Sánchez Luna, a quien conocía de hacía tantos años y tenía el honor de rasurar todas las mañanas, menos aquéllas en que el señor acusaba las huellas del trasnocho y el sirviente lo despedía porque no deseaba ser molestado. Pero aquella mañana Domingo Sánchez tenía prisa, no estaba para patrañas y anécdotas, porque había logrado una audiencia con el nuevo general para conversar acerca de asuntos importantes. Se traía por dentro una comezón. ¿Habría olvidado el nuevo general que él había servido al antiguo General? Todos decían que su memoria era infalible, que guardaba en los arcanos de su mente el nombre y condición de cuantos tenían alguna razón para ser recordados y que, como el hacendado que reconoce por el color del pelo a sus vacas y a las vacas de las que fueron hijas, el general sabía de la misma manera el origen de cada uno de los hijos que pastaban bajo su gobierno de Rehabilitación. ¿Sería ese recuerdo motivo para no ser bien visto por sus ojos? No lo sabía, no podía estar seguro y el rasguño del barbero le parecía de mal presagio. Hacía ya tanto tiempo que el antiguo general había partido con su esposa a otras costas, que ya nadie pronunciaba su nombre sino era para envilecerlo, y él, Domingo Sánchez, se había cuidado muy bien de andar recordándole a nadie el día glorioso en que entró en Caracas con las tropas del *general Victorioso siempre Invicto*. Tampoco diría, ni tendría por qué, el desliz o la curiosidad que lo empujó a bajar a La Guaira, para ver alejarse el humo de la chimenea del barco que lo conducía muy lejos. Nadie lo había visto despidiéndolo en compañía de Dominguito, un muchacho valiente que robaba gallinas y desafiaba nada menos que a las tropas de la Restauración. Pero, muerto Dominguito, ¿quién recordaría la admiración de un muchacho de pueblo por aquel invicto ejército? Él desde luego no, y

esperaba fervientemente que el nuevo general tampoco. Si lo recordara con amargura, ¿acaso hubiera permitido la prosperidad de sus negocios? ¿No había dejado que crecieran a su sombra, sin proponerle nada pero también sin cortapisas? No, definitivamente, si el general hubiera querido descabezarlo las oportunidades habían sobrado. O bien lo olvidaba, o bien lo consideraba con indiferencia. Mandó a preparar el automóvil y lentamente, cruzando entre los todavía inexpertos peatones, el chofer tocaba el claxon para espantar a los que montaban burros y conducían carretas, hasta llegar al Palacio de Gobierno. El general lo recibió puntualmente y durante pocos minutos. Escuchó su reláfrica con aire aparentemente distraído y contestando de vez en cuando con monosílabos. Finalmente lo despidió y prometió darle noticias cuando consultara con sus ministros. Después sostuvo una breve conversación con alguien de su confianza, indagó sus pasos y escuchó alguna vieja anécdota, las pocas que el capitán Domingo Sánchez había protagonizado en otros tiempos. «No me parece, general», había dicho la otra voz, «quítele esos empréstitos, que hay mucha gente a quien dárselos y que lo pueden servir mejor a usted». «No lo mate, que ese muchacho sirve», contestó el general, y lo mandó a llamar de nuevo. Después de una breve antesala, el señor Domingo Sánchez estuvo de nuevo en su presencia, y el general le dijo que un hombre de sus virtudes y su inteligencia para los negocios debía ocupar otras responsabilidades, y entonces, Domingo Sánchez le ofreció esos pequeños negocios que se traía entre manos y el general le ofreció ser su ministro. Y como ministro del Benemérito salió del despacho. Despidió al chofer y sin mucha prisa se montó en el tranvía y recorrió la ciudad hasta llegar a la plaza Bolívar. Tenía tan poco tiempo disponible para dar una vuelta a pie, sentarse bajo los árboles, mirar cómo dos enamorados se sacaban una fotografía o cómo niños escapados de la escuela corrían con sus delantales blancos; le gustaba sentirse en la ciudad, libre de sus variadas ocupaciones, y por un momento recordó al difunto capitán Sánchez, cuando estaba de permiso y contaba en sus bolsillos unas monedas. Pocas veces disfrutaba a esas horas de la quietud de su casa, sentado en el patio, en una silla de hierro. Encendió otro habano y se hizo servir una cerveza, mientras revisaba la prensa le saltaban a los ojos los anuncios de los vapores que partían a Europa. Nunca había montado en ellos, sólo los había visto a lo lejos, cuando el difunto capitán Sánchez paseaba por los malecones de Macuto y también cuando acudió en compañía de Dominguito a ofrecerle una muda y oculta despedida al general, pero no había compartido los placeres que sus nuevos amigos le contaban de París, de Madrid, de Roma. Quizás ahora llegaba al momento de descubrir Europa, de recorrer las ciudades del viejo mundo, acudir a elegantes restaurantes y presenciar picantes espectáculos; quizás sus amigos notaban en su conversación la ausencia de anécdotas de viaje, al no poder intercambiar con ellos los nombres de los lugares de moda, aunque a fuerza de oírseles nombrar, tuviera la sensación de conocerlos; quizás era también el momento de asentarse.

Domingo Sánchez necesitaba una esposa y no la encontraba. A veces invitaba a alguna jovencita con sus respetables padres a una velada en el Municipal, pero bostezaba disimuladamente durante los inacabables actos de una ópera, otras hacía una breve aparición en la avenida Paraíso, los domingos después de misa. Pero se aburría, ¡si lo sabré yo! Echaba de menos a sus amigas de la casa de San Juan y nada le decía la compañía de aquellas señoritas insípidas, constantemente vigiladas de lejos y de cerca por sus preocupadas madres. Le faltaba el tono frágil de sus conversaciones, desconocía sus hábitos, sus giros de lenguaje y sus anhelos, y permanecía silencioso,

acariciándose la perilla. Pasaba por ser un hombre ensimismado, de canas en las sienes y aire interesante, a quien únicamente le gustaba encerrarse en su biblioteca, para perderse en los libros de historia y las crónicas de los acontecimientos, pero no eran esos temas apropiados para tan jóvenes y alegres mujeres que pretendían diálogos románticos y establecidas convivencias. No eran pocas las familias dispuestas a olvidar su origen desconocido y le daban a entender que estarían satisfechas de recibirlo; otras más airadas y pretenciosas prohibían a sus hijas las visitas de un hombre en quien los acuciosos ojos mantuanos reconocían los signos de la gente de color.

Y es que había de todo, Alejandro, en aquella Caracas gomera y provinciana, dividida entre los que soportaban el dolor de algún preso engrillado y los que se enriquecían a la misma velocidad con que el petróleo brotaba de la tierra. ¿Si a nosotros nos brotó petróleo? No, Alejandro, a nosotros no nos brotó nada. Ahora que el aroma del cacao ha desaparecido, José Francisco Blanco, mi tataranieta, es solamente un viejo que murió arruinado, alguna vez dueño de una hacienda expropiada en honor del progreso, y Belén, su hija huérfana desde muy niña, nacida de su segundo matrimonio, es una mujer arrinconada; la hija de un viejo conservador de quien nadie se acuerda ni le importa, porque ahora resulta, Alejandro, que nadie nos conoce ni recuerda. Y Belén, para mayor olvido, es la viuda de un estudiante antigomecista, un revolucionario, un candidato a pudrirse en la Rotunda, si no fuera porque logró escapar como por arte de magia para ir a morir tuberculoso en algún sanatorio de Suiza. Aunque más bien pareciera ser ella la que sufre de una enfermedad contagiosa, porque en efecto, qué mayor lepra que la de llevar ese apellido tan antipático al general, ese apellido que nadie quiere pronunciar para no incomodarlo, como se omiten tantos nombres que puedan irritarlo. Miguel, así se llamaba su primer marido, pretendió, ¡qué ingenuidad!, derrocar al general Gómez, pero de quien voy a hablar es del hombre que, aun cuando por poco tiempo, le salvó la vida.

LEÓN BENDELAC DESCUBRE AMÉRICA (1926-1935)

La luz brillante de la ensenada se ensucia momentáneamente por el humo del barco. Desde la costa comienza a sorprender la mañana. Los rostros se agolpan en la cubierta, deseosos de descubrir, ellos también, el nuevo mundo. Ojos que se asoman al amanecer y que intentan encontrar, más allá del puerto que se ofrece, de los pequeños islotes que cruza la estela, de un movimiento de hombres sospechado a lo lejos, cuáles serán los caminos para adentrarse, las calles a recorrer, las personas con quienes desde ahora tratar. León Bendelac, recostado en la baranda, se acerca a un paisaje que no le es del todo ajeno, calor, palmas, cuerpos morenos, hablar ligero y sedoso de meridionales. Lleva un traje oscuro y gastado, un sombrero de ala ancha y un maletín de cuero negro que no deja ni a sol ni a sombra porque contiene las primeras y únicas mercaderías que posee y con las cuales aspira hacer fortuna. Habla español como lengua materna y es de oficio platero, lo que le permite mirar con cierta distancia a los árabes tangerinos, compañeros de travesía, quienes con su algarabía causan el asombro de los pocos pescadores que encuentran al abandonar el vapor. Recorre la pequeña ciudad despacio, con pasos que quieren ser seguros, se detiene en las esquinas, se dirige a la gente, pregunta, y al atardecer llega de improviso frente a una casa en la que se alquilan habitaciones. Contando cuidadosamente unas monedas y maletín en mano, regresa al puerto y se come unos cambures, contemplando el mar oscurecerse, como si fuera ahora cuando finalmente dejara el color mediterráneo y se despidiera para siempre de un mundo anterior. Ya entrada la noche, se echa en la cama y cuelga cuidadosamente la ropa que se ha quitado. La dueña de la casa le ha proporcionado un cabo de vela, unos fósforos y un plato de peltre, y León Bendelac escribe por primera vez una carta a su madre, le dice que ha llegado bien, que el viaje fue bueno, que tiene donde dormir y que a la mañana siguiente comenzará a trabajar y volverá a escribirle.

Alejándose del centro llega a la dirección, ambigua y descriptiva, que le ha dado la dueña de la pensión, según la cual, a la orilla de la carretera, en un conuco, hay un hombre que vende un burro. Acostumbrado al trato más directo entre comerciantes que saben lo que venden y compran, no logra del todo enseriar las cosas con este hombrecillo, enjuto, reseco, que despaciosamente sorbe un café y de vez en cuando espanta los zancudos con el sombrero, que le sigue la conversación y le pregunta de dónde viene, y otras vuelve al burro, como si de repente se hubiera acordado de su existencia. «El burro, sí, cómo no, se puede vender. ¿A cómo me lo paga usted? Es un burro bueno, un poco mañoso pero bueno, no está muy viejo el burro, no, un poco flaco sí está, pero todavía este animal le camina, sí, cómo no, le camina bastante este burro», el hombrecillo se vuelve a perder en preguntas. «¿Y usted vino en el vapor que llegó ayer al puerto? ¡Cómo será tanto mar y tan lejos! Aquí los que trabajan en el mar hasta Cumaná llegan, hasta Margarita, hasta Trinidad, hasta Trinidad, sí señor, llegan algunos. Bueno, pues el burro puede ser veinte bolívares, se lo doy porque necesito la plata, el burro es bueno, pero tengo otro. Cuando se le ponga mañoso, déle duro, que le responde».

Y dándole duro al triste y flaco animal, se alejó León Bendelac con veinte bolívares menos y un burro, y cuando llegó de nuevo a la casa, le pidió permiso a la dueña para amarrarlo en el corral. Esa noche le escribió otra vez a su madre contándole que había comprado un burro para poder llegar hasta los caseríos más alejados, porque Barcelona era una ciudad pequeña y sin suficiente comercio y le decían que hacia adentro no iba casi nadie a vender y había necesidad. El árabe del bazar *La Estrella* le daría el uno por ciento de la mercancía vendida y podría ir haciéndose su clientela particular.

En poco tiempo todos lo llamaban *el turco*, y cuando oían la campanilla que le había puesto al burro en la frente gritaban, «Ahí viene el turco Vendelá» –y lo saludaban con simpatía y le preguntaban– «Vendelá, ¿qué traes para vender, Vendelá?». «Y León Bendelac les vendía azúcar y sal, agujas, tijeras, telas de drill, alcohol de quemar, tabaco, y a los más ricos, lazos, sedas y zapatos. Al jefe civil le vendió un reloj de pulsera que el hombre miraba y miraba con desconfianza, «¿Tú estás seguro, turco, que esta vaina camina? No me vayas a embromar, que te pongo preso», y León Bendelac le aseguraba que el reloj era suizo, de muy buena calidad, la última novedad en Europa y que le duraría toda la vida, siempre y cuando, claro está, lo tratara con cuidado, porque era de maquinaria muy fina. Cuando volvía de sus viajes por los caseríos, se sentaba en una taguarita del puerto y se tomaba un vaso de ron, ausente y solitario de las conversaciones de los pescadores, salvo que alguno, agradecido por una provechosa compra, le dijera, «Turco, siéntese aquí con nosotros y se le brinda un palo». Y León se sentaba y los escuchaba en su cháchara alegre y sin finalidad hasta que daba las buenas noches y agradecía la invitación, cerrando el día con otra breve carta a su madre, en la que le relataba las escasas anécdotas que lograba entresacar.

El turco Bendelac, a fuerza de viajar y de darle a la lengua, se había comprado una mula y recorría la costa a mejor paso, seguido del viejo burro que cargaba con las mercancías. Cuando tenía ahorrada una pequeña cantidad quiso llegarse hasta Cumaná para averiguar del comercio con Trinidad y algo más del negocio de la sal en Araya. Un día de camino le costaba el viaje y venía rumoreando en su cabeza cómo arreglárselas para establecerse, cuando lo sorprendió el ruido de disparos y el olor de la pólvora. La ciudad, tranquila y provinciana, de pronto se había convertido en la chispa de una revolución y asustado vio cruzar las tropas de soldados en refriega con los combatientes que desembarcaban. Dudando entre esconderse o huir, optó por lo primero, temiendo que en el combate alguna bala perdida fuera a dar en su cuerpo, y arrastrando consigo a la mula y al burro, los hizo tumbarse y los convirtió en una improvisada barricada mientras duraba el tiroteo. Gritos, humo, mueras al dictador, hombres heridos, caballerías caídas, cadáveres que retiraban los temerosos habitantes, maldiciones transcurrieron durante muchas horas ante sus ojos, mientras León Bendelac esperaba, echado en el suelo y protegido por los cuerpos de los animales, a que la noche viniera a cubrir la corta batalla y comenzó a pensar en cómo abandonar la ciudad. Lentamente se estiró en su escondrijo y enseguida volvió a agacharse cuando escuchó una voz, confundida entre los ayes de los heridos y dolientes. Alguien desde una ventana buscaba llamar su atención. Aguzando los ojos pudo distinguir la cabeza de una mujer que le hacía señas. No se atrevió a moverse, dudando de las intenciones de aquel llamado, y por un largo rato permaneció en la misma posición, haciéndose el herido o el muerto, pero la mujer, envuelta en un

manto oscuro, se había acercado hasta él y con gestos lo invitaba a acompañarla. León Bendelac la siguió, no muy seguro de si hacía bien o mal, pero sin poder saber la conveniencia de aceptar o negarse, se pegó a la sombra de la mujer y contra la pared recorrió la larga calle hasta llegar a una puerta que se abrió rápidamente y los dos se colaron al interior de una casa. Tumbado en un catre yacía un hombre joven, con el torso vendado y un manchón rojo entre los pliegues de las vendas, sábanas cortadas a tal fin, sudando por la fiebre. La mujer, sin muchos preámbulos, le preguntó, casi le afirmó:

—Queremos saber si usted se lo puede llevar a Barcelona.

León Bendelac no podía reaccionar, tan atemorizado como estaba y tan sorprendido.

—En el burro —siguió la mujer—, si se lo puede llevar en el burro. Los soldados volverán y si lo encuentran aquí lo van a matar, no puede irse solo, está malherido.

Le sirvió un pocillo de ron para devolverle el color al pálido rostro de León Bendelac, que no acertaba a soltar palabra.

—Nos encontrarán y nos matarán —llegó a decir.

—No creo que vuelvan, hay todavía tiempo, yo le indicaré una salida por un camino distinto al que usted conoce, fuera de la ciudad estarán más seguros, ellos no van hacia Barcelona, saben que aquí están los revolucionarios y sólo esperan el sol para atacar de nuevo. La invasión fracasó —continuó la mujer—, las armas no llegaron, él vino de Caracas —señaló al joven herido— con otros revolucionarios, los mataron a todos. Se llama Miguel, es un estudiante, estamos luchando contra el dictador, ¿me comprende?

León Bendelac comprendía, lo que no le dejaba tenerlas todas consigo era la idea de salir huyendo con las dos bestias y aquel hombre debilitado por el dolor y la fiebre que apenas podía mantenerse en pie.

—Aquí morirá seguro —insistió la mujer—. Si voy a buscar un médico se darán cuenta, y si no lo curan se morirá y cuando vengan me matarán a mí también y a mis hijos.

Echado y amarrado al animal, siguiendo los pasos de la mula que montaba Bendelac, Miguel y su guía abandonaron Cumaná y cuando el sol levantó se hallaban lejos y a salvo. Tapándolo con las telas de su mercancía, pudo disimular el cuerpo y esperó la caída de la tarde para entrar a su casa. Extendió al joven, ya sin conocimiento, sobre la cama y se retiró unos momentos a la cocina, a beber agua y meditar sobre las preguntas que lo asaltaban. ¿Qué hacer?, ¿en quién confiar?, ¿a quién dar aviso? Tenía buenas relaciones con el médico, pero ¿cómo saber de qué lado estaría? Mirándolo pensó que quizás no era mucho lo que ya se podría hacer por él, pero aun así salió de la casa y tocó a la puerta del doctor. Le explicó brevemente, sin darle muchos detalles de qué se trataba y juntos entraron de nuevo en la casa de León Bendelac. Era el atardecer de un viernes, y mientras el médico extraía la bala del cuerpo y limpiaba la herida, León prendió una vela y oró. Escribió también una carta a su madre relatándole con pormenores lo acontecido, pero recapacitando, la rompió tan cuidadosamente como la había escrito y contempló los pedacitos de papel arder en silencio, hasta que el médico lo interrumpió diciéndole que había hecho lo que podía y le anotaba algunos medicamentos que sería necesario administrar. A la mañana siguiente fue a la botica, y después de hacer su pedido le mostró a la boticaria una falsa venda con la que había cubierto su mano, y le dio una larga explicación de

cómo la mula lo había coceado, mula traidora que no sabía reconocer a su amo y a quien le daba el alimento.

De pocas intimidades, León Bendelac no esperaba que nadie fuera a visitarlo y pudiera así conocer su secreto. Salía por la mañana, dejándole al herido agua y comida junto a las medicinas en una mesa a su alcance, y sólo volvía por la noche, después de sus habituales jornadas de viaje. Juntos leían la prensa, que poco o nada decía acerca de la fracasada invasión del *Falke*, y Miguel, que recobraba sus fuerzas, le explicaba sus razones, sus anhelos de libertad y justicia, las cárceles y torturas que el tirano ofrecía a sus oponentes y la desolación en que se encontraba la patria. Hasta cierto punto hicieron una amistad y también León le confió, por primera vez desde que había llegado a Venezuela, algunos de sus recuerdos y los motivos por los que había decidido emigrar, pero hasta ahora, sólo había podido sobrevivir y enviarle pequeños ahorros a su madre, y así había pensado en irse a Cumaná, para ver si lograba hacer mejor fortuna. Por primera vez también comenzó a pensar en Caracas. Miguel le insistía en que allí tendría mejores oportunidades, había gente rica, hasta muy rica, gente que podría comprar joyas y donde su oficio de platero se vería mejor correspondido que en la pequeña Barcelona, de tan pocos recursos. León Bendelac se imaginaba a Caracas como una inmensa urbe en la que se vería perdido. Además, el olor del mar lo reconfortaba, la neblina del amanecer y la brisa entre las palmas le traían un gesto familiar muy breve a veces, pero suficiente para acompañarlo en su soledad. Animado le hizo otras confidencias. Algunas veces se desfogaba en una pequeña casa de tolerancia en las afueras de la ciudad, pero eso no lo satisfacía, quería casarse, tener hijos, asentarse, y no había en los alrededores ninguna mujer judía. Su madre le escribía acuciantes cartas en las que le recordaba que ya pronto tendría veintitrés años y debía formar un hogar y él le contestaba con evasivas, sin atreverse a revelarle la situación. También para ello veía remedio el estudiante, le hablaba de comercios en el centro de la ciudad donde seguramente podría hacer amigos, conocer jóvenes casaderas. Caracas comenzaba a crecer en su pensamiento pero aun así se sentía lleno de dudas. Mal que bien tenía aquí, en oriente, una modesta clientela, era conocido por los desparramados pueblos del interior, en la ciudad lo respetaban y lo querían, todo el mundo lo saludaba y tenía fama de hombre honrado. En la capital, ¿quién sería él?, ¿cómo podría abrirse paso?

Cuando ya el joven se hubo completamente reestablecido, León Bendelac se despidió de él entristecido. Por primera vez desde que llegó había sentido algo próximo a la amistad, había hablado con otro hombre de su vida y sus esperanzas, y por primera vez también alguien le debía algo que no fuera una mercancía a crédito. Miguel se iba de nuevo a Caracas, esperaba de allí salir a Europa, para evitarse la cárcel que lo esperaba, si daban con su escondite. Era muy poco probable que volvieran a verse. Escribió unas líneas en un papel y anotó una dirección. «Si alguna vez decides irte a Caracas, busca a este hombre, es mi padre, yo le hablaré de ti y él sabrá agradecerte que me salvaste la vida». León guardó celosamente la carta en el pequeño cofre donde conservaba sus recuerdos, su *kipa*, un anillo de su padre, una menuda estrella dorada y una fotografía de su madre. Cerró de nuevo el cofre y sintió un abrazo doloroso al acercarse a su cuerpo el del otro. Aquella noche no esperó la invitación de los pescadores y sin muchas palabras le pidió al dueño de la taguara una

ronda de ron para todos. «¡El turco brinda!, ¡el turco brinda!», gritaron contentos, y León Bendelac, por primera vez, bebió hasta olvidarse de sí mismo.

Antes de partir a Caracas, León Bendelac se despidió de sus amigos del puerto, del jefe civil que todavía conservaba el reloj de pulsera, del médico, de la boticaria y del árabe propietario de *La Estrella*. Había vendido sus pocas pertenencias y rematado todas sus mercancías en tenderetes improvisados en el corral de su casa, baratillo al que acudió toda Barcelona. Las amas de casa y los chiquillos se llevaron a buen precio las telas, los cintillos, las corbatas de pajarita, las velas de sebo, los sombreros de pajilla y hasta un par de zapatos de dos tonos. Sentado en la casa vacía, de donde ya los muebles habían desaparecido, abiertas las gavetas del escaparate, fue metiendo lentamente su ropa en una maleta de cartón que amarró a la grupa de la mula, recogió sus tesoros en el maletín negro y, vestido de traje oscuro, sudando debajo de la chaqueta, en cuyo bolsillo, algo mojado, llevaba el papel doblado que tiempo atrás le diera Miguel, se montó al animal y arreándolo, enfiló hacia la salida de la ciudad, envuelto en el polvo y zarandeado por el pasitrote. «¡León, León!, ¿cuándo volverás?», le gritó una muchacha desde la reja de una ventana, y sonriéndole, León Bendelac se despidió de ella con un gesto impreciso, recordando que le vendió una tela de flores para el vestido de sus quince años. «¡León, León!, ¿cuándo volverás?», ésa era una pregunta que no podía contestar. A veces pensaba que si todo fracasaba tenía por lo menos un punto al cual regresar, y si todo iba bien, quizás volvería de nuevo y se compraría una casa grande frente al mar. Así le escribió a su madre, *me voy a la capital donde hay más oportunidades, no te preocupes, tengo algunos amigos que me ayudarán*, y tocaba el bolsillo donde llevaba la carta, concentrando su pensamiento en la dirección que se sabía de memoria; la había repetido cientos de veces tomándose un café con el médico. «Sí, cómo no, de Madrices a Ibarra, quién no va a conocer esa dirección, en lo que usted llegue a Caracas se va a la plaza Bolívar, y de allí le van indicando, eso queda ahí mismito, no se puede perder, deja usted la mula en la plaza, bien amarrada, eso sí, no se la vayan a quitar, se apea y se va caminando hasta las Ibarra, de ahí sube las dos cuadras y ya está». En todos sus recorridos imaginarios de la ciudad comenzaba desde la plaza Bolívar, y después subía y bajaba las calles que le había descrito el médico, o se adentraba por las callejuelas empinadas que prolongaban la ciudad hacia el norte del estrecho valle, donde el árabe le había referido que abundaban las casas de lenocinio y aventura. «¿La sinagoga?, ¡caramba!», eso sí no lo sabía el doctor. «Lo pregunta cuando llegue, bueno, pues también en la plaza Bolívar, será, sí cómo no, ahí usted pregunta y alguien sabrá».

León Bendelac, cegados sus ojos por el sol que espejeaba sobre la fila azul del mar, recorrió días de camino mientras atravesaba los arenales de Tacarigua, buscando llegar a los pueblos antes de que le alcanzara la noche desamparado, días mientras empinaba, montado en la mula, la montaña de Capaya, y a pesar del calor temblaba en la soledad de la selva, fija la mirada en las piedras y en los precipicios, contento cuando otro viajante le gritaba buenos días al cruzarse en la trocha, días mientras por fin distinguió el pueblo de Guatire y durmió una noche tranquilo, por primera vez desde que salió de Barcelona. A la mañana siguiente debía estar Caracas, debía estar la esquina de Madrices a Ibarra, debía estar la plaza Bolívar esperándolo, y León

Bendelac, estirado en el catre, escuchaba la noche, y descansaba el adolorido cuerpo para emprender la última jornada de su viaje.

—¡Cuidado, cuidado, que vienen los chácharos!

Oye a su alrededor voces asordinadas. Ve pasar un automóvil seguido de varios hombres a caballo que, fuese en mano, fustigan a derecha y a izquierda, sin mirar a quien, mientras las mujeres agarran de la mano a los niños y los arremolinan en sus faldas.

—Ahí va el general.

Casi nadie se atreve a pronunciar su nombre, ya eso se lo había explicado el médico adelgazando el tono. Sorprendido se queda mirando el espectáculo, y no se da cuenta de que la mula, en medio de la vía, estorba el paso de la caravana.

—¡Quite la mula, gran carajo!

Y antes de que pueda reaccionar, el andino hace sonar dos latigazos contra el animal, éste, despavorido, corcovea, y sin que León Bendelac pueda impedirselo, echa a trotar por las calles, con su carga a cuestras. Corre también él sin lograr alcanzarla, y aleteante, la ve desaparecer sin más, llevándose la maleta que contiene todo lo que posee, y mientras se agacha a recoger dos o tres prendas que en la carrera se han salido y ruedan por la calle, por primera vez León Bendelac, desde que llegó a Venezuela, siente odio, y secándose las lágrimas de rabia, maletín en mano, pregunta a un paseante cómo llegar a la esquina de Madrices a Ibarra.

Parado ante la puerta de la casa, trata de imaginarse el interior, no sabe si tocar el timbre, si esperar a que salga alguien, si golpear la aldaba. Finalmente una mujer, con una cesta vacía en la mano, abre la puerta.

—¿Qué se le ofrece?

León Bendelac pronuncia el nombre que viene repitiéndose desde hace meses.

—¿Y de parte de quién lo solicitan?

—No creo que mi nombre le diga mucho, soy un amigo de su hijo, traigo una carta.

La sirvienta lo mira, y bajando la voz, con aire de misterio le contesta:

—El señor Miguel no está aquí, él se fue a las Europas.

—Y ¿su padre?

—Ellos tampoco están aquí, están temperando en Los Chorros.

Los Chorros, Los Chorros, el nombre le da vueltas en la cabeza, le parece recordar que el médico le mencionó una vez las casas de descanso de los privilegiados.

—¿Eso está muy lejos? —titubea.

—Bueno, más o menos, pero si no es muy urgente, el señor no lo va a recibir porque está enfermo—. Y luego, refistolera, añade: —Pero yo estoy aquí si se le ofrece otra cosa.

Poco se le ofrece a León Bendelac, sentado en una pequeña pieza de pensión de La Pastora, contando las monedas que tiene y sin una muda de ropa. Le escribe una carta a su madre, anunciándole que ha llegado bien a Caracas, *mis amigos se van a ocupar de mí, te mandaré noticias en lo que pueda*, y limpiándose los zapatos con el pañuelo, sale a la calle y pregunta dónde queda el correo.

Un arriero se ha ofrecido a llevarlo hasta Los Chorros por la suma de cinco bolívares. León Bendelac no sabe si va a perder en esta empresa el escaso dinero que

le queda, cansado de recorrer las quincallas de la ciudad, ofreciendo sus servicios constantemente rechazados. Le queda poco si no es la esperanza de que le devuelvan el favor, y discutiendo consigo mismo, se afirma en que lo que hizo por miedo, se convirtió después en gesto de amistad. Le ha sonsacado la dirección a la sirvienta, llevándola una tarde a la retreta y escuchando sin oírle sus risas y parloteos. Decepcionada la deja después en la puerta, despidiéndose cortésmente de ella y prometiéndole volver. Ahora, sentado en la carreta, atraviesa las haciendas que rodean la ciudad y de vez en cuando intercambia algún comentario con el hombre. Es una mañana clara, el Ávila despejado por una lluvia tempranera, devuelve sus colores y turgencias y abre sus brazos al valle, mientras el carromato serpentea y se adentra en las pequeñas haciendas de recreo, llenas de sombra y humedad. Desde el camino y entre los árboles pueden verse las casas, abigarradas en su variedad de estilo, confundiéndose las bajas y alargadas de corredor y techos de caña brava, con las ampulosas y afrancesadas de varios pisos que despliegan escalinatas y balaustradas, frente a jardincillos de parterres y esculturas neoclásicas esparcidas entre las rotondas y los quioscos. El arriero tiene prisa y abandona a León Bendelac, sombrero en mano, parado frente a una reja, detrás de la cual se deja ver un ancho jardín y a lo lejos frondosos cauchos. A la sombra, en sillas de mimbre, un hombre de pelo blanco fuma un tabaco y recuesta su pierna gotosa en una banqueta, mientras una mujer a su lado parece leer un libro. El jardinero se acerca a preguntarle el motivo de su visita y después de breves minutos, regresa a contestarle que el señor no se encuentra bien de salud y no puede recibirlo. Insiste y desprendiéndose de la famosa carta, entregando su única señal de identidad, le ruega:

—Por favor, dígame al señor que necesito verlo.

Ahora, sentado frente al hombre y tomándose un café que le han servido, no sabe muy bien cómo formular su pedido.

—Necesito trabajar, soy de oficio joyero, pero en Barcelona no había oportunidades para ejercerlo, Miguel me habló tanto de la capital, de que aquí podría encontrar trabajo, no hubiera recurrido a molestarlo si por mis propios medios algo hubiera logrado, pero no ha sido así, vendí todo lo que tenía y me he gastado en vivir los pocos ahorros que me quedaban.

—¿Tú no crees que a Salbic le interese este joven? —le pregunta el hombre a la mujer, que hasta ahora ha permanecido ausente de la conversación. Hablan entre ellos y llegan al convencimiento de que sí, definitivamente, Salbic es la joyería que puede darle trabajo—. Vaya usted de mi parte, mi mujer es buena cliente, demasiado buena a mi gusto, pero en este caso eso lo favorece, joven.

León Bendelac se inclina varias veces, da las gracias de todas las maneras posibles y ya para retirarse, con su sombrero en la mano, pregunta tímidamente: —Miguel, ¿no volverá a Caracas?

—Miguel, señor Bendelac, murió en París, dentro de quince días salimos en el vapor para acompañar a su viuda, ya ve usted, una enfermedad pudo más que el general.

Rehace el camino a pie. De vez en cuando toca la tarjeta que le han dado, su nuevo pase a la esperanza. El Ávila retoma sus colores azulosos del atardecer, la montaña es triste cuando quiere, piensa, es alegre a veces, está abrumada otras, tormentosa o de mal presagio, es una montaña viva. Recuerda el rostro del estudiante y el pecho vendado, la mancha de sangre debajo de las sábanas cortadas; trata de

apurar el paso antes de la oscuridad y, de nuevo en su pensión, escribe otra carta. *Mi mejor amigo murió, pero sus padres me van a ayudar, mañana debo presentarme en una joyería importante, la más importante, confío en que me darán trabajo. Me ha entristecido la muerte de mi amigo, era un joven generoso, más adelante te contaré de él.*

—Así que usted nació en Tánger —dice Salbic abriendo y cerrando los estrechos gaveteros en donde se guardan las joyas—. Mis abuelos eran tangerinos también, pero mi padre se fue a Francia y allí comenzó el oficio de joyero, es un oficio familiar, mi padre tenía un pequeño negocio en el sur, yo tengo ya varios años aquí. ¿Y qué, cómo le ha ido por estas tierras?

León Bendelac da respuestas imprecisas de sus días en Caracas y le explica generalidades de sus viajes de comercio.

—Oriente, no, amigo, allí no hay nada todavía, éste es un país atrasado, pobre, pero usted verá, el asunto del petróleo cambiará totalmente a este país, tenga en cuenta lo que le digo, de unos años en adelante esto será otra cosa.

Y se extiende en un largo discurso sobre economía y política que León escucha pacientemente, esperando que en algún momento se concreten sus nuevas posibilidades. Intenta deslizar la conversación hacia materias más precisas, pero Salbic parece haber encontrado al interlocutor que buscaba desde hace años y no está dispuesto a renunciar así como así a la oportunidad. Después de un largo rato, le dice:

—Hora de almorzar, amigo, hoy no ha venido nadie, este negocio es así, pueden pasar días sin que se presente nada importante y a veces en una mañana se realizan buenas ventas que equivalen a las ganancias de todo el mes. Recuerde que abrimos a las dos, sea puntual, la puntualidad en el trabajo es la clave del éxito—. Y sin añadir palabra, se levantó, cogió su chaqueta colgada en un perchero y lo acompañó a la puerta.

A las dos en punto, León Bendelac estaba parado frente a la tienda y aquella tarde trabajó por primera vez en un encargo, unos anillos de plata para un compromiso de matrimonio.

—Disculpe la pregunta, es algo personal, pero ¿es usted casado?

León niega con la cabeza y va a extenderse en una explicación de sus problemas, pero Salbic vuelve a su discurso.

—Un hombre debe asentarse, formar un hogar, tener hijos. Si no tiene hijos, ¿quién lo ayudará en su vejez? Mi mujer y yo tenemos una sola hija, Dorita. Dora tampoco ha encontrado esposo, quiero decir, un hombre de bien que su madre y yo hayamos aceptado. No es fácil, Bendelac, no es fácil hoy en día hacer un buen matrimonio, ya veo que usted ha tenido el mismo problema. ¿Están listos esos anillos?, déjeme ver, sí, muy bien, muy bien. Tiene usted unas manos finas, éste es un buen trabajo. Aquí se trabaja con honestidad, no se engaña al cliente, por eso la gente vuelve. Usted puede fijarse en los negocios de la competencia, ¿mejores precios?, sí los dan, pero ¿qué hacen?, amalgaman los metales, ¿y los cortes, las tallas?, creen que es vidrio lo que tienen en las manos. No tiene usted más que ver quién viene por aquí, cómo decirle, aquí no viene más que la gente de gusto, eso es, la gente de gusto, gente que aprecia, aquí no estamos de chalanos, sabe, vendiendo gato por liebre, es una clientela escasa pero de gusto. Eso está muy bien, Bendelac, entréguelos usted

mismo al cliente, yo tengo que salir. Volveré a la hora de cerrar, cualquier cosa que no sepa, llame a mi esposa, ella le explicará, siéntase como de la familia.

Y así, meses después, León Bendelac tuvo el honor de acompañar a la familia Salbic a la sinagoga a celebrar el año nuevo y pudo desempolvar su *khípa*, tan celosamente guardado en el cofre de los tesoros.

Belén se aburría. Son mujeres muy livianas las de ahora, Alejandro, ¿sabías tú que las mujeres se fastidian? Yo nunca me aburrí, también es verdad que no tuve tiempo, a la edad de Belén ya había parido siete de mis diez hijos y ella en cambio quedó hueca. Mi casa y mi patrimonio fueron suficiente destino para mí y nunca pensé en otra distracción, fuera de que tampoco las había. Recuerdo con emoción un día en que las Mijares invitaron a los músicos de la catedral y estuvieron tocando una sonata en su oratorio, te dije entonces que mi mayor deseo era que me llevaras a España a escuchar música sagrada, pero no te pareció conveniente ni a propósito emprender tan largo viaje; y recuerdo también alguna ingenua representación en las loas a Fernando Sexto, pero otros espectáculos que satisfacían al populacho, como las corridas de toros, las peleas de gallos, los gatos encintados o los fandangos de arrabal, me estuvieron vedados. Belén se fastidiaba. Demasiado pobre para vivir en París una viudez más alegre, demasiado distinguida para casarse en Caracas con cualquiera, demasiado joven para acompañar a su madre en el cuarto de costura, demasiado añosa para encontrar otro marido de su condición, no era para ella suficiente consuelo el recuerdo de su marido y su apresurado matrimonio en Curazao, aquel día triste y solemne en que se casaron acompañados únicamente de su más íntima familia, antes de partir a París. No, ella quería lucir en fiestas, viajar de nuevo a Europa, dar y recibir recepciones, hacer gala de su belleza y juventud, y ya no le quedaba más diversión que coser con su madre canastillas para los niños pobres o reunirse alguna tarde en círculos de mujeres que querían leer literatura, a lo más asistir con su hermana Carlota y su cuñado a alguna velada en el Municipal o pasear los domingos en el bosque de Los Caobos. Le sobraba alegría y entusiasmo para llenar esta casa vacía, venida a menos y llena de goteras. Yo tuve tantos hijos que cada habitación me parecía poco, y sus risas y sus gritos se escuchaban siempre en el patio y el corral, en cambio ahora está siempre silenciosa y siento a veces que comparto sus ganas de huir de ella. Entonces Domingo Sánchez la descubrió. Tutelada por su madre, su mirada tímida, sus gestos extraviados le llamaron la atención en alguna fiesta del Club Paraíso. Era aún en vida del general Gómez, año 28, comienzos del 29. Alrededor de ella, el silencio; su presencia, esquivada por los saludos tan corteses como distantes de las pocas familias que distinguían el recuerdo de su padre pero evitaban la sombra de su marido. Y él, generoso, caballero, con una copa de champaña en la mano y rodeado de adulantes, se acercó a reivindicarla y le pidió el honor de bailar un pasodoble, en medio del estupor de los rostros, el cuchicheo incendiado de las matronas, la tos nerviosa de los notables. Y ella, con su sonrisa agradecida que le pareció extraordinariamente hermosa, aceptó el pasodoble, y luego un tango, y un fox. Y Domingo Sánchez, inclinado respetuosamente ante su madre, doña Cristina, les solicitó el permiso de visitarlas alguna tarde. ¡Cuántas maneras has aprendido, Dominguito!

¡Y cuántas humillaciones he tenido que soportar, escondida en mi habitación, que es ahora el trastero, espectadora obligada de las inolvidables escenas de buenas

costumbres que se sucedieron en cada una de sus visitas a mi casa de la esquina de San Jacinto! La cochera convertida en garaje, el oratorio en cuarto de costura, el patio de la servidumbre vendido como local de comercio, pero aún resiste, aún siento el fresco del patio, amputado en la mitad de sus largos corredores, donde Cristina sentada en unas butacas de mimbre, le ofrece al doctor Sánchez Luna una copa de brandy y despliega ante él los recuerdos gloriosos, las memorias de su marido cuando ni siquiera ella lo conocía, y él poseía una hacienda de cacao en Barlovento; y después, punto obligado, lo hace pasar al comedor para apreciar el cuadro que José Francisco encargó a un famoso pintor de principios de siglo, en conmemoración de la huida a oriente de su madre niña, de mi bisnieta Isabel, cuando escapaba en brazos de una esclava que corría despavorida por la selva, y entonces él, el doctor Sánchez Luna, se deshace en alabanzas. ¿No te hubiera gustado, Dominguito, decirle a doña Cristina que tu abuelo, el viejo Andrés Cayetano, fue cosechero de cacao en Curiepe, y más allá, que alguna vez le escuchaste decir que su padre, Julián Cayetano, fue el mayordomo cacaotero de la hacienda más extensa de Barlovento? Pero no decías nada, eras un niño enmudecido y dejabas que el doctor Sánchez Luna acogiera pacientemente los recuentos de doña Cristina, y en la segunda copa de brandy, los vituperios contra Joaquín Crespo, causante de todos los pesares de su fallecido esposo, de su ruina, probablemente de su muerte, y en general de todos los males pasados y presentes del país, culpa de los liberales. ¿Por qué no decías nada tú tampoco, capitán Sánchez? ¿Por qué no le contabas que entraste en Caracas a los quince años, sirviendo en el *Invencible Ejército siempre Invicto* del último de los liberales, a las órdenes de tu general Cipriano Castro, y arropándote con las banderas amarillas de la Santa Causa Liberal? Ya no te acordabas, ¿no es verdad?, de tu antiguo general, ya sólo tenías cabeza para tu nuevo general, y así tranquilizabas a doña Cristina, explicándole que gracias a don Juan Vicente, las luchas civiles se habían pacificado y el país encontraba mejores rumbos bajo la consigna de *Unión, Paz y Trabajo*. Llegó un día en que doña Cristina hacía como que los dejaba solos y figoneaba detrás de la puerta, mientras el doctor Sánchez Luna y Belén conversaban en la salita y él se sacó del bolsillo del chaleco un solitario. Entonces Cristina entró como una tromba y le dijo a su hija, «Belén, usted no puede estar recibiendo esos regalos de un caballero que sólo viene de visita –y le espetó a él–, doctor Sánchez, sabe usted que es bienvenido en esta casa, pero tiene mucho tiempo ya visitando a Belén y la gente habla». Y entonces el doctor Sánchez Luna se puso en pie y pomposamente declaró, «pero es que yo vengo hoy a pedirle a Belén que se case conmigo».

Llegó ese día en que su nombre se mezcló con el mío porque el doctor Sánchez encontró cómo llenar ese espacio muerto que le desagradaba de sí mismo. No faltó quienes dijeran que el dinero de Domingo Sánchez la había comprado. Pero no fue así, Alejandro, fue su propia liviandad y la de su madre, mujer de pocas luces, debo decirlo, que aludía a su existencia como la *tragedia de la pobre Belén* y la comparaba siempre con la vida de su hermana Carlota, a la que adjudicaba un destino lleno de excelencias. Hubiera esperado algo más de ella, te confieso. Sabes que en nuestros tiempos las viudas casaban dos y tres veces y que yo fui hija del segundo matrimonio de mi madre; los hombres morían muy jóvenes o las mujeres resistíamos más la enfermedad, no lo sé, pero hubiera esperado de ella que no cambiara su amor de un marido heroico por un cómplice de los poderosos. Yo que te conocí, Domingo Sánchez, en tus años de mocedad, sé que aquel joven capitán de la Restauradora hubiera deseado a Belén

desesperadamente y la habría llevado al parque de Las Palomas en Macuto para besarla incansablemente debajo de los uveros, pero ahora, pesado y cincuentón, te falta entre otras cosas, esperanza; si ella se aferró a ti para continuar la vida, tú a ella para sentirte acompañado al terminarla. Yo, desde mi trastero, miro muy lejos y sé que el tiempo no sólo me traiciona a mí, también a ti, Domingo Sánchez, te aguardan sus laberintos.

Domingo Sánchez sonríe. Belén, en atuendo deportivo para la clase de golf, parece una adolescente abrumada por sus tareas escolares.

—¡Qué cantidad de compromisos! La modista, la peluquería, las visitas de pésame, los niños recién nacidos, el comité de obras sociales, las recepciones. Domingo, estoy harta de que siempre seas ministro, eres muy monótono, deberías buscarte otra ocupación.

La escucha desde lejos mientras lee el periódico. Tiene el sentimiento de acierto.

—Me voy al Country. ¿Te espero a almorzar?

—No, no vendré hasta la noche, el general quiere verme hoy —empuñando su bastón la besó en la frente.

Belén quedó sola con sus agitadas ocupaciones. Vicenta, frente a un largo mesón, preparaba un caldo.

—¿Qué cocinas?

—Estoy haciendo la olleta de gallo que le gusta tanto al doctor. De postre los buñuelos, o si quiere, bienmesabe.

—Vicenta, ¿tú te has enamorado?

La negra soltó una carcajada y continuó en silencio.

—¿Y por qué no me contestas? Nos conocemos de toda la vida.

—De toda la vida sí, pero esas cosas no las hablo yo con usted —se reía tapándose con la mano la boca en la que faltaban varios dientes—. Si el doctor nos oye, ¡la falta de respeto! Yo nunca me casé, yo cuando muchachita veía los sufrimientos de mi mamá y yo pensé, no es bueno que la sombra sea siempre del mismo palo.

—¿Y eso es tan fácil así?

—Es que usted es distinto, misia, usted es de otra crianza. Pero déjeme trabajar, porque me tiene conversando y si al doctor no le gusta la comida se pone bravo.

—Me quedo en el Club a almorzar, llegaré tarde, tengo varias visitas para hoy.

—Usted lo que tiene que hacer es decirle al doctor que le dé un hijo. Las mujeres si no tienen hijos no hallan qué hacer.

—No me des consejos, que yo no te los doy a ti —Belén salió precipitadamente.

Extendida sobre la camilla de los masajes se dejaba mecer por las conversaciones de las otras mujeres, que sudaban en los baños de vapor, gritaban con los pellizcos de la masajista o con las amenazas de la báscula. Aceptó una invitación para un almuerzo ligero al borde de la piscina y sobre todo dejaba pasar el tiempo. A pesar de los innumerables compromisos que atendía, a veces de buena gana, otras con el fastidio de un deber impuesto, Belén tenía la constante sensación de no tener nada

qué hacer, de esforzarse en mantener una posición, en apuntalar un lugar, en llenar un vacío. Le parecía haber sido recompensada de sus momentos dolorosos, y cuando había llegado a su tope, a lo que su madre llamaba la tragedia de la pobre Belén y comparaba con la tranquila y armónica existencia de su hermana Carlota, algo como un milagro había sucedido, y de nuevo su futuro se había engalanado y se había extendido ante ella, como si fuera una alfombra que sólo esperara su paso. Y Belén había tenido una sonrisa de agradecimiento a su destino, y probablemente, pensaba después, una ceguera necesaria. Pasado el tiempo se había decepcionado de sí misma, porque le era inexplicable el aburrimiento que la colmaba a pesar de sus envidiables circunstancias, y su fastidio le parecía un pecado más censurable que cualquier otro, una impiedad imperdonable que trataba de ocultar a los demás. Tenía la impresión, duramente combatida, y a pesar de ello insistente, de que su vida se desarrollaba sin ella, de una hondonada que la separaba para siempre de sí, como si estuviera condenada a una permanente nostalgia de sí misma. Y cuando había comenzado a aceptar aquella borrosa sensación de no reconocerse en sus gestos, sus actos, sus palabras, y a disuadir ese sentimiento incómodo de verse perdida, había tropezado con León Bendelac.

León se hundía en un sentimiento de desacierto, no podía menos que sentirse orgulloso cuando, apenas llegaba a su casa, sus hijos corrían a abrirle la puerta y Dora lo abrazaba como si siempre lo estuviera esperando de un largo viaje. Su cálida compañía llenaba la cena, mientras él relataba anécdotas del trabajo y ella llevaba el inventario de los pequeños acontecimientos de la colonia de emigrantes. Había creído ser feliz, había dejado atrás la nostalgia de Barcelona frente al mar, pensaba que Dios había bendecido su unión, y no podía comprender el estallido de su bienestar. Cada noche, cuando apagaban la lámpara y se besaban hasta el día siguiente, a la luz de la calle que se filtraba entre las persianas y destacaba el cuerpo de Dora a su lado, una mano agarrada a la suya, León se hacía la misma pregunta y se enfundaba en la almohada, deseando dormir profundamente. Cada noche, desde que ella había entrado por primera vez en la joyería, él volvía a la escena donde se inscribía su error. Porque estaba convencido de haber cometido una equivocación irremediable. Aquel primer día en que ella tocó la campanilla de *Salbic y Bendelac*, y él salió de la trastienda, importunado, mientras vigilaba a los operarios en una talla delicada, Salbic le había presentado a la señora Belén Sánchez Luna y le había encomendado que en su ausencia la atendiera con el mayor esmero. La señora Sánchez Luna los visitaba porque deseaba una nueva montura para el solitario que su esposo le había regalado como anillo de compromiso. Volvía a Belén, sentada frente al mostrador, ojeando indecisa unas revistas francesas que él había desplegado, el pelo tapándole el rostro del que apenas podía ver sus labios abultados, y no le cabía duda de que allí empezaba su error, cuando aceptó aquel primer diálogo de frases banales y palabras de sorpresa en el que ambos se habían reconocido. Cuando se encontraron en la extrañeza de haberse amado sin saberlo.

A medida que León Bendelac fue invitado a formar parte de la intimidad de los Salbic, y suavemente Salbic, con la misma parsimonia con que acariciaba las joyas, fue dando por sentado que él y su hija Dora harían un excelente matrimonio, y Bendelac tuvo por fin la alegría de escribirle a su madre con el anuncio de su próxima boda, el recuerdo de Miguel había quedado detenido en los días de Barcelona, perdido entre las telas y los frascos de alcohol que por entonces vendía a lomo de mula. Su memoria

había permanecido como un cuerpo oscuro que ya nada dice y súbitamente, al verla a ella, se había instalado de nuevo frente a él. Sentados los dos alrededor de una mesa que iluminaba el quinqué, mientras el herido se recuperaba y sostenían largas conversaciones, había comenzado a comprender la historia del país al que había llegado por azar, y entrelazada en los relatos de Miguel, la había conocido a ella, una adolescente asustada, que esperaba al estudiante de su fracasada revolución, para casarse sin dilaciones y escapar con él a Europa. Y cuando León vio en ella la descripción viva que tantas veces había escuchado de su rostro, de sus gestos, de su risa, Belén, como una niña desenfadada que por fin encontrara un juguete perdido, había exclamado: «Pero si tú eres Bendelac». Y él, tan fuera de sitio, intentando una seriedad que se hacía ridícula, le había contestado: «Sí señora, yo soy León Bendelac, para servirla», y ella más aún había reído, y entonces le había explicado cómo guardaba su imagen, cómo hubiera sido capaz de reconocerlo en cualquier parte, el pelo negro rizado, la piel muy blanca, de estatura más bien pequeña, con acento andaluz. Y ambos se habían confesado la curiosidad de sentirse unidos en un relato ya desvanecido, en el que Miguel, sin saberlo, los había acercado.

Aquel día del primer encuentro León Bendelac despidió a los empleados más temprano. Salbic le hubiera dicho, no hagas eso nunca, hijo, cumplir el horario es la clave del éxito, pero halló una oscura razón para cerrar el negocio antes de la hora. Atravesó las calles, sin ganas de volver a su casa, y comenzó a dar vueltas sin finalidad por las esquinas que había llegado a conocer de memoria, el recorrido imaginario que el médico de Barcelona le había enseñado y que entonces le pareció un laberinto, era ahora su paisaje cotidiano. Subiendo y bajando, dejándose llevar por el andar de la gente, por los colores de las tiendas, por los avisos luminosos que se iban encendiendo, por su propia soledad, llegó hasta la plaza de La Candelaria. Y allí se había sentado en un banco, a ver oscurecer los árboles entre los faroles, y mientras recogía el bullicio de la gente que paseaba frente a la iglesia, al fresco del atardecer, y escuchaba a las mujeres llamar a los niños que jugaban en los columpios, él se vio a sí mismo sin entenderse. Había entrado en un bar apiñado donde gritaban y pasaban vasos, mezclados entre tanta gente que él no conocía, tanta gente que no le importaba, y desde ese día se sabía, por primera vez, con un deseo desgarrado. Después había vuelto a su casa, arrastrando su error como un fardo. Dora lo esperaba seria, inquieta, quizás triste, nunca había regresado tan tarde. «Tuve ganas de dar una vuelta, no te preocupes. ¿Qué noticias hay?». Y juntos se habían sentado a escuchar las noticias de la guerra en la BBC de Londres en su emisión especial para América Latina.

Al principio había experimentado un aturdimiento, una fascinación que lo hacía balbucir en su presencia, una conmoción de que verla entrar en la joyería era lo único importante de la vida, un miedo constante a que en cualquier momento ella interrumpiría la visita y se iría sin más, sin otra explicación ni seguridad de su regreso, como si su llegada fuera un regalo inmotivado que podía serle arrebatado en un instante porque no obedecía a ninguna ley ni compromiso que no fuera el deseo de ella por pasar unos minutos, por sentarse un rato y ojear revistas de diseños, por preguntarle pequeños detalles de su cotidianidad o relatarle anécdotas banales de la suya. León había comenzado a vivir una historia partida en dos, todo lo que él era y había llegado a ser, todo incluso lo que había querido ser, y aquellos momentos cuya duración no sabía medir, porque a veces se le hacían extremadamente largos y el reloj

sólo marcaba media hora, y otros demasiado cortos y el reloj marcaba dos horas. Había entrado en un tiempo que no era el de su horario, el del despertador que lo llamaba apenas clareando la mañana, el de la rutina con que colocaba el cartelito de abierto o cerrado del negocio, de la hora de su almuerzo puntualmente servido por Dora, o de la llegada regocijada en que ella y sus hijos lo esperaban para verlo, hablarle, contarle tantas cosas como habían transcurrido en el día, y el tiempo de Belén que no pertenecía a ninguna medida conocida por él, y lo sumergía en un vértigo ignorado.

Insidiosamente el tiempo que correspondía a lo que él llamaba, desprovisto de otras palabras, su verdadera vida, comenzaba a transformarse en un peso asfixiante, una carga remontada con el rencor del que cumple una condena injusta, el desconcierto del que desprevenidamente ha sido capturado en un viaje insensato, pensamientos contra los que debía luchar para desvanecerlos y asentarse de nuevo en su verdadero destino, en sus verdaderos afectos, en sus verdaderas razones. Reconfortado en el reconocimiento de su verdadero lugar, se había atrevido a comentarle a Dora la frivolidad de aquellas mujeres que sólo pensaban en el vestido que lucirían y en la joya que las realzaría y, sin darse mucha cuenta, había introducido el nombre de Belén en sus conversaciones, con tanta frecuencia que Dora le había hecho notar que para él no debía ser motivo de preocupación si aquella señora tenía suficiente dinero para estar encargando constantemente joyas y regalos, al contrario, eso debería constituir un motivo de agrado, ya que era la razón de su negocio, y León había entendido que sus reiteradas alusiones a la señora Sánchez Luna distaban mucho de ser una crítica a su cliente, sino una manera ingenua de mencionarla, de sentir que cuando ella desaparecía de su vista, continuaba existiendo, de pensarla, de nombrarla, de repetir su nombre, aun cuando fuera en el menos indicado de los contextos. Pero había comprendido que debía guardarla para sí, callarla adentro suyo, y esperar en soledad a que ella apareciera cualquier día, y luego con una regularidad tácita que adquirió el carácter de complicidad, los martes de cinco a siete.

Del retrato de la muchacha enamorada de un héroe romántico, había detallado su rostro, que a veces traslucía una alegría cuyos motivos se le escapaban, otras una penumbra que la agobiaba y le hubiera gustado desentrañar, en ocasiones una indiferencia que lo inquietaba por no saber a qué atribuir. La escuchaba con gran atención, tratando de distinguir en sus palabras algún sentido que le confirmara la razón de su presencia, pero Belén emborronaba la conversación saltando de un tema a otro, sin que él pudiera asir alguna clave. Había llegado a comprender que había algo de forzado en su matrimonio con Sánchez Luna, pero inmediatamente ella se extendía en su admiración por aquel hombre de tan notoria reputación y fortuna. Sospechaba a veces que su marido dedicaba poco tiempo a atenderla, y en seguida Belén cantaba el panegírico de sus virtudes y de cómo, a aquel esposo tan atiborrado de obligaciones, no le faltaba la ocasión de mimarla. Hablándole de sus hijos, le había parecido percibir en ella un vacío desagradable, un tema que quería evitar, y había preferido omitirlos de su conversación, aunque en algunos momentos servían como relleno de un silencio que se le volvía insoportable. Porque si algo atormentaba a León en la presencia de Belén era el no saber qué decirle. Dejaba que ella llevara la conversación, hiciera preguntas o se extendiera en relatos familiares que para él constituían una permanente fuente de asombro y curiosidad y no lograba comprender cuál era el atractivo de su compañía, cuáles eran las ventajas que podía adscribir a su persona,

una mujer rodeada de halagos y complacencias, y asediada por toda la alta sociedad de Caracas que veía en ella un acceso eficaz hacia el poder de su marido. Por más que intentara una explicación, León se encontraba desnudo de atributos, de signos que le descifrarán la asiduidad de sus visitas y sobre todo la alegría que parecían producirle. Pensaba también, en momentos de cruda reflexión, que si Belén solicitaba los favores de un amante, debían sobrar los interesados, y de todas las preguntas, la que consideraba irresoluble era saber cuál era su lugar. Pero se había acostumbrado a aquella incertidumbre, porque al mismo tiempo se había instalado en él una certeza, la de sentirse irremediabilmente comprometido en un amor equivocado.

Desde aquel primer día cuando él debería haber dicho, señora Sánchez Luna, usted tiene muchas ocupaciones y yo también, usted debe atender las recepciones y ceremonias que le impone ser la esposa de un ministro y yo me debo a mi trabajo y a los míos. Y en cambio había aceptado la montura de aquel solitario que, por más afán de su parte, nunca terminaba de satisfacerla. Aquellas frecuentes visitas, día a día más injustificadas, cuando él debería haber dicho, señora Sánchez Luna, a usted no le hacen falta más amistades y menos la de su joyero, y yo no necesito otra cosa que no sea servirla y realizar sus caprichos. Pero había aceptado unos relojes que siempre atrasaban y unas medallitas de bautizo para los innumerables niños a quienes la señora Sánchez Luna debía regalar. Aquellas tardes que se prolongaban y lo obligaban a inventar excusas tontas ante Dora, cuando él debería haber dicho, señora Sánchez Luna, yo tengo muchas responsabilidades y poco tiempo y usted debe dedicar los martes a sus visitas de cumplimiento. Pero había aceptado despedir más temprano a los empleados los martes y traer una botella de vino dulce de vez en cuando. Y finalmente había instalado un pequeño diván en la trastienda y había cometido el error fundamental del que ya era imposible dar marcha atrás. Ahora era muy tarde, el negocio prosperaba, sus hijos crecían, Salbic pensaba en retirarse y León Bendelac sólo deseaba que fuera martes.

Su vida había perdido el efecto de continuidad. De lo que llamaba su vida verdadera, a su vida de Belén, no había puente de comunicación entre aquellas dos aldeas de su alma, y saltaba de una a otra, imposibilitado de elegir. Se recriminaba a sí mismo si acaso era tan débil como para no refrenar una pasión, un placer, un juego, y cada vez que lo intentaba, sumido en el pensamiento de cómo sería su vida, una vez amputada, se confesaba derrotado por la íntima conciencia de que entre Belén y él atravesaba una corriente que constituía su más segura verdad, su más cierta afirmación, y llegaba al fondo más profundo de su deseo. Desde su soledad de Barcelona, la imagen de una adolescente cuya presencia le parecía atrapar en las palabras con que Miguel la dibujaba, y que al mismo tiempo, era siempre un relato inconcluso, aquel personaje evanescente lo había atormentado; y si bien el recuerdo había sido domado en el curso del tiempo, su presencia viva, su cuerpo anhelante, su imagen recobrada, lo enfrentaba a una fuerza imposible de vencer sin quedar él mismo abatido. Concebía un desenlace cuyos pormenores dejaba en el vacío por resultarle imposible su invención, en el cual Belén y él se despojaban de todo el lastre que sumaban sus circunstancias y descubrían juntos el despropósito de sentirse semejantes dentro de tanta discordancia, y así cada minuto atesorado prefiguraba los momentos definitivos que sobrevendrían. Entendió que durante todo el tiempo en el que transcurría su vida sin Belén, él podría estar a la altura de las exigencias, y la ausencia de interés que le provocaba todo lo que no fuera ella, se veía de sobra

recompensado por su presencia. Así, de una semana a otra, la continuación de su encuentro era interrumpida por las distracciones de su vida de verdad, voces que él acallaba para quedar en silencio con ella.

Mientras las otras mujeres alardeaban de sus fortunas, la adulaban a veces con sutileza, otras groseramente, intercambiaban chismes e incluso admitían sus desgracias, ella se sentía infinitamente superior, porque tenía la seguridad, que jamás pondría a prueba, de haber capturado la alegría que proporciona la certeza. Le parecía que no había una traición de su parte. La que ella entregaba en cada encuentro con León Bendelac era una mujer que Domingo Sánchez nunca había conocido, nunca había deseado, y en suma, nunca había poseído. En cambio, la mujer que él quería, la señora Sánchez Luna, estaba para él siempre dispuesta, siempre atenta y no descuidaba ningún detalle que lo defraudara. Si ambas coincidían en su cuerpo, había llegado a parecerle una casualidad de la que ella no era responsable, pero se acusaba de que con el tiempo había acabado por odiar a la señora Sánchez Luna, por considerarla tiránica, desprovista de compasión, enjuiciadora, mezquina, y sobre todo señora indestronable de su vida. Pero no le era dado destruirla, anularla o privarla de su poder, únicamente podía abandonarla de vez en cuando, en alguna visita de cumplido, mientras Belén, alocada, corría a encontrarse con el *turco de la joyería*, porque así hablaba la señora Sánchez Luna y así despreciaba lo que para ella constituía el placer más cálido y cercano.

La señora Sánchez Luna y ella habían llegado a un pacto feroz, a un reparto de tiempo que a Belén le parecía injusto y pequeño, pero noches de llanto la habían convencido de que no existían mejores acuerdos, y Belén había aprendido a amar su corto tiempo y distenderlo hasta que pareciera toda la vida; había logrado convertir el resto en una preparación y un recuerdo, de modo que, a pesar de la señora Sánchez Luna, era ella la que lograba acapararlo, y se había adiestrado a pensar en todo lo que le gustaría decirle a León el próximo martes, aunque estuviera repartiendo las canastillas en el comité de obras sociales, y a rememorar todo lo que él le había dicho el martes pasado, aunque estuviera disfrutando de una cena y conversara riendo con las esposas de los otros ministros; a la señora Sánchez Luna, aunque le carcomiera la rabia, no le quedaba más que escoger con cuidado el vestido, discutir con la peluquera el peinado y recibir del ministro Sánchez Luna las indicaciones de cuáles temas evitar o cuáles deferencias ofrecer, pero cuando llegaban cansadas de la fiesta, y la señora Sánchez Luna se desvestía y apagaba la luz para dormir, Belén tenía el resto de la noche para pensar en León Bendelac.

El relato de Miguel acerca de cómo León Bendelac lo había salvado, y que tantas veces rememoraron en aquellas semanas finales, en las que se veían forzados a hablar del pasado porque el futuro era un tema cerrado, había siempre despertado su curiosidad. Le parecía insertar a aquel hombre en su vida de un modo hasta cierto punto misterioso y sobre todo cargado de un sentido que le parecía responder a algo desconocido y necesario. El nombre de León Bendelac le surgía inscrito en sus circunstancias como el de un personaje al que algún día ella no sólo conocería sino quedaría ligada para siempre. Y después los acontecimientos parecían haberlo borrado y cuando lo vio por primera vez en *Salbic y Bendelac*, se sorprendió de haber ignorado tanto tiempo que allí estaba, atendiendo la joyería, en donde era más que probable que estuviera, pues ella misma sabía que el padre de Miguel le había extendido una recomendación en prueba del favor recibido. Y al reconocerlo, al estar frente a alguien

que sintió a la vez tan próximo y tan distante, tuvo que admitir una confusión, un trastorno, como si la vida se le desencuadernara y todos los años pasados junto a Domingo Sánchez, en una convivencia sensata y amable, parecían desmenuzarse, volverse nada. Si sus visitas comenzaron a ser asiduas, si admitía encargar más regalos de los que necesitaba y descubrir en la montura del solitario rebuscados defectos, Belén no podía evitarlo, le parecía haber ganado en aquellas cortas conversaciones un pequeño rincón para sí misma, un destello alegre que le resultaba como un rayo de sol indispensable para una planta que languidece, y no justificaba, por otra parte, un motivo para suspenderlas.

Belén decidió que aquel espacio de alegría, si bien pequeño y aplastado por tantas oposiciones, le correspondía plenamente y no estaba dispuesta a abandonarlo hasta tanto las circunstancias lo asesinaran, hasta un punto final que detuviera, no sus sentimientos, lo que le parecía imposible, sino la ocasión de habitar su estrecho rincón de gozo, de disfrutar su fiesta secreta. Y así, durante muchos martes León Bendelac y la mujer del solitario se encontraron de cinco a siete, ni un minuto más ni un minuto menos, y salvo algún acontecimiento excepcional, nunca faltaron a la cita.

¿Que tienen que haber cambiado mucho las costumbres para que ocurriese ese desafuero? ¿Te extraña mi relato sin condena? Ay, Alejandro, ¿qué quieres que te diga? Me siento desconcertada de tantos cambios como han ocurrido, y por momentos pierdo el sentido de las cosas. Yo también me avergüenzo de verla revolcarse en la cama, qué digo en la cama, en el catre de ese turco, y después llegar a su casa con una sonrisa de yo no fui. Yo también recuerdo el caso de aquella mujer principal, que ahora no nombraré por no mancillar su memoria, pero que fue durante muchos meses piedra de escándalo, cuando se supo en Caracas que su marido la había mandado a encarcelar y sólo las súplicas de su madre impidieron tal afrenta, pero no que le fueran arrebatados sus hijos y depositado su fruto mal habido en un convento; pero hace ya tanto tiempo, Alejandro, que encuentro en aquel castigo una crueldad y ocurre que el pecado de Belén es al mismo tiempo mi venganza. Sí, porque yo detesto a Domingo Sánchez, y detesto su desmemoria. Yo no he podido olvidarme de aquella niña, Magdalena, que dio origen a su ascenso y auge, y los martes de cinco a siete, cuando veo a Belén vestirse y peinarse rápidamente para volver junto a su marido, me digo, vaya la una por la otra. ¿Que le diga al escribano que borre todo este episodio porque te humilla esa desvergonzada? No se puede, Alejandro, lo escrito, escrito queda. Anota, escribano: Domingo Sánchez deja saldada su deuda con las mujeres de la casa de San Juan.

TERCERA PARTE 1935-1985
DOÑA INÉS NOSTÁLGICA

Se murió el general Gómez, Alejandro, la muerte más difícil de nuestra historia. Todo el país estuvo días de días esperando a que el general Gómez orinara y no orinó. Se murió del mal de los riñones, como su compadre don Cipriano, al que había destronado; anciano, urémico, rodeado de médicos y áulicos, sin que el doctor Bueno lograra esa meada trascendente. La ciudad amaneció en el silencio de los sepulcros, el 18 de diciembre de 1935 no se movía una hoja, no lloraba un niño, no ladraba un perro. Los pregoneros repartían los periódicos de tapadillo porque llevaban la noticia de que el día anterior se había muerto don Juan Vicente y nadie se atrevía a comprarlos ni a leerlos, por miedo a que fuese una trampa y que él estuviera sentado en su silla de mimbre, atusándose los bigotes Kaiser y riéndose de los tontos que se habían creído la patraña. Pero se murió de verdad. Lo lloraron sus ciento diecisiete hijos y sus veintitrés mujeres, lo lloraron sus diez mil caballos y sus cincuenta mil vacas, lo lloraron sus dieciocho haciendas y sus treinta y dos hatos, pero no lo lloró más nadie, porque cuando todo el mundo estuvo seguro de que se había muerto, lo declararon dictador y le quitaron el título de Benemérito. ¿Lo lloraste tú, Domingo Sánchez, su ministro? No, qué ibas a estarlo llorando tú, si todavía estaba caliente cuando te declaraste en la transición y empezaste a medrar para ver quién te daba ocupación, ahora que habías quedado cesante. Murió el general Gómez, Alejandro, y el país se puso de fiesta. Abrieron las cárceles y parecía que había más gente adentro que afuera, destaparon los periódicos y nunca se derramó tanta tinta, levantaron las tarimas y nunca se pronunció tanto discurso. Y era que el general Gómez no nos dejaba entrar en el siglo XX; en el mundo andaban casi en la mitad del siglo y nosotros apenas a sus puertas, y ahora que ha llegado no sé si entregarme a la nostalgia o a esta fiesta en la que celebramos a la vez la muerte del general Gómez y las avenidas con semáforos. Sí, Alejandro, yo también estoy en el siglo XX, yo también quiero viajar en avión, ver la televisión y tomarme un antibiótico. Tiraron la bomba atómica, el mundo arde por los cuatro costados y aquí llega gente de todas partes, hablando en todas las lenguas y adorando a todos los dioses. Piensa tú que transcurrieron tantos siglos y no venía nadie: unos viajeros de Indias extraviados, cuatro o cinco locos, Lisboa, Depons, Humboldt y Bonpland, y los canarios que sembraban hortalizas y vendían cordeles, y ahora se nos ha llenado tanto la ciudad que ya no le tienen miedo a los terremotos y las casas se construyen de muchos pisos, tan altos que da vértigo contemplar desde ellos el valle y la montaña. Me pareció siempre tan largo el valle y era porque nunca lo atravesé de punta a punta, ahora sé que basta para recorrerlo media hora. ¿Que estoy loca de remate, dices, y me deberían meter en el hospital de la Caridad, encerrada entre rejas? ¡Ay, Alejandro!, del hospital de la Caridad no queda ni el polvo. Pasaron unas máquinas y en un instante arrasaron con todos mis recuerdos. Nada hay ya en Caracas que me sea propio. Tumbaron todas las casas que alguna vez visité, cuando devolvía los cumplidos de mis amigas las Madrices, de mis primas las Solórzano, de tus primas las Blanco. Una a una fueron cayendo las que habían resistido a los temblores, a las revoluciones y a Guzmán, y aunque sé que no me creerás, también la de Llaguno, la del conde de Tovar, la del conde de San Javier, el convento de Carmelitas, y poco faltó para que se viniera abajo la del general Bolívar. Echaron cemento sobre las lajas y el empedrado, sacaron las carretas de burros, ensancharon las aceras y tendieron los

hilos de la luz eléctrica hasta las últimas callejuelas que lindaban con la montaña, pavimentaron su falda y construyeron nuevos barrios en las riberas del Anauco, porque era necesario que cupiera en la ciudad todo el siglo XX. Me di cuenta entonces de que durante tantos años había amado una aldea sin nombre.

También Domingo Sánchez tumbó mi caserón de la esquina de San Jacinto. ¿Por qué no fui capaz de impedirlo como cuando me enfrenté a los alarifes de la Guipuzcoana? ¡Ay, Alejandro, qué ingenuo eres! Hubieras tenido que estar presente, en vez de dar vueltas perdido en mi memoria, para convencerlo de que no lo hiciese. Que valía mucho dinero mi solar, dijo, pero no sus paredes, que eran de tapia y se le salía la paja cuando llovía, que estaba ahogado en el humo de los autobuses y rodeado de bazares, que ya los elegantes no querían vivir mezclados con gentes de todas las raleas. Cada cuadra se dividió en mil pedazos para servir de vivienda a tantas personas, se levantaron edificios, se abrieron comercios, y en suma, lo que tú pensabas era el centro del mundo se convirtió en un lugar inhóspito. Domingo Sánchez lo vendió al mejor postor, así como la mayoría de los muebles de Isabel, mi bisnieta, porque dijo que estaban muy desperolados, y se construyó una mansión en lo que fue antes una de las haciendas de caña que bordeaban la ciudad. Mucho me alegré del poco tiempo que Dios le dio para disfrutarla. Entonces quedé convertida en un fantasma desahuciado, en un fantasma de intemperie. Sí, me separaron de mis títulos, tuve que dejar mi casa, hurgando por última vez en sus rincones, antes de que una enorme bola de piedra se abalanzara sobre sus paredes, pero no he abandonado su búsqueda; el tiempo me los devolverá. Cuando me refugié en la casa de Belén y Domingo Sánchez, me di cuenta de cuán pobres habíamos sido porque la mía cabía diez veces en la suya y no puedo recordar de nadie que en mis tiempos hubiera tenido dinero para edificar toda la cuadra. Confieso que Belén, a pesar de su matrimonio con ese hombre de mala memoria, y de los imperdonables deslices que cometió con aquel joyero, ha sido consuelo en mi soledad. Cuando ella muera, sé que esta casa también quedará abandonada; dejarán atrás la pila, la misma que durante años estuvo en el patio de la mía y que, gracias a Belén, llevaron consigo cuando se mudaron al Este; destruirán la pérgola afrancesada que ella hizo construir para que jugaran y merendaran sus sobrinos, y que ya tiene desbaratadas las rejillas; venderán a una chivera la estatua de un niño mendigo que fuma un tabaco y al que siempre le han faltado dos dedos de la mano izquierda, adefesio modernista que tenía Domingo Sánchez en su casa del centro que con el tiempo he llegado a querer; rematarán los horrores Imperio que él compró y tanto le gustaban, y sé que algún día nada quedará de lo que fuimos.

Hubo un día en que Domingo Sánchez pensó que era tiempo de conocer Europa, o quizás consideró que ya había consentido demasiado. ¿No sabía muy bien que Belén se estaba desgarrando mientras preparaba las maletas para aquel recorrido de felicidad que él le presagiaba? ¿No conocía con toda exactitud de sus salidas, todos los martes, de cinco a siete, para hacer sus visitas de cumplido? ¿No le había advertido su hombre de confianza que la señora tenía tanto interés en las joyas que dedicaba una tarde a la semana a contemplarlas?, ¿y no había desafiado su mirada excesivamente inocente y despreocupada, tentado muchas veces de enfrentarla a la evidencia y humillarla públicamente con un divorcio? ¿No tuvo que refrenar otras tantas la ira para no insultarla con palabras que hubieran escandalizado a las muchachas de *La Venus de San Juan*? Pero ya para entonces había aprendido, ¿no es verdad, Dominguito?, a actuar con la discreción de un buen burgués y sorpresivamente

le trazó un ficticio viaje de placer. Muy generoso, llevaba consigo a toda la familia, a su madre, a su hermana Carlota, a su cuñado Luis Villaverde, y a sus cuatro sobrinos. Hizo bien, los traspies de mujeres principales deben quedar ocultos. Yo también, puedo confesarlo ahora, borré sin que quedara huella un episodio de mi hija Manuela, cuando la descubrí en un paseo a la hacienda de Chacao rocheleando con Juan Servando. A él lo vendí, para mayor furia de mi hijo Nicolás, que me armó una escandalera porque lo tenía en mucho aprecio; a ella la encerré a piedra y lodo durante varios meses hasta que estuve segura de que su liviandad había sido sin consecuencias, y mandé al paje a visitar a todos los vecinos para anunciarles que no pusieran pie en mi casa hasta nuevo aviso porque tenía una hija con tercianas. Si Juan Servando hubiese dejado en ella un recuerdo, a buen seguro que la habría alejado a Barlovento hasta esperar el desenlace, de modo que comprendo el viaje de Domingo Sánchez, un viaje en el que ni él mismo creía; recorrer monumentos, conocer museos, restaurantes de lujo, piedras de otros siglos, iglesias oscuras, largas avenidas, entrar por fin en el orden y concierto de la civilización europea, nada de eso podía despertar ni un ápice de su interés. A Dominguito lo que le gustaba era el bochinche, pero ya había pasado su tiempo, eran otros los que medraban y a él no le quedaba sino envejecer leyendo el periódico, o marcharse a vivir a Francia, a ser una momia rica, una vida traspapelada y sin referencias, donde tanto le daría morir del edema pulmonar que lo acechaba en una tos matinal incontenible, como reservar una mesa en el mejor restaurante de París. Para Belén aquel viaje fue la campanada, hacía tiempo esperada, que anunciaba la conclusión de lo que siempre le pareció un regalo efímero, el final que pendía sobre ella como si un dios cruel la hubiera invitado a la felicidad y al mismo tiempo advertido de su plazo: la victoria de la señora Sánchez Luna; triunfo sabido de antemano, pero oscurecido en el transcurso de los días, en la lucha imposible por sostener un mundo construido sobre cimientos de papel. Pocos días antes de partir, la señora Sánchez Luna cumplió con su deber. Con una tenue y disimulada crueldad la obligó a llamar por teléfono a la joyería y advertir a León Bendelac que iría a verlo, pero que tuviera mucho cuidado, a la hora convenida, de evitar toda presencia de empleados y clientes. Belén llegó sola, en un taxi, con lentes oscuros, vestida con el uniforme de su cocinera, bajo el que se ocultaba una blusa que León le había regalado. Llegó decidida a ejecutar el más odioso de los deberes que le impuso la Señora Sánchez Luna, no flaquear, no mostrar la extensión de su dolor, aparentar un dominio de las circunstancias que estaba muy lejos de sentir, temblando de que un gesto de León desbaratara la solidez en la que se había asentado. Me sentí orgullosa porque Belén demostró que, bajo una apariencia de frivolidad, a veces de inconsecuencia, de un cierto infantilismo de sus actos, vivía alguien que no despreciaba el sufrimiento que le marcaban sus propios límites, el conocimiento del lugar en el que estaba inscrita. Mostrarle a su amante que no había un resquicio de duda, que los sentimientos tenían su espacio pero también su orden, podía romperla pero estaba educada para hacerlo. No veo en su determinación un mérito, ni siquiera una hipocresía, sino solamente lo inevitable, el final inexorable, asumido desde aquel primer día, cuando había dejado que una parte de su vida transcurriera sin cauces.

¿Sabes qué le propuso ese hipócrita con quien había compartido su culpa?, que huyeran, nada menos, que se refugiaran en algún pueblecito de la costa de Barcelona, porque él no se sentía capaz de decirle a su esposa que quería divorciarse y Domingo Sánchez no le daría nunca el divorcio a Belén. Que la vida se le rompía en añicos, que

él se desmoronaba sin ella y que todos estos años el tiempo se le había reducido a la espera, siempre incierta a pesar de la rutina, de presentir a Belén tras el vidrio de la puerta y escuchar la señal convenida, dos timbrazos, pausa, dos timbrazos, para despedir lo antes posible a cualquier cliente inoportuno que viniera a quitarle ese brevísimo momento de su encuentro. Que aquel momento gozoso y culpable en el que él sentía que negaba a todos, a su mujer, a sus hijos, a Salbic, se había convertido en un sostén indispensable de su esperanza, en compañía íntima de largas y aburridas veladas familiares en las que miraba exasperado el reloj, como si fuera a presentarse algún acontecimiento; durante los copiosos almuerzos de domingo, en los que su mujer y su suegra se esmeraban en complacer a los hombres de la casa; en agotadoras noches de conversaciones con Salbic, para organizar fondos en beneficio de sus hermanos refugiados de la guerra; él escuchaba desde lejos el rumor de una vida que le pertenecía, pero que parecía cesar cuando ella tocaba la campanilla de la joyería y la veía radiante para él, alegre como nunca, dispuesta a tomarse ese vino dulce que nunca llegó a saber si de verdad le gustaba, y a relatarle recuerdos, fragmentos, entre besos, susurros y sobresaltos, cuando algún ruido amenazaba su secreto. Y ahora ese viaje le resultaba un hecho tan ajeno y desprovisto de sentido como aquella perdida invasión del *Falke*, en la que había salvado a Miguel y entrado en nuestra historia. Estaba herido, rencoroso, intentando recuperar a Belén que se le escapaba, que le pedía que esperara, que le explicaba que se trataba de una estadía pasajera, que comprendiera sus circunstancias. Entonces él, enloquecido, gritaba que no sabía por qué se había venido a este país, por qué había salvado a Miguel, por qué aceptó casarse con Dora, por qué amaba a Belén. Todo ahora se le deshacía en preguntas imposibles. Descubría que en su desconcierto de tantas noches, en las que achacaba a la mala conciencia su desasosiego, había siempre sentido esta despedida que estaba señalada desde un principio, y que en el fondo nada nuevo había sucedido, los acontecimientos se habían desarrollado de acuerdo a las circunstancias y sólo él era culpable de no haberlas entendido. Todos los años pasados habían sido un tránsito, y él un pasante adolorido que había tratado de insertarse en algún lugar, y ahora la vida se le mostraba como un espacio del que había sido desalojado, una ropa vacía que los demás creerían que habitaba, mientras él, desnudo, estaría tendido en una playa de arenas oscuras, como un naufrago anónimo que los otros se empeñarían en reanimar. Dora quería que él viviese para alimentarlo, cuidarlo, necesitarlo, y Belén que se convirtiera en una esperanza alegre que ella dejaba bien guardada, mientras acompañaba a su marido a recorrer Europa. Y él se sentía un joven asustado, a quien un pequeño barco inglés trajo desde Trinidad, con un maletín negro, buscando un lugar donde pasar la noche.

Es un bochorno lo que este hombre pretendía: Belén abandonando a su marido, que se iba a Europa con toda su familia, para huir con un joyero judío. Y sin embargo temí por un momento que su convincente discurso ablandara su naturaleza débil y se precipitara en el error; por un instante, quizás, sus ojos dudaron, por un instante un temblor en su voz. Pero no ocurrió así. León Bendelac abrió la puerta de su casa. Dora no estaba, había salido con sus hijos, las habitaciones estaban vacías, en silencio. Encendió el radio, volvió a apagarlo. El teléfono sonó y él pensó que era Belén. Era Dora, estaba en casa de su madre, se quedaría esa noche con ella, no se sentía bien. León Bendelac se extendió en la cama y agradeció aquella ausencia, aquella tregua. Recordó su último diálogo con Belén, gritándose, doliéndose, reclamándose el

uno al otro, mientras ya era completamente de noche, mirando el reloj, llovía sin parar, acercándola en su automóvil y ella escurriéndose en la oscuridad, bajo la lluvia, oyendo sus tacones confundirse con los chasquidos de las gotas sobre la acera, imaginando como ella abría la puerta y se perdía. Cerró los ojos y trató de recuperar su olor, sus gestos, no quería mirar a su alrededor unos muebles vacíos, un desierto de voces y rutinas que desde ahora lo amenazaban. Estaba seguro, íntimamente convencido de que para Belén encontrarlo a él había sido una alegría decisiva, pero descubría ahora cuánto ignoraba, cómo ella había sabido ocultarle cuál era su lugar. Le sobrevino un sentimiento de absurdo y no pudo impedir que, como un aguacero, dejara en pocos minutos inundada la confianza de que el día siguiente sería un día como cualquier otro. Hizo algo inesperado. Entró al cuarto de baño, se afeitó y se cambió de ropa. Escribió una breve nota y al amanecer salió a la calle, tomó un taxi que lo llevó a la estación de autobuses, compró un pasaje de ida, y cuando era de noche, sintió el olor salino del mar, un absoluto vacío, una absoluta paz. Se perdió para siempre, en la nada de la que había salido, y yo respiré tranquila porque su presencia en nuestra historia finalmente no la había alterado.

Cuando todos partieron temí que fuera inútil toda cronología, y pues no había a quien transmitírsela, había llegado así al final de mi memoria. Me sentí tan triste, Alejandro, al ver cómo todos me dejaban sola, pensaba yo, en mi soledad, que quizás para siempre. Olvidaba entonces que pronto volverían, y fue, creo recordar, aunque algunas fechas y precisiones me resultan difíciles, en 1951 –reinaba el quinto general de la dinastía andina–, cuando emprendieron la vuelta y subieron de nuevo por la vieja carretera de La Guaira, serpenteando la montaña en el viejo Pontiac. Tengo retenida como una fotografía la imagen ya brumosa de su regreso, los vestidos blancos de las niñas, la gorrita de Francisco, el sombrero con velo de Cristina, el sudado liquiliqui de Luis Villaverde, el vestido camisero de Carlota, y Belén, elegantísima, en un *tailleur* amarillo de grandes hombreras, haciéndole señas desde la pasarela a Martínez, el chofer, todos ellos dando voces, como si así pudieran acelerar el lento desembarco, envueltos en el humo de la chimenea y el eco profundo de la sirena. Llegaban de Europa y era como si en todo ese tiempo no hubiera hecho otra cosa que esperarlos. Y después vinieron los gritos, las carreras, las órdenes incoherentes al servicio, los arreglos y desarreglos de la casa, el desbarajuste bullicioso provocado por su retorno, que de nuevo infundía vida a mi soledad. Venían cargados de maletas, maletines, cajas y baúles que se amontonaron en los galpones de la aduana y parecían un pequeño circo que nunca terminaba por ordenarse cuando empezaron a salir tantos objetos; Francisco trajo una colección de soldaditos de plomo, un tren eléctrico y un pequinés que ladraba nerviosísimo por toda la casa; las niñas multitudes de disfraces, de alsacianas, de bretonas, tirolesas, andaluzas, y un guiñol de madera que instalaron en la pérgola; Carlota, innumerables vestidos y sombreroeras; Belén, piezas de porcelana, jarrones chinos y una vajilla completa de Rosenthal; y trajeron también a Domingo Sánchez, que se había convertido en un hombre taciturno, caminaba con dificultad y tosía constantemente, balanceando su torso ventrudo. No recuerdo con exactitud el año de su muerte, pero sí la imagen de personaje antipático que, para mi agrado, todos tenían de él. –«Un sigüí de Gómez, eso es lo que era», decía Luis Villaverde si le buscaban la lengua. «Y de Castro también», confirmaba Carlota. «Un arribista, un

corrupto», insistía Luis Villaverde. «Y una persona con una condición social distinta a nosotros», remachaba Cristina. Su entierro fue solitario, apenas ellos y algún viejo amigo. «¿Dónde están los que antes lo asediaban pidiéndole favores? –preguntaba Luis Villaverde–. Yo que lo conocí rodeado de adulantes, lo enterré en un silencio absoluto». Y ciertamente, Domingo Sánchez desapareció en París, lo que volvió fue un viejo achacoso y desconocido, que casi me daba lástima, cuando ya muy enfermo lo sentaban en el corredor, de cara al jardín, para que desde allí contemplara la vista de la montaña y la sirvienta le cambiaba de vez en cuando la escupidera. Pero la incomodidad de volverlo a ver no disminuyó en nada mi emoción, al reconocer la manera alegre y precipitada que Belén introducía en las costumbres, y el entusiasmo de sus cuatro sobrinos, en aquella Caracas sin muchas distracciones, cuando se refugiaban en lo que llamaban el saloncito inglés por sus sillones de cuero y sus cuadros de caza, y se empujaban con los cojines y se embadurnaban de chocolate, mientras escuchaban cuentos, leyendas, anécdotas, inventarios de recuerdos que Belén narraba para ellos y quizás para sí misma. Verla repetir la historia que yo de tan cerca había vivido sostuvo mi memoria, escuchándola relatar para aquellos niños ávidos de terror y misterio, la huida de mi bisnieta Isabel y la esclava Daría, o cómo las montoneras entraron a saco y mataron a José Manuel Blanco y a Julián Cayetano, en la insurrección antiesclavista de 1846. Su voz, entre pausas teatrales y tonos de sorpresa y espanto, configuraba una pequeña historia patria para niños, en la que pude recrearme a mí misma y sentir que al menos una parte, aunque minúscula, de mis recuerdos, permanecía. La pared del fondo, tras los sillones Chester, estaba íntegramente ocupada por el enorme cuadro que mi tataranieta José Francisco había encargado a un famoso pintor. En el sofá se sentaba Belén, a su lado Elena y María Luisa, María Cristina en la alfombra, y Francisco, siempre sucio de chocolate, a caballo en el brazo del sofá de enfrente. ¿O al revés?, ¿él quien se sentaba en el suelo? Era desde allí que el relato, con las innumerables variaciones, detalles y omisiones que se sucedían dependiendo del grado de imaginación de Belén aquella tarde, transcurría como una suerte de explicación oral del lienzo.

«¿Ven la niñita?», decía Belén, «era mi abuelita Isabel». «¿Y por qué era tan chiquita si era tu abuelita?», preguntaba María Cristina. «Bueno, porque las abuelitas también fueron chiquitas alguna vez, aquí Isabel está pintada en 1814, el año de la emigración a oriente, ¿no lo has estudiado en el colegio?». «Yo sí, yo sí», gritaba Elena. «Cuando el Libertador huyó con la población de Caracas y el ejército patriota para que no los matara Boves». «Así es, muy bien, bueno, pues, Isabel también huyó con su mamá, y entonces era una niñita muy chiquita, pero luego creció y se casó y tuvo varios hijos, y el más chiquito fue mi papá, que era tu abuelito José Francisco». «¿Y por qué tu papá no sale en el cuadro?». «Francisco, mi amor, porque él no había nacido entonces, él nació mucho después, pero su mamá, que es la niñita del cuadro, le contó cómo ella se salvó de la guerra, huyendo con una esclava que la llevaba cargada a Barlovento, y él quiso encargarse de este cuadro, pero ella se había muerto, entiendes, cuando pintaron el cuadro ya estaba muerta hacía muchos años, el cuadro es como el pintor se imaginó a la esclava corriendo por la selva, y yo fui el modelo que el pintor tomó para la niña. Tu abuelito lo quiso pintar, porque si Isabel se hubiera muerto también nuestra familia hubiera desaparecido, todos sus parientes murieron en la guerra». «En la guerra de Independencia se murió mucha gente», recitaba Elena, «familias enteras, unos se morían peleando y otros de hambre». «Así es», completaba

Belén, «y otros porque los negros asaltaban las haciendas y mataban a todo el mundo, así murió mi abuelo José Manuel, que era el papá de mi papá, pero eso fue después, ya había terminado la guerra de Independencia». «¿Y tu papá cuándo se murió?». «Mi papá se murió cuando tu mamá y yo estábamos chiquitas, porque él se casó con la abuelita un poco viejito, él se había casado antes, cuando era joven, pero enviudó y no tuvo hijos, y luego se casó con mi mamá y nacimos nosotras, pero casi no lo recuerdo». «Ahora cuenta cómo se las iba comiendo el cunaguaro», pedía María Luisa. «Entonces, pongan atención, la esclava iba corriendo con la niña en brazos, pero estaba cansada, muy cansada de correr por la selva, y entonces se recostó de un árbol a descansar un ratito. Y entonces, de repente, oyó que un animal estaba rugiendo, y se dio cuenta enseguida de que era un cunaguaro, porque ella había nacido en el monte y conocía los ruidos de los animales. Se quedó quieta, sin moverse nada, con la niña en brazos y tapándole la boca para que no fuera a llorar, porque esos tigres tienen un oído finísimo, y el olfato también, el animal las olió y empezó a buscarlas hasta que las encontró; no te tapes los ojos, María Cristina, que no está pasando nada, es un cuento que te estoy contando; el cunaguaro las miró y después se subió a una mata y se fue». «¿Y la niña cómo contó todo eso si estaba tan chiquita?». «Elena, ella no lo recordaba, pero la esclava se lo contó cuando creció, porque ella vivió con la esclava hasta que se terminó la guerra y la esclava la trajo a Caracas otra vez». «¿Y por qué hizo eso, no la quería?». «Supongo que sí la quería mucho, porque hubiera sido más fácil escaparse sola que con la niña a cuestas; la quería mucho, porque entonces las esclavas eran las cargadoras, y también les daban la leche a los niños cuando las mamás no tenían; yo me imagino que ella entendió que su deber era devolverla a Caracas. Ahora, si quieren, les cuento lo de la culebra». «Lo de la culebra no, eso no», chillaba María Cristina. «Que sí, que sí, que lo cuente». A Francisco le gustaba aquella parte que producía horror a sus hermanas. Belén había urdido una historia, según la cual estaban la esclava y la niña dormidas, y una mapanare se deslizaba silenciosamente por encima de sus piernas y se acostaba en el regazo de la negra, buscándole el calor, y de pronto la esclava se despertaba y sin hacer ruido la agarraba por la cabeza y la aplastaba con una piedra, porque como ella había crecido en el monte sabía matar culebras. Francisco se empeñaba en que en una esquina del cuadro, donde se dibujaba el mogote, se veía un poquito la cabeza de una culebra, pero por más que todas se subían al sofá para verle la cabeza a la culebra, no se la veían, y Belén condescendía en que sí, como que Francisquito tenía razón, sí se veía. Francisco había sido su sobrino preferido, y él también había correspondido a aquella maternidad sustituta de Belén.

¿Te acuerdas, Alejandro, de los juegos y rochelas de tantos niños como tuvimos? Apenas si la llegada del maestro lograba hacerlos callar y sentarlos en las mesas de los corredores del patio para dar inicio a las clases. Me parece estar viendo a los mayores, Nicolás, Alejandrino, Antonio, sucios de perseguirse en el corral con Juan del Rosario, lavarse la cara y las manos y repeinarse, con el libro de gramática abierto sobre sus rodillas, y el maestro extendiendo ante ellos un mapa, que ya entonces era un papel viejo y arrugado, para señalar con el puntero los límites de la provincia; y a las niñas más grandes, Mariana, Manuela, Teresa, aprendiendo los números, porque no quise que fueran tan ignorantes como yo y me empeñé en que al menos supieran sumar y restar correctamente. Contemplar a los sobrinos de Belén me permitió de nuevo compartir los juegos y terrores de la infancia, y reírme de sus travesuras,

cuando María Cristina y Francisco, los más pequeños, se sentaban en la pérgola del jardín y ella lo obligaba a él a jugar muñecas, a cambio de comerse su sopa de espinacas a la hora del almuerzo, o cuando, escondidos de la vigilancia de su madre, Francisco le decía, «enséñame tu pipí y yo te enseño el mío». María Cristina fue una niña alegre y disparatera, pero ahora se ha convertido en un ejemplo de seriedad y buenas costumbres. Los domingos lleva a misa a sus numerosos hijos, alienta constantemente reuniones que supone son de gran interés para su marido, un ricachón de pocas maneras; extremadamente atenta al cumplimiento social en los más mínimos detalles, censora de cualquier comentario que considere peligroso para la salud moral de su familia, obsesiva y mezquina en la administración de su hogar, es sin duda un dechado de virtudes que pareciera tomado de los preceptos de fray Luis de León en los que fui educada, pero en nada su personaje actual me recuerda aquella niña turbulenta y querida que con sus hermanas, los días de piñata, se vestía de armadores y zapatos de charol, se sujetaba la melena rizada con un cintillo y se subía al viejo *Pontiac*, pellizcando a Francisco, que parecía un hombrecito, de pantalón azul, camisa blanca y corbata de lacito.

Disfrutaba también de escuchar las conversaciones de Belén y Carlota y verlas cómo pasaban las horas discutiendo, y a veces contradiciéndose por sucesos que habían tenido lugar veinte años atrás. Una tarde leyeron juntas un pequeño recuadro de sucesos en el diario *Últimas Noticias*. Hacía tiempo que ya había ocurrido el derrocamiento de Pérez Jiménez, el quinto y último de los generales.

En la noche de ayer se cometieron diversos hurtos, atracos y otros desmanes. Se supo de la muerte de un comerciante, José Salbic, de setenta y seis años de edad, que falleció a consecuencia de herida punzopenetrante, cuando se disponía a cerrar su pequeño negocio. Se supone que fue asaltado para robarle dinero en efectivo y otros objetos de valor.

Belén tuvo un estremecimiento que Carlota no supo interpretar e insistía en que León Bendelac, una persona tan afectuosamente recordada por todos, merecía una visita de pésame. Belén tajantemente explicó que León y su esposa no vivían ya en Caracas, que podía asegurarle que ella había estado no hacía mucho en la joyería y Salbic se lo había dicho así. Y ciertamente, Belén, infatigable en sus errores, había vuelto a visitarla, después de su regreso de Europa.

Aquella tarde de su muerte, Salbic arrastraba sus miembros artríticos de la trastienda al pequeño mostrador. Se había puesto unas pantuflas para deslizarse con más facilidad; inclinado, repasaba unos libros de contabilidad. Vendía el negocio. Ubicada en una casa de doble planta, la tienda había quedado emparedada entre dos altos edificios, y ya su nombre, inscrito en grandes letras plateadas, orgullo de Salbic, no destacaba como la joyería más importante de la ciudad. Paulatinamente se había ido convirtiendo en quincalla, y las hermosas piezas de plata, los finos relojes, las delicadas joyas para las damas de la sociedad, fueron dando lugar a collaritos de perlas cultivadas, zarcillos de fantasía, piezas de hornear, juegos de toallas y sábanas, adornos de dudoso gusto en pretendido Murano, y hasta algunos juguetes plásticos de importación norteamericana, que quisiera o no, se vendían muy rápidamente y

constituían la mercancía más demandada. Ya no acudían los conocidos nombres que aparecían en la prensa y que no pudieron nacer, casarse, cumplir años o tener hijos sin que él lo supiera y de alguna manera estuviera presente, dando el sello de calidad a los actos conmemorativos de una sociedad a la que nunca había pertenecido, pero que a la vez le había sido cercana. Solo, ayudado por su hija, atendía a una clientela de paso, formada por amas de casa y pequeños oficinistas que acertaban a cruzar por el frente de su tienda, y detenían su aire apurado ante los carteles que él mismo escribía a mano, en los cuales anunciaba enormes rebajas, precios de ocasión, grandes saldos para agosto y extraordinarias ofertas de navidad. Algunos aprovechaban para pedir prestado el teléfono, y hasta algunas señoras pretendían usar el baño para una urgencia del niño, mientras le echaban el ojo a los adornitos de navidad, pequeños pinos en vidrio pintado de verde, angelitos, figuritas de San Nicolás, hojas de mirto en plástico que no se habían vendido en aquellas navidades y que a fines de enero se remataban a precios nunca vistos.

Inclinado sobre el mostrador, repasaba los libros de contabilidad que registraban día a día el ascenso y declinación de lo que había sido *Salbic y Bendelac, joyeros y plateros*, y quería, se imponía un trabajo vano, al pretender demostrar a los futuros compradores cómo se asentaba y comprobaba la eficiencia y calidad, a lo largo de los años, de un negocio que sólo había mantenido cerradas las puertas en días del Perdón y año nuevo y aquél en que había muerto la esposa del dueño. A pesar de su edad, permanecía en el negocio hasta la hora que decía el cartelito y no había querido atender a los ruegos de su hija para que viniera a casa más temprano. «Es un problema de ética», había dicho, «el horario es la clave del éxito». Repasaba los viejos libros y podía diferenciar perfectamente su caligrafía de la de él, podía minuciosamente rastrear a partir de qué momento exacto le había permitido a León Bendelac, como si fuera su propio hijo, registrar en ellos los balances, y en el libro de los pedidos, los encargos y las fechas en las que se recibían las piezas y se entregaban, y los precios, quizás irrisorios veinte años después, pero que entonces solamente una dama importante podría pagar por el capricho de verse realizada.

Trabajo vano el querer comprobar la importancia de su negocio a través de los libros, porque los futuros compradores no contemplaban para nada su continuidad, ya que siendo los dueños de los edificios contiguos, le proponían una oferta, a un precio ruin, bajo la amenaza de abrir un estacionamiento subterráneo, precisamente en su puerta, de modo que se impidiera el paso de los últimos clientes, obligados entonces a un desvío. ¿Quién se detendría para aprovecharse de las maravillosas rebajas del turco? —el señor Salbic había, con los años, vuelto a ser *el turco*—. No estaban ya en el poder los nombres a quienes Salbic hubiera podido recurrir, eran otros, nuevos, distintos. Las nuevas damas ricas viajaban en avión a Europa y a Estados Unidos y se hubieran sentido muy humilladas de llevar imitaciones elaboradas en Caracas. ¿Dónde estaban ahora aquellas señoras que no concebían adquirir una joya, limpiarla o modificarla sin venir a Salbic? Cuántas anécdotas, cuántas intimidaciones no habían llegado a sus oídos mientras, sentadas frente a su mostrador, escogían una pulsera, repasaban modelos de zarcillos o decidían acerca de una gargantilla. Cuántos caballeros no habían venido, discretamente, a escoger un regalo, y cuántas veces no se había reído él con León, al comentar cómo el mismo caballero escogía a la vez el regalo oficial y el clandestino. Cuántos hilos no se enredaban en aquella sociedad, pero siempre había dicho, «esto es un asunto profesional, hijo, nosotros vendemos, ellos

sabrán para quién compran». Nunca más aquellos personajes habían aparecido en lo que ahora resultaba un estrecho e incómodo negocio, mal situado, día a día peor surtido, convertido en bazar, un comercio más entre otros tantos. Poco a poco los antiguos clientes habían ido escaseando, alguna vez, quizás, por un gesto de lealtad, algún pequeño encargo, el arreglo de un reloj, una medallita de bautizo.

Podía recordar perfectamente a la señora Sánchez Luna. Una de sus clientas más asiduas, una mujer enamorada de las joyas. Más de una vez la había visto entrar, sin ánimo de comprar nada, solamente para ver qué tenían de nuevo. Mujeres de aquel señorío, de aquella elegancia, eran pocas. Siempre tan atenta con él cuando por casualidad él pasaba alguna tarde a dar un vistazo. Siempre una frase amable, preguntarle por la salud de su mujer, por sus nietos. La esposa de un ministro, una mujer de tanto poder, y sin embargo tan sencilla, tan poco engréida, a diferencia de otras, impertinentes, groseras, altaneras. «Dinero reciente, hijo», le comentaba a León, «hay que distinguir muy bien a la gente de gusto, sí señor, gente de gusto. Cuando ella se casó por primera vez, aquí se le hizo la diadema para sostener el velo de novia, pobre mujer, qué poco le duró la dicha. El esposo era un perseguido político, creo que murió fuera, tuberculoso. Atiéndela bien, León, su padre era todo un caballero, había sido muy rico, tenía haciendas, muchas tierras, todo eso lo perdió». La señora Sánchez Luna, de las pocas que tuvo la generosidad de volver y comprar una medallita para la primera comunión de su sobrino; él mismo, aunque la mano le temblaba y no tenía ya la seguridad y precisión de otros tiempos, la había grabado. La señora Sánchez Luna había puesto mucho interés en aquella medalla, era para su sobrino preferido, le había dicho, «él es como un hijo para mí, porque yo no los he tenido». Podía recordar perfectamente el nombre, Francisco Villaverde, y la fecha, ¿cuál era?, ¿1953, 1954? Toda vestida de negro, su misma elegancia, espléndida todavía en una belleza madura. Ella parecía no tener otra cosa que hacer y él tan pocos clientes que atender. Habían estado conversando de los tiempos pasados y él le había ofrecido una tacita de té y le había contado que su esposa había fallecido. Ella entonces le dijo que vestía de luto por su marido quien había regresado muy enfermo de París, donde habían vivido varios años. El doctor Sánchez Luna, cómo no recordarlo, todo un caballero, él mismo fue a escoger un brillante para pedirla en matrimonio. Todavía lo tenía, sí, cómo no, la señora Sánchez Luna le dijo que siempre conservaría aquel regalo de su esposo, una joya como ya no se hacían, una obra de arte. Una mujer tan discreta. Sólo en algún momento rozó la conversación el tema de León. Le preguntó por él y él le había dicho la verdad, ella fue la única con quien Salbic se había atrevido a desahogarse. «Él se fue, señora Sánchez Luna», brevemente, sin muchos detalles, «él se fue y no supimos más de él, los hombres a veces toman extrañas decisiones». Y ella había comprendido su dolor, ninguna frase desatinada o torpe. «Qué lástima», dijo, solamente eso, «qué lástima». Pero el tiempo se había escapado y ya ni siquiera la señora Sánchez Luna regresó alguna vez, había abandonado el viejo caserón del centro, y como toda la gente rica, se había mudado a las nuevas urbanizaciones del Este. La señora Sánchez Luna se había perdido, como tantas otras, y a él no le quedaba otro quehacer que ordenar y clasificar sus libros de contabilidad.

Trabajo vano el querer comprender a través de las cifras lo que para él seguiría siendo el misterio de León. Si a los ojos de cualquier inexperto bastaba una rápida

mirada sobre los libros para observar el ascenso del negocio, cómo sería para él, que en pocos instantes podía determinar el índice de ganancias que acompañaba su inicio en la joyería. Primero como operario, luego como jefe de operarios y por último como señor y dueño del mismo, como debía ser, como había concebido que fuera desde el primer momento en que lo vio y pensó que sería un excelente marido para Dora. ¿Acaso un padre no debe velar por sus hijos? Dora, una muchacha llena de cualidades y, ¿por qué no decirlo?, tampoco exenta de atractivos, no encontraba marido, y él, un joven emigrante sin un padre que lo protegiera y orientara. Él había sido padre para ambos y los había reunido como dos buenos hermanos. Más que el abandono de Dora, le hería y le era inexplicable la traición para con él, su silencio definitivo.

Ni una carta en todos estos años, ni una palabra que les indicara su paradero. Se había esfumado en la nada como había aparecido. A veces sospechaba que había vuelto a Marruecos, otras, por algún comentario de un amigo que había viajado, le parecía reconocer a León en una calle de París o de Londres. Finalmente, cuando su esposa estaba agonizando, había mentido. «Llegó carta de León. Está en Curazao, Dora y los niños irán a verlo, está muy arrepentido por todo lo que sufrimos». Darle por lo menos ese consuelo en el momento de su muerte, permitirle morir tranquila, confiando en su palabra. Las cartas que había enviado a la antigua dirección de su madre no habían tenido respuesta, una volvió con un sello de Destinatario Desconocido. Le dolía la soledad de Dora y el silencio que había descendido entre ellos, el reproche indecible con que, el uno al otro, se reclamaban su error.

Salbic cerró los libros, oscurecía. Dejaría para el día siguiente la continuación de su informe contable con el que quería demostrarle a alguien lo que había sido su obra. Lentamente se quitó las pantuflas y se arrastró de nuevo a la trastienda para calzarse los zapatos y ponerse la chaqueta. Desde adentro escuchó un ruido. Cuando describió la cortina, dos muchachos lo contemplaban frente a frente. Habían roto los vidrios de la puerta y, sin mayor esfuerzo, forzado la cerradura. Uno de ellos cargaba en una bolsa todo cuanto le cabía, el otro, con una navaja en la mano, vigilaba los movimientos del viejo. Quedaban pocos objetos en los gaveteros y en los estantes y se disponían a salir. De un gesto fácil el muchacho le torció el brazo detrás de la espalda y le hundió la navaja en el cuello. Salieron corriendo.

Tampoco dieron resultado las dictaduras y tuvieron que inventar la democracia, Alejandro, se me había olvidado decírtelo. La inventó un señor que se llamó Rómulo Betancourt. ¿Que si es el mismo que inventó el liberalismo? No, por Dios, ¡qué disparate!, ése fue otro. Ni tampoco entró a caballo como Joaquín Crespo. ¿Cómo se te ocurre, Alejandro? Estamos en el siglo XX y hay muchos automóviles, ya nadie monta a caballo en la ciudad. De la democracia, te diré brevemente que así como no entendí el liberalismo, tampoco pude comprenderla. A pesar de su progreso, el día en que entraron los demócratas ocurrió lo mismo que dijo Joaquín Crespo: cayó un aguacero. Llovió tanto que las consignas de nuevo se mojaron y quedaron pegadas al cemento. ¿Que si la familia de Belén es demócrata? Pues no lo sé bien, Domingo Sánchez afortunadamente ya se murió y no tuvo tiempo de medrar en ella, aunque creo yo, que lo conocí muy bien, que oportunidades no le hubieran faltado si no fuera por lo acabado de cuerpo y alma que regresó. Belén y Carlota no entendían mucho de política. Demócratas, o más bien adecos, pues así se han bautizado, han sido los

maridos de las hijas de Carlota, pero no he seguido de cerca sus vidas. En cuanto a Luis Villaverde, fue siempre un hombre más bien escéptico, una sombra perdida en la profundidad de su amplio escritorio, la habitación siempre inaccesible a los niños, la última del pasillo en la planta alta, con la ventana abierta hacia el jardín, desde donde se asomaba para verlos jugar gárgaro, policías y ladrones, la candelita. Cuando los niños preguntaban: «¿Y tú en qué trabajas, papi?», Carlota siempre contestaba: «¡Qué preguntas! Tu papá es abogado y está muy ocupado, no hagan bulla». Y él se sentaba en un sillón de cuero e incansablemente revisaba papeles. Vino un día en que murió Luis Villaverde. Me he acostumbrado tanto a la muerte, Alejandro, quizás porque he albergado tantas en mi memoria, que amo a mis cadáveres como a mí misma. No puedo decirte que su ausencia fue para mí el mayor de mis dolores, pero a partir de ella, un aluvión de cambios comenzó a imponerse. Carlota y sus tres hijas lloraban enracimadas alrededor del féretro, mientras se escuchaba el salmo responsorial del sacerdote y el murmullo de voces, rezando unas en la sala, hablando otras en voz baja en el corredor. Francisco tendría unos dieciséis años; con lentes oscuros, sudando debajo del traje negro, se subió al automóvil que encabezaba el entierro. Volvieron a la casa al atardecer; la sala principal seguía llena de gente; Belén disponía en la cocina tazas de consomé. Francisco subió a la planta alta y quise acompañarlo cuando entró en la habitación clausurada desde que su padre había sido trasladado a la clínica. Desde allí contempló el jardín solitario en la oscuridad, llegaba el olor del jazmín que se enredaba en la reja y el sonido persistente de los grillos. El jardín era un cuadro oscuro en el que quería sumergirse, ahogarse, perderse con toda su infancia agolpada, antes de que amaneciera y todo quedara atrás. Estaba decretado que Elena se casaría a los seis meses del luto, en una discreta recepción, dadas las circunstancias; Belén costearía un año de internado en Estados Unidos para María Luisa y María Cristina, y en cuanto a él, una vez terminara el bachillerato en los jesuitas, sería médico, o abogado o ingeniero. Allí reposaban sobre la mesa de su padre el cenicero de marfil, quemados los bordes; el juego de escritorio de cuero verde; la máquina de escribir; un tintero sin uso; el estilete para abrir los sobres; una colección de pipas; un sello de lacre; otro con la almohadilla de tinta; un tarjetero; el reloj de mesa, de plata con sus iniciales; y las llaves del archivo. Francisco las probó una a una hasta dar con la cierta, y el mueble, un escaparate de madera tallada en hojarasca de pésimo gusto, se abrió ante él. Las repisas vacías, únicamente en una de ellas se veía una carpeta. Había esperado encontrarlo lleno de documentos, pero estaba desnudo, limpio, a excepción de una cucaracha que se colaba por las rendijas. Encontró también el resguardo de la venta de unas acciones y una carta en la cual su padre se dirigía a un cliente para aseverarle que procedería a ocuparse del embargo de su deudor, y algún otro papel suelto, sin membrete, donde podía reconocer su caligrafía en anotaciones marginales. Tenía sentido entonces una frase que muchas veces Belén dejaba caer: «No tienes instinto para los negocios, Luis, no sigas desbaratando lo poco que le queda a Carlota». ¿En qué había ocupado su padre las larguísimas tardes en que su madre les hacía creer que estudiaba complicadísimos legajos y expedientes? Ahora comprendía sin ninguna duda que durante todos estos años habían vivido de la discreción de Belén, de su modo delicado de hacer las cosas para que ni él ni sus hermanas sospecharan que Luis Villaverde simplemente se sentaba en su escritorio y consumía allí el tiempo hasta que la cena estuviera servida. No le dolía el fracaso, ni lo que se imponía como una definitiva mudanza a la clase media, sino saber que mientras sus hermanas y él

jugaban en el jardín, y su madre sostenía una comedia de bienestar frente a sus amistades, su padre se perdía entre papeles vacíos e intentaba sin acierto rehacer una fortuna. Le dolía que lo hubiera tratado como a un niño, nunca una conversación explicativa, verdadera, sobre su situación, le dolía que todos aquellos años habían vivido, como si no lo supieran, de la fortuna de Domingo Sánchez. ¿Que de dónde era tan rico Domingo Sánchez? Alejandro, pero si no he hecho otra cosa que explicártelo. ¿No te dije que siempre estuvo atento a quien mandaba para ver dónde metía la mano? Pues le dio un pellizco al monopolio de la carne, otro al monopolio del aguardiente en tiempos de Cipriano Castro, y muchos a las licencias de importación que le regaló Juan Vicente Gómez, cuando el mundo se llenó de inventos, y así fue pasando a ser accionista de bancos, dueño de telares, propietario de casas y de haciendas de caña que se remataron a buen precio. Pero ahora existe tanto dinero que ya ni siquiera la fortuna de Domingo Sánchez vale algo, ahora hay gente tan rica, Alejandro, que su fortuna, que a mí me parecía de reyes orientales, se ha convertido en un buen pasar. Pero debo dejar mi recuento. Escucho que han tocado el timbre, es Francisco que viene a visitar a Belén.

EL REGALO DE DON HELIODORO

Atraviesa el corredor de mosaicos blancos y negros, al fondo hay un tresillo de mimbre rodeado de helechos que cuelgan despacio tapando el sol. Francisco se sienta y se deja arropar por el silencio. Son los mismos muebles, los mismos helechos, el mismo silencio abruptamente roto por sus gritos y los de sus hermanas, única presencia infantil en la tranquilidad de la tarde, es la misma tarde lenta que cuando jugaban a esconderse entre los recovecos de casa grande, de muchos espacios perdidos, y subían a las habitaciones de la planta alta y allí, acostados en camas de pesados copetes, inventaban escenas de terror, envueltos en la penumbra de las ventanas entornadas, hasta que Belén, después de la siesta, los invitaba al saloncito inglés y les servía jugos de guanábana y pasteles que compraba especialmente para ellos. Belén, sola, un poco chocha, en esta casa magnífica hace cincuenta años, pero ahora llena de goteras, la vieja cocina de mampostería cayéndose a pedazos, la mayor parte de las habitaciones cerradas y apestando a humedad, el inmenso jardín descuidado, cubierto de hojas, las enredaderas comiéndose los muros, los muros despintados y desmoronándose, y ella, ella misma perdida en sus espacios abandonados, de los que sólo el corredor y el saloncito inglés conservan el aire de antes, encorvada, dejando ver en las huellas de los pómulos, en una cierta mirada, el pasado esplendor, preparada para la visita de su sobrino Francisco, vestida de claro, recién peinada de la peluquería, con alguna joya discreta para evitar el aspecto de anciana empantuflada que tiene a solas, me hacen sentirme triste.

—Francisco, ¡cómo me alegra verte! Me tienes olvidada.

—Supe que estuviste enferma, me avisaron ayer.

—Nada de particular, mi amor. Un poco quebrantada, pero me dieron unas pildoritas y ya me acomodé. ¿Se puede saber por qué no me vienes a ver? Yo comprendo que la vida moderna no está hecha para las visitas, pero tenías tiempo que no venías y tus hermanas ni se diga. Bueno, ya que viniste no te voy a regañar. Francisco, quiero hablar contigo por varias razones, la primera porque hace mucho tiempo que no te veía, la segunda porque yo me voy a morir. Sí, mi amor, no digas lo que estás obligado a decir —lo detuvo sin dejarlo hablar—, me vas a decir que estoy muy bien y que no debo mencionar esas cosas, pero la realidad es que voy a cumplir ochenta y un años, me he sobrevivido a mí misma, todo el mundo se ha muerto y no me dirás que yo voy a ser la excepción. Abro el periódico, y ¿qué es lo que veo?, lo que veo son las esquelas de los entierros de la poca gente que todavía conozco, y este último susto que he tenido me da la razón.

—Tú lo que debes hacer es distraerte más y no pensar cosas lúgubres.

—A mí ya no me interesa nada, te estoy hablando en serio, mi historia ha pasado, mi país es otro, mi vida son recuerdos. Desde que murió tu madre no tengo con quien hablar, el único consuelo que me queda es que estoy lúcida; si tú vieras la cantidad de amigas más que se murieron completamente arterioescleróticas; yo me quiero morir con la cabeza bien puesta, no quiero ser un trasto incómodo, ¿incómodo además para quién?, no tengo hijos dispuestos a cargar conmigo, sería injusto recaer sobre ustedes, no, no, Francisco, yo me tengo que morir, y pronto, si creyera en Dios se lo pediría, no me interrumpas, tengo que decirte algo muy importante. Yo he

pensado así, tus hermanas están casadas y muy bien casadas, tú eres, de los cuatro, el que ha tenido peor suerte o no habrás tenido la oportunidad, no sé, pero sé muy bien que vives de un sueldito en esa compañía, tu mujer me dijo una vez que de ahí nunca sacarías nada, y tú has sido también el que más me ha acompañado, y más me ha querido. Yo te voy a dejar a ti esta casa y unas acciones, es lo único que me queda de la fortuna de Domingo, unas renticas que se ha comido la inflación y que yo he ido vendiendo a lo largo de estos años, pero para lo que yo necesito es más que suficiente, pero eso no es nada, yo te quiero dejar la hacienda de Barlovento.

La vio anciana, loca, desvariando, las arrugas parecían marcarse más, la mano le temblaba, la voz se hacía débil.

—Tía, estás diciendo un disparate, estás equivocando los tiempos, la hacienda de Barlovento fue de tu papá en el siglo pasado, estamos en 1984.

—La hacienda de papá la expropiaron el siglo pasado, pero yo creo, es decir, me han dicho, que se puede pedir el derecho de propiedad, por una serie de cosas que no entiendo muy bien, yo no te lo puedo explicar, tú tienes que ir a ver a este señor.

Se levantó, abrió la gaveta de un pequeño escritorio y le extendió una tarjeta. *Heliodoro Chuecos Rincón. Historiador-Abogado. Investigador de tradiciones legales. Cola de Pato a Desbarrancado N° 32.*

—Es un erudito, sabe todo, él cree que la hacienda puede volver a ser mía, es decir tuya, porque yo te dejo mi parte a ti. Tienes que ir a ver a don Heliodoro.

—Pero, por favor, ¿de dónde sale don Heliodoro? Un abogado historiador que vive en la esquina de Cola de Pato, ése es un vivo que te está tomando el pelo para sacarte unos reales.

—La gente joven cree que lo sabe todo y que los viejos somos unos ineptos, don Heliodoro no es ningún sinvergüenza, si él me dijo que lo buscaras es por algo; lo conozco de toda la vida, es decir, lo conocía Domingo, y él vino hace unas semanas a visitarme, y hablando con él salió el tema de la hacienda; él me dio la idea, me dijo que tenía muchos papeles viejos, se dedica a eso. ¿Tú qué pierdes con ir?

—El tiempo, de ir a hablar zoquetadas.

—Esa hacienda puede ser mía y por lo tanto tuya, esa hacienda se la expropió Joaquín Crespo a papá para la construcción de un ferrocarril, se la expropió es un decir, porque nunca le pagaron nada. Si tú no te quieres ocupar, yo consigo un abogado que se ocupe —Belén estaba furiosa.

—Yo iré —dijo Francisco—, iré para complacerte —y guardó la tarjeta en el bolsillo.

Pero no iba, Alejandro, se hacía el loco cuando Belén lo llamaba por teléfono a insistirle, cuando Silvia, su mujer, le reclamaba que a lo mejor allí estaba su oportunidad. Pensada en retrospectiva, la hacienda de su abuelo José Francisco le parecía una parte de la mitología familiar que su tía Belén le relataba cuando niño, y no veía en aquella consulta a don Heliodoro, a la que tanta importancia le adjudicaban los otros, más que una manera de perder una tarde. ¡Ni que hubiera tenido tanto que hacer! De su casa a la oficina y de la oficina a su casa, este pobre tonto no quería recuperar su pasado. Hasta que un buen día, cansado de la desesperación de Belén, se decidió a ir. Tomó el metro y echó a andar por callejuelas empinadas que no recorría desde su infancia, en visitas ya lejanas que alguna vez hizo con su madre a viejas

amistades de otras épocas. La casa estaba en La Pastora, en una hilera de construcciones que conservaban el estilo antiguo del barrio, emparedadas entre altos edificios; el zaguán mostraba retazos del enlosado, el piso de mosaicos roto y humedecido, al fondo un pequeño patio, con sillas de paleta, un sofá forrado en plástico, la nevera y un televisor. Don Heliodoro Chuecos lo recibió en pantuflas, con la guayabera abierta y camiseta.

—Discúlpeme, no lo esperaba hoy. Heliodoro Chuecos Rincón, a su orden, tome asiento.

Francisco tropezó con un gato que dormía debajo de la silla y don Heliodoro lo espantó.

—Él está acostumbrado a dormir ahí —llamó a la que debía de ser su mujer—. Llévase a don Cipriano, hija, tengo visita.

—Me llamo Francisco Villaverde, soy sobrino de Belén Sánchez Luna.

—Cómo no, cómo no, su señora tía doña Belén me habló de usted, cómo no — un loro comenzó a chillar desde la jaula—. Carmela, haga el favor y tape al loro. Así que usted está interesado en la tradición jurídica del valle de Curiepe. Sí, cómo no, es lógico, su familia tuvo grandes posesiones por allá. Precisamente hace un tiempo yo tuve ocasión de conversar con su señora tía, una dama, indudablemente, yo fui amigo de su señor tío don Domingo, amigo es mucho decir, servidor y reconocido de su generosidad sería más justo, y conversábamos de la hacienda que su familia tuvo en Barlovento. Es una región que conozco muy bien, particularmente interesante para el investigador, porque ha sufrido litigios desde la Colonia, y hoy en día existen más de diez mil ventas adulteradas en sus orígenes y tractos sucesivos. Usted no se imagina la cantidad de derechos imaginarios que existen sobre el valle de Curiepe, con títulos de propiedad superpuestos o paralelos, y míticos causahabientes que reclaman propiedades sin tener derecho alguno. Esto se debe, estimado amigo Villaverde, a la falta de una ley de ordenación catastral, pero sobre todo a la falta de funcionarios honestos y escrupulosos y al exceso de jueces venales. Aquí se han perdido más de uno y más de dos libros de registro, y ¿sabe por qué?, no lo sabe pero lo supone, porque funcionarios deshonestos los han hecho desaparecer a fin de favorecer a una de las partes en los litigios judiciales. ¿Es usted abogado? Ah, ingeniero, la ingeniería es una profesión de gran responsabilidad cívica, como lo es el estudio de las leyes, yo soy abogado de profesión pero historiador de vocación. ¡Carmela, mire qué hace con Rafael que no nos deja conversar! Mi señora le puso Rafael al loro porque le gusta burlarse de los políticos y dice que este loro es tan pico de oro como el doctor Caldera. Pero, ¿dónde estábamos? Sí, le decía que son muchos los libros de registro desaparecidos, se comete así un atentado contra la historia, pero usted se dará cuenta de que a este país no le interesa la historia, odia la historia, diría yo. Yo tengo una obra, amigo Villaverde, que contiene casi toda la historia de Venezuela. Con los documentos que poseo se puede escribir un historial documentario hasta el año 1749, y en algunos casos hasta mediados del siglo XVII. Se preguntará cómo los he adquirido, pues con la paciencia y el tesón de un andino trasplantado a este valle de Caracas. Yo nací en el Táchira, hace una partida de años, y me vine a la capital muy jovencito. Fue entonces cuando conocí a su señor tío don Domingo, tuve la audacia de presentarme en su despacho, él era ministro con el benemérito general Gómez entonces, pues tuve el valor de ir y decirle que yo era sobrino, sobrino nieto para ser exactos, de la señora Lucía Chuecos, a quien él había conocido en otros tiempos, y don Domingo, sin

pedirme otra explicación, me concedió una pensión, así es, Villaverde, una pensión que me permitió estudiar la carrera de leyes; usted ve que yo no puedo sino tener reconocimiento para con su generoso gesto, sin otro interés que el de ayudar al pobre muchacho que era yo, y que a pesar de haberle servido algunos favores, no he podido devolver como me hubiera gustado. Y hace poco me vino a la mente su señora tía doña Belén, y pensé que quería presentarle mis respetos, porque ha pasado tanto tiempo, tanto tiempo de todo, Villaverde, que quise verla. Y tuve muchísimo gusto en ver la buena salud en que se conserva doña Belén, pero usted está interesado en hablar del valle de Curiepe y yo le estoy conversando de recuerdos. Pase y vea mi archivo.

Francisco se levantó y lo siguió a una sala contigua, evidentemente la habitación principal, puesto que el centro estaba ocupado por una cama, con las sábanas sin tender. Recostados de las paredes reposaban miles de papeles sobre tabloncillos sostenidos por ladrillos.

—Vea mi obra. Si estuviera publicada serían más de veinte volúmenes, pero permanece inédita por falta de medios. He hecho gestiones con muchas personas, me he dirigido a muchas instituciones, pero todo ha sido infructuoso, no me reconocen como a un verdadero historiador, no tengo títulos que me acrediten como tal, entonces no conceden valor a este trabajo. Un señor, a quien no voy a nombrar, me respondió que yo era solamente un amante de la historia, y que la biblioteca que él dirigía no podía comprometerse conmigo. —Se puso los lentes y husmeó entre los tabloncillos—. Aquí está todo, Villaverde, aquí tengo toda la tradición jurídica de las posesiones de su familia en Barlovento. El primer documento al que podemos remontarnos es la cédula del valle de Curiepe, que otorgaba un título de composición al capitán Juan de Villegas el 5 de enero de 1663, en recompensa por la conquista y sometimiento de los indios cumanagotos. Este Juan de Villegas se sabe que pasó a la provincia de Venezuela a mediados del siglo XVII con su padre, que era tonelero en Málaga, y casó después con una descendiente de Francisco Maldonado de Almendáriz, familia con estirpe en Villacastín. La primera controversia surgió en 1710, cuando su hija Inés Villegas y Solórzano solicitó conjuntamente con su marido y primo, Alejandro Martínez de Villegas, que estas tierras fueran exceptuadas de composición por haber sido ya compuestas. Se referían naturalmente al documento de 1663, alegando que dichas tierras se hallaban yermas y sin despoblar, y por las cuales su padre había pagado 67 pesos y medio por el derecho de la media anata y la composición, en tiempos del gobernador Pedro de Porras y Toledo; pero el gobernador Rojas y Mendoza pidió que se presentaran los tales títulos, y como doña Inés no los halló, que presentaran las facultades de Porras y Toledo para confirmarlas. Alejandro Martínez presentó entonces un auto de protesta contra aquella inquisición de títulos, y como era un hombre principal, alcalde del cabildo, solicitó airadamente que se declarasen los derechos de su mujer como bastante buenos y suficientes y que se dejase constancia de que no sería inquietado en el futuro por esta causa, ni él ni sus sucesores. En su alegato citó todos los servicios que sus ascendientes y los de su mujer habían prestado a la Corona, y argumentó que si Porras y Toledo le dio las composiciones a su suegro y tío, era porque usó de sus facultades, y que si las usó era porque las tenía. De una lógica contundente, ¿no le parece? Bien, de este modo en 1711 se concedió a doña Inés la composición del valle de Curiepe, o más bien, se ratificó la posesión otorgada en 1663. Estos pleitos entre los criollos y los gobernadores llenaron el Archivo de Indias, era una oposición en la que sin duda se

encuentran las raíces de la emancipación, y particularmente los alcaldes, que eran nombrados entre los más principales, mostraron una beligerancia que hizo pasar muy malos ratos a los funcionarios peninsulares, pero me estoy desviando. Carmela, hágame el favor y tráiganos café al doctor y a mí, usted se toma un cafecito ¿no es verdad? Ajá, ¿dónde iba?, en el título de composición que en 1711 le confirmó a la familia Villegas la propiedad de las riberas del río Curiepe hasta su desembocadura en el mar, en la ensenada de Higuerote.

Una joven cruzó el patio y se detuvo frente al televisor, sus gestos desmañados, su risa ronca y disarmónica, sus expresiones pueriles ante la pantalla, delataban su condición.

—Carmela, llévese la televisión para atrás para que la niña no nos moleste.

Francisco ayudó a la mujer a transportar el aparato a una de las habitaciones traseras. La muchacha, colgada de su chaqueta, le repetía, «vamos a ver *Tardes Felices*».

—Disculpe, doctor, esta situación tan embarazosa, tenemos un problema serio con esta hija. Mi señora ha hecho innumerables gestiones ante el Ministerio de Educación para solicitar una beca de educación especial, pero ha sido inútil, larguísimas antesalas en los despachos y oficinas correspondientes, pero en definitiva nada. Yo no estoy en condiciones de pagarle un colegio privado, mi situación es muy precaria, por eso le digo, Villaverde, yo no creo mucho en la democracia. Usted pensará que entonces añoro las viejas dictaduras, los gobiernos omnímodos y omnipotentes, pues no, ya yo no añoro nada, pero tampoco creo en nada, yo he visto ya mucho, eso es malo, cuando uno ha visto ya mucho. Lo único que le pedí a la democracia es una beca para esta niña y no me la dio.

Don Heliodoro se pasó la manga de la guayabera por los ojos.

—Quizás lo estoy importunando con asuntos que a usted no le interesan. Yo he dedicado mi vida, Villaverde, a la historia de este país, yo he dedicado mis esfuerzos y mi escaso peculio a husmear dentro de las oficinas de registro, en los archivos históricos, en las parroquias, y en cualquier parte donde haya sabido de alguien que conservara papeles viejos. Mi mujer, ya usted la conoce, Carmela, es una persona magnífica, esposa abnegada y madre insigne, pero también, usted se habrá dado cuenta, es una mujer sencilla, sin instrucción, ella no le da importancia a estos temas, dice que el estudio de la propiedad no le interesa porque ella no ha tenido nunca ninguna propiedad, un juicio ingenuo naturalmente, yo trato de explicarle que estamos hablando de la Historia, pero ella me amenaza con quemarme todos los papeles porque quiere utilizar la habitación que funge de archivo y alquilarla, vivimos en una gran necesidad. De vez en cuando yo tengo algún trabajito, alguna persona interesada en rescatar una tradición legal, algún estudio jurídico-parcelario, pero tampoco tengo desdoro en realizar trabajos de mantenimiento, algo de pintura, de plomería, usted me entiende, a usted naturalmente no le cobraría nada, es para mí un alto honor devolverle así a doña Belén un favor inolvidable. Bien, estábamos en 1711; en 1715 comienza otro pleito por el valle de Curiepe; el moreno libre Juan del Rosario Villegas, antiguo esclavo de la familia, y que como era costumbre llevaba su apellido, inicia una reclamación ante la Corona para poblar y fundar, alegando que su antiguo amo, don Alejandro Martínez de Villegas, le había dado unas tierras sin desbrozar para fundar una hacienda y que él había recibido la licencia de fundación del gobernador Cañas y Merino, un bandolero, por cierto. Durante más de cuarenta años, los negros

de Curiepe estuvieron en litigio con doña Inés Villegas, cruzándose toda clase de documentos y dando lugar a sentencias contradictorias por parte de las distintas Audiencias, e incluso con apelaciones ante el Consejo de Indias. Yo he gozado, Villaverde, leyendo los autos de protesta y los alegatos de esta señora, y más de una vez me he imaginado a esa vieja mantuana, parada detrás del escribano, insuflándole su furia y gritando insultos contra Juan del Rosario, los gobernadores y el mismísimo rey. Por cierto que se reseña una curiosa anécdota, según la cual dos negros de Curiepe viajaron a Madrid para solicitar amparo de Carlos III. En la corte obtuvieron una cédula que de alguna manera, un tanto vaga, intentaba protegerlos del despojo, pero usted sabe cómo se bate el cobre, los pleitos continuaron sin que hubiera ninguna medida resolutoria y se extendieron durante todo el siglo XVIII. En 1789, Nicolás, un hijo de doña Inés, que ya había muerto en 1780 muy anciana, era regidor del Ayuntamiento de Caracas y solicitó el mayorazgo de las tierras. Es claro que al hacerlo cometió una adulteración de los linderos, apropiándose de una extensión bastante mayor de la que originalmente se establecía en las composiciones. No quisiera que usted pudiera sentirse ofendido por este comentario; mi intención es explicarle con la mayor fidelidad posible el intrincado tema de los derechos de posesión en Barlovento. Esta adulteración dio lugar a confusiones y ventas fraudulentas, que multiplicaron los pleitos entre los supuestos propietarios entre sí, y entre todos ellos y los negros de Curiepe, que no cesaban en sus reclamaciones. El último documento colonial es de 1793, fecha en la cual la Audiencia de Caracas dictó cédula sobre el valle de Curiepe, amparando a los negros que estaban allí asentados y dio solución momentánea al litigio. Entre ellos mismos también se suscitaron controversias y hay registro de varios pleitos por la posesión que se superponen unos a otros. Quizás el más llamativo es el que tuvo lugar contra el propio Juan del Rosario. Poco después de su muerte, su yerno, el moreno libre Juan Marcos Marín, inició una querrela contra un tal José Miguel de Soto, moreno de nación Curazao, que era por entonces capitán del pueblo de Curiepe y poseía unas tierras contiguas a las de Juan del Rosario, razón por la cual decidió anexárselas. El yerno de Juan del Rosario solicitó amparo, y mire qué cosa curiosa, le pidieron que presentara el título de fundador de su suegro, y el tal documento no apareció tampoco, por lo que tuvo que consignar que se había extraviado en la litis seguida contra doña Inés. Es curioso que este título también se le perdiera a Marín, o probablemente se le había traspapelado a Juan del Rosario, lo cierto del caso es que el procurador del zambo Soto dijo que no probaba su legitimidad y Marín solicitó que se le admitiera Justificación, éste era un procedimiento testimonial. Los testigos dijeron que les constaba que Juan del Rosario había sido fundador del pueblo, con título despachado para ello, y que tenía Facultad Real, dijeron que ese título había sido presentado en la litis contra doña Inés Villegas, dijeron que les constaba que en dicho pleito Juan del Rosario había gastado su pequeño peculio, incluyendo una casita de su madre que poseía en Caracas, en la quebrada del Anauco, y por último les constaba que su única hija estaba casada con Juan Marcos Marín, de cuya unión se habían procreado varios hijos, ¿y qué ocurrió?, que declararon contestes, pero a Marín le dijeron que se fuera con su razón y su música a otra parte. Pero bien, ésta es una digresión que no hace al problema. ¿Se toma otro cafecito?, yo antes fumaba pero he dejado el vicio, me queda sólo el del café. Naturalmente, la guerra de Independencia suspendió los litigios, y por otra parte la región quedó muy abandonada, se puede decir devastada, y no fue sino después de

1830 cuando lentamente se reiniciaron algunos cultivos. Aquí surge otra historia interesante. Durante la guerra de Independencia la familia Martínez de Villegas quedó acabada, como por otra parte sucedió con muchas de las familias mantuanas; todos sus descendientes habían muerto, algunos en combate, otros durante la trágica emigración a Oriente, y al parecer unos pocos lograron emigrar a las Antillas, pero de ellos nunca más se supo. En 1824 se registra en el libro de bautizos de la parroquia caraqueña de Altagracia una enmienda que introduce un franciscano, de nombre Antonio González, en la cual confirma una partida de bautismo de 1812, correspondiente a una niña llamada Isabel, descendiente de doña Inés y don Alejandro. El sacerdote dio fe de que esta niña había huido de Caracas con su familia en la emigración de 1814 y que había sido salvada por una esclava que la llevó con ella a Barlovento durante varios años, y asimismo reconocía que aquella niña era la hija de Francisco Martínez de Villegas, a la cual él había bautizado. Naturalmente que éste es un hecho indemostrable, porque de los familiares que huyeron con esta niña hacia oriente no hay ningún registro. Sí lo hubo de Francisco Martínez de Villegas, porque se sabe que murió cerca de Valencia, como capitán de las tropas del marqués del Toro, en 1812. Resultaba completamente imposible, pues, demostrar la identidad de la niña en cuestión, y es más probable que se tratara de una patraña urdida por la esclava que la presentó en Caracas al padre González, y que quizás pensó de esa manera colocarse en posición de obtener una carta de libertad. Usted sabe que este problema con los esclavos después de la Independencia fue tremendo, se les había prometido la libertad a cambio de incorporarse al ejército, pero eso fue pura demagogia, como tantas cosas, amigo Villaverde, como tantas cosas de nuestra historia. Terminada la guerra la mano de obra esclava era de absoluta importancia para los terratenientes, de modo que el ofrecimiento de Bolívar de libertar a los negros se volvió sal y agua, qué va, los mantuanos no aceptaron eso y fíjese el tiempo que transcurrió hasta la Ley de Monagas. Pero, en fin, me aparto del tema de su interés. Márquez Brito, en su libro *Hacendados y esclavos de la región de Barlovento*, asienta que la hacienda La Trinidad, fundada sobre los límites de los títulos de composición de 1663, luego extendidos fraudulentamente en 1789, fue recuperada en 1835 por José Manuel Blanco, quien presentó como documento fehaciente la enmienda del franciscano que declaraba a su mujer, Isabel Francisca, como hija de Francisco Martínez de Villegas, y por lo tanto heredera universal de las tierras, y comenta que dicha enmienda, que no tenía ningún asidero comprobable, fue admitida como buena. La hacienda volvió a su producción, aunque nunca al esplendor colonial, porque el precio del cacao fue lentamente descendiendo y el café se convirtió en la primera exportación; subsistieron las haciendas de cultivo, pero muy empobrecidas y sufriendo los coletazos de las contiendas civiles que asolaron el siglo XIX. Su familia conservó tierras en Curiepe hasta 1884, pero los registros de exportación del cacao asientan un decrecimiento de la producción que llega algunos años a cero, lo que probablemente se explica por las constantes invasiones de grupos alzados que impedían su cultivo. Durante el septenio de Guzmán Blanco se produjo una relativa paz, y su señor abuelo José Francisco Blanco vuelve a la siembra, ya que se registran las cantidades de sacos exportados, muy mermadas desde luego, hasta 1884, año en que durante la primera presidencia del general Joaquín Crespo se decreta una expropiación que afectaba los linderos de la hacienda. El motivo de la expropiación fue la construcción de un ferrocarril que enlazaba toda la costa, desde Carenero hasta San José de Río Chico, y que se suponía

abataría el precio del transporte del cacao hasta el mar, de modo que el 5 de Junio de 1884 se celebró un contrato concesionario entre la nación y un español de nombre Roig para la construcción de la Compañía Anónima Ferrocarril de Carenero; lo curioso es que este señor, a los pocos días de haber adquirido los derechos, los vendió a una compañía holandesa que se denominó la *Carenero Railway and Navigation Company*. A los hijos de Roig los conocí yo bastante, porque abandonó la región y se vino a Caracas, donde puso una librería, muy buena; por cierto, allí compraba yo los textos jurídicos; subsistió hasta hace pocos años. Pero, me estoy desviando, en 1889 los holandeses pusieron en marcha el tren, y por desacuerdos con las condiciones concesionarias, vendieron nuevamente sus derechos a un corso de apellido Salini, quien los adquirió con la obligación de extender la línea, pero, no hombre, no extendió nada este señor, y el general Cipriano Castro lo demandó por incumplimiento de contrato a principios de siglo. Se puede ver la nota en los documentos del Ministerio de Obras Públicas, donde dice cómo Salini acudió al ministerio personalmente, alegando que él había comprado de buena fe y que se le estaba ahora castigando por faltas ajenas, pues él nada sabía de la extensión de la línea y que más bien él había sido una víctima, porque cada vez que solicitaba la exención de los derechos de los artículos necesarios a la conservación de la línea férrea, le era negada. Esta demanda contra Salini no prosperó porque ya el general Castro estaba muy enfermo y poco después abandonó el país. A trancas y barrancas el tren continuó funcionando hasta fines de los años cuarenta, cuando fue definitivamente abandonado, en parte porque no era rentable, y en parte porque sufría daños periódicos por las inundaciones y el costo de su mantenimiento producía pérdidas, de modo que estos señores, me refiero a los sucesores del corso, quien naturalmente había muerto ya, convirtieron los terrenos en una explotación cocotera, que funciona en la actualidad bajo el nombre de Cocotera Aguasal. Y aquí, finalmente, Villaverde, supongo que está usted obstinado de tantos detalles, pero es necesaria una reconstrucción fidedigna para comprender los hechos, llegamos al presente. Una resolución del Ministerio de Transporte y Comunicaciones estableció en 1983 la reversión de las tierras concesionarias a la nación, ya que el contrato celebrado en 1884 fue otorgado por noventa y nueve años, pero los dueños de la Cocotera Aguasal han hecho caso omiso de esa resolución y están parcelando con la intención de vender los terrenos. Lo que pasa es que esa tierra no tiene dolientes, ¿quiénes son los dueños? Los dueños son unos campesinos que cultivan sus conucos sin ningún título de propiedad que les acredite nada, por eso es que yo no creo en la democracia. ¿Dónde está la Reforma Agraria? ¡Cuidado con don Cipriano! El gato, Villaverde, el gato, que usted no se ha dado cuenta y le está desamarrando el zapato. Ajá, perdone la digresión, pero es que me acordé de un morrocoy que le regalaron a mi señora, lo teníamos aquí mismo, en el patio, pero un buen día se escapó, y lo bautizó póstumamente Rómulo, por conchudo. Pues ocurre que los vecinos y parceleros se han dirigido numerosas veces a los organismos oficiales reclamando los terrenos como ejidos, porque los necesitan para la construcción de viviendas y para las siembras, y el concejo municipal se ha hecho eco de estas reclamaciones. Varias veces ha reseñado la prensa este asunto, pero sin ningún resultado, o mejor dicho, con pésimos resultados, porque la Cocotera tiene mucho poder y no es raro que de tanto en tanto utilicen a la guardia nacional para desalojarlos y quemarles los sembrados. Así es, amigo Villaverde, como están las cosas. Ahora lo interesante es que la extensión que le perteneció a su familia no ha sido aún vendida y es una de las más valiosas por

su cercanía a la costa, es un lugar apropiadísimo para un emporio turístico, esto es lo que yo le comenté a doña Belén, y en mi modesta opinión tendría lugar un reclamo de su parte, alegando que el acto de expropiación fue hecho con fines sociales, en beneficio de la nación, pero como es ya conocido, por más de cuarenta años, ese fin, que no fue otro que la construcción del tren, ha sido puesto en desuso, y quien se está beneficiando del mismo es un particular, ya que la Cocotera es una explotación privada. Pudiera usted intentar una reclamación alegando, primero, el uso contra derecho que hace la mencionada Cocotera, segundo, sus derechos por tradición legal, y tercero, la inutilidad del acto expropiatorio. Esto sería lo más difícil de lograr, pero tiene usted un argumento importante en la venta ilegal que están haciendo estos señores. Yo podría citarle algunos casos similares en los que se ha sentado jurisprudencia que favorecería su reclamo. Naturalmente, necesita usted contar con un abogado litigante de prestigio, yo, imagínese, no he tenido nunca los medios ni para alquilar una oficina, ni siquiera para pagar las mensualidades del Colegio de Abogados, no, yo en eso no podría ayudarlo, lo que sí puedo facilitarle son los títulos originales.

Don Heliodoro entró en la habitación, y después de un largo rato, le entregó a Francisco una carpeta de bordes comidos y amarillentos.

—Esto lo conseguí yo, Villaverde, en un negocito que tenía un amigo librero por la esquina de Romualda, donde guardaba toda clase de papeles viejos. Le ofrecí cien Bolívares, cien Bolívares de aquella época, y me los dio en el acto. ¿Sabe cómo había llegado a tenerlos? Es una anécdota curiosa. Cuando empezaron a echar abajo las casas del centro, un cuñado suyo que estaba encargado de las obras de demolición, en fin, era uno de los albañiles, encontró una partida de papeles metidos en un trastero de alguna de esas casas, y como sabía de su afición, en vez de botarlos se los llevó de regalo a la librería. Así es el azar, Villaverde, a mi modo de ver se trata de un documento único, le estoy dando una joya histórica: el título de fundación del primer asentamiento de lo que hoy es el pueblo de Curiepe. Claro que no faltan las opiniones contrarias. Le puedo citar a García Ocando, en su libro *Pleitos de la familia Villegas. Apuntes para la historia jurídica del siglo XVIII*, afirma que esos títulos nunca fueron otorgados y expone la documentación en que basa su juicio, que es adverso al de Luis Alberto Rangel, quien en su magna obra *La explotación cacaotera en la Venezuela colonial*, confirma las posesiones de la familia Villegas desde 1663. También está el caso de Romero España, el célebre historiador, a quien yo mismo fui a visitar para mostrarle el documento y me recibió diciéndome que era un facsímil del siglo XIX que nada probaba, y que además yo era un reaccionario porque negaba la fundación del pueblo de Curiepe a Juan del Rosario, liberto de la familia, que era en verdad quien lo había asentado. Carmela dice que eso me pasa por frasquitero y estármelas echando de historiador, pero creo que usted lo apreciará y sabrá entender que es un modesto regalo que le ofrezco a su señora tía doña Belén, a quien no tengo nada mejor que darle, ni puedo ya darle nada a su señor tío don Domingo. ¿Sabe usted que asistí a su entierro? No, seguramente no lo sabe, porque era muy niño entonces y tampoco quise importunar el dolor de su familia con mi presencia. Yo soy, Villaverde, sobrino de la mujer que regentó un conocido burdel de la Caracas de principios de siglo, puedo hacerle estas confidencias porque estamos entre hombres, nunca a su señora tía doña Belén le plantearía yo una conversación tan impropia. Cuando mi tía Lucía murió, muy vieja ya, en Lobatera, de donde somos oriundos, me dio una carta para su señor tío, a quien ella llamaba capitán Sánchez. Su tío había sido un heroico soldado en aquellos

tiempos de montoneras y asonadas, y ella me dijo, búsquese al capitán Sánchez que ahora es ministro, y yo lo hice así, ¿qué otros recursos podía tener un pobre muchacho que se venía a Caracas con una maleta de cartón? Y su señor tío don Domingo me dijo, lo recuerdo perfectamente, se lo he contado muchas veces a Carmela pero ella no le da importancia, dice que de Gómez no quiere ni oír el nombre, porque a su padre lo pusieron preso entonces por robarse unas gallinas y estuvo diez años zanjando carreteras, en fin, es una interpretación personal, me dijo así, mire, Heliodoro, yo le voy a pagar a usted una deuda que tengo con su tía. Yo me quedé con la boca abierta porque nunca había escuchado nada de esa deuda, y él me dijo, es una deuda moral, una canallada que le hice hace muchos años y que me ha echado a perder el sueño. Nunca supe, Villaverde, a qué se refería, nunca se me ocurrió tampoco preguntárselo, yo solamente me conformé con estarle agradecido. Carmela dice que agradecido de qué, que si yo creo que esa pensión me la pagaba él y no era plata del gobierno, pero son juicios, Villaverde, que yo no tomo en cuenta. Si usted quiere pasamos adentro, porque me parece que está empezando a llover.

Francisco salió a la calle ya completamente oscuro y corrió para escapar al aguacero. En el bolsillo de la chaqueta llevaba un documento, de letra ilegible, que a su tía Belén le gustaría guardar.

Un facsímil del siglo XIX que nada prueba, un documento sin otro interés que despertar la curiosidad de gente sin oficio; unos papeles viejos que encontró un albañil en mi trastero cuando yo, cansada y decepcionada de no hallarlos, lloraba los golpes que herían mis paredes, rotas a mazazos, desmenuzadas en polvo mis baldosas, desencuadradas mis puertas y ventanas, arrojadas mis rejas a la chatarra, aplastado el empedrado de mi patio, desbaratadas las tejas de mi techo, y en fin, desaparecidos mis espacios; unos documentos que tienen un valor sentimental para una anciana medio chocha, que los va a guardar en cualquier parte sin después acordarse siquiera de dónde los puso, en eso, Alejandro, se han convertido los títulos que estoy buscando desde 1710, cuando quisiste presentárselos a Rojas y Mendoza porque comenzabas a desbrozar mis tierras de composición. ¿Y a ti qué te parecen, Juan del Rosario, las conclusiones de los historiadores? Por esos papeles tú y yo peleamos veinte años y ahora son una curiosidad de coleccionista. Ya sabía yo, te lo había dicho, creo, que a tu yerno le quitaron la tierrita que le dejaste, pero no recordaba, son tantas las cosas que mi memoria ha almacenado, que se habían perdido tus títulos de Fundador Real; que yo alegué para que te los quitaran, no me cabe duda, pero diré lo mismo que Alejandro: si pedí que te quitaran tus facultades era porque las tenías, ¿que te las dio el sinvergüenza de Cañas y Merino?, es verdad, pero que era gobernador y tenía potestad para dártelas, también. Fíjate que te ha salido un defensor a estas alturas, un tal Romero España dice que tú eres el único fundador de Curiepe, pero yo también tengo el mío, un buen señor llamado Luis Alberto Rangel ha dedicado dos voluminosos tomos a demostrar nuestros derechos. Y hasta hemos salido en los periódicos, el concejo municipal del distrito Brión está reclamando los terrenos que la Cocotera Aguasal nos quitó a los dos. Y eso fue culpa tuya, Joaquín Crespo, porque los descendientes del corso no hubieran llevado vela en este entierro si tú no hubieras inventado esa tontería de la expropiación. En definitiva, Alejandro, que ha resucitado nuestro pleito, y que yo estoy de nuevo dispuesta a defender lo que es mío y me

pertenece, como siempre te lo dije, Juan del Rosario, mi paje y mi liberto. ¿Escuchaste la necedad de don Heliodoro?, que a él no le consta que mi bisnieta Isabel era mi bisnieta. ¿Has consignado, escribano? Un cronólogo vanilocuente conserva los títulos de doña Inés y escribe la historia a su manera. Pues sólo me faltaba eso, que tuviera que esperar la aprobación de Heliodoro Chuecos Rincón para estar segura de lo que vieron mis ojos. ¿No estuve llorando lágrimas de sangre durante los veintidós días que duró la emigración a oriente, acompañando a Isabel que se fue muriendo poco a poco para llegar, sin esperanzas, a Barcelona? ¿No fui testigo de cómo una heroica esclava cruzó la selva llevándose a esa niña en brazos y la cuidó como si fuera su propia hija hasta que la entregó a fray Antonio? ¿Y la palabra de un franciscano va a tener menos valor que la de ese personaje que entra en nuestra historia por la trastienda, a cuenta de que Domingo Sánchez le debía un favor a su señora tía, desde los tiempos de aquella Caracas de decimonónica miseria y sífilis? ¿Por qué no le contó que la deuda que contrajo era el robo de una niña que entregó a la lujuria de Cipriano Castro? ¿Por qué no le contó que Domingo Sánchez era sifilítico y que por eso Belén quedó sin hijos? Ah, de eso no dijo nada, de su señor tío don Domingo él sólo es servidor y reconocido de su generosidad. Cómplice y bastonero de Domingo Sánchez es lo que fue, y esto lo digo, y que conste, sin haber visto ni oído nada de él, porque demasiados asuntos tuve yo a mi cuenta como para estar al tanto y al cuanto de cada esbirro que merodeara el poder de Domingo Sánchez. Pero dejemos atrás esas menudencias, Alejandro, ahora ha llegado el tiempo de recuperar lo que es nuestro. ¿Que tú siempre lo creíste tuyo? Sí, Alejandro, porque tú te moriste en paz, pero yo no, yo me morí con el sufrimiento de la historia. Tú no has tenido que aguantarte la humillación de una tarde en la esquina de Cola de Pato a Desbarrancado escuchando a ese necio contar mi historia como le da la gana, y revolverme las tripas diciendo mentiras infames, como que mi hijo Nicolás extendió unos límites adulterados, y que la esclava Daría se inventó el origen de mi bisnieta Isabel para obtener una carta de libertad. ¡No juegue! Y luego que la cédula de Carlos Tercero no protegía gran cosa a los negros porque no se le dio importancia. Se ve que no sabe el fastidio que me daban exigiéndome a cada rato las bienhechurías que le dije a Lardizábal que no pagaba y no pagué. Él, en cambio, generosísimo, le manda a Belén los títulos para devolverle un favor inolvidable, y además está mal informado, yo no me morí en 1780 sino el 23 de abril de 1781. Pero basta de zoquetadas. Ahora, Alejandro, hay asuntos más importantes. Vamos a ver quiénes son esos negros que andan en Curiepe reclamando mi hacienda por los periódicos.

LA MEMORIA DE ERNESTINO

Crearás, Juan del Rosario, que por el peso de los años he estado distraída de lo que pasaba en mis tierras. Me conoces mal si pensaste que mi memoria había desistido. Yo maldije a Joaquín Crespo cuando inventó el tren, y estaba segura de que no le duraría mucho su juguete. Me parece que fue el año 1950, un poco antes, un poco después, cuando cayó aquel aguacero que duró varios días; los caminos se enfangaron, las vías quedaron cubiertas de lodo, los troncos de los árboles arrastrados por el viento azotaron los rieles y aplastaron cuanto encontraban a su paso. Allí quedó destartado el tren, despanzurrado como una culebra rota en sus anillos, un juguete inservible arrumbado en medio de la selva, arrojado allí por un dios absurdo. Los vagones quedaron destrozados, cubiertos de maleza, perdidos para siempre, y unos pocos que se conservaron en mejor estado, se los llevaron los campesinos para servirse de ellos como vivienda. En eso quedó el tren de Joaquín Crespo y, aunque tarde, me llegó la venganza; pero ya no hacía falta el tren, que nunca la hizo, para entonces habían abierto una carretera que cruzaba la selva hasta Caracas y por ella comenzaron a venir los campesinos miserables, atraídos por el bienestar que les prometía la ciudad. Te hubiera dolido verlos, Juan del Rosario, abandonar la tierra por la que tú tanto luchaste y que no les servía para nada, hubieras sufrido con su desolación, mujeres cargadas de niños cundidos de parásitos, hombres sin futuro, en una lenta procesión que año tras año fue llenando las montañas que rodean la ciudad. Voy a contarte algunas historias, las que creo te interesará saber.

Te hubiera gustado, por ejemplo, conocer a Ernestino. Decía que un espíritu le había asegurado que era tu personificación, y así se lo explicaba a José Tomás, un niño que era su ahijado. Bajaba la voz cuando se refería a ti: «No se lo digas a nadie, Joseíto, pero un viejo que me leyó el tabaco cuando yo era muchacho, llamó a su espíritu y el espíritu habló así como te estoy hablando yo a ti, José Tomás, y dijo que yo venía de Juan del Rosario, un negro alzado que peleó con los españoles para ser libre». Libre no, que ya eras liberto de mi parte, querría el espíritu decir otra cosa, pero eso es lo que había entendido Ernestino. Sabes que tu gente ha sido siempre muy supersticiosa y dispuesta a creer en el más allá. Bastante trabajo le dieron a los curas doctrinarios y a los párrocos metiendo en el mismo saco a los santos de la Iglesia de Roma con los dioses africanos, y adorando a San Juan como si se tratara de una persona viva, emborrachándolo y bañándolo en la playa los días del veranito, o si no, cantando y bebiendo en los velorios de los párvulos, que es sin duda una blasfemia. ¿Que no estás muy seguro de esa descendencia? Ni él tampoco, en su memoria aguardentosa se confunden los nombres y las voces. Alguna vez alguien debió hablarle de los tiempos de fundación, cuando tú le escribiste al rey, o de los negros arrojados de los cumbés, quizás te confundía con Guillermo Rivas, un negro que montó una rochela en Ocoyta, y con quien afortunadamente nada tuve que ver. ¡Bastante sufrimiento me diste tú! Relatos que se le deben de haber mezclado en la cabeza, y en sus soledades, cuando andaba por el monte entre animales, creyó ser tu reencarnación.

Ernestino, de niño, vendía latas de agua. Las montaba en una carretilla y la empujaba como si él fuera la mula, serpenteando los caminos entre las haciendas, buscando en el monte a los trabajadores sedientos que por un centavo calmaban su

sed. Por entonces no era nadie, una sombra que se acercaba con la carretilla, ofrecía el agua, metía unas monedas en el bolsillo del pantalón y desaparecía. Los pequeños hacendados que todavía cultivaban cacao lo conocían como *el negrito de la lata de agua* y fuera de reclamarle si subía el precio, no tenían otro trato con él. De aquellos tiempos, de cruzar una y otra vez el monte, venía su conocimiento de las yerbas y su afición a curar la ponzoña de culebra, de modo que a su oficio de vendedor de agua añadió el de brujo. «Yo no soy brujo», discutía, «yo ensalmo, que es otra cosa, y la única enfermedad que curo es la picada de culebra, eso lo aprendí yo de un viejo que vivía por ahí botado en el monte y me enseñó la sabiduría antigua». Pero en 1945 el negrito de la lata de agua se convirtió en Ernestino Tovar, el fundador del primer núcleo de Acción Democrática en los valles de Barlovento, y su rancho en la primera casa distrital donde se iniciaron las inscripciones, por entonces pocas: la de su madre, dos hermanos, un cuñado, su compadre, y su amiga Ramonita Romero. En los tres años que duró el gobierno civil hasta su temporal ocultamiento bajo la dictadura del general Pérez Jiménez, los hacendados y comerciantes de la región dejaron de mirarlo de arriba abajo, y en vez de ser él quien los visitara arrastrando la carretilla, eran ellos los que venían a saludarlo y a regalarle botellas de *whisky*, y en vez de llamarlo *el brujo de la lata de agua*, reuniendo sus dos oficios, lo llamaban «el compañero Tovar». En su juventud fue, o había tenido fama de serlo, el hombre más respetado del pueblo; había peleado con sus vecinos para que se dejaran cuidar por los médicos, les había dicho a las mujeres que cuando vinieran de la sanidad a vacunar a los niños, no los escondieran en el monte, les había dicho a los hombres que se agruparan en la Federación Campesina y que, si les invadían los conucos, no salieran a la carretera a quemar autobuses, sino que presentaran la denuncia del atropello en la Procuraduría Agraria, les había explicado lo que era la Reforma Agraria, y aprovechaba cualquier visita de un campesino que le trajera un perro picado de culebra para cantarle las glorias de Betancourt. José Tomás lo acompañaba a veces a trabajar en su conuco, o cuando caminaba hasta Capaya a visitar a algún enfermo, o sentados a la sombra, a conversar de los tiempos de antes, y Ernestino le enseñaba su pequeño altar privado. «Aquí está Nuestra Señora de Altagracia, que es de veneración para todos nosotros, porque está en Curiepe desde que este pueblo es pueblo y Rómulo, presidente de Venezuela, fundador del partido democrático, y en lo que tengas edad, te inscribo en el partido para que seas como yo, adeco rabioso hasta que te mueras». La fotografía del periódico, recortada y montada sobre un cartón, presidía junto a la Virgen la habitación única y principal de su rancho de bahareque. «Tú vas a ser hombre en la democracia», le prometía; «aquí mientras estuvo ese bandido de Pérez Jiménez lo que hicieron fue perseguir a los adecos y robarse los reales, pero esa vaina se acabó, y ahora va a haber democracia de verdad verdad». Y su fe fue inquebrantable. No hace mucho, cuando tuvieron lugar las últimas elecciones, achacoso y menguado como estaba, Ernestino se presentó a votar por su partido. Le pidieron la cédula de identidad, sacó de una billetera sucia y gastada muchos papelitos y la cédula no apareció. «Aquí todo el mundo me conoce», protestaba; «aquí usted pregunta quién soy yo y todo el mundo sabe, aquí usted pregunta y le van a decir, Ernestino Tovar fue el primer adeco aquí». Pero tuvo que regresar triste a su casa, después de haber caminado tres horas para llegar al centro de votación, sin votar por su partido y sin acordarse de cuándo había nacido, lo que era difícil de precisar porque se habían muerto todos los que hubieran podido saberlo. Decía acordarse de todos los hombres

que habían nacido después de él, y haber enamorado a todas las mujeres, pero a la que había preferido era a Vicenta, de la que fue su primer querido.

Cuando Vicenta era niña, poco antes de conocer a Ernestino, los mayores se reunían las noches de los sábados, terminada la faena, y ella, sentada en el suelo, les escuchaba narrar casos, historias, moralejas y cuentos, mientras bebían, y a través de sus relatos comprendía cómo era la vida y el destino de los hombres y también la existencia de los entes sobrenaturales. Había los espíritus errantes, aquellos ángeles que se quedaron en el aire, cuando Satán huyó del paraíso y se llevó miles consigo, y había también en aquel éxodo de demonios, los encantos; los que cayeron en las aguas y se refugiaron en los pozos y vivían en la laguna de la Reina o en Loma del Viento, y de éstos, los encantos malos que robaban niños para liberarse así del encantamiento, y los encantos buenos que protegían a los seres humanos y sentían pasiones por ellos. Desde la primera vez que se amancebó fue con sus amigas por San Juan, a ver si ya floreaba la yerbabuena, señal de fertilidad para la primera que la encontrase, y se detuvo a mirar los pozos profundos y los estanques, donde residen los misterios, y se ven en las huellas del agua la copia del rostro que prefigura la vida y también el remolino informe y oscuro agitándose que señala la muerte. «Esos son cuentos de vieja», le decía Ernestino, «nada de eso es verdad; sólo es verdad el ensalme para la picada de culebra, de eso hay la prueba, los que quedan y los que se van. Viene de la sabiduría antigua, de los antepasados, y se transmite de un hombre a otro; las mujeres no pueden hacer la contra, y si tú ves que un hombre la va a hacer cuando hay mujer preñada, no lo dejes, porque entonces no sirve; el que ensalma aprende las oraciones y no las repite, al que las anda repitiendo no le curan, y sólo se ensalma de verdad después que el viejo que lo enseñó a uno se muere». Vicenta había comprado en la botica las esencias para atraer a los hombres, y descubierto los secretos de la flor de muselina y el venamí para conseguir el primer enamorado, y también el uso milagroso del agua de las siete esencias, que lleva plata, lluvia de oro, agua divina, agua florida, agua de rosa, agua de canela y agua de colonia, para conservarlo, pero cuando Ernestino le propuso que se quedara con él, porque le parecía alegre y bien dispuesta para el trabajo, ella pensó que no era bueno que la sombra fuese siempre del mismo palo y se fue a vivir con Picafino, hasta que tuvo una muchachita que no alcanzaba a mantener y marchó a Caracas a buscar trabajo. Una sola hija había tenido. Pasado el tiempo, había dejado de creer en los espíritus, los buenos y los malos, pero le quedó grabada su palma extendida con catorce granos de arena, cuando había jugado a bañarse en el río y echaba hacia arriba un puñado de arena para que, al atraparlo en el aire, se contaran luego tantos granos en la mano como hijos en el vientre. Por eso no le tuvo miedo a la bruja de Birongo, porque sólo ella, decían, conocía de verdad los recursos del cuerpo y del espíritu para evitar los partos. Cuando entró de cocinera en la casa de doña Cristina, Belén y ella eran poco más o menos de la misma edad; Belén era novia de Miguel, su primer marido, y ella una muchacha que se iba a Caracas en un carro de arriero, dejando una niña atrás. Y con ella había vivido, hasta que Belén y Domingo Sánchez se fueron a Europa. Entonces Vicenta quedó como desahuciada. Recogió su maleta de cartón y se marchó en un autobús a Barlovento, como había venido, con un sentimiento vacío y sin promesas. Se alegró de volver a ver a su hija Ignacia, de abrazarla muy fuerte, con lágrimas, y de decirle que ahora se quedaría, y ya no se encontrarían solamente en Semana Santa, cuando misia Belén le daba vacaciones y ella viajaba a Curiepe, ávida de saludar a sus hermanos, de preguntar por

los conocidos, los muertos y los recién nacidos, de bailar y cantar en los mampulorios, de salir la primera en las procesiones del Jueves Santo, de caminar los pies descalzos hasta Birongo para visitar a Ernestino y escucharle sus cuentos, sentados al atardecer a la puerta de su rancho. Ignacia, el resto del tiempo, era como si no existiera, salvo para mandarle de vez en cuando, siempre que podía, parte de sus ahorros. En cambio, Belén, en la distancia de su condición, era alguien mucho más próximo, alguien a quien podía adivinarle cuando tenía jaqueca y pasaría toda la tarde acostada en la penumbra de la habitación, alguien apesadumbrado que vagaba por los espacios de la casa sin saber qué hacer, alguien lleno de alegría y entusiasmo cuando disponía fiestas y recepciones o se arreglaba para salir de compras, alguien a quien perdonarle una frase irritada o un gesto de mal tono cuando incumplía sus órdenes, alguien con ganas de reír y de soltar la lengua cuando le venía en gana. Alguien, en suma, conocido. En cambio Ignacia era una sombra, una hija que le criaron unos parientes, una niña tristonza y un poco quedada que la miraba bajar del autobús y se quedaba muda esperando a que ella le hablara o sacara de la maleta un vestido o un cintillo o unos zapatos blancos. Una adolescente que la recibía una vez al año y la miraba en silencio, buscando que ella dijera algo, siempre con la impresión de que no sabía qué decirle. Una mujer que la abrazaba sin palabras, que lloraba al verla y que la hacía llorar también a ella. Tanto que Vicenta había llorado la despedida de Belén, cuando partió a Europa, empecinada como estuvo en ir al puerto para verla por última vez antes de que se perdiera en lo que le parecía el fin de la Tierra, inútiles como fueron los consuelos de Belén asegurándole que volvería y la mandaría a buscar, y sin embargo, cuando regresó a Curiepe con su maleta de cartón, pronto cambió de opinión y le pareció que había vuelto porque debía cuidar a José Tomás.

Resultaron vanos los esfuerzos de Ernestino por salvar a Ignacia. Estaba agachada a la orilla del agua mansa y marrón, lavando una ropa del niño y se distrajo, si hubiera estado más atenta capaz que brinca y evita la picada. «Una mala bicha», dijo Ernestino, «porque ellas no suelen ponerse tan cerca del agua». Culebra puesta, dijeron algunos, ¿pero quién le hubiera deseado un mal a Ignacia, una mujer buena y sencilla que no estaba pensando en el marido de nadie? Dos noches estuvieron a su lado, ella y Ernestino, el mejor ensalmador de la región, que era rara la semana que no lo estaban buscando para mejorar una vaca picada de alacrán o aliviar un burro picado de araña o salvar a un campesino de una mapanare, ni había caserío ni hacienda en los alrededores donde no lo conocieran y lo llamaran. Con su botella de preparativo allí estuvo sin moverse dos días, de tanto en tanto dándole de beber a pequeños sorbos, bien molida en aguardiente la raíz de corocillo y yerba de toro, echándole la contra por la pierna mientras le rezaba: *santísimo sacramento hijo del inmenso eterno dame tu auxilio divino para curar esta enferma que está mordida de culebra animal rabioso y ponzoñoso amén Jesús en el pie traigo una luz y en la mano una cruz maldecía sean las culebras por el dulce nombre de Jesús consumatum es*. La bañó en el río y le vació la totuma de agua por la cabeza, pero la pierna se fue hinchando cada vez más hasta ponerse morada y gangrenarse, y luego, despacito, acostada en el chinchorro, se murió. «Unos se van y otros se quedan», dijo Ernestino, y él, que tanta gente había salvado, no pudo con la hija de Vicenta, se perdió varios días de su casa y anduvo por ahí, tomando caña y jugando gallos, hasta pasársele la tristeza. Vicenta se quedó con el niño, dándole vueltas en la cabeza cómo hacer para criarlo, agarrada de dos certezas, ni el niño se moría de hambre, ni ella se arrimaba a alguien que la mantuviera, y así,

con José Tomás a cuestas, recorría las haciendas cercanas a ofrecerse de planchadora, de dulcera, de lavandera. ¿Dónde iban a encontrar mejor recomendación que la de haber sido ella sirvienta en casa de un ministro?

Repintó las paredes de su casa de amarillo muy brillante y las ventanas de azul cielo, lavó y lavó los pisos de cemento que Ignacia tenía descuidados, escobilló de los rincones cucarachas y alacranes, sembró de geranios unas latas de aceite para adornar el patio, y despuntando el sol, ya estaba bajando la calle con una palangana en la cabeza, pregonando dulces y arepas y recogiendo ropa para lavar y planchar. A veces echaba de menos su habitación limpia y cuidada en la casa del doctor Sánchez Luna, su derecho a descansar por las tardes y escuchar, después de servida la cena, las comedias de la radio; su oficio de lujo de ser primera cocinera en casa rica con dos pinches, y salir cesto en mano todas las mañanas a comprar en el mercado, después de haber consultado con Belén el menú del día; los largos ratos en que la casa quedaba sola, el resto de la servidumbre en sus habitaciones, y se sentaba en el corredor de servicio a disfrutar del frescor de los hehechos que ella misma sembraba.

Eran tiempos idos, le quedó después la pasión de ver a José Tomás crecer y transformarse en un muchachito ágil y avispadito, que la ayudaba a vender antes y después de la escuela, serio con dos cuadernos y unos pedacitos de lápiz, recitando los fragmentos de la historia patria. Una y mil veces, «cuando arrastraron a Vicente Emparan al cabildo y él le preguntó al pueblo si lo querían y el pueblo dijo que no y entonces, abuela, él les dijo, yo tampoco quiero mando, ¿y tú sabes por qué?, porque el cura Madariaga se puso detrás y les hizo así con el dedo». Una y mil veces el descabezamiento del negro José Leonardo Chirinos, «¿por qué lo mataron, abuela, si él era bueno?». Una y mil veces la emigración a oriente, «abuela, el Libertador pasó por aquí, por Barlovento, cuando huía de Boves». Una y mil veces la Campaña Admirable que llevó a cabo el Libertador de los esclavos. Entusiasmado por aprender y con buena maña para los números. «Abuela, ¿tú sabes sumar quebrados?». «No, mijito, yo qué voy a saber, si cuento con los dedos, pero no me engañan, pregúntale a Ernestino, a ver si él sabe». Pero José Tomás llegó a saber tanto que ya sabía más que Ernestino, y Vicenta fue a preguntarle qué debía hacer. «Aquí no hay más donde aprender y te termina la escuela, mándalo a Barcelona, al colegio de los padres». A Ernestino se le atragantaba el consejo, odiaba a los curas y sólo sentía veneración por la Virgen de Altagracia y por el Niño Jesús de Curiepe, pero se le imponía un pragmatismo incuestionable. «Si lo mandas a Caracas a un liceo tienes que pagar pensión y los padres de Barcelona yo escuché que le dan cama y las tres comidas. Mándalo, porque las condiciones las tiene, si fuera bruto yo te lo diría».

José Tomás había sido su alumno. El niño prestaba atención como si directamente de la verdad de la historia llegaran sus palabras. Le escuchaba relatar cómo, cuando vino la guerra contra España, pasaron muchos años en que las tierras quedaron desoladas y todo el mundo andaba alzado, en los tiempos del odio y de mueran los blancos. Ernestino pretendía con aquellos relatos exaltar en él la pasión del orgullo y de la reivindicación, pero nunca quedaba satisfecho. «A mí me gusta más la democracia, padrino, que todo el mundo respete y obedezca las leyes», le decía el muchacho. Sin embargo, su admiración no tenía límites al escucharlo recordar los sucesos que a su vez había escuchado a otros; le parecía que aquélla sí era la historia verdadera, no la que había recitado de niño para su maestra. Ernestino narraba como si él en persona hubiera vivido los fragmentos que describía, como si él fuese

protagonista de tantos acontecimientos. Cuando la lengua se le exaltaba por efecto del aguardiente, podía remontarse a los días de la Independencia, y aún más allá, y así le había contado cómo aquellas tierras de Barlovento, desde el tiempo de los españoles, habían estado siempre en litigio, desde cuando se fundaron las plantaciones de cacao y los esclavos desbrozaron la selva a machetazos y sembraron los inmensos bucares, samanes y mijaos que sombreaban mis propiedades. Familias, le explicaba, entrecruzadas por múltiples lazos, dueñas de la tierra y de los negros que la trabajaban; pero los negros habían sido siempre rebeldes, no les gustaban las dictaduras, y una de esas familias, la más rica de todas, la que más arboledas poseía, estuvo peleándose a los negros de Curiepe casi un siglo. Estaba muy enterado de nuestros pleitos, como ves, Juan del Rosario. Un buen día José Tomás se encontró metiendo cuatro mudas de ropa en la maleta de cartón de su abuela, subiéndose al autobús y dejando atrás el único paisaje que conocía. Los dos sentados, traqueteando el largo camino hasta Barcelona, llegaron hasta la puerta del colegio de los padres, tocaron el timbre y su abuela recitó el largo listado de sus virtudes, ejemplo de disciplina, de trabajo e inteligencia y casi con vocación de santo, hasta que el padre Manuel dijo, «que pase, a ver si está para el bachillerato». Y estaba; de allí salió seis años después, bachiller, con oficio de carpintero y algunas noticias de contabilidad. Durante los años en que transcurrió su adolescencia la única alegría de José Tomás era la llegada de las vacaciones y correr a la estación de autobuses para viajar a Curiepe, y los únicos momentos que aliviaban su encarcelamiento, los sábados por la tarde, cuando el padre Manuel se arremangaba la sotana y arbitraba los partidos de fútbol. «Sácame de este colegio», le pedía a Vicenta, «que yo aquí me aburro mucho». Pero Vicenta se mantuvo implacable, había llorado noches enteras el consejo de Ernestino, y una vez decidida no se conmovió. «Algún día me lo agradecerás, Joseíto, cuando estés grande me lo agradecerás», decía Ernestino convertido en tutor e hinchándose de orgullo, año tras año, al ver las calificaciones que obtenía su ahijado. «El muchacho puede llegar a ser doctor, Vicenta, él llega a ir a la universidad y puede ser una gloria para este país». Como había tomado a su cargo su educación política, le preocupaba un poco el entusiasmo con que José Tomás le contaba que a veces le tocaba ser monaguillo en la misa de los domingos, misa mayor y cantada; los curas y la iglesia le daban alergia. «La Virgen y los santos están en el cielo, pero aquí en la Tierra Rómulo Betancourt». También tenía bajo su potestad su iniciación sexual. «Hay que tener mucho cuidado», le asesoraba, «con las mujeres, porque siempre hay el peligro de una mala enfermedad. Cuando tengas que hacer cosas de hombres, vas casa de Ramonita Romero, porque a ella la conozco y sé que sus muchachas están buenas».

Ramonita Romero compartía con Ernestino su admiración por Rómulo Betancourt, y sobre todo la esperanza de que existiera un espacio para los que caminaban pata en el suelo, los que vendían latas de agua, y los que como ella, habían nacido en el monte y habían sido repartidos por su madre de casa en casa, a la buena de Dios. Ernestino le había dado el título de fundadora del partido, ya que se había inscrito en séptimo lugar, y era desde luego la primera en el pago de las contribuciones, por ser sin duda la más rica de los primeros militantes. Tenía instalada a las afueras de Curiepe una casa frecuentada por peones, conuqueros y pescadores de Higuerote. Era de cuatro habitaciones y sala, dividida ésta con cartón en tres

cubículos, y corral atrás que servía de gallinero y depósito de botellas. Las primeras muchachas que la atendían habían sido reclutadas en los caseríos vecinos, pero un acontecimiento tan distante como la caída del gobierno de Vichy vino a tener gran incidencia en la casa de Ramonita, como se conocía familiarmente el negocio, e incluso fue la causa por la cual llegó a disfrutar años de esplendor. Un francés colaboracionista huyó a América y vino a dar a San José de Río Chico, donde montó un pequeño restaurante, de escaso éxito y más bien fuente de preocupaciones por su poca rentabilidad. Un día en que, aburrido o mortificado por su situación, se le ocurrió visitar la casa de Ramonita, tuvo la idea de proponerle una sociedad. Ella aportaba su establecimiento y él buscaría algunas compatriotas emigradas en la adversidad. Cuando llegó la primera francesa a la casa de Ramonita Romero, la clientela sufrió un brusco cambio. La noticia se extendió en pocos días por todo el valle, causando asombro y curiosidad. El local perdió su ambiente de casa de vecindad y Ramonita emprendió su nueva decoración llena de optimismo. Compró un tocadiscos y algunos discos de Celia Cruz y Miguelito Valdés, amplió el servicio de bebidas, disminuyendo el ron y el aguardiente en beneficio del whisky, los catres y chinchorros fueron desplazados por camas de mueblería, todas las habitaciones gozaron de la ventaja de un ventilador de techo, y las ventanas fueron recubiertas con tela metálica para aliviar las nubes de zancudos que al atardecer hacían insoportable el lugar. Pintó las paredes y compró de segunda mano unos sofás tapizados en plástico para la sala, sacó a las gallinas del corral para eliminar el olor que penetraba todos los rincones y contrató a un hombre que, además de limpiar, tenía como misión mantener el orden si algún cliente se pasaba de palos o se armaba alguna trifulca. Revisó las tarifas, estableciendo las de las francesas al doble que las locales y ajustó el precio a la hora de consumo, administrando el uso del tiempo que muchas veces se iba en largas conversaciones, bailaderas y echaderas de chistes, que ningún beneficio reportaban. La nueva proporción entre calidad y precio tuvo el efecto inmediato de hacer descender la demanda de las locales, y por consiguiente la presencia de sus usuarios, a quienes les resultaba prohibitivo el disfrute de las importadas, más propias para los hacendados y prósperos comerciantes que para los desarrapados conuqueros y choferes de camiones. Las esposas de los nuevos clientes fueron advirtiendo cómo las partidas de dominó de los sábados por la noche se prolongaban de más en más, así como los juegos de bolas de los domingos, y la frecuencia de los súbitos e inesperados viajes de sus respectivos maridos para el arreglo de sus negocios. Nadie se llamó a engaño. Ramonita Romero tenía la culpa y fue de inmediato señalada como la principal causante del deterioro moral de la región. El desprecio a su persona se hizo notorio y una ley de hielo sobrevino sobre su nombre; el solo hecho de pronunciarlo fue considerado como ofensa a la moral pública. Cuando las señoras más distinguidas de la región pensaron, junto con sus esposos, que deseaban también inscribirse en el partido, necesariamente tenían que pasar por el filtro de Ernestino y confesarle su vocación democrática, pero creyeron que ese paso merecía una condición: Ramonita Romero no podía compartir con ellas los mismos ideales, o ellas o Ramonita. Y entonces Ernestino escogió y su respuesta fue definitiva, «Ramonita es puta, pero es fundadora del partido y se queda». Las aspirantes a demócratas tuvieron momentáneamente que renunciar a sus propósitos. Pero veo que de una historia a otra pierdo el hilo. Voy al grano, Juan del Rosario, quiero ponerte en antecedentes de cómo andan ahora las cosas en las tierras que nos disputamos.

Cuando José Tomás salió del colegio de los padres, su abuela Vicenta quedó decepcionada, fue inútil su perorata para convencerlo de que marchara a Caracas a estudiar para doctor; José Tomás quiso quedarse en Curiepe para seguir el ejemplo de Ernestino. Estableció un aserradero en la vía de Caucagua y comenzó a ganar buen dinero, mucho más de lo que jamás pensó que vería reunido cuando era niño, con una maleta de cartón y una bolsa de yuca que su abuela le mandaba de regalo al padre Manuel. Se compró un jeep de segunda mano y en él recorría los caseríos para conocer los abusos y atropellos contra los campesinos, los asesoraba para que se organizaran en sindicatos, hablaba con las mujeres para saber de sus necesidades y se fue convirtiendo en un hombre respetado y querido, principal de la casa distrital del partido. Cada vez que había elecciones su nombre era el primero para concejal, no había velorio al que no lo llamaran ni bautizo en el que no fuera padrino, y los sábados por la noche se reunía con sus amigos y sus múltiples compadres a beber cerveza y jugar bolas. Pero una noche Cocolo no vino.

Cocolo era un negro fuerte como un árbol, decían las mujeres que con simiente para más de cincuenta muchachos, y que cuando se emborrachaba gritaba a pleno pulmón, yo soy un negro de pura cepa española. Cocolo era muy bravo para la pelea y eran pocos los hombres que se le atravesaban cuando perdía en las bolas o en los gallos, porque temblaba la gente de que a Cocolo se le viniera la arrechera y rompiera sillas o le diera una trompada al más desprevenido. Pero Cocolo era también amigo de José Tomás, desde la escuela municipal en la que Cocolo no pasó de tercer grado; desde cuando José Tomás volvía del colegio de los padres en Barcelona y Cocolo lo esperaba para irse a bañar a Higuero o a pescar en el río; desde cuando, no tendrían más de catorce, visitaban la casa de Ramonita Romero. A José Tomás le extrañó que Cocolo faltase a la cita de los sábados y empezaron la partida sin él. Ése anda por ahí rascao, ése aparece mañana, pensaron. Y en efecto, Cocolo apareció al día siguiente frente a la puerta de su rancho, con un tiro en una pierna y otro de remate en la nuca. No fue difícil averiguar quiénes habían sido los culpables. La mujer que vivía con él contó que había pasado la guardia y le había dicho a Cocolo que estaba invadiendo la propiedad de la Cocotera Aguasal, que ahí donde estaba no podía tener casa ni sembrar, que tenía que llevarse sus corotos porque al día siguiente venían a quemarle el rancho. Y Cocolo les dijo que estaba bueno, que iba a guardar sus corotos, y entró al rancho, agarró el machete y se tiró contra los guardias.

José Tomás pagó el cajón y algunos vecinos pusieron las velas y las flores, y tan pronto como lo hubieron enterrado, arrancó en su jeep hasta Birongo. Encontró a Ernestino balanceándose en el chinchorro, descalzo, con el torso desnudo, el sombrero descansando sobre el vientre, mordisqueando unos pedazos de coco que reblandecía con sus encías casi vacías, el pelo blanco y un ojo casi cerrado, caído el párpado por una hemiplejía. Sus anchas espaldas y sus largos brazos delataban el cuerpo de un hombre antes fuerte y musculoso.

—Ernestino, ayer mataron a Cocolo.

—Cocolo. Ese era amigo tuyo chiquito. Ese lo mataron hace tiempo porque era comunista.

—Ese era Bernardo, el hijo de Ramonita Romero.

—Sí, es verdad. Yo hay veces, Joseíto, que le pregunto a mis hijas dónde tengo el sombrero y lo tengo en la cabeza.

—A Cocolo lo mató la guardia porque él tenía el conuco en los terrenos de la Cocotera Aguasal, y yo me acordé que tú me habías hablado de esos terrenos, de que por allí pasaba el tren de Barlovento.

—Yo me recuerdo cuando tembló, por 1900, y las casas de los españoles, y la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, todo eso se vino abajo, pero ahorita no me recuerdo si yo lo vi o me lo contó mi mamá.

—Tú me hablaste de que esos terrenos eran una concesión que habían dado hace tiempo.

—¿Cuando Rómulo? ¿Sería cuando Rómulo? Yo me acuerdo de Rómulo, una vez que él vino a Curiepe y yo fui a saludarlo, y él me dijo, ¡ah carajo!, Ernestino, yo sí que he oído hablar de ti, y después estuvimos tomando guarapita en mi casa.

—Sí, pero no es de Rómulo que te quiero hablar. Lo del tren fue mucho antes.

—Eso fue lo que mi papá me dijo, eso no le queda al francés, mi papá me dijo así, pero yo no me recuerdo cómo se llamaba el francés sino que mi papá me dijo, ése es un contrato que le dio el general Crespo al francés y cuando termine tiene que entregarlo todo, el tren, los vagones, las tierras, todo eso tiene que entregarlo el francés.

—Esa concesión debe estar por terminar, esos terrenos hay que reclamarlos, porque no puede ser que la gente de la Cocotera siga con el abuso.

—Yo me acuerdo del tren, del miedo que era verlo recorrer el monte a toda velocidad, y mi papá me dijo que trajeron los vagones, los rieles, las máquinas, todo eso lo trajeron, mi papá trabajó en ese tren, pero un día no lo vi más. Se fue de la casa o alguien lo mató en un camino. Mi mamá decía que se desbarrancó, que le salió un espanto con forma de mujer y él por estarlo siguiendo se desbarrancó. Pero yo no creo en los espantos, Joseíto, sólo en el ensalme. ¿Tú te recuerdas una vez que vino un médico de Caracas, de la universidad, y me sacó una foto de la voz, con un aparato? Yo le estuve contando del ensalme y de la oración, pero la oración no se la dije, porque eso uno no se lo puede estar diciendo a alguien sin saber quién es.

—Sí, me acuerdo de eso, padrino, pero lo que quiero es que me digas cuándo fue lo del tren de Barlovento, cuándo dieron esa concesión.

Ernestino se levantó del chinchorro y entró al interior del rancho. En una mesita guardaba papel y lápiz, se sentó frente a ella y se puso a sacar cuentas. Comenzaba desde el terremoto, fecha inaugural de sus recuerdos y llegaba hasta aquel aguacero que destrozó el tren de Barlovento, de allí se remontaba hasta los recuerdos de su padre. Escribía cifras, sumaba, restaba, mordía el lápiz, le pedía a José Tomás que no lo interrumpiera porque se le perdían los cálculos. José Tomás esperaba a que la memoria de Ernestino se iluminara.

—Búscame una cerveza para aclararme la mente, Joseíto.

Al cabo de varias cervezas, dijo:

—Eso fue como en 1884 ó 1885, pero quién se recuerda de eso. ¿Esas cosas las escriben, Joseíto?

José Tomás se montó en el jeep y le gritó:

—Mañana me voy a Caracas a buscar la Gaceta Oficial.

NUEVOS MEMORIALES

Aquí estamos, Juan del Rosario, otra vez ensartados en un pleito. ¿Se te había olvidado el olor del papel, el revolotear de las hojas, la pasión de las palabras? Yo que te conozco, mi paje y mi liberto, estoy segura de que se te inflama la sangre y se te afilan los dientes al saber que José Tomás ha desatado una lucha digna de inscribirse en tus memoriales. Pues también a mí me vuelven mis arrestos cuando veo a Francisco Villaverde dispuesto a remover cielo y tierra para reclamar mi patrimonio, y así como yo disfruto de verlo, te gustaría a ti ver a José Tomás encabezando una manifestación de protesta por la muerte de su amigo Cocolo. ¿Que si estamos en los tiempos de Portales? No, no ha sido Portales quien lo mandó a matar y a quemar la casa y el sembrado, ni he sido yo la interesada, deberías saber que no tengo ya voz para mandar ni hay tenientes que obedezcan mis autos. Salieron con pancartas y cartelones más de ochenta personas, entre hombres, mujeres y niños, desfilando a pie por el pueblo, y de ellos un nutrido grupo se montó en un camión para llegar hasta Higuerote, San José y los vecindarios de la costa. Te hubieras quedado con la boca abierta al escucharlos vociferar con la ayuda de un megáfono, y en la mayoría de los casos con sus propias gargantas, la denuncia airada de la muerte de Cocolo, a los gritos de *tenemos derecho a sembrar, gobierno asesino*. ¿Si no vino el teniente a encarcelarlos ni sus dueños a meterlos en el cepo? ¡Pero, Juan del Rosario, estás más sordo que Alejandro! Ellos son libres, y pueden gritar lo que les dé la gana, aunque, eso sí, gritan en el vacío. Únicamente los miraban las caras de espanto y sorpresa de los vacacionistas de fin de semana, a quienes se le interrumpía su descanso mientras el camión avanzaba, abriéndose paso entre la fila de automóviles y autobuses; a los conductores no les importaba nada el alboroto del gentío enardecido, solamente les molestaba el ruido y el corneteo del camión que entorpecía su llegada a la playa, en la que querían tomar el sol, bañarse en la ensenada y botar latas vacías de cerveza y refrescos, y después recorrer a toda velocidad el mar en las lanchas de motor que arrastran, sé que no me creerás, a un hombre o a una mujer, casi desnudos, subidos en unos enormes pies que avanzan por encima de las olas, como si se tratara del milagro de Jesús caminando sobre las aguas. Yo nunca fui a la playa, Juan del Rosario. Sabes que Alejandro nunca quiso llevarme hasta allá, ni pude recorrer mis posesiones, nunca vi cómo el mar se abría en mil canales azules, acariciando mis tierras, y cómo suavemente les daba un límite en sus arenas, nunca vi los caños de los ríos desentumecerse entre la hojarasca y abrirse al agua inmensa y solitaria. Ahora contemplo consternada cómo miles de personas, que llaman turistas o temporadistas, se esparcen en ellas y acampan, apenas a dos horas de Caracas. En su algarabía se apagan por completo las voces de la gente que sigue al concejal, en protesta por la muerte de un conuquero asesinado. Pero querrás saber más de él y de sus alegatos.

Cuando José Tomás pudo precisar, gracias a la memoria de Ernestino, el año en que Joaquín Crespo decretó la expropiación de mis composiciones, marchó a Caracas, a revolver papeles hasta encontrar la Gaceta Oficial en la cual se consignaba la resolución del Ministerio de Transporte y Comunicaciones que establecía la extinción de la concesión del ferrocarril de Barlovento, por haber transcurrido noventa y nueve años desde aquel infausto 5 de Junio de 1884, y decretaba, en consecuencia, la reversión de todos los derechos adquiridos por el señor Emilio Salini, cuyos herederos constituyen actualmente la compañía denominada Cocotera Aguasal. Esto quiere

decir, Juan del Rosario, trato de explicártelo en los términos que tú podrías comprender, que el gobernador decidía que las tierras estaban realengas y que le pertenecían a la Corona, y que sobre ellas mandaba el concejo municipal, que vendría siendo el descendiente bastardo de lo que conocimos como cabildo. ¿Me comprendes o he de aclararte más detalles? El alcalde principal de este cabildo era él: José Tomás, el nieto de Vicenta. ¿Que tú no conociste alcaldes negros y que otro gallo te hubiera cantado? Te comprendo, en aquellos tiempos, el alcalde principal era Alejandro. Pues bien, una vez que José Tomás tuvo en sus manos la resolución de la Gaceta emprendió la reclamación de las tierras como ejidos pertenecientes al municipio. No creas que solamente nosotros escribíamos, ahí lo puedes ver del timbo al tambo, dirigiéndole informes a la Procuraduría Agraria, a los diputados del estado, al Congreso, a la Fiscalía General y a cuanto títtere con gorro; recorre la carretera entre Barlovento y Caracas en su jeep destartado, y de la misma manera en que tú tranquilizabas a tus negros cada vez que yo enfrentaba tus escritos y apelaba las sentencias que me eran desfavorables, él se sobrepone al desánimo que los alcanza en la lentitud del proceso. «Estas cosas se demoran mucho», le dice a su abuela Vicenta. «El diputado me prometió que esto salía para el mes que viene», le explica a Ernestino. «Ahora se está discutiendo una ley que tiene prioridad», les justifica a los miembros del concejo. «Miren, compañeros», discurseaba, «este asunto ha estado así durante años y no podemos pretender apurarlo, lo importante es que se resuelva bien, no que esté para mañana». Los negros se le quejaban: «Esta vaina como que no se va arreglar, nos están caribeando». Un día se le presentó a la puerta de la casa municipal la mujer de Cocolo, a decirle de mala manera que ella tenía cinco muchachitos y dos eran de Cocolo, y que si no le iban a dar por fin un pedazo de tierra para sembrar, y tuvo que sacarla destemplado. Pero él volvía como la burra al trigo, balanceado de una cita a otra, de antesala en antesala, de llamada en llamada, suplicándoles a las secretarias de los poderosos unos minutos de conversación con algún personaje que siempre le era negado, siempre estaba en gira, siempre atendía un asunto de máxima importancia, para al menos informarse de que el Congreso no sesionó, o sí sesionó, pero no contó con la asistencia reglamentaria, o sí contó con la asistencia reglamentaria, pero su asunto había sido pospuesto porque había otros de mayor peso. Total, Juan del Rosario, que el mismo tiempo que nosotros gastábamos esperando las lentas travesías de los navíos que llevaban nuestras cartas a Santo Domingo y hasta Sevilla, se le perdía a José Tomás en el manguareo de los políticos, que nunca encontraban el momento para resolverle aquella minucia, en comparación con los problemas del país, pero en la que a él se le iba la vida. Aun así continuaba en la lucha sin desmayar, y cuando le parecía que su marcha era camino en el fango, venía un periodista y le sacaba unas fotografías, en el salón principal de la casa municipal, sentado bajo el retrato del Libertador, y allí le hacía un reportaje para que él le explicara a la opinión pública el peligro en que se encontraba el concejo al defender unos terrenos que eran ejidos y que la Cocotera Aguasal vendía en forma fraudulenta. ¿Te hubiera gustado, Juan del Rosario, salir en los periódicos? ¿Una gacetilla o crónica que hubieras repartido en las esquinas de Caracas? Sin embargo te diré, ya que nunca viste un periódico, que son tan largos y tienen tantas noticias, que una más, una menos, pasa inadvertida; fuera de los interesados en el pleito me parece que nadie se fijó en el pequeño recuadro donde aparecían las declaraciones de José Tomás. A todas éstas, aunque él callara para no alarmar a su gente, estaba enterado

de la existencia de un proyecto turístico de enormes proporciones y de que la venta de los ejidos, mis composiciones, estaba ya pactada. Pero eso es harina de otro costal.

No tenía mucha confianza en él, Alejandro, me parecía un muchacho mediocre, aplastado por las circunstancias. Lo vi crecer a la sombra de un padre igualmente mediocre, sometido a la fortuna de Belén, que no era otra que la fortuna de Domingo Sánchez, porque, digámoslo claramente, cuando Belén se casó con él no tenía un maíz que asar. Lo vi jugar en esta casa, sometido a las malcriadeces de sus hermanas, a las necedades de su madre, que todo lo arreglaba diciendo que le subía la tensión, y luego, salir del colegio y estudiar ingeniería, como estaba previsto, y después salir de la universidad y entrar al servicio de una gran compañía constructora, que lo cobijó por consideración al recuerdo de su padre, hombre de quien diré que al menos era honesto dentro de su gran flojera, y allí quedarse año tras año, satisfecho en la medianía y estrechez que lo separaba de sus amigos y compañeros de la adolescencia, abrumado por la riqueza de sus riquísimos cuñados que lo invitaban para aburrirlo y dejarle un sentimiento de minusvalía. Francisco había resuelto ser un hombre banal, discretamente feliz, refugiado en sus consuelos íntimos y en la ausencia de grandes preocupaciones, desde donde la prestigiosa vida de sus antiguos condiscípulos de los jesuitas le parecía una montaña de banalidad. Sin embargo, a partir del día en que conoció a don Heliodoro, un sabor a duda se había colado en lo que hasta ese momento le había resultado seguro y consistente: su pequeño apartamento amueblado con gusto y sin lujos, sus quince días de vacaciones al año, sus noches de sábado al cine y luego a un pequeño restaurante del barrio, su plan de jubilación en la empresa, su bienestar familiar. Comenzó a sufrir una duda, y era si él había acogido con beneplácito su existencia o si más bien no había sido una silenciosa acomodación, una humilde aceptación de que la suerte no le había traído mejores oportunidades. Se le impuso una incomodidad, en cierto modo una humillación, de encontrarse por primera vez a los cuarenta y pico frente a lo que Silvia, su mujer, le había dicho que era una oportunidad. Silvia le había repetido durante todos estos años, veinte para ser exacta, tú eres un tipo muy inteligente, preparado, lo que pasa es que no has tenido una oportunidad. Y sin quererlo admitir, sabía que él había estado esperando esa oportunidad, y Silvia, sin quererlo decir, había estado esperando que llegara. Quizás su padre había sido también alguien sin oportunidad, y ahora don Heliodoro Chuecos Rincón, ese hombre que le parecía un pobre hombre, le había abierto la incógnita de que quizás a dos horas de Caracas se encontraban los restos de lo que fue una gran fortuna y la semilla de lo que podría volver a serlo.

En los momentos libres de su desempeño como ingeniero correcto y diligente de una gran compañía de construcción, en la espera de las largas colas del tráfico mientras recorría la consabida ruta entre su casa y su oficina, le dio por entregarse a ensoñaciones que al principio le parecieron distracciones tan banales como su persona, pero poco a poco fueron cobrando fuerza en su pensamiento. El doctor Francisco Villaverde se mudó de aquí, diría la conserje del avejentado edificio donde vivía desde su matrimonio. Lo lamento, el doctor Villaverde está en Estados Unidos en un viaje de negocios, contestaría la recepcionista de sus nuevas oficinas. Lo sentimos mucho, el doctor Villaverde se fue de vacaciones a Europa y no regresará hasta el mes que viene, lo puede atender su asistente. Disculpe, pero el doctor Villaverde tiene una reunión y no se le puede molestar. Así es como hablaría su secretaria, y no ese chillido irritante, «Francisco, atiende, mijo, que estoy muy ocupada». Y Silvia no le diría,

mañana quiero ver si compro unas telas de cortina que están en rebaja. No, la esposa del doctor Villaverde, con chofer y *jacuzzi*, no sería más la prudente administradora de dos suelditos y abandonaría la entidad bancaria donde había prestado sus servicios durante dieciocho años, sin otra interrupción que sus permisos de maternidad. La señora Villaverde tendría ahora ocupaciones más importantes que aguantarse el mal humor de sus jefes, la señora Villaverde estaría en un plan muy distinto. Llegado el tiempo de las banalidades aspiradas, le parecía que tendría mejores temas para discutir con sus cuñados, y seguramente sus hermanas encontrarían banalidades mejores que compartir con Silvia. Y un buen día nos dejó a todos con la boca abierta, yo fui la primera sorprendida, cuando sus antiguos amigos que lo tenían ya olvidado en los recuerdos de una lejana adolescencia, recibieron la inusitada visita de Francisco Villaverde Blanco, en búsqueda de socios para un proyecto turístico, porque había iniciado la reclamación de unos terrenos pertenecientes al patrimonio familiar. Y el desconcierto fue mayúsculo para él mismo, porque esperando que le cerraran la puerta en las narices, se encontró de pronto inmerso en el ajetreo de un importante hombre de negocios. Así es que ya ves, Juan del Rosario, ha resucitado nuestra querella.

—Evidentemente —había dicho el abogado—, no cabe duda acerca de la tradición jurídica de la hacienda. A los herederos de Carlota Villaverde y a la señora Sánchez Luna, ambas hijas del causahabiente, José Francisco Blanco, les corresponden los derechos proindivisos de la antigua hacienda La Trinidad. Reclamar estos terrenos expropiados, aun cuando el fin de la expropiación haya cesado, lo considero una pérdida de tiempo; pasarían años hasta que la Corte Suprema se pronunciara sobre el caso y se perdería tiempo y dinero. No, definitivamente, no recomiendo intentar un recurso en ese sentido; lo que me parece mucho más interesante es el asunto de la Cocotera Aguasal. He realizado una inspección ocular con un juez del distrito y resulta evidente que la Cocotera ha invadido terrenos que están fuera de los linderos afectados por la expropiación. Como ustedes saben, el contrato, originalmente otorgado el año 1884, concedía quinientos metros a cada lado de la vía del tren, la vía precisamente atravesaba los linderos de lo que era la hacienda La Trinidad, de modo tal que la propiedad quedó cortada en dos. Su abuelo hubiera podido entonces reclamar que no era la totalidad de la propiedad la que estaba afectada por la expropiación, pero no lo hizo; es de suponer que la hacienda dividida quedaba inservible para las labores propias de ella, o que por razones que ignoramos, decidiera no actuar en favor de sus derechos. En el estado actual, la Cocotera ha invadido y cercado mucho más allá de esos quinientos metros, de modo que es posible, y le veo un buen derecho, a una reclamación sobre toda la extensión que no esté claramente delimitada en el decreto de expropiación. Sin embargo, ustedes saben que el mejor pleito es el que no se cuadra. Si nosotros le hacemos ver a la Cocotera que vamos a intentar un recurso contra ellos, un interdicto restitutorio, es muy probable que quieran negociar; nada asegura que ganaremos el pleito, pero si se declara que el recurso tiene lugar, a ellos se les interrumpen las operaciones de venta que han iniciado. ¿Me comprenden? Entonces, es muy probable que prefieran llegar a algún tipo de acuerdo, naturalmente, éste no podría ser otro que incorporarlos como socios de la empresa para la construcción de la urbanización. El dolor de cabeza es la franja

intermedia que constituía la expropiación original y que ha revertido a la nación; son terrenos que pasan a ser ejidos y propiedad del municipio, y lamentablemente atraviesan el terreno de punta a punta. Ese es el problema más difícil de resolver, porque nadie le va a meter plata a un proyecto que dará lugar a infinitas reclamaciones del concejo, que tiene todo el poder en las manos. Si ellos no aprueban los permisos de construcción, no hay nada qué hacer. Esto es más bien un asunto político que jurídico, porque no creo que ellos tengan pensado algo para desarrollar esos terrenos, pero por una cuestión de populismo van a trancar los permisos. Por otro lado, cuando estuve en la zona tuve la oportunidad de conversar con el juez largamente y me estuvo contando algunos problemas que han tenido mucho impacto en los vecinos. Los propietarios de la Aguasal son gente pesada, influyente, ustedes me entienden, hay mucho dinero por medio, y parecen tener buenas conexiones con el gobierno, con todos los gobiernos. El negocio de la Cocotera es una minucia con relación a los intereses que tienen en el país, industriales, financieros, de modo que para ellos no ha sido difícil evitar las constantes invasiones de los campesinos que entran en sus linderos y siembran conucos; lo que hacen es simplemente llamar a la Guardia Nacional y solicitar sus servicios para desalojarlos. Normalmente los campesinos se asustan y se van, pero hace poco ocurrió un incidente de mayor gravedad, porque murió un hombre, al parecer un personaje muy querido en el pueblo y amigo personal del concejal; esto levantó fuertes protestas, con manifestaciones, denuncias en la Procuraduría Agraria, reclamaciones en el Congreso. Me parece que es una situación coyuntural que los favorece, porque es de suponer que el concejo prefiera apoyarlos a ustedes antes que a la Cocotera, que se ha convertido en el enemigo social.

Belén había escuchado en silencio solemne al abogado y al llegar a este punto interrumpió:

—Pero si el concejal es el nieto de Vicenta. ¿Tú no te acuerdas —se dirigió a Francisco— que Vicenta vino a Caracas porque tenía que hacerse unos exámenes médicos, y me visitó y estuvo horas hablándome del nieto, de la maravilla del nieto, que era político, que siempre lo elegían concejal? Francisco, ¿tú no te acuerdas que te lo comenté? —Francisco no recordaba—. Tú lo que vas a hacer es ir a Curiepe y hablar con el nieto de Vicenta, tú le dices que eres mi sobrino, y él va a saber perfectamente quién soy.

—Me estás hablando —había contestado irritado Francisco— como si se tratara de ir a hacer relaciones públicas a un coctel; no se trata de si el concejal es el nieto de la que fue tu cocinera en los tiempos de Gómez, si tu cocinera le habló a su nietecito de una señora y un doctor donde ella trabajó hace cincuenta años.

—Francisco, eres muy impertinente, estoy segura de que este señor sí piensa que eso tiene importancia.

Francisco estaba acostumbrado a las discusiones con Belén, discusiones siempre perdidas, en las que sólo cabía rendirse honrosamente. El abogado discretamente había intervenido.

—Sin embargo, Francisco, en estas cosas influye mucho lo personal; si tú puedes aproximarte al concejal desde una perspectiva, digamos más cercana, no es despreciable.

Nuestros procuradores, Juan del Rosario, eran unos leguleyos de poca monta que a todo salían con que era necesario consultar los libracos donde consignaban las Leyes de Indias, cuando no tenían que escribir al propio Consejo para recibir explicación de cómo entender aquellas disposiciones que reglamentaban hasta de qué color debían vestir las esclavas y quién tenía derecho o no de usar paraguas. ¡Qué diferencia con estos abogados! Si hubiera yo tenido uno así, que me explicara las cosas tan claras y tuviera tanto ojo para los negocios, te aseguro, Juan del Rosario, que mi pleito se hubiera resuelto con más ligereza y hubiéramos gastado menos tinta. Pero no creas que es sólo Francisco Villaverde el que anda bien asesorado; vas a saber ahora que José Tomás tiene también amigos que lo instruyen.

Aturdido por el gentío que se arremolinaba en la estación, se vio en medio de una multitud de personas que subían y bajaban de autobuses y camionetas, hacían cola frente a las taquillas, o se sentaban en el suelo, rodeados de fardos y maletas. El jeep estaba ya tan traqueteado que se negaba a un nuevo viaje, y José Tomás había recorrido el trayecto en una camioneta atestada que hacía la ruta Barlovento-Caracas. Cuando llegó al terminal de autobuses, después de una larga espera, se subió a otra camioneta que lo dejó a pocos pasos de la plaza Bolívar. El reloj de la catedral marcaba medio día.

Encuentro la iglesia afeada, sin gracia, pintada como un pastel, pero qué se le va a hacer, Alejandro, por lo menos está en pie y el reloj da las horas a tiempo. Frente a ella, la plaza es hermosa pero dudo en describirtela, me parece que te provocaría vértigo. En los bancos, bajo los árboles que la sombrean, se sientan algunos hombres y leen el periódico o conversan entre sí; son viejos caraqueños que no tienen mucho qué hacer y se reúnen a pasar el rato; en las calles que la encuadran hay un andar presuroso de gente, que me parece más bien muy ocupada, y que camina entre los vendedores de lotería, los puestos de venta de chucherías y los zagaletones sin oficio ni beneficio que miran con avidez los paquetes y los bolsos de las señoras. Creo que lo que más te llamaría la atención son un grupo de personas en pantalones cortos, hombres y mujeres, que hablan en inglés y sacan fotografías tratando de divisar a las perezas que se guindan de los árboles y que el guía les señala. ¿Te gustaría de nuevo, con tu tricornio y bastón en mano, atravesar las arcadas que construyó Ricardos, y tocar a su despacho en la casa del cabildo? ¡Ay, Alejandro!, se reirían de ti si te vieran en esa facha. Confórmate con escucharme mientras relato el recorrido del concejal del distrito Brión, al que pertenece tu hacienda.

Esperando la hora en que abrieran las oficinas, trajinó un rato las estrechas aceras; de vez en cuando, entre los altísimos edificios de los Bancos, las compañías de seguros y las financiadoras, se asomaba la quincalla de un árabe, el cuchitril de un zapatero remendón italiano, el olor a fritanga de un bar español; de las bocas del metro de Capitolio salían marejadas de personas que sorteaban los huecos de las aceras, los puestos de venta de los vendedores callejeros y los frenazos de los autobuses. José Tomás entró en una arepera, consiguió acomodarse en la barra y gritó para que el portugués pudiera escuchar su pedido. El local estaba abarrotado y los brazos cruzaban por encima de su cabeza, sosteniendo cafés, jugos, arepas, platos del día. Alguien lo empujó sin darse cuenta y le derramó el café encima del pantalón. Se lo limpió despacio sin decir palabra y comió rápidamente para dirigirse al Congreso. No le

resultó fácil traspasar la primera caseta de vigilancia; le habían hecho muchas preguntas; había enseñado el carnet del partido y la credencial del concejo repetidas veces, y escuchado otras tantas, tenga la bondad de esperar porque en este momento no se puede pasar. Entraban y salían muchas personas con cartapacios, periodistas y equipos de televisión, al frente se detenían constantemente automóviles de los que descendían personalidades y espalderos. Se trataba de un día muy especial, al parecer discutían una ley de importancia o interpelaban a algún personaje.

«Escogiste mal el día, José Tomás», le dijo el diputado del estado, que por suerte había alcanzado a ver entre un grupo de personas. «Hoy me es completamente imposible atenderte, pero no te preocupes por el asunto tuyo, eso va bien encaminado, pero hay que esperar». ¿Lo ves, Juan del Rosario? Pareciera que se le ha muerto alguien, está tan triste y despechado que se mete en un bar y empieza a tomar cerveza, solo y aburrido como un alma en pena, hasta que alguien se acerca a ayudarlo. Es un personaje gris, un burócrata de medio pelo, a quien ha conocido en uno de sus tantos cabildeos en espera de algún poderoso que comprendiera la importancia de reclamar aquella franja de tierra, plagada de culebras y zancudos, donde habían matado a Cocolo. «Mire, compañero», le dijo pasándole la mano por el hombro, «deje eso así». José Tomás bebía una cerveza tras otra y no salía de su asombro. ¡Cómo iba a dejar eso así, cómo iba a ceder en la empresa más importante de su vida! Había encomendado en otras manos su aserradero, había aguantado las quejas de su mujer, que todas las noches le reclamaba que se le pudrían las maderas y que el socio lo estaba robando; había dejado pasar los chismes que le llegaban, voces asordinadas que se referían a él, José Tomás, ése si es pendejo, con la plata que le pasa por las manos y sigue ahí cortando maderitas. Y ahora el burócrata le decía: «Ese reclamo no va a ninguna parte, yo que se lo digo», el hombre pidió dos whiskis y lo rodeaba con un abrazo de cordialidad que lo irritaba. «¿Tú para qué quieres esa territa? Esa vaina así no vale nada, ¿para sembrar cuatro cambures y unas yucas? Óyeme lo que te estoy diciendo, que yo sé mucho de estas vainas, tú tienes una oportunidad en las manos, me oíste, tremendo chance que se te ha presentado y tú sigues ahí con esa pendejada de la reclamación. Ahí está proyectado un complejo turístico, pero de primera, *full* equipo, me entiendes, de cancha de golf y toda vaina, porque la vaina es en dólares, me entiendes, entonces tú crees que te van a parar a ti con la Gaceta en la mano, reclamando que eso es del concejo municipal. Si sigues molestando lo que va a pasar es que te van a quitar de donde estás, me entiendes, no ganas unas elecciones más nunca. Mira, chico, tú estás mal orientado y yo te voy a ayudar, tú me caes bien, eres un tipo chévere, pero mal orientado. Olvídate de ese Congreso, tú con quien tienes que hablar es con los tipos que están metidos en el proyecto, y que conste que te lo digo por amistad, porque ahí no hay nada para mí, que conste, pero te voy a dar el dato, al que tienes que ir a ver es al doctor Francisco Villaverde, ése es el hombre». José Tomás miraba el reloj y pensaba que se le hacía tarde para la última camioneta a Barlovento. Logró a duras penas despedirse y rechazó la ronda que le brindaba su inesperado amigo.

¿Te imaginas, mi paje y mi liberto, que te hubieran dicho a ti que debías venir a verme, a mi casa de la esquina de San Jacinto, para ver si nos entendíamos en el litigio de mis posesiones? Me hace gracia pensarlo, y creo que tú también te ríes de imaginarte que viniera el paje a avisarme que estaba a la puerta Juan del Rosario Villegas, y que venía a sentarse conmigo en la sala para tomarnos juntos una taza de

chocolate y unos dulces, mientras nos poníamos de acuerdo. Sabes que siempre fuiste bien recibido, y que Alejandrito y Nicolás siempre preguntaban por ti cuando tu padre te mandó a la hacienda, pero cuando regresaste, alzado y echándotelas de Fundador Real, reclamando las tierras que te había prometido Alejandro, tu amo y padrino de bautismo, hubiera mandado a sacarte a pedrada limpia. Ni mis procuradores se dignaron tampoco en hablar con los tuyos, pues nada más faltaba, que encima de que pretendías robarme mis composiciones te hubiera dado ese gusto y tanta beligerancia. Pero ahora las cosas han cambiado, Juan del Rosario, ahora han inventado una palabra que nosotros no conocíamos, y que se llama negociación. Ahora le dicen a Francisco que debe hablar con José Tomás y a José Tomás que debe hablar con Francisco, porque hablando se entiende la gente. Ya ves tú lo que es la ignorancia. Si llego a saber que mi pleito se resolvía en una conversación, ¿crees que hubiera estado saltando de procurador en procurador, rabiosa como una mapanare cada vez que me llegaban noticias de que tus negros se habían asentado en mis posesiones, y llevándome los demonios cuando me decían que para mayor osadía habían levantado iglesia? ¿Por qué me tuvieron a mí quemando pueblos y escribiéndole estúpidos memoriales a ese laberíntico Consejo de Indias y a esas tortuosas Audiencias que contestaban lo que les parecía mejor, y cuando les venía en gana, si todo se arreglaba conversando? ¿Pero cómo no se te ocurrió a ti, Alejandro, lo que se le ha ocurrido a ese cretino que está tomando cerveza con el concejal? Un hombre que no sabe ni hablar y te da siete vueltas. Conversar, Alejandro, conversar, eso era todo. Anota, escribano, porque ya estoy harta de que la Historia me tenga vituperada: doña Inés le mandó a quemar el pueblo a Juan del Rosario porque no sabía negociar. Y tú tampoco, dicho sea, tampoco sabías negociar. Aprende de José Tomás, él se creyó que debía hacer lo mismo que tú, pero es de sabios rectificar, y como reivindicar sus derechos le ha resultado más difícil que si tú te hubieras marchado a la Audiencia de Santo Domingo, nadando y con los memoriales en la boca, se ha puesto a tono con los tiempos.

Cuando regresó de Caracas entró a su casa, dio un portazo, les gritó a sus hijos que bajaran el volumen de la televisión, se quitó la camisa y se acostó en la cama. Estaba furioso. ¿Que si el rey no le dictaba cédula? Pero no seas terco, Juan del Rosario, qué rey ni qué ocho cuartos. Oye su conversación y presta atención, porque es hombre de pocas palabras.

Su mujer se acercó despacio y empezó a preguntarle:

—¿Tú desde cuándo no hablas con Avelino?

—No te metas en mis vainas.

—¿No vas a hablar con Avelino para que te entregue cuentas?

—En mis vainas no se mete nadie.

—Yo no me meto en tus vainas, pero la plata que me pasas no me está alcanzando.

—¿A ti te ha faltado comida para esos muchachos?

—Tienes abandonado el aserradero, todo el mundo dice que Avelino te está robando.

—Gran vaina ese aserradero.

—De ahí sale la plata para el mercado.

—Así es, la plata del mercado y más nada.

—Yo no te he pedido más nada.

—Pues yo sí voy a pedir, yo voy a pedir bastante más. Yo le voy a pedir al doctor Francisco Villaverde lo que me toca por firmarle esos permisos, y si no me lo quiere dar, se va a volver loco en el Ministerio. Ese tipo no puede ser bruto, cada día que pasa sin los permisos, más centavos pierde.

—Pero si eso se sabe...

—¿Se sabe qué? Cuidado y le dices algo a Ernestino o a mi abuela, ¿oíste?, mucho cuidado.

—Te vas a meter en una vaina.

—No, chica, si esto es lo más fácil del mundo, lo que tengo que hacer es quedarme tranquilo hasta que él se desespere bastante, más nada, y entonces él solito va a venir hasta aquí.

¿Entendiste, Juan del Rosario, tú que te creías tan astuto? Más fácil que escribirle un memorial a la Audiencia o lograr que el gobernador te abriese la puerta del cabildo o que embarcarse a España para hablar con el rey, como aquellos infelices de Joseph Antonio Colmenares y Juan Barreto. ¿Que tú te moriste esperando la promesa de Alejandro? ¡Ay, mi paje y mi liberto! aquí todo el mundo se ha muerto esperando una promesa, y José Tomás, como no quiere morir esperando la suya, ha decidido tomársela por su mano. Aquí la promesa es milagro de todos los días. Además, a estas alturas las promesas se han revuelto tanto que ya no hay manera de ponerlas en orden y ya no sé si Colón inventó la democracia o Rómulo Betancourt el paraíso terrenal, ni si la Reforma Agraria la prometió el liberalismo o la Independencia los adecos. Esperaras lo que esperaras, estabas muy equivocado en tu espera, porque éste es un asunto más de maña que de fuerza y a las pruebas me remito.

FIN DE UN LITIGIO

Traigo la visión umbrosa del cacao entre la maleza. En el silencio y soledad del camino de vez en cuando atraviesa una mujer que lleva en la cabeza una palangana de yuca cortada, seguida de niños descalzos o de algún muchacho que machete en mano y desnudo el pecho camina bajo el sol. Entre las lianas enredadas en los postes de la luz despunta a lo lejos algún caserío y se divisa un grupo de hombres sentados a la sombra como si esperaran algo. La mayor parte de las pequeñas haciendas que se ojean desde la carretera se ven descuidadas y son raras las matas limpias y productivas que se entreveran con los árboles de sombra. No puedo reconocer en ella a la región que fue durante más de un siglo la más rica de la provincia, cuando sus arboledas de cacao se extendían a lo largo y a lo ancho y mi nombre se contaba entre los principales propietarios. Curiepe no es ya las dos filas de chozas que tú fundaste, Juan del Rosario, ni el manchón de barro que abandonó para siempre Andrés Cayetano. Es ahora un pueblo grande, de calles bien trazadas, en las que menudean las construcciones de fin de siglo que dejan ver, entre las rejas de las ventanas, la sala principal que resume la vida familiar y al fondo un patio o corral. Pintadas de brillantes y variados colores, la mayoría se encuentra en trance de ser derruidas y paulatinamente han dado paso a pequeñas y blancas viviendas modernas, de dos plantas, que alternan con las viejas. En las aceras estrechas se encuentran, como antes, extendidas pequeñas alfombras de cacao secándose al sol.

A fines del siglo XIX se alzaba aún la vieja iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, con una sola nave de obra antigua y las paredes levantadas para la segunda, vestigios de su reconstrucción después de la guerra de Independencia, pero en 1900 el terremoto dio al traste con ella y lo que ahora permanece son únicamente los restos de los ruinosos paredones, frente a los cuales se edificó la actual parroquia, levantada en el primer cuarto de este siglo, así como la casa municipal, la plaza y el frontis del cementerio. Le hubiera gustado al obispo Martí, quien tantos desvelos tuvo por ella, saber que ahora, pintada de blanco y azul, por primera vez en su historia la iglesia está absolutamente terminada, limpia, adornados sus nichos con imágenes ingenuas, alineados sus bancos y llenas de flores las hornacinas de sus santos.

Francisco Villaverde empuja el portón y se acomoda en uno de los últimos bancos, cansado y acalorado del recorrido a pie por la calle que despaciosamente sube hasta la pequeña plaza, de bancos sombreados, centrados alrededor de la infaltable estatua ecuestre del Libertador. Sentado en la iglesia completamente vacía, ya que no había nadie aquel domingo que tuviera otra ocupación que la de asistir al velorio de la abuela del concejal, observa los ventiladores suspendidos del techo, el lento girar de las aspas que apenas logran refrescar el espacio, extraño, descontento, pero al menos libre del agolpado tumulto que llena la casa de Vicenta. La falta de señalización lo había perdido en una bifurcación y había emprendido equivocadamente un camino vecinal fuera de la carretera principal, atestada de temporadistas que se dirigían a la playa en kilométricas colas detrás de autobuses y camiones. Finalmente había llegado al entierro, fastidiado de encontrarse en aquella interminable ceremonia, aspirando el nauseabundo olor del cadáver que comenzaba a descomponerse y le daba ganas de vomitar, al punto que se vio obligado a salir por un rato y prefirió la soledad de la iglesia a estar metido en la estrecha sala, inundada de gente que lloraba, cantaba, recitaba décimas y tomaba ron en honor de una anciana que no le importaba en

absoluto. Con el tiempo había desistido del esfuerzo de rememoración al que lo sometía Belén, insistiéndole en que Vicenta había trabajado tantos años en la casa que era como de la familia. Por más que lo intentara, aquellos recuerdos lo superaban, y convencido de que Vicenta pertenecía a una época anterior a su nacimiento, cedió a inventar una falsa memoria en la que su imagen, en el largo mesón de la cocina o cuidando de sus hermanas, terminó por parecer verdad. Recordando viejos tiempos, Francisco había llegado a ser un niño que había probado la mejor olleta de gallo que se preparaba en Caracas, la que cocinaba Vicenta, y José Tomás un niño que seguramente tendría siempre que agradecer a la señora Belén y al doctor Sánchez las muchas bondades para con su abuela. Meses atrás, recelosos, atento cada cual a las palabras y gestos del otro, se habían reunido en la casa municipal; solos, frente a una mesa que presidía el retrato del Libertador y una fotografía del presidente, habían compartido ese ficticio recuerdo. Después de muchos ires y venires, de reuniones en el escritorio de abogados, de visitas a dependencias oficiales, citas con personas influyentes, recursos y documentos, una sola cosa quedaba en claro, Alejandro: los inversionistas – llaman así a aquellos principales que tienen la sartén por el mango– estaban de acuerdo con el proyecto de urbanización que había presentado Francisco, pero no con una franja intermedia bajo la dependencia del municipio. «Tienes que convencer al concejal», le habían dicho, «de que desista de las reclamaciones. No podemos construir invadiendo esos terrenos porque sería comprar un problema; tiene que ser un acuerdo, entiendes, un acuerdo en que el proyecto producirá un importante desarrollo para la región. Ya la gente de la Cocotera dijo que les gustaba el negocio. Sólo falta que hables con ese tipo, el concejal, que es un buscapleitos». Y habían hablado, tanteándose, temerosos cada cual de no dar un paso en falso, de no ofrecer más de lo necesario, de no pedir más de lo posible. Habían hablado hasta llegar a un punto de comprensión, en el filo del cuchillo, hasta encontrar ese punto que los uniera, hasta ese punto exacto en que Francisco pudo convencer a José Tomás de participar como socio, bien que minoritario, y José Tomás pudo convencer al concejo de que desarrollar nuevas fuentes de trabajo sería un beneficio, sobre todo mayoritario.

Francisco ha salido de la iglesia y se dirige nuevamente a la casa. El movimiento frente a la puerta ha aumentado; por el fondo de la calle un numeroso grupo de niños escolares, limpios y peinados, trajeados de domingo, siguen a su maestra, que los conduce a darle el pésame al concejal. La habitación abarrotada huele a humo, a sudor fuerte, a encierro. El llanto de las mujeres arrecia a medida que se aproxima la hora de salir al cementerio; habían pasado toda la noche preparando el cadáver, disponiendo el altar, una mesa cubierta de lienzo blanco sobre la cual reposa un crucifijo de yeso, un cuadrado de la Virgen del Carmen y otro del Corazón de Jesús, dos candelabros de aluminio con las velas encendidas y a los pies de la urna, un plato de peltre lleno de limones cortados, para evitar la descomposición del cuerpo; éste, lavado con agua de cerezo y flores de alhucema, atado con ligas en brazos y piernas, taponado de algodones empapados en su sexo, nariz y boca, cubierto con su mejor vestido, yace envuelto en un velo blanco, cruzado por una cinta negra y sosteniendo la cruz de madera sobre el vientre. Una mujer se levanta de vez en cuando y con la mano espanta las moscas que revolotean sobre su rostro. Otra se acerca llorando y pronuncia su nombre a gritos. Más allá una tercera lamenta que se va para siempre. Todas se apretujan entre las pocas sillas disponibles, hablan entre ellas y exaltan las

virtudes de la difunta, recuerdan su bondad, su generosidad, su buena disposición para ayudar a quien lo necesitara, su entereza para trabajar hasta sus últimos días. Entre todas van trazando un canto a su vida y su memoria; algunas, las más viejas, recuerdan su alegría para el baile y cuentan cómo salía en los velorios de Cruz y en las procesiones de San Juan, otras relatan su resignación cuando se le murió su única hija y cómo volcó su amor en el niño que había dejado. José Tomás en medio del gentío recibe los abrazos y condolencias.

Le habían venido a avisar unas vecinas. Una de ellas, cuando la vio tan mala, quiso hacer un sahumero y corrió a la botica a comprar el incienso y el laurel, pero él la montó en el jeep y pisó el acelerador sin parar hasta el hospital de Caucagua. Llevaba ya varios días en que no podía ni levantarse de la cama; la vecina la cuidaba y le preparaba la comida, pero apenas si aceptaba algunas gotas de agua o un poco de arepa bien machacada; casi no hablaba o era difícil entenderla; a veces pedía que la cambiaran de posición porque le dolían todos los huesos. El médico que la examinó concluyó que era mejor dejarla morir en paz. Cuando su nieto se acercaba, le decía: «Joseíto, los papeles, los papeles que buscaste en Caracas», y él, «tranquila, abuela, duerma un poquito para que recupere las fuerzas». Pero ella volvía a los papeles, «Joseíto, que te acuerdes de los papeles, lo de la Gaceta». El médico había preguntado si sabían de qué estaba hablando. «Cosas de la edad», había contestado José Tomás, «tiene tiempo que ya no sabe lo que dice».

Por delante de la urna pasan también los hombres. Ernestino, renqueando, acompañado de una hija que le sirve de bastón, se queda un rato mirándola, concentrado, como prolongando una conversación casualmente interrumpida, y luego sale despacio para juntarse con los que hablan afuera y esperan la salida del entierro, sentado en un taburete que le han sacado a la calle espanta las moscas con el sombrero, el ojo que le queda bueno casi cerrado.

José Tomás se acerca a abrazarlo. Ernestino había venido a verlo recientemente, lo había recibido como siempre, con dos vasos y una botella de aguardiente. «¿En qué puedo ayudarte, se te ofrece algo?». «No mijo, no, cuando la gente se pone vieja ya no necesita nada; yo tengo allá a mis hijas que me cuidan; vine a la medicatura, a verme este ojo que me echa mucha lavativa»; se había señalado un ojo lagrimeante; «yo vine a verte para saludarte y decirle a tu mujer y a tus hijos que todos estén bien. Yo me quedé con una preocupación, cuando pasé por aquí pensé, voy a preguntarle al muchacho qué hubo con las gacetas, por eso vengo molestando». «Tú nunca molestas en esta casa». Sentado en la mecedora, apuraba el vaso. «Yo para venir para acá pasé por esas tierras, eso está lleno de tractores y camiones, hay un polvero levantado. Y yo pensé, ¿cómo están moviendo tierra si el muchacho reclamó eso en Caracas?». «Las reclamaciones se presentaron en el Congreso, en las comisiones correspondientes, pero allá son de otro pensar». Entre los pliegues de sus ojos arrugados se había colado una chispa, «Ajá, ¿y cómo es el pensar de ellos?, yo pensé que la razón era una sola». «Es que no se trata de la razón, Ernestino, la razón puede ser una pero la conveniencia de las cosas es la que importa. Para nosotros el problema no es sólo la tierra, lo que tenemos que resolver es el desempleo. Eso es lo que nos está trayendo todos los problemas que tenemos; tú piensa en la juventud, ya los jóvenes no quieren trabajar en el monte, y con toda razón, entonces, como no hay fuentes de trabajo se van a Caracas, a estar desempleados allí también, o se quedan aquí de malandros. Hoy en día Barlovento es una zona turística de gran importancia, la

delincuencia no nos conviene, la gente que viene a las playas no quiere que la estén asaltando, hay muchos que han vendido sus casas de temporada porque se las robaban a cada rato; entonces, lo que hay que asegurarse es trabajo digno y tranquilidad. En una democracia lo que hay que pensar es en el beneficio de la mayoría, no se puede estar con el pensamiento de antes, que la gente lo que quería era la tierra y se mataban por la tierra. Ahora la riqueza viene de otras industrias». «Eso me parece bien, si la tierra es nuestra y las máquinas son de ellos, ¿por qué no partimos la cochina?», había preguntado la voz cascada de Ernestino. «Tú piensa en el trabajo que se puede dar a obreros de la construcción», volvía José Tomás a su discurso, «eso no es trabajo de conuco, eso lleva seguro social, atención médica, guardería para los hijos de las trabajadoras. Eso se discutió muy bien en el concejo, se buscó lo que era mejor para nuestra gente y se decidió aprobar los permisos de construcción que solicitó una empresa para desarrollar una urbanización turística de todo lujo. Logramos sacar a los de la Cocotera, era gente que nos hacía mucho daño, matando y quemando los conucos; tenían la tierra inservible, que ni ellos mismos le sacaban nada. Lo que volvió a la nación, por el asunto de la concesión del tren, es una pequeña franja que no tiene mucho valor y el concejo decidió integrarla a una propiedad que estaba alrededor y que se habían cogido de mala manera los de la Cocotera. Ahorita mismo, lo que tú viste de los tractores, es que ya el ingeniero de la empresa, el doctor Villaverde, comenzó la limpieza de los terrenos. Eso va a ser una cosa buena y bien hecha; tú vas a ver el beneficio para la región».

El sacerdote hace su entrada y acercándose a la urna recita algunos rezos y echa agua bendita sobre el cadáver y por toda la casa. El gentío arremolinado a la puerta hace silencio y se agrupa en fila de procesión. Francisco, recostado de una pared, aguarda impaciente la salida hacia el cementerio. Algunos jóvenes, los hijos de José Tomás, y él mismo, cargan la urna al hombro, adelante el cura párroco y detrás el féretro que van meciendo los hombres calle arriba, dos pasos adelante, dos pasos atrás. Mientras, las mujeres quedan solas y se aprestan, todavía entre expresiones de dolor y avemarías, a ir desnudando el improvisado altar y retirando las sillas. Cuando la comitiva llega a la tumba, el sacerdote dice el responso y los enterradores discuten entre sí la orientación de la urna. Uno de ellos pregunta si no se brinda, y José Tomás hace aparecer una botella de aguardiente y la reparte a los presentes al tiempo que pregunta: «¿Usted va?»; uno a uno, los más cercanos se la pasan de mano en mano, Francisco, asqueado, bebe también. Cuando los enterradores echan sobre el hueco la última palada de tierra y las flores, abraza a José Tomás.

—Te agradezco mucho que hayas venido, Francisco.

—Los amigos están para lo bueno y para lo malo. Tu abuela fue una persona muy querida en mi familia —y arrancó el automóvil en dirección a Caracas.

Lentamente la multitud fue desapareciendo, y al caer el sol algunas sombras permanecían a lo lejos, junto a la cruz de palo.

Pues bien, he relatado la última crónica de mi memoria. Han finalizado mis pleitos, han cesado mis querellas, ha terminado nuestro litigio. No entiendo cuál es la explicación que me pides, Alejandro, ni qué detalles puedo añadir a lo ya expuesto, si todo está más claro que el agua. No fueron necesarios mis títulos; eran, ya te lo había dicho, una curiosidad de aficionado, un regalo sentimental que don Heliodoro le ofreció a Belén, en prueba de favores recibidos. No fue necesario tu título de Fundador Real, Juan del Rosario, dalo por perdido y descansa en paz. Nuestras oposiciones han sido resueltas, nuestras demandas solventadas, sin tanta voracidad de papel viejo, sin tanta tinta derramada, y todos han quedado contentos, o casi todos. Mi voz ha perdido peso porque necesitaba de un escribano para hacerla valer y ahora soy devuelta a mi imagen de una vieja mantuana enloquecida, doblado el espinazo, curvas sus uñas como garras, largas y blancas sus sucias guedejas, perdida entre memoriales y sábanas apestosas a orín, llamando a gritos a sus esclavas y a sus hijos que ya la habían olvidado. Vuelvo a donde salí, a mis páginas en las que era un fantasma de papel. Pero antes de que me trague la nada, quiero despedirme.

He venido hoy, por última vez, a visitar lo que fue mi paisaje, estas cuatro calles donde vivían las personas de mi condición, a quienes cumplimentaba y me cumplimentaban; esta iglesia a la que acudía, resguardada con mi manto en señal de mi privilegio, y escoltada por dos esclavas que llevaban mi alfombra y espantaban a las moscas; esta aldea que ante mis ojos pueblerinos constituía el perfil de una gran ciudad y en la que durante ochenta y siete años, con brevísimas excepciones, transcurrió toda mi existencia. Nada hay en ella que recuerde mi vida, todo es una fachada extraña, pero a veces, a la luz apaciguada de la tarde, un gesto del viento entre sus árboles, un movimiento de las sombras a través de la montaña, un persistente sonido de los pájaros o una precipitación del aguacero, me hacen sentir, por un instante, que aún permanezco. Que aún hoy es una mañana lenta de un largo día que el tiempo atraviesa despacio, mientras mis ojos acarician las lajas del patio, las baldosas y azulejos que hice traer de Andalucía y las hojas sueltas del limonero en el corral. Yo bordo algún punto del mantel o me doy una vuelta por la cocina, para que todo esté a punto cuando llegue Alejandro de sus asuntos y me diga qué se ha discutido en el cabildo y a cómo están los precios del cacao. Luego descansaremos una espaciosa siesta, porque el calor arrecia, y me dispondré a preparar los platos de porcelana y los vasos dorados que hice traer de Francia, para recibir debidamente a mis amigas las Mijares, a mis primas las Solórzano, a sus primas las Blanco, y cuando anochezca y él revise las cuentas que le entrega el mayordomo, jugaré un solitario de cartas, mientras los niños ya duermen y se escuchan los grillos en el patio. Es inútil el recuerdo, Alejandro, he podido comprenderlo. Es estéril como un árbol macho; cuantos más recuerdos se almacenen, más es necesario olvidarlos. En este país de la desmemoria yo soy puro recuerdo. ¿Me recuerdas tú, al menos? ¿Te acuerdas cuando fuimos niños y jugamos a bailar trompo en las esquinas del patio de la casa de mi padre? ¿Te acuerdas cuando fuiste adolescente y recorrías a caballo mis tierras o nadabas, tu cuerpo reluciente, en la ensenada de Higuerote? ¿Te acuerdas siquiera de tu muerte o también se te ha olvidado? ¿Sabes que grité negándome a ella y fue necesario reducirme a la fuerza y encerrarme en la galería hasta que la procesión de tu entierro doblaba la esquina de San Jacinto? ¿Si me creía Juana la Loca? No, no tanto, pero no quería tampoco resignarme. No era sólo el dolor de perderte, era el miedo de olvidarte. A lo largo de mi vida quise estar a la altura de mis propias afecciones y la

muerte me parece un profundo peligro para la memoria. Hoy que me despido de mi paisaje, ya muerto hace mucho, y que mis ojos de cadáver recorren la ausencia de lo que tanto amé, sé que todo mi empeño ha sido crear una voz inútil, voz de cadáver para oídos de cadáver, pero acaso la memoria sea la más inútil de nuestras cualidades. ¡Cuánto peso, Alejandro, cuánto fardo he llevado a mis espaldas, desde que mi padre desembarcó en la Vela de Coro con su padre, que fue tonelero en Málaga, hasta hoy en que Francisco Villaverde cierra su pacto! Hubiera querido saber, uno a uno, todos los días que han transcurrido desde entonces y haber leído todos los documentos que acreditan nuestra existencia; pero no hay escribano que acepte tal empresa, y a decir verdad, únicamente he podido seguir la cronología de mi litigio, y puesto que ha terminado, mi crónica llega también a su fin. Ahora soy un muerto sin oficio y sin odores y no me queda otra compañía que la de mis cadáveres. Todo lo he dictado para ti, mi marido, mi primo, mi igual, y para ti, mi paje, mi liberto, mi opuesto. ¿Dónde estás, Juan del Rosario? ¿Escondido como siempre o subido a una mata para que no te mande a comprar un cuarto de papelón que hace falta en la cocina? Ven a morirte al lado mío, ven ahora a consolarme, estremecida del tiempo, deshaciéndome en los años como los papeles que nunca encontré; ven a desbaratarnos juntos, que un golpe de viento bastará para desmenuzarnos. Y tú, Alejandro, ¿qué haces que no me abrazas? Te veo ahí sentado, con la casaca polvorienta, el tricornio ladeado, deshebillados los zapatos, el cuerpo fofo como un monigote y eres, sin embargo, mi cadáver muy amado.

Para la escritura de esta novela la autora revisó numerosos libros de historia y sociología venezolanas, pero queda particularmente en deuda con *Apuntes para la Historia Colonial de Barlovento* de Lucas Guillermo Castillo Lara y *Curiepe* de Alfredo Chacón.

ÍNDICE

Primera parte 1715-1835

Doña Inés entre memoriales (1715-1732)

Réquiem

La siesta colonial (1743-1766)

Una audiencia de Carlos III

Si vosotros no me queréis (1789-1810)

Crónica de guerra (1810-1814)

Lamento a la destrucción de Caracas

A la sombra del cacao (1814-1834)

Segunda parte 1846-1935

Doña Inés entre liberales (1846-1899)

Epitafio al general Joaquín Crespo

La Venus de San Juan

Dominguito encuentra otro general (1905-1929)

León Bendelac descubre América (1926-1935)

Tercera parte 1935-1985

Doña Inés nostálgica

El regalo de don Heliodoro

La memoria de Ernestino

Nuevos memoriales

Fin de un litigio